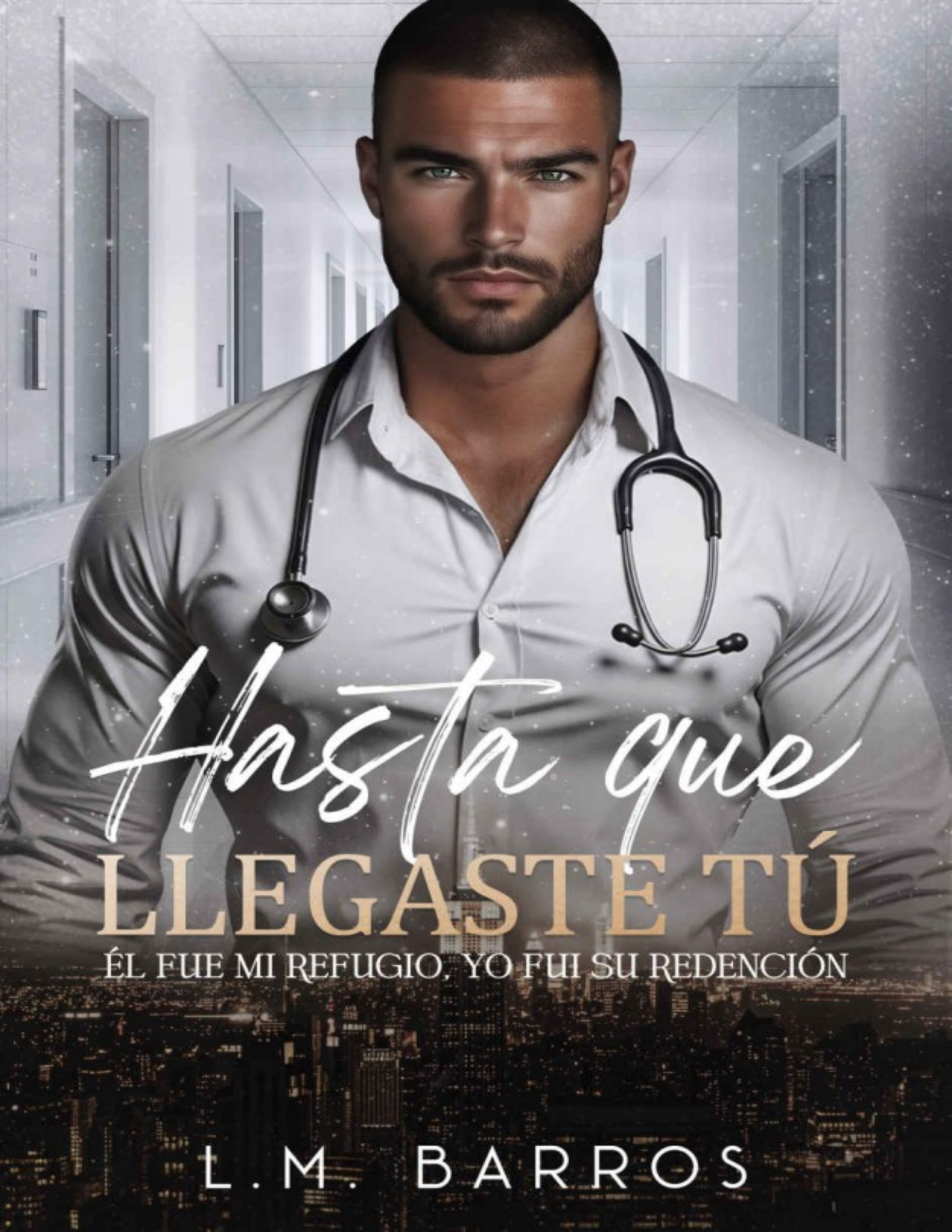

Hasta que
LLEGASTE TÚ
ÉL FUE MI REFUGIO, YO FUI SU REDENCIÓN
L.M. BARROS

Hasta que LLEGASTE TÚ

ÉL FUE MI REFUGIO, YO FUI SU REDENCIÓN

L.M. BARROS

Copyright © 2024 LM Barros

Portada: Designer Tenório

Maquetación: Lorrayne Monteiro

Revisión: Sheila Marins

Lectura crítica: Danielle Oliveira

Asesoría: Devassa Literária

Traducción: Gustavo Henrique

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son productos de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas y acontecimientos reales es mera coincidencia.

Quedan prohibidos el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito de la autora.

La infracción de los derechos de propiedad intelectual se rige por el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por el Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril, y sus modificaciones. Su vulneración puede dar lugar a responsabilidades civiles y penales, en particular conforme a los artículos 270 a 272 del Código Penal español.

Índice

Índice
Sinopsis
Nota de la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo
Capítulo Extra – Ava y Matthew
Valoraciones
Agradecimientos

Sinopsis

STRANGERS TO FRIENDS TO LOVERS + FOUND FAMILY + SLOW BURN + OFFICE ROMANCE + HOT DE MILLONES

Él es un soltero empedernido.

Ella huye de su ciudad natal para empezar de cero en Nueva York.

Él prometió no involucrarse seriamente con nadie.

Ella no quiere volver a oír la palabra relación.

Richard Moore es enfermero, soltero empedernido y un amigo leal. Tras ser testigo de la relación fallida de sus padres, nunca consideró la idea de involucrarse en relaciones serias… hasta que ella entró en su vida.

Elizabeth Carson es una fisioterapeuta decidida que carga con las cicatrices de un pasado doloroso y juró cerrarse a nuevas relaciones.

Tras un matrimonio turbulento y marcado por la violencia, Elizabeth huye a Nueva York en busca de un nuevo comienzo. Al cruzarse su camino con Richard, encuentra un hombro amigo y un corazón bondadoso que despiertan sentimientos que llevaba mucho tiempo dormidos.

En medio de conflictos internos y externos, descubren el poder del amor verdadero para curar heridas antiguas y abrir camino a un futuro lleno de esperanza y felicidad.

¿Pero resistirá el amor entre ellos las pruebas del pasado y del presente?

Este libro forma parte de la Duología Nosotros, pero ambos son libros independientes y pueden leerse por separado.

Nota de la autora

Querido lector,

No sigas antes de leer este aviso. En este libro se abordarán temas que pueden resultar desencadenantes, como **aborto, violencia doméstica, violación, tortura y mención al suicidio**. También contiene **escenas de sexo explícito y uso de palabras malsonantes.**

El objetivo al incluir estos elementos en la narrativa no es conmocionar ni causar incomodidad gratuita, sino retratar de manera auténtica y realista las experiencias vividas por los personajes.

Entiendo que estos temas pueden ser desafiantes y provocar reacciones emocionales intensas en algunos lectores. Por ello, te pido que tengas en cuenta tu bienestar emocional antes de continuar. Si es necesario, no dudes en pausar o interrumpir la lectura para cuidarte.

Recuerda que es importante buscar ayuda y apoyo siempre que sea necesario.

Es crucial destacar que la violencia doméstica es una grave violación de los derechos humanos y nunca debe tolerarse. Si tú o alguien que conoces está afrontando esta situación, por favor, recuerda que existen recursos disponibles para ayudarte. Llama al **016** para información, asesoramiento y atención psicosocial las 24 h (servicio confidencial). Si hay peligro inmediato, llama al **112**.

Agradezco sinceramente que dediques tu tiempo a explorar este libro. Espero que te envuelva, te emocione y te provoque reflexiones profundas.

Con amor,


JM Barros

A las mujeres fuertes y valientes que ya han enfrentado la terrible realidad de la violencia doméstica y, incluso ante las sombras más oscuras, mantienen viva la llama de la esperanza en sus corazones.

Capítulo 1

Elizabeth Carson

El día se arrastró, pero por fin llega mi horario. Cojo mi bolso y me preparo para salir. Mis pasos, alegres y ligeros, resuenan por el pasillo del hospital, como si bailaran al ritmo de mi propia felicidad. Saludo a los colegas que pasan a mi lado con una sonrisa. Creo que no he dejado de sonreír desde que recibí la noticia más importante de mi vida.

Estoy llegando a la salida cuando Erick se acerca. Su sonrisa acogedora me saluda antes incluso de que diga una palabra. Es un amigo muy especial, alguien en quien confío para compartir mis momentos de alegría y tristeza. Apenas consigo contener la ansiedad que me consume por dentro, pero intento mantener un semblante sereno.

Él tiene 35 años y también es fisioterapeuta. Nos conocimos en cuanto entré en el Texas Medical Center, y nuestra amistad fue instantánea. Era como si lo conociera de toda la vida.

—Erick, no vas a creer la novedad que tengo para contarte.

—¿Qué ha pasado? Pareces estar muy animada.

Pasamos por la puerta y me detengo frente a él.

—Estoy embarazada, Erick. ¡Devon y yo por fin lo conseguimos!

La alegría que siento parece que va a hacer que el pecho me estalle. Después de varios intentos frustrados, ya estaba desistiendo

de la idea, hasta que por fin ocurrió. Mi pequeño milagro está creciendo dentro de mí.

Sus ojos se abren de par en par por la sorpresa.

—Pensé que os habíais rendido —frunce el ceño.

—Yo ya había perdido las esperanzas, pero seguía sin tomar el medicamento… y entonces pasó.

Él se queda, en un primer momento, parado mirándome, como si absorbiera la información. Parpadea unas cuantas veces y una sonrisa se forma en su rostro.

—¡Liz, esto es maravilloso! ¡Estoy tan feliz por ti! —dice mientras me envuelve en un abrazo cálido.

El momento de afecto no dura mucho, pues me arrancan de su abrazo con un movimiento brusco.

—¿Qué…? —pregunto mientras intento asimilar lo que ha pasado.

Miro hacia arriba y veo que se trata de Devon. Sus ojos desprenden rabia y sus aletas nasales están hinchadas. Siento su apretón firme en mi brazo.

—Devon… ¿qué está pasando? —mi voz falla.

—¿Crees que puedes engañarme con ese idiota? —gruñe.

—Solo somos amigos, Devon, jamás faltaría al respeto a Liz —dice mi amigo.

—*¿Liz?* —pregunta con un tono de burla.

Me siento paralizada por el choque, incapaz de formular palabra alguna. Me arrastra lejos, como si yo fuera una posesión que hubiera que reclamar. El corazón se me encoge por el dolor, y el pánico se apodera de cada fibra de mi ser. La última vez que vi a Devon en ese estado, las cosas no terminaron bien. Me prometió que jamás haría algo así de nuevo.

—Liz, ¿quieres que te acompañe hasta tu casa? —pregunta Erick.

—No te metas donde no te llaman, chaval —dice Devon sin mirarlo.

—Está todo bien, Erick, luego hablamos —lo tranquilizo.

Le dedico una sonrisa tímida a mi amigo, que me mira con el semblante preocupado.

—Ya te dije que no te quiero cerca de ese tío —dice alterado.

—Erick es mi amigo, Devon —digo.

Paramos al lado de su coche y él sigue apretando mi brazo.

—No quiero que hagas amistad con otros hombres, Elizabeth. Tú. Eres. MÍA —dice pausadamente y da un puñetazo al coche.

La gente a nuestro alrededor empieza a prestarnos atención.

—Devon, solo estaba hablando con él. Para, por favor, todos están mirando.

—Dije que si te volvía a ver de charlita con ese tío, habría consecuencias —dice entre dientes.

Mira a su alrededor y por fin me suelta. Llevo la mano al lugar donde me sujetaba y masajeo la zona.

Devon siempre ha sido celoso, pero después de nuestra boda empeoró. Tiene ataques de furia, como este, y después vuelve a ser el hombre del que me enamoré. Ya estuve a punto de poner punto final a nuestra relación, pero él siempre pide perdón y dice que va a mejorar.

—Vamos, Elizabeth, entra en el coche, no tengo toda la noche —habla con brusquedad.

Entro en el coche y mantengo la atención en el paisaje por la ventanilla. Mi mente viaja al pasado, concretamente al día en que nos conocimos.

Yo estaba en el penúltimo curso de la facultad y fue mi hermano mayor, Josh, quien nos presentó. Devon era su tutor en el trabajo de fin de grado y tenía 35 años.

Lo recuerdo como si fuera hoy: estaba en el aparcamiento despidiéndose de Josh cuando yo llegué. Mi mirada quedó atrapada en la suya, y el mundo parecía haber dejado de girar.

Tan guapo… el pelo era negro, con un corte desenfadado. Llevaba la barba arreglada y sus ojos, profundos y castaños, brillaron mientras él también me examinaba. Vestía pantalón y camisa de vestir, ambos negros. La camisa estaba remangada hasta el codo, lo que dejaba a la vista una parte del tatuaje que tiene en el brazo.

A partir de ese día empezamos a cruzarnos por los pasillos de la facultad, y siempre que eso sucedía mis ojos se quedaban prendidos a los suyos, como si hubiera un campo magnético a su alrededor que me atrajera, como un imán.

No pensé que me fuera a invitar a salir, ya que yo era quince años más joven, pero, para mi sorpresa —y felicidad—, me invitó a cenar. Después de ese día, ya no nos separamos.

Por su cargo en la facultad, nuestro romance tenía que permanecer en secreto, al menos hasta que yo me graduara. Solo mi madre y Josh sabían lo nuestro. Ella no era su mayor fan, decía que no sentía nada bueno que viniera de él. Eso siempre era motivo de discusión, ya que yo lo defendía con uñas y dientes. Al cabo de un tiempo, vio que no servía de nada discutir, y nuestra convivencia volvió a ser buena.

Al día siguiente de mi graduación, Devon me pidió que fuéramos novios. Fue el segundo día más feliz de mi vida, solo por detrás del día en que nos casamos, hace tres años.

Mi sueño siempre había sido ser madre, y hace un año conseguí convencer a Devon de que había llegado la hora de ampliar nuestra familia. Al principio, él decía que nuestra relación estaba

perfecta tal como estaba, y que no quería compartirme con nadie, pero después de unos meses estuvo de acuerdo.

Sin embargo, el tiempo pasaba y nada de embarazo. Fuimos a innumerables especialistas e hicimos pruebas, pero los resultados eran siempre los mismos: sería solo cuestión de tiempo, ya que los dos éramos sanos.

El ruido de un claxon me trae de vuelta al presente. Abrazo el bolso en mi regazo con fuerza, como si eso fuera a quitar la angustia que siento. Toda la euforia que tenía para contarle la novedad se esfumó.

Cuando por fin llegamos a casa, él se baja y da un portazo al coche, con más fuerza de la necesaria. Respiro hondo y también dejo el vehículo.

Permanecemos en silencio mientras entramos en casa. Espero que la noticia de nuestro hijo lo calme y lo haga cambiar. No voy a tolerar que mi bebé crezca en un ambiente así.

—Cariño… —intento disipar este clima malo.

Ni siquiera me responde, va a su despacho y da un portazo.

Decido darle espacio para que ponga la cabeza en su sitio y voy al dormitorio. Dejo el bolso en la mesilla de noche, cojo una muda de ropa y camino al baño para preparar un baño en la bañera.

Cuando paso frente al espejo, me detengo y me analizo. Mi vientre, aún plano, no delata que hay un bebé creciendo dentro de mí. Coloco las manos sobre mi vientre y sonrío*. Ya te quiero tanto, hijo mío.*

Ajusto la temperatura del agua, echo mis sales de baño de lavanda y entro. El agua está deliciosa, calentita, como a mí me gusta. Apoyo la cabeza en el borde de la bañera y cierro los ojos.

Nunca le di motivos a Devon para desconfiar de mí. Siempre tuve ojos solo para él, pero parece que él no lo ve. Sus celos hoy se han pasado de la raya. Cuando salga del baño voy a hablar con él,

porque necesitamos tener un hogar armonioso para la llegada de nuestro hijo.

Una sonrisa se dibuja en mis labios en el momento en que pienso en mi bebé. Pongo las manos sobre mi vientre y empiezo a acariciarme.

—Estoy tan feliz con tu llegada, hijo mío… y estoy segura de que tu padre también lo estará —digo cariñosamente.

Abro los ojos en el instante en que me tiran, por el pelo, fuera de la bañera.

—¿Estás embarazada, Elizabeth? ¿Ese niñato te ha dejado embarazada?

En cuanto habla, siento el olor a alcohol que emana de su boca.

—Devon, ¿estás loco? ¡Tú eres el padre de mi hijo!

—Por eso estabais a los abrazos cuando salisteis del hospital… estabais celebrando la buena nueva.

—Devon, escúchame, nunca tuve nada con Erick.

Aumenta el tirón de mi pelo.

—Eres una puta, ¿crees que puedes seguir haciéndome de idiota, Elizabeth?

Lleva la mano libre a mi cuello y lo aprieta.

—Me estás… haciendo daño, Devon —digo con dificultad.

—Aún no has visto nada, querida —dice.

Suelta mi cuello y acto seguido la cabeza se me gira por la bofetada que me da.

—Por favor, Devon, créeme, vamos a hablar con calma. Yo solo tengo ojos para ti, mi amor. Jamás te traicionaría con nadie.

—Ya vi lo mucho que solo tienes ojos para mí, Elizabeth. Pero puedes estar tranquila, después de que saque a ese bastardo de tu

barriga, te perdono y podemos retomar nuestra vida.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué? ¿Cómo que sacar a mi hijo de la barriga?

—¿De verdad crees que voy a permitir que tengas un hijo de otro hombre, Elizabeth?

Dios mío, ¡Devon está loco! Cruzo los brazos delante de la barriga, como si eso fuera a proteger a mi bebé.

—Devon, por favor, escúchame. Es nuestro bebé, mío y tuyo… no le hagas nada, te lo ruego.

Una sonrisa diabólica se forma en sus labios y se acerca a mí, al paso que yo retrocedo, hasta que doy con la espalda en la pared.

Y entonces la pesadilla se despliega ante mis ojos. Devon me golpea con un puñetazo, pierdo el equilibrio y caigo. Empieza a patearme, apuntando a mi barriga. Me encojo en posición fetal y grito, hasta quedarme sin aire.

—Devon, por favor, ¡para! —suplico, pero él no cesa los golpes.

Se agacha y me levanta la cabeza por el pelo.

—Esto es para que no vuelvas a pensar en traicionarme.

Me da otra bofetada en la cara y me gira boca abajo. Oigo que abre la cremallera del pantalón y me revuelvo.

—Devon, por favor, ¡para!

Coloca el pene en mi ano y entra con brutalidad, de una sola vez. El dolor que siento es como si tuviera un cuchillo dentro de mí, desgarrándome. Grito hasta sentir que el aire se me va completamente de los pulmones. Él sigue arremetiendo con fuerza, mientras me presiona la cabeza contra el suelo. Voy perdiendo las fuerzas, ya casi no tengo voz para gritar.

Solo consigo suplicar, en pensamiento, para que mi hijo esté bien. Siento el momento en que se corre dentro de mí. Con la misma

brutalidad, me gira boca arriba, sube el pantalón y me encara.

Y entonces, sin que yo lo esperara, empieza a pisarme con fuerza la barriga.

—Por favor, Devon, no le hagas esto a nuestro hijo —intento pedir una vez más, ya con la voz débil.

Parece poseído, las pisadas se vuelven cada vez más fuertes y un dolor desgarrador me atraviesa, como si fuera una daga. El dolor se intensifica, al mismo tiempo que un líquido escurre de mí, y sé que es en ese momento cuando la vida que crecía en mi vientre se fue.

Cuando ve la sangre, cesa los golpes. Continúo en la misma posición, sin fuerzas para moverme. Devon me mira con un semblante victorioso y sale del baño.

—Perdóname, hijo mío —digo antes de que todo se quede oscuro.

Capítulo 2

Elizabeth Carson

Siento la garganta seca. Parpadeo unas cuantas veces, acostumbrándome a la luz. Llevo la mano al rostro y noto un cable sujeto a mi brazo. Se me escapa un gemido cuando intento incorporarme.

—Beth, mi amor —oigo la voz de mi madre.

—¿Mamá? —digo confusa.

Por fin consigo mantener los ojos abiertos. Miro alrededor y veo que estoy en el hospital. ¿Por qué estoy aquí? Y entonces los recuerdos llegan como un tsunami. El descubrimiento del embarazo, mi felicidad al saber que por fin lo había conseguido, los celos descontrolados de Devon… cierro los ojos y no puedo contener las lágrimas.

—Mi bebé… se ha ido, ¿no? —pregunto en un susurro.

Abro los ojos y encaro a mi madre. No necesita confirmarlo; su semblante la delata. Un llanto desesperado rompe desde dentro de mí.

—Lo siento mucho, mi amor —dice mi madre al abrazarme.

La abrazo como si fuera mi tabla de salvación. El dolor que siento parece que va a matarme. Mi madre dice algo, seguramente palabras de consuelo, pero no consigo oírla. Si hoy no tengo a mi hijo, la culpa es enteramente mía.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, hasta que la puerta de la habitación se abre y Erick entra.

—Liz… —dice al acercarse.

—Mi bebé, Erick… he perdido a mi bebé.

—Lo siento mucho, querida —dice abrazándome—. Ojalá pudiera sacarte este dolor de dentro.

—Si no hubiera sido por ti, quizá también habríamos perdido a Beth, Erick —dice mi madre—. Muchas gracias, de nuevo.

Me aparto de él y lo miro, confusa.

—¿Cómo es eso? —pregunto, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Después de que os fuisteis, llamé a tu hermano y le expliqué lo que había pasado aquí en la puerta del hospital. Me preocupé, Devon estaba fuera de sí. Me encontré con Josh delante de tu casa, tocamos el timbre, pero nadie contestó. Josh entró por una ventana que estaba abierta, y la escena que nos encontramos, Liz… perdóname por no haber llegado antes —dice con la voz entrecortada.

—No tienes que disculparte por nada, Erick. Si no hubiera perdonado a Devon la última vez…

—Eh —me interrumpe—. Tú no tienes culpa alguna, tú eres la víctima, Liz.

Niego con la cabeza. Desde el momento en que lo perdoné por primera vez, fui connivente con Devon… soy tan culpable como él.

—Debería haber aceptado que me llevaras. Si no fuera tan estúpida, mi hijo estaría bien… quien debería haber muerto era yo.

—¡Elizabeth, no vuelvas a repetir eso nunca más! —dice mi madre.

—Es la verdad, mamá. Mi hijo pagó el precio por haber sido tan idiota, ciega y tonta. No merezco seguir viva mientras él no tuvo ni

la oportunidad de nacer.

La puerta de la habitación se abre y Josh entra, acompañado del Dr. Samuels, el ginecólogo del hospital.

—Hola, hermana —dice Josh, abrazándome.

—Gracias, hermano —apenas termino la frase y empiezo a llorar de nuevo.

—Tú y yo contra el mundo, ¿recuerdas?

Una pequeña sonrisa se forma en mis labios al oírle decir nuestra frase.

—Beth —dice Samuels al acercarse—. ¿Sientes algún dolor?

—No…

El dolor que siento no es físico, mi alma parece sangrar. Nunca volveré a ser la misma, este dolor me acompañará el resto de mi vida.

Me explica el procedimiento de legrado uterino[1] que me hicieron y dice que me darán el alta al día siguiente. Después de que sale de la habitación, suena el móvil. Josh contesta y, por la expresión que pone, sé que se trata de Devon.

—No tiene autorización para entrar —responde áspero y cuelga enseguida—. Qué poca vergüenza tiene.

—No quiero verlo —digo.

—Ese hijo de puta no volverá a acercarse a ti jamás, Beth —dice mi hermano.

Unos minutos después, oímos voces en el pasillo. Josh y Erick salen a ver y, incluso con la puerta cerrada, consigo oír la discusión.

—Elizabeth es mi esposa y nadie me impedirá entrar en esa habitación —dice Devon.

Mi cuerpo empieza a temblar. No voy a soportar estar cerca de él otra vez.

—Inténtalo —dice Josh.

—Sr. Carson, le pido disculpas, él dijo que era el marido y mientras yo llamaba a la habitación, se metió —dice Camila, que es recepcionista.

—Está bien, sé muy bien de lo que es capaz; solo deja avisados a los guardias de seguridad de que no tiene autorización para acercarse a la habitación de mi hermana. Si ella está aquí, el culpable es él.

—¡No hace falta que me retengan! Me voy ahora, pero Elizabeth no se librará de mí tan fácilmente.

—Sujétenlo, porque voy a llamar a la policía ahora mismo —dice mi hermano.

Las voces se alteran aún más y no consigo entenderlas.

Me llevo la mano al rostro y lloro de desesperación. Nunca tendré paz. Me maldigo por haber conocido y haberme relacionado con Devon. Siento que mi madre me atrae hacia un abrazo.

—Tranquila, mi amor, todo va a estar bien.

—Si te hubiera escuchado, nada de esto estaría pasando.

—La culpa no es tuya, hija. Estabas enamorada.

—No volveré a enamorarme nunca más —digo convencida.

Mi madre se ríe.

—Hablo en serio. A partir de hoy solo tendré relaciones casuales.

—Eso es algo que no puedes controlar, cariño. Y hay hombres buenos… mira a Josh y Erick. No te cierres por una mala experiencia. Deja que la vida siga su curso; aún te quedan muchas cosas buenas por vivir.

Josh y Erick vuelven a la habitación.

—El hijo de puta se escapó. Mierda —brama Josh.

—Liz, estaba hablando con Josh y creo que es mejor que avisemos a la inspectora ya mismo; así ya presentas denuncia y te dan una orden de alejamiento contra Devon.

—Muchas gracias, amigo. Sí, avísala. Aún tengo que ver también el tema del divorcio… no quiero volver a estar ligada a Devon nunca más.

—Déjame a mí ocuparme de todo, ahora tú tienes que concentrarte en tu recuperación —dice mi hermano—. Y no hablo solo de lo físico; también necesitas apoyo psicológico.

Sonrío. Mi hermano es la mejor persona que conozco; qué suerte la mía de tenerlo.

—Gracias, hermano. Gracias por estar aquí conmigo, los tres.

Ellos me envuelven en un abrazo y, por un breve momento, consigo vislumbrar un futuro en el que esté en paz de nuevo.



Finalmente me dieron el alta y voy a casa de mi madre. Presté declaración a la inspectora esta mañana y estoy esperando a que salga la orden de alejamiento contra Devon. Josh pidió celeridad, indicando que corro un serio riesgo para mi vida, y también presentará la solicitud de divorcio esta semana. Ayer fue a recoger mis cosas a mi antigua casa, aprovechando el horario en que Devon estaba en el trabajo.

—¡Listo, llegamos! —dice mi hermano.

Josh abre la puerta y me ayuda a bajar del coche. Nunca seré capaz de agradecer todo lo que han hecho por mí.

Mientras camino hacia la casa en la que nací y crecí, una nostalgia me invade. La casa es grande, toda en color marfil. Tiene dos plantas: la primera compuesta por salón, cocina y despacho, y la segunda por cuatro suites.

En el jardín hay un gran árbol con un columpio. Sonrío al recordar lo feliz que fui aquí. Josh, mamá, papá y yo éramos muy unidos. El domingo era el día oficial de la barbacoa. Se me hace la boca agua solo de recordar las chuletas que hacía papá, y el sentimiento de la añoranza me invade. Nos dejó muy pronto, poco antes de que yo entrara a la universidad, debido a un infarto. Tenía apenas 45 años.

Mi madre no volvió a salir con nadie después de eso y deseo que encuentre a alguien. Es joven, tiene apenas 55 años; merece la oportunidad de vivir un nuevo amor.

En cuanto entramos en casa, respiro hondo, sintiendo el olor característico de aquí: bizcocho de vainilla.

Mi madre se acerca y me pone la mano en la cara, haciéndome una caricia deliciosa.

—Bienvenida de vuelta, mi amor —sonrío—. Tu cuarto ya está todo arreglado y limpio.

—Gracias —coloco mi mano sobre la suya.

Subo las escaleras y Josh me está esperando en la habitación. No me había fijado en que había subido con la pequeña bolsa que traje del hospital.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien.

Cruza los brazos y levanta una ceja. Suspiro, sabiendo que no puedo esconderle nada.

—Fatal. No dejo de pensar en mi bebé. Si era niño o niña, cómo sería su carita, cuál sería su primera palabra… nunca podré verlo crecer, y eso me mata a cada instante.

—No voy a decir que me imagino lo que sientes, porque sería mentira, pero sé que te vas a levantar. Eres una mujer fuerte de cojones, Beth. Y yo voy a estar siempre a tu lado.

—Te quiero, Josh.

Nos abrazamos y enseguida deja la estancia. Cojo un cambio de ropa y voy al baño.

Me coloco bajo la ducha y me quedo allí parada, perdida en mis pensamientos, mientras el chorro fuerte y caliente cae sobre mí. Cierro los ojos y acaricio mi barriga. La culpa no me da tregua, no fui capaz de proteger a mi hijo.

En silencio y con los ojos cerrados, hago una promesa: no volveré a enamorarme, los hombres serán solo para satisfacerme sexualmente y ser madre ya no estará en mis planes. No merezco ser bendecida con un embarazo de nuevo… no cuando permití que Devon matara a mi bebé.

Termino de ducharme, me visto y bajo. Mi madre y Josh están sentados a la mesa, en silencio.

—¿Ha pasado algo? —pregunto.

—Nada de lo que debas preocuparte —dice Josh.

—Ahora sí que estoy preocupada.

Ellos se miran y siento que quieren ocultarme algo.

—No necesitáis tenerme lástima, podéis hablar… lo aguanto.

—No es lástima, hija, solo queremos protegerte.

—Ya lo he perdido todo, mamá… ¿qué podría ser peor que la muerte de mi hijo?

—Devon llamó —dice Josh—. Dijo que quería hablar contigo, pero dejé muy claro que si se atreve a acercarse a ti, o va preso o se va al infierno.

Obvio que no iba a dejarme en paz tan fácilmente.

—Dudo que Devon vaya a arriesgar su carrera y acabar en la cárcel —intento no mostrar que esa noticia me ha afectado.

—No sé, hermana, está enfermo. ¿No crees que es mejor cambiar de trabajo? O, no sé, ¿tomarte unas vacaciones?

—No, no voy a permitir que Devon me quite nada más. Seguiré en el TMC[2] y el lunes mismo vuelvo al trabajo. Necesito ocupar la cabeza, o siento que no voy a aguantar.

Intento transmitirles una calma que no existe dentro de mí. ¿Tengo miedo de que vaya tras de mí? Mucho. Pero no puedo dejar que ese sentimiento guíe mi vida. Por mí y por la memoria de mi hijo, seguiré adelante. Me dedicaré más que nunca a mis pacientes.

Capítulo 3

Richard Moore

—Matt, ¿ya has visto los exámenes de la Sra. Florence? —digo al entrar en el despacho de mi amigo.

—Richard, ¿cuándo vas a aprender, por fin, a llamar a la puerta antes de entrar? —dice con su típico mal humor.

—Formalidades, querido… simples formalidades. Pero dime, ¿los viste?

—Sí… todavía no podremos operarla con estos valores. Ya he tramitado el ingreso para que reciba medicación intravenosa. A ver si así logramos mejorar esos resultados.

—Voy a mandar que preparen la habitación —digo yendo hacia la puerta, cuando recuerdo que no vine solo por eso—. Ah, y mañana, ¿nos vas a honrar con tu ilustre presencia en el *afterwork*?

Matthew es cardiólogo en el NYP[3] y mi mejor amigo. Nos conocimos cuando él empezó la residencia aquí y fue —¿cómo decirlo…? —amor a primera vista. Nos caímos bien enseguida; sus únicos defectos son su genio perruno y esa alma grasienta a la que él llama amiga.

—Esta vez no voy a poder, ya había quedado con Mary y Ben.

—¿*Esta vez*, Matthew? ¿En serio? Tu cara dura me deja pasmado. Si fuiste dos veces, fue mucho.

Su móvil suena.

—Hola, Emm —dice.

Me pongo un dedo en la boca, como si fuera a vomitar. Emily es tóxica, posesiva y solo mi amigo no se da cuenta. Entiendo que creció con ella y terminó transfiriéndole a ella, a Ben y a Mary el apego que tenía por sus padres, que fallecieron cuando era más joven, pero algún día aún conseguiré demostrarle lo loca que está esa mujer.

Mi móvil vibra con la llegada de un mensaje.

Ashley: *Necesito una ayudita tuya aquí en el cuarto de suministros, en la tercera planta ;)*

Miro a Matthew y le hago señas con la cabeza de que me voy.

Camino a paso rápido y no tardo en llegar a mi destino. Soy un caballero; jamás dejaría a una dama esperando.

Abro la puerta y, al pasar, la cierro con llave.

—¿Era aquí donde pedían mi ayuda?

La muy zorra, que ya está solo con bragas y sujetador, viene hacia mí con una sonrisa traviesa.

Ashley es enfermera, tiene 23 años, es rubia y sencillamente un bombón. Entró en el hospital hará un año y, desde hace unos cinco meses, empezamos nuestro rollo. En cuanto la vi supe que acabaría en mi cama… o en el cuarto de suministros, en la escalera, en mi despacho.

Desde el principio dejé claro que lo único que podía ofrecer eran momentos de placer, y cuando estuvo de acuerdo, mi amiguito y yo nos pusimos muy contentos.

—Estás buenísima, zorrita —digo mientras la estampo contra la pared—. No podemos tardar.

—Entonces, ¿a qué esperas, guapo?



—Podríamos ir a casa hoy, ¿qué te parece? Mi madre va a cenar conmigo —dice mientras se viste.

Una alarma empieza a sonar en mi cabeza.

—Preciosa, siempre te dije que no podría ofrecerte más que sexo. Conocer a tu madre haría que las cosas fueran más serias de lo que realmente son. Me gustas, me encanta la química que tenemos, pero no puedo pasar de ahí.

—Pensé que podíamos dar un paso más… quedamos todas las semanas, Rich. Nos llevamos tan bien.

—Ashley, siempre fui honesto contigo. Te conté lo de mis padres y, definitivamente, una relación no está en mis planes.

—Puedo curarte ese trauma, sé que sientes algo por mí; al fin y al cabo, nunca estuviste tanto tiempo con nadie.

Me rasco la barbilla y me suena el busca. Hostia puta, me salvó la campana.

—El deber me llama —me apresuro y salgo del cuarto.

Me siento mal por irme así, pero no puedo darle falsas esperanzas. Es verdad, nunca estuve tanto tiempo con alguien del trabajo, pero no somos exclusivos.

Mis padres vivían una relación fracasada. Mi padre era machista, controlador y muchas veces descargaba su frustración en la bebida. Mi madre era emocionalmente dependiente de él, a un nivel enfermizo. Aceptaba todo lo que hacía, incluidas las infidelidades y los abusos, tanto físicos como psicológicos.

Mi padre descubrió que tenía cirrosis y, tres meses después, murió. Mi madre no lo soportó y se quitó la vida. Amy, mi hermana pequeña, y yo nos quedamos solos, a nuestra suerte. No pensó en ningún momento en nosotros; su amor por mi padre era mayor que por nosotros. Yo tenía apenas 16 años y Amy, 7. Me tocó madurar a base de cojones.

Jamás permitiría volverme tan vulnerable por alguien. Amy es y seguirá siendo la única mujer de mi vida.

Llego a la habitación del pequeño Vincent y veo que, una vez más, se ha quitado la vía que tenía en la mano. Solo tiene 3 años y está luchando contra una neumonía.

—Eh, campeón, el tío ya te explicó que no puedes quitártela; si no, la medicina no entra y no acaba con la pupa. ¿Te acuerdas?

—Pero no me gusta tener eso atado en la mano, tío Rich —dice con voz llorosa.

—Cuanto más te la quitas, más vas a tardar en curarte y poder irte a casa. ¿Hacemos un trato? Tú no te la quitas más y, cuando te den el alta, te doy una piruleta. ¿Puede ser?

—¡Puede! —dice animado.

Le coloco de nuevo la vía y salgo de la habitación. Me chiflan los niños; lástima que nunca tendré uno al que llamar mío. No quiero traer un hijo al mundo para verlo unos días a la semana y, como una relación no está en mis planes, es un tema zanjado para mí.

Me quito los guantes y los tiro al contenedor correspondiente. Suena mi móvil y veo que es Amy.

—Hola, Pequeña.

—Hola, Grandullón.

—¿Ya echas de menos al mejor hermano del mundo?

—No sé cómo aún me sorprende el tamaño de tu ego, Richard.

No es solo mi ego lo que es grande, pienso, pero obviamente no digo nada.

—Hechos, hermanita, simples hechos.

—En fin, este fin de semana quiero hacer una comida en casa para presentarte a una persona.

Me tiembla el párpado, y a la vez siento que no me entra el aire en los pulmones. Creo que estoy colapsando.

—¿Richard? ¿Me estás escuchando?

Respiro hondo.

—¿Cómo que quieres presentarme a alguien, Amy?

—Pues eso, conocí a una persona y quiero que tú también la conozcas.

—¿No crees que eres demasiado joven para pensar en eso?

—Tengo 25 años, Richard.

—Pues eso, muy joven… te queda mucha vida por delante.

—¿Puedes dejarte de drama, por el amor de Dios? Te envío la hora por mensaje. Beso, te quiero —dice y cuelga.

Cuelga. Simplemente suelta la bomba y cuelga. Que Dios me dé paciencia, porque si me da fuerzas, soy capaz de matar al desgraciado que está corrompiendo a mi Pequeña.

—¿Qué ha pasado? Estás más pálido que un folio —dice Matt acercándose.

—Amy.

—¿Está bien?

—Ella sí, yo no. Ha conocido a alguien, Matthew, y quiere presentármelo. ¿Te haces una idea? La crié con todo el amor del mundo, ¿para qué? Para que venga un mamarracho a desflorarla.

—¿Desflorar? ¿Quién dice desflorar, Richard? Y deja de ser ridículo, Amy ya es adulta; ¿cuál es el problema de que esté con alguien?

—Es tan joven, tío… tiene toda una vida por delante, ¿para qué atarse a alguien?

—Richard, es solo nueve años más joven que tú.

—¿Puedes respetar mi sufrimiento, por favor?

—¿Pensabas que solo tú te ibas a aventurar con la hermana de otros? —el cabrón dice riéndose mientras se aleja.

—Matthew, espera, que tengo algo para ti —meto la mano en el bolsillo y le enseño el dedo corazón.

—Cuánta madurez, Sr. Desflorar.

—Vete a freír espárragos, anda.



Ayer apenas pude quedarme en el *afterwork*, pensando en este maldito almuerzo de hoy.

Aparco el coche frente al edificio de Amy y entro, ya que tengo acceso libre. Cuando estoy entrando en el ascensor, oigo una voz pidiendo que sujete la puerta.

—Gracias, tío —dice el hombre.

—De nada, no hay de qué —digo y el ascensor se pone en marcha.

El silencio se hace presente, pero no es incómodo. Por fin paramos en la planta de Amy y, al salir, caminamos sincronizados y nuestros hombros chocan.

—Perdona, pasa tú primero —sonrío.

—Gracias, una vez más —sonríe.

Salgo también y vamos en la misma dirección. Qué casualidad, la novia de este tío debe de ser vecina de Amy. En ese momento se abre la puerta de mi hermana y ella sale sonriente, se cuelga del cuello del tipo que, hace minutos, compartió el ascensor conmigo. Le da un beso en la boca y yo me quedo como un gilipollas mirando. No puede ser.

—¿Pero qué coño es esto, Amy? ¿Vas a ponerte a magrearte con este tío delante de mí? —bramo.

—Richard, no seas desagradable. Vamos a entrar —dice, tirando del engominado de la mano.

Entramos y ella cierra la puerta.

—Voy a poner las flores en agua, podéis poneros cómodos —dice.

—Así que tú eres el famoso Richard. Amy siempre habla muy bien de ti.

—¿Y tú eres el desflorador de hermanas ajenas? —cruzo los brazos.

—Richard, sabes que no soy virgen desde hace unos cuantos años, ¿no? —dice ella.

Me rasco la frente.

—Necesito un trago para aguantar esto.

—Déjate de shows. Ahora deja que os presente oficialmente —dice, tirando de mí para acercarme—. Liam, este es mi hermano, que en realidad siempre fue un padre para mí, Richard. Grandullón, este es Liam, mi novio.

Le estrecho la mano al infeliz con más fuerza de la necesaria.

—Encantado, Richard —dice.

Solo asiento con la cabeza. Me encantaría tirarlo por el balcón, pero no voy a gastar mis antecedentes limpios con este seboso.

Capítulo 4

Elizabeth Carson

Termino de ponerme la blusa y me miro al espejo. Los hematomas ya están más claros y consigo disimularlos bien con maquillaje. Quien me ve no imagina la pesadilla que viví. Mi cuerpo se recupera más cada día, pero mi alma jamás sanará. La pérdida de mi hijo es una herida abierta, y sé que, pase el tiempo que pase, seguirá sangrando hasta mi último aliento.

Bajo, lleno mi botella térmica con el café que mi madre acaba de hacer y salgo rumbo al trabajo.

Josh y mamá no querían que volviera al hospital ahora, pero no puedo permitir que Devon me quite nada más; ahora yo soy la dueña de mi vida.

Enciendo la radio del coche y subo el volumen. El día está nublado, como mi vida, pero seguiré adelante y seré fuerte.

Pocos minutos después llego a mi destino. Busco el coche de Erick y no lo encuentro; debe de estar aún de camino. Cierro el coche con llave y camino hacia la entrada del hospital.

No doy más de cinco pasos cuando mi verdugo se planta delante de mí. Me tiemblan las piernas. Es la primera vez que quedo cara a cara con Devon después de aquel día fatídico. Estoy paralizada ante él, el corazón latiendo descontrolado mientras lo miro. Sus ojos, llenos de rabia y posesividad, me hacen temblar de miedo.

Pero, a pesar del pavor que me consume, una llama de determinación arde dentro de mí. Sé que no puedo permitir que Devon me domine de nuevo. Debo ser fuerte, resistir a su poder sobre mí.

Con un esfuerzo sobrehumano, alzo la cabeza y encuentro valor dentro de mí. Ya no soy la misma Beth de antes; jamás volveré a serlo. Sobreviví a lo peor y no permitiré que me destruya otra vez.

—Devon, ¿qué haces aquí? No puedes acercarte a mí —digo.

—La orden aún no ha salido, y aunque salga, no es un pedazo de papel el que va a decir si puedo o no acercarme a mi mujer, Elizabeth. Se acabó esta payasada; vamos a casa.

Da un paso hacia mí, y yo dos hacia atrás.

—Devon, para ahora mismo, o llamaré a la policía —cojo mi móvil del bolso.

—Vaya, vaya, mírala, qué valiente —dice con una sonrisa en los labios.

—¿Liz? —oigo la voz de Erick.

Me giro y él camina rápido hacia mí. Respiro aliviada por tenerlo aquí conmigo. Se para delante de mí, como si formara un escudo contra Devon.

—Devon, creí que sabías que no puedes acercarte a ella.

—Nuestra conversación no ha terminado aquí, Elizabeth —dice, ignorando a Erick y marchándose.

Cuando está lo bastante lejos, Erick se vuelve.

—Liz, ¿te hizo algo?

—No; has llegado antes de que pudiera pensar en hacer nada.

—Vamos a entrar —dice pasándome un brazo por los hombros.

Caminamos en silencio; Erick me conoce bien y sabe que, en casos de estrés, necesito un rato a solas con mis pensamientos.

Llegamos a mi sala y, después de prometer que, ante cualquier cosa, lo llamaría, siguió su camino.

A pesar del miedo que sentí, me siento orgullosa de mí por no haber agachado la cabeza ante él*. Es por ti, hijo mío* —pienso.

Me recojo el pelo, vacío los pensamientos intrusivos, que de tanto en tanto se hacen presentes, y me centro en mis pacientes. Seguiré firme, por ellos, por mí y por mi bebé.

En cuanto entro en la UCI neonatal, una mezcla de sentimientos me invade, y el corazón se me encoge con el recuerdo doloroso de lo que perdí. Miro a los pequeñitos, tan frágiles y, al mismo tiempo, tan fuertes… ¿cómo puedo transmitir fuerza y confianza si me siento tan débil y vulnerable? No conseguí proteger a mi hijo, ¿cómo voy a ayudarlos?

Me siento débil, impotente, y me quedo clavada en la entrada de la sala. Siento un brazo envolver mi hombro y veo que es Erick.

—Algo me decía que me necesitabas.

—No voy a ser capaz de cuidarlos… ¿cómo podría, si no lo conseguí con quien más me necesitaba?

—Liz, siempre cuidaste de esos bebés con todo el amor y la dedicación. Eres la profesional más increíble que he conocido, ¿cómo puedes pensar algo así?

Sus palabras de consuelo y su presencia solidaria me ayudan a recuperar el control de mis emociones, pero el dolor de la pérdida sigue presente, como una herida que nunca cicatriza del todo.

—¿Quieres que hable con Sabrina para que te dé el día libre?

—No, voy a controlarme… solo fue la emoción de volver aquí y darme cuenta de que mi hijo nunca tendrá la oportunidad de nacer. Muchas gracias, Erick… no sé qué sería de mí sin ti.

—Realmente, ¿qué sería de ti sin mí, eh?

Sonrío y le doy un leve empujón con el hombro. Voy al baño y me miro al espejo. *Tú puedes, Beth*. Repito la frase innumerables veces hasta recomponerme.

Vuelvo a la unidad de tratamiento para empezar mi trabajo.

Me acerco a la cama de Bryan, nuestro pequeño gran guerrero. Nació con 28 semanas, pesando apenas un kilo.

—Hola, cielo, qué de menos te ha echado la tía Beth… ¡cómo has crecido! —digo sonriendo.

—Beth, me alegra verte —oigo la voz de Alice, una enfermera.

—Yo también, Ali. ¿Cómo se portaron mis bebés?

—Muy bien. Bryan ya está con casi kilo y medio.

Sonrío mientras miro admirada al pequeño. Abro la puertecita de la incubadora y, con cuidado y delicadeza, empiezo a manipular suavemente las extremidades del bebé, trabajando para estimular su fuerza muscular y su movilidad. Observo atentamente su respuesta, buscando señales de incomodidad o progreso en su pequeño cuerpo frágil.

Mientras realizo los ejercicios, le hablo en voz baja, ofreciéndole palabras de ánimo y consuelo. Siento una conexión especial con él, compartiendo en silencio su lucha por la salud y el crecimiento.

El día pasó en un abrir y cerrar de ojos, y es impresionante cuánto estos pequeños milagros me llenaron de esperanza, de que un día lograré estar en paz conmigo misma.

Estoy preparándome para salir cuando suena mi móvil, y veo que es Josh.

—Hermana, espérame, que voy a encontrarte al hospital. No te vayas sin mí.

—¿Dónde estás? ¿Ha pasado algo?

—Ya voy de camino. Erick me contó que Devon estuvo ahí más temprano; no quiero que salgas sola.

—Hermano, voy en coche, ¿vas a venir aquí solo por eso?

—Te iré siguiendo con el mío. No quiero que piense en acercarse a ti de nuevo.

—No hace falta que te preocupes, Josh. ¿Vas a venir solo para ir siguiendo mi coche? Si se acerca a mí, llamo a la policía.

—Eso no está abierto a discusión, hermanita —dice y cuelga.

Suspiro. Ahora querrán tratarme como a una niña. Estoy muy agradecida por toda su preocupación, pero no quiero ser una carga, que cambien sus vidas por mí.

Decido mandar un mensaje a Josh. Se va a estresar conmigo, pero no puedo dejar que el miedo se apodere de mí. No puedo cambiar mi vida por culpa de Devon.

Beth*: Hermano, vete directo a casa; no hace falta que te preocupes por mí. Estoy saliendo del hospital. Hasta luego.*

Guardo el móvil en el bolso y salgo de la sala. Me despido de los compañeros que encuentro por el camino mientras voy hacia mi coche.

Salgo del edificio y me encuentro con Devon esperándome en el aparcamiento. Sus ojos chispean con rabia y posesividad, y siento el miedo apoderarse de mí una vez más.

—No puedes huir de mí, Elizabeth —gruñe, avanzando hacia mí.

Retrocedo instintivamente, sintiéndome acorralada. Pero entonces, una determinación feroz se apodera de mí. Sé lo que debo hacer.

Sin vacilar, doy media vuelta y corro hacia mi coche. Con el corazón acelerado y las manos temblorosas, entro en el vehículo, lo cierro y veo que él se queda parado mirándome. Arranco y me pongo en marcha.

Respiro aliviada al ver que sigue quieto observándome. Subo el volumen de la música y me siento victoriosa.

Estoy distraída con la canción, cuando siento un leve impacto en la parte trasera del coche. Miro por el retrovisor y veo que es Devon. Estamos en un tramo del camino que es una carretera de doble sentido. Siento que vuelve a rozar su coche con el mío y acelera, haciendo que pierda el control de la dirección y choque contra un árbol que está en el arcén.

Me tiemblan las manos; miro aterrada a mi alrededor, con miedo de que haya parado el coche, pero noto que sigue su camino. Llamo rápidamente a Josh y comparto mi ubicación. Por llevar el cinturón no me hice daño.

No tarda mucho y el coche de mi hermano se detiene al lado del mío.

—Joder, Elizabeth, ¡te dije que me esperaras! —dice al saltar del vehículo.

—Estoy bien, Josh.

—De milagro. Ese tío está loco. Podría haber pasado algo más serio, hermana —suspira—. Ven, esperaremos a que llegue la grúa; cuando venía, ya llamé al seguro.

—Mi héroe —digo riendo, intentando disipar la tensión, y lo abrazo.

Entramos en su coche y permanecemos en silencio, cada uno atrapado en sus propios pensamientos. Después de que la grúa se

lleva mi coche, nos vamos a casa.

La idea de salir de Texas ya no me parece tan absurda. Devon se muestra cada vez más fuera de control.

Cuando llegamos voy directa a ducharme. La perspectiva de empezar la vida en otro lugar, lejos de Devon, a cada minuto me parece más atractiva.

Salgo de la ducha, me seco y me pongo el pijama. Decido investigar algunas ciudades y posibles hospitales para enviar mi currículum.



Un mes después

Han pasado treinta días desde la última vez que vi a Devon.

Tras unos días de búsqueda, decidí mudarme a Nueva York. Envié el currículum a algunos hospitales y enseguida me llamó RR. HH. del NYP. Hice la entrevista y, como necesitaban con urgencia a un fisioterapeuta neonatal, me contrataron.

Con la ayuda de Josh y Erick elegí un apartamento bien situado y, a la semana siguiente, ya estaba instalada en la ciudad que sería mi hogar a partir de ahora. Mi jefe en el TMC fue muy comprensivo y la baja se tramitó con rapidez.

Devon siguió intentando contactar conmigo, pero conseguí salir de la ciudad sin que lo supiera. Tiré mi antigua tarjeta SIM y tengo un nuevo número.

Ahora estoy lista para empezar en mi nuevo trabajo. Los nervios están presentes y le pido al universo que todo salga bien.

Me doy una última mirada al espejo y salgo de casa. En cuanto pongo el pie en la calle, el viento helado me saluda. El cielo está sin una nube y la temperatura es agradable, pero, como buena texana, cualquier temperatura por debajo de 20 °C ya me hace querer ponerme un abrigo. Cruzo los brazos con la esperanza de poder protegerme del viento y camino rápido en dirección al NYP.

El apartamento fue elegido, principalmente, por su ubicación. Los días que no quiera conducir, puedo ir y volver andando del trabajo.

En cuanto entro en el hospital, la temperatura calentita me hace querer dar saltitos de alegría, pero me controlo. Me dirijo a recepción y soy recibida por dos mujeres sonrientes, una rubia y otra pelirroja.

—Hola, soy Elizabeth Carson; me han contratado como fisioterapeuta —me presento.

—Ah, claro. Encantada, yo soy Clarice y esta es Joanne —dice la rubia—. Puedes subir a la segunda planta; avisaré al Dr. Peter de que has llegado. El ascensor está al final del pasillo —dice mientras me entrega una tarjeta magnética.

—Gracias.

Paso el torniquete y camino hacia el ascensor. Suena mi móvil y veo que llegan dos mensajes, uno de Erick y otro de Josh.

Erick*: El TMC no es lo mismo sin ti… buena suerte en el primer día. Te quiero.*

Josh*: Buen primer día de trabajo, hermana. Te echo de menos, te quiero.*

Sonrío al móvil y, cuando voy a responder, siento un fuerte impacto; pierdo el equilibrio y caigo de culo al suelo. *Estupenda primera impresión, Elizabeth.*

—Perdóname, estaba distraída —intento explicarme, mientras recojo mi bolso y busco fuerzas para mirar a la persona.

Por el zapato veo que se trata de un hombre. Subo los ojos lentamente y reparo en que lleva ropa hospitalaria verde y una bata encima. Respiro hondo, lista para mirarlo a los ojos, pero nada me prepara para la visión que tengo cuando encaro su rostro.

¿Será que me golpeé la cabeza y morí? Creo que nunca he estado frente a un hombre tan guapo como este. Es alto, entre 1,80 y 1,90 de estatura; la piel morena; el pelo y la barba, bien recortados; y los ojos azules… ¿o serían verdes?

Mis ojos parecen presos en los suyos, y él me mira serio. Siento que me arde la cara, y solo cuando me tiende la mano me doy cuenta de que sigo sentada en el suelo.

Capítulo 5

Richard Moore

No consigo apartar los ojos del pequeño desastre en forma de persona. Yo, que siempre tengo algo listo en la punta de la lengua, me veo sin poder formular ni una sola frase.

Ella continúa en el suelo, y entonces le ofrezco la mano para que se levante.

Yo también estaba distraído, inmerso en mis propios pensamientos, cuando la vi acercarse. Fue todo muy rápido; no pude apartarme y, antes de poder sujetarla, cayó al suelo.

Abrí la boca para preguntarle si estaba bien, pero cuando miré su rostro me quedé sin palabras. El corazón me dio un vuelco y, si no estuviera blindado a las relaciones, diría que esto era algún tipo de señal.

Ella aún no me mira a los ojos; parece avergonzada por lo ocurrido, y la veo alzar la mirada lentamente. Cuando nuestros ojos se encuentran, el mundo a nuestro alrededor parece desaparecer. Siento una familiaridad que no sé describir. Parece que la conozco de siempre, pero estoy seguro de que es la primera vez que la veo, pues jamás olvidaría su rostro.

La forma en que sus mejillas se tiñen cuando le ofrezco la mano es una monada. Finalmente acepta mi ayuda para levantarse y, al sentir su contacto, un calor se extiende por mi cuerpo.

Es una mujer preciosa, unos veinte centímetros más baja que yo; tiene el pelo largo y castaño, y los ojos son oscuros, como el azabache.

Se levanta y permanecemos con las manos unidas.

—¿Elizabeth? —la voz de Peter me saca del letargo.

Ella parpadea unas cuantas veces, deshace el contacto de nuestras manos y, al momento, ya echo de menos su calor. *¿Qué coño es esto?*

—Sí, soy yo —dice con su voz suave.

Elizabeth… así que ese es el nombre del pequeño desastre.

Espera: si Peter la está buscando, es porque probablemente va a trabajar aquí. Una sonrisa se me dibuja en los labios solo de pensar que la veré más veces a partir de hoy.

—Soy Peter Adams, director del hospital. Joanne llamó y dijo que estabas subiendo, pero como tardaste, vine a ver si todo iba bien —dice y se vuelve hacia mí—. Por lo visto, ya has conocido a nuestro Richard.

—Sí, acabamos de chocarnos —bromeo y veo que ella se sonroja de nuevo. Absolutamente formidable.

—Espero que hayas tenido modales con Elizabeth; parece que nos la han enviado los ángeles.

—Sabes que tuve la misma impresión, Peter… cayó como un ángel en nuestras vidas —digo mientras cruzo los brazos.

Ella aprieta los labios, formando una línea, y no puedo contener una risa.

—Bueno, vamos, Elizabeth, aún tengo mucho que enseñarte del NYP.

—Claro, vamos.

Antes de que pudiera irse, tomo su mano.

—Fue un placer conocerte, pequeño desastre —llevo su mano a la boca y dejo un beso—. Nos vemos por ahí.

Le guiño un ojo y sigo mi camino. En cuanto llego a la cafetería, avisto a Matthew ya sentado en una mesa.

—Pensé que iba a tener que ir a buscarte a tu despacho —dice.

—Me choqué con un ángel.

Me mira confuso y me pone la mano en la frente, como si comprobara si tengo fiebre. Le doy un manotazo en el brazo.

—¿Ahora deliras? —pregunta.

—Me topé con una mujer llamada Elizabeth y, por lo que vi, es la más nueva contratada del NYP.

—¿Guapa?

—Quita, ni lo sueñes; no está a tu nivel —respondo rápido.

Alza una ceja. Hasta yo me sorprendo con mi reacción, pero decido no explicarme mucho para no darle más importancia de la que realmente tiene la historia.

—¿Te crees que Ashley sigue con la cantinela de que conozca a su madre? —cambio de tema.

Abre mucho los ojos.

—No sabía que lo vuestro se estaba poniendo serio.

—Y no lo está.

—¿Ella lo sabe? —pregunta.

—Si no lo sabía, me encargué de reafirmarlo.

—Tío, ¿por qué no intentas permitirte algo? ¿Y si ella es la chica?

—¿Tú vas a permitirte algo? —pregunto, sabiendo ya la respuesta.

—Lo mío es totalmente distinto a lo tuyo. Yo ya me permití y me jodí. Tú nunca te diste esa oportunidad.

—¿Para joderme como tú? No, gracias —abre la boca para replicar, pero no se lo permito—. El día que te abras a una relación otra vez, yo lo intento —digo, sabiendo que ese día nunca llegará.

Matt estaba enamorado de una chica en la universidad y ella simplemente se fue, sin más ni más. Desde ese día, mi amigo no dejó que ninguna mujer entrara en su corazón.

—¿Y cómo van las cosas con Amy? —pregunta.

Dominamos el arte de cambiar de tema cuando no queremos profundizar en algo.

—Ni me lo recuerdes… no se despega del baboso, ¿te lo puedes creer? Rechazó pasar la tarde conmigo en la playa para ir al cine con él. Es increíble, los criamos con tanto amor y, al final, ¿qué pasa? Nos cambian por cualquier pijo.

—Quiero verte el día que se case…

—Vete a echarle mal de ojo a otro, anda, hijo del demonio.

—Sabes que ese día, tarde o temprano, llegará, ¿no? Yo mismo ya me estoy preparando para cuando le toque a Emm.

—Si consigue encontrar a alguien que la aguante, tendría que dar gracias de rodillas el resto de su vida —murmuro.

Como si lo atrajera un imán, mi mirada va directa a la puerta del lugar, por donde en ese preciso momento entra Peter con Elizabeth.

Ya no oigo lo que dice Matthew; toda mi atención está en el pequeño desastre. Camina con gracia, prestando atención a todo lo que dice Peter. Se ríe de algo que él comenta y me sorprendo riendo también, y es en ese instante cuando siento un golpe en la nuca.

—¿Qué coño…? —digo.

—¿Ahora te da por sonreír mirando a la nada?

—Me acordé de un chiste —disimulo.

Peter se acerca a nuestra mesa en el momento en que Matt iba a decir algo.

—Bueno, a Richard ya lo has conocido, y este es Matthew Lewis, el jefe de cardiología. Matthew, esta es Elizabeth Carson, nuestra nueva fisioterapeuta neonatal.

Hum, las fisioterapeutas suelen saber usar bien las manos…

—Encantada, Matthew —dice con una sonrisa.

—El placer es mío, Elizabeth —le besa la mano.

¿Era realmente necesario?

—Entonces, Elizabeth, por lo visto vamos a chocarnos más veces —digo, llamando su atención.

—Espero estar más atenta cuando ocurran esos choques —dice riendo.

—Bueno, nos vamos entonces, que aún tengo que darte las credenciales —dice Peter.

—Hasta ahora, chicos —dice.

Cuando se da la vuelta, es imposible no mirar su culo, redondito, respingón, moldeado en el pantalón. La observo y, solo cuando salen de la cafetería, miro a Matthew, que tiene los brazos cruzados y una sonrisa burlona en la cara.

—¿Qué? —pregunto.

—Estás loco por llevarte a *Betita* a la cama.

—¿*Betita*? ¿Qué confianza es esa?

—¿Celos, cosita linda?

—Claro que no; solo que no me parece pertinente tener ese tipo de confianza con alguien a quien acabas de conocer.

—Te has pillado por la fisio, ¿eh?

—Me voy a trabajar, gano más. Adiós, Matthew.

Cuando Matthew se obsesiona con algo, es peor que una mujer en modo FBI, así que mejor zanjar el tema.

¿Me pareció bonita Elizabeth? Sin duda alguna. ¿Quizá la mujer más guapa que he visto? Con toda certeza. ¿Me la llevaría a la cama? Sin pensarlo dos veces. Pero, de ahí a estar pillado, es harina de otro costal.

Me suena el buscapersonas y voy a atender la emergencia que llegó. Entro en urgencias y veo que se trata de una mujer de 40 años, víctima de violencia doméstica. Cuando me acerco junto con Chelsea, médica de guardia hoy, veo que la paciente se encoge. Al instante entiendo que no se siente cómoda con mi presencia.

—Hola, Sra. Donavan, me llamo Richard Moore, soy el jefe de enfermería. Entiendo que no se sienta cómoda con mi presencia; voy a llamar a la enfermera Anna para que ayude a la Dra. Chelsea, ¿de acuerdo?

Ella asiente con la cabeza y veo que Chelsea sonríe, como si agradeciera que yo hiciera lo mínimo. Salgo de la sala y pido que Anna asuma la atención.

Nunca entenderé a esos hijos de puta que levantan la mano a una mujer. Es un tema que me saca de quicio y, para intentar calmarme, decido ir a la máquina de café a por un capuchino.

Al girar el pasillo me choco con alguien, pero, a diferencia de lo ocurrido más temprano, esta vez consigo ser rápido y la sujeto por la cintura.

—Parece que estamos condenados a chocarnos por los pasillos, pequeño desastre —digo.

Ella se recompone y se aparta.

—Esta vez la culpa no fue mía —dice Elizabeth.

—Culpable —levanto los brazos—. Estaba con la mente lejos. Acaba de entrar una paciente víctima de violencia doméstica y esos

casos me ponen de mala hostia. Es indignante cómo algunos hombres pueden ser tan cobardes.

La sonrisa que tenía en el rostro se le borra, y veo que aparta la mirada de la mía. Parece incómoda por un momento, inmersa en sus propios pensamientos, mientras asimila mis palabras. Rápidamente recupera la compostura, pero algo en su expresión me dice que hay más detrás de ese breve instante de vacilación.

—Tengo que irme; ha sido un gusto volver a verte, Richard — dice y se marcha rápido.

¿Habré tocado un tema sensible para ella? ¿O será que…? No, enseguida quito ese pensamiento de la cabeza. No quiero creer que Elizabeth haya sufrido algo tan abominable.

Capítulo 6

Elizabeth Carson

Oír de Richard que había entrado una paciente víctima de violencia doméstica me trajo recuerdos que intento a toda costa olvidar. Con miedo de venirme abajo delante de él, me despido y camino rápido para salir de allí.

Entro en mi sala, cierro la puerta y apoyo la espalda en ella. Ya hace un mes que no veo a Devon; no sabe dónde estoy, no tengo nada que temer. Controlo la respiración, como me enseñó mi psicóloga.

Desde que Devon golpeó mi coche, estoy con acompañamiento psicológico. Como dijo mi hermano, fue de extrema importancia.

Voy al baño, me echo agua en la cara y empujo la mezcla de emociones al fondo. Hoy es mi primer día de trabajo; necesito dar lo mejor de mí. Me gustó el hospital, la gente… no quiero tener que mudarme otra vez, o peor, que me miren con lástima.

Respiro hondo, salgo de la sala y me preparo para conocer a mis pequeñines.

En cuanto llego a la UCI reconozco a Ashley, la enfermera que Peter me presentó más temprano.

—Hola, Ashley —la saludo.

Ella me mira de pies a cabeza.

—Hola.

Se da la vuelta y entiendo que no es muy de hablar. Me lavo las manos, voy a la primera incubadora y cojo la ficha de mi mini paciente. Nació de 24 semanas, víctima de un intento de aborto tardío. No tiene nombre; las chicas que trabajan aquí la llaman Angel. La madre no volvió nunca más al hospital después del parto. Es tan pequeña, tan frágil…

—Ay, pequeña, lo que te han hecho… —susurro.

Hago un movimiento con las manos para calentarlas y empiezo los ejercicios. Comienzo realizando suaves movimientos de estiramiento en sus miembros minúsculos. Cada toque está hecho con sumo cuidado, consciente de la fragilidad de su cuerpo aún en desarrollo.

Canto bajito, aunque sé que no entiende.

Brilla, brilla, estrellita

Quiero verte brillar

Allá en lo alto, en el cielo

Como un dibujo de cordel

Me emociono al ver las pequeñas señales que da; los ojitos cerrados se mueven levemente, sus deditos se contraen suavemente en respuesta a los estímulos que le estoy ofreciendo. Cada movimiento, por más sutil que sea, es un pequeño paso hacia su recuperación y crecimiento.

Después de unos minutos termino, cierro la incubadora y me quedo observándola. *Vas a vencer, pequeña, y yo celebraré cada una de tus victorias* —pienso.

Me vuelvo a lavar las manos y me preparo para ir al siguiente bebé. Tenemos cuatro prematuros ingresados en este momento, y voy a hacer de todo para que estén bien.

Es increíble que, cuando hacemos lo que nos gusta, no sentimos pasar la hora. Solo me di cuenta de que había terminado mi turno cuando acabó el de Ashley y Cristina tomó su lugar.

—Son unos angelitos, ¿verdad? —dice Cristina al acercarse.

—Ay, sí que lo son…

—Hasta luego, Cris, hasta mañana —dice Ashley y se va.

—No le hagas caso; ella es así. Cuando entré, apenas me hablaba, y ahora… bueno, puedo decir que por lo menos nos saludamos —dice riendo.

—Mientras haga bien su trabajo —me encojo de hombros.

—Es buena, pero tiene celos de cualquier mujer que entre al hospital.

—¿Cómo así?

—Tiene un lío con Richard —ya lo habrás conocido—, y se muere de celos de cualquier mujer que pueda interesarle. Él solo tiene rollos pasajeros, y ella jura que con ella será diferente.

—Vaya…, pero respecto a mí puede estar tranquila. Los hombres no están en mis planes —abanico las manos—. Bueno, por lo menos no románticamente, si me entiendes. Ahora déjame ir, que ya terminó mi hora.

—Los viernes el personal se reúne para ir al bar de aquí al lado. ¿Vamos? Voy a aprovechar que estaré de libranza.

Desde que llegué aún no había salido por la noche. No sé si me sentiré bien. Ver una peli en el sofá de mi casa me parece mucho más atractivo.

—Hum, no sé, podemos ver —no voy a decir que no de primeras.

—De aquí a entonces te convenzo —dice guiñando un ojo.

Paso por mi sala, dejo la bata, cojo el bolso y me voy a casa. Estoy loca por un baño de tina bien calentito.

En cuanto paso la puerta del hospital suena mi móvil. Sonrío en cuanto veo de quién se trata.

—¡Hola, Erick!

—¡Liz, qué ganas de verte! —dice en cuanto atiendo.

—Ay, ni me lo digas… yo también. ¿Cuándo vienes a visitarme?

—¿Cómo fue el primer día en el NYP?

—Quitando que me caí de culo nada más entrar, todo bien. La gente es maja y me sentí bien… como si tuviera que estar aquí, ¿sabes?

—¿Cómo que te caíste de culo?

—¿Solo te fijaste en eso? —me río y niego con la cabeza—. Estaba distraída, leyendo tu mensaje y el de Josh, cuando choqué con un tío, y ya te puedes imaginar lo que pasó.

—¿Te hiciste daño? —pregunta preocupado.

—No te preocupes, solamente mi dignidad sufrió con la caída —sonrío—. Ahora dime, ¿cuándo vienes a verme?

Se queda en silencio. Aparto el móvil para confirmar si no se cortó la llamada.

—¿Erick?

Suspira.

—Vamos a ver, tengo que mirar bien mis días libres.

—Erick, siempre has tenido días libres los fines de semana, ¿qué historia es esa ahora?

—Están reestructurando algunos equipos, nada grave. Lo miro bien y hablamos, ¿vale? Ahora tengo que irme; llamé solo para saber cómo estabas.

—Vale, pero no pienses que me vas a estar dando largas. Beso, amigo mío, te quiero.

—Beso, yo también.

Colgamos en el momento en que llego al edificio. Mi sexto sentido me dice que esa historia es extraña y que Erick me está ocultando algo. Me hago una nota mental para hablar con Josh y ver si él sabe algo.

Al salir del ascensor, veo que mi vecina está discutiendo con alguien por móvil.

—¿Quiere que me quede hasta las 21 horas encerrada fuera de casa, señor Gutemberg? ¿En serio?

Busco tranquilamente mi llave en el bolso.

—Vale, si no hay otra manera, ¿qué le voy a hacer, no?

Cuelga y resopla.

Tiene mi altura y es una morena de ojos claros deslumbrante; me recordó muchísimo a Rihanna cuando era más joven. Me acerco y solo entonces percibe mi presencia.

—Hola, perdona, no quiero parecer entrometida, pero por lo que he entendido estás encerrada fuera, ¿cierto?

—Perdona, me exalté un poco —dice riendo—. Sí, salí y me dejé la llave dentro del piso, y el cerrajero solo podrá llegar después de las nueve.

—¿No quieres esperar en mi casa? Creo que es más cómodo que aquí en el rellano.

—No quiero molestar —dice.

—Qué va, no es molestia alguna. Por cierto, me llamo Elizabeth, pero puedes llamarme Beth —le tiendo la mano.

—Soy Amy —me saluda.

Abro la puerta y entramos. Aprovecho para hacer café. Hablamos de cosas cotidianas de la vida, y las horas pasan rápido. Solo nos dimos cuenta de que eran las 21:30 cuando llegó el cerrajero.

—Beth, muchísimas gracias.

—De nada, Amy. Cuando necesites un lugar para esperar al cerrajero, puedes contar conmigo —bromeo.

—Tranquila, me acordaré de eso.

Nos despedimos con un abrazo y voy a prepararme para dormir.

Conocer a Amy fue una buena sorpresa y, cada vez más, me siento en casa aquí.



La semana fue tranquila. Conocí a los padres de mis mini pacientes, menos a los de Angel, que sigue en su dura batalla por la vida.

Ayer me topé con Richard, pero esta vez el choque no fue en el sentido literal; estaba tomando un café con Cristina y él se nos unió en la cafetería. Creo que nunca me reí tanto en mi vida; es muy gracioso.

Al cabo de un rato se unió Ashley y, por la cara que puso, no le gustó nada cuando Rich, como le gusta que lo llamen, insistió en que fuera hoy al *afterwork*. Él y Cristina solo se calmaron cuando confirmé mi presencia.

Ahora estoy terminando de arreglar mi cara cansada. Me pongo corrector en las ojeras, colorete, rímel y estoy lista. Oigo golpes en la puerta, que enseguida se abre.

—¿Lista? —pregunta Cristina.

—Sí.

Salimos y vamos conversando sobre nuestro día.

Me cierro el abrigo en cuanto pasamos la entrada; hoy siento más frío de lo normal, menos mal que el Uptown Bar&Snooker[4] está en la misma manzana del hospital.

Estamos casi llegando a nuestro destino cuando siento un brazo sobre mi hombro y un perfume delicioso, amaderado, con un toque de canela, invade mis fosas nasales. Miro hacia arriba y Richard sonríe.

—Me siento excluido; ni me esperasteis —dice.

—Deja el numerito, Rich —dice Cristina.

Por fin entramos en el bar que, por la hora, está bastante concurrido. El local es espacioso: tiene mesas a la derecha, una barra al fondo con unos taburetes, cuatro mesas de billar a la izquierda y una pequeña pista de baile.

Cristina va delante de mí y Richard camina detrás. Ya no quedan mesas, así que nos sentamos en la barra a esperar a que llegue el resto.

—¿Qué vais a beber? —pregunta Richard.

—Una cerveza —responde Cristina.

—Lo mismo para mí.

Él pide entonces tres cervezas.

—Y entonces, Elizabeth, ¿qué tal está siendo trabajar en el NYP? ¿Te está gustando? —pregunta.

—Me está encantando. El ambiente, la gente, mis mini pacientes… está siendo todo mejor de lo que esperaba. Realmente necesitaba un buen lugar para recomenzar y siento que el NYP fue el lugar correcto.

El barman pone las bebidas delante de nosotros.

—Un brindis, entonces, por los recomienzos. Y que sea el inicio de una larga travesía con nosotros —dice, con los ojos clavados en los míos.

Asiento con la cabeza y brindamos.

—¿Cómo era en Texas? —pregunta Cristina.

Siento un escalofrío solo de pensar en todo lo que pasé con Devon, pero enseguida aparto los malos recuerdos y me centro en las cosas buenas que viví allí.

—Era bueno, principalmente el clima. ¿Cuándo se acostumbra uno al frío de Nueva York? —digo riendo—. Nací y crecí allí; nunca había pasado más de un fin de semana fuera.

—¿Qué te hizo mudarte aquí? —pregunta Richard.

Se me borra la sonrisa y aparto la mirada de la suya. No quiero sacar este tema; no quiero que me miren con pena, como la gente que sabía lo que había ocurrido hacía. Quiero —de hecho, necesito— enterrar este asunto para poder seguir adelante.

—No seas entrometido, Richard —Cristina le da un codazo.

—Qué va, es normal tener esa curiosidad. Pero sentía que mi lugar ya no era allí… entonces investigué algunas ciudades, los hospitales, y elegí este —me encojo de hombros.

Nuestras cervezas se acaban y, cuando Richard va a pedir más, llega el personal. Reconozco a Joanne, a Clarice y a Ashley, que se sienta al lado de Rich.

Todos piden sus respectivas bebidas y empieza a sonar "Say It Right", de Nelly Furtado. Simplemente adoro esa canción.

—¿Bailamos? —le pregunto a Cristina.

—Solo si es ahora mismo.

Vamos a la pista y dejo que el ritmo de la música resuene en cada fibra de mi cuerpo. Cierro los ojos y me muevo al compás contagioso que invade el bar. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan bien, tan… viva.

Definitivamente, la mejor elección que hice fue haber decidido venir aquí.

Capítulo 7

Richard Moore

Hipnotizado. Así es como me siento al ver a Elizabeth moverse al ritmo de la música. Baila con los ojos cerrados, completamente entregada al compás. Las manos recorren su cuerpo, mientras las caderas se mueven de un lado a otro. Cuando llega al estribillo de la canción, se muerde el labio inferior y, mierda, ojalá fuera yo quien lo hiciera.

La voz de Ashley se vuelve cada vez más lejana; toda mi atención está en la mujer frente a mí. Sin darme cuenta, mis piernas se mueven hacia la pista. Elizabeth parece sentir mi presencia, porque en cuanto me detengo a su lado abre los ojos y sonríe.

Acerco la boca a su oído y canto:

From my hands I could give you

Something that I made

From my mouth

I could sing you another brick that I laid

From my body I could show you a place

God knows

You should know the space is holy

Do you really want to go?[5]

Pego su cuerpo al mío y nos balanceamos al ritmo de la melodía. Pongo la mano en su cintura y la guío. Intento controlar mi erección, pero en vano. El calentón que me provoca esta mujer es enorme. Quedamos inmersos en un universo particular hasta que la canción termina.

—Entonces, además de guapa, ¿eres una excelente bailarina? ¿Qué más escondes, señorita Carson?

—Si te lo digo, tendré que matarte —dice riendo, y atrapa el labio inferior entre los dientes.

Llevo la mano a su rostro y, con el pulgar, le libero el labio.

—Quiero besarte —digo con la voz ronca de deseo.

Su boca se entreabre, la respiración se acelera y me mira con intensidad. Tiene las pupilas dilatadas y, aunque lo niegue, su cuerpo da indicios de que también me desea. Y entonces, como si saliera de un trance, parpadea y niega con la cabeza. Da un paso atrás, rompiendo nuestro contacto.

—Perdona, Rich, pero las relaciones no están en mis planes —mira hacia un lado—. Además, tu novia parece no estar nada contenta con esto.

Miro en la misma dirección y veo que Ashley nos observa con una expresión de rabia.

—Hablé de un beso, no de una relación. Y eso me lleva al segundo punto: no salgo con nadie, Elizabeth. Ni con Ashley ni con nadie —digo convencido.

—De cualquier forma, involucrarme con alguien del trabajo puede volver las cosas algo raras. Sin contar que no quiero buscarme líos con Ashley… ella ya parece que no le caigo muy bien, y eso solo empeoraría las cosas. Tú no sales con nadie, pero ¿Ashley lo sabe? Y, por favor, llámame Beth; no estamos en el hospital. Parece que me están regañando cuando me llaman Elizabeth.

—De acuerdo, Beth, Ashley siempre supo mis términos. Pero está bien, si no quieres no voy a insistir. Sé lo pesado que es cuando no respetan nuestra decisión e intentan forzar algo más —doy un paso atrás—. ¿Podemos ser amigos, al menos?

Entorna los ojos y se queda en silencio unos segundos.

—Creo que sí podemos ser amigos —dice sonriendo.

Tiende la mano y la estrecho.

—Amigos, entonces.

Seguimos con las manos unidas, y el mismo calor que sentí el día en que nos conocimos vuelve a hacerse presente. Rompo el contacto y seguimos mirándonos.

—Vamos a por otra bebida, *amigo*.

—Vamos, *amiga*.

Volvemos a la barra, pedimos otra cerveza y nos sentamos.

—¿Qué fue eso, Richard? ¿Vas a estar tirándole los trastos a otra delante de mí? —dice Ashley al pararse a mi lado.

—Beth, ven aquí para que te muestre una cosa —dice Cristina.

Beth va de inmediato y Ashley se acerca más.

—Ash, somos libres para hacer lo que queramos, siempre lo has sabido —intento calmarla.

—Nunca te quedaste ni demostraste interés por otra persona delante de mí como lo hiciste ahora, Richard.

—No quiero hacerme el hijo de puta, pero sabes que eso no significa que fui exclusivo mientras estuvimos quedando, Ashley. Estuve con otras mujeres, incluso con algunas que trabajan con nosotros —respiro hondo. Odio estas situaciones, por eso evito al máximo repetir polvo. Esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte, Ash. Creo que estás confundiendo las cosas y, para que no te hagas daño, es mejor que no nos sigamos involucrando.

—¿Estás cortando conmigo, Richard?

—Ashley, no tenemos nada para que yo "corte" contigo.

—Bastó con que llegara esa tal para que empezaras a tratarme así.

Sus ojos chispean de rabia, y trato de controlarme, eligiendo bien mis próximas palabras. A pesar de todo, no quiero que lo pase mal.

—¿Así cómo, Ashley? Solo estoy diciendo que estamos en momentos diferentes de la vida. Tú quieres algo más serio, algo que yo no puedo darte.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos. Y Beth no tiene nada que ver con esto; no te refieras a ella de esa manera.

—Aún te vas a arrepentir y vas a venir detrás de mí.

Me da con el hombro y se va. Me llevo una mano a los ojos y los froto. Miro hacia atrás y veo a Beth y a Cristina paradas mirándome, comiendo patatas fritas y bebiendo cerveza, como si estuvieran asistiendo a un espectáculo.

—Muy bonito, ¿eh? Cotilleando sobre la vida ajena —bromeo.

—Jamás, solo estábamos apreciando el show —dice Cristina.

—No somos cotillas, solo nos gusta mantenernos bien informadas. Y no es culpa nuestra que estuvierais teniendo una discusión de pareja justo delante de nosotras —dice Beth encogiéndose de hombros.

—Olvidemos esto, por el amor de Dios —me giro hacia el barman—. Tres chupitos de tequila, por favor.

—¿Para quién estás pidiendo eso? —pregunta Beth.

—Pues para los tres, ¿para quién más sería? —explico.

—No, no, gracias, pero paso… el tequila y yo no nos llevamos muy bien, y mañana tengo un compromiso al que no puedo faltar —dice.

¿Compromiso? ¿Será con algún hombre? Bueno, sea o no, no es asunto mío*. Pero te encantaría que ese compromiso fuera en tu cama* —dice mi subconsciente.

—Hablando de eso, ya es mi hora. Hasta el lunes, chicos —dice Beth.

Se despide de todos y se va. La observo hasta el momento en que cruza la puerta y, al girar el rostro hacia Cristina, me mira con una sonrisa ladeada.

—¿Qué fue, mujer? —pregunto.

—Límpiate la baba.

—Qué graciosa estás, Cris…

—Estás loquito por ella.

—No lo estoy.

—Sí lo estás.

—Me parece guapa, y ya. Aquí no hay nadie loquito ni nada.

—Algo me dice que aún vamos a tener otra conversación como esta…

—No me eches mal de ojo, ¿eh? Por cierto, ¿no es hora ya de que te vayas a casa? Andrew debe de echarte de menos —digo, refiriéndome a su marido.

—Es increíble tu capacidad para cambiar de tema, Richard. Pero sí, yo también ya me voy —dice mientras coge el bolso—. Solo no dejes de vivir algo por miedo, Rich. Eres un tío demasiado increíble y mereces vivir todo lo que la vida tiene para ofrecerte.

Me da un beso en la mejilla y se va. Yo no me cierro por miedo. No tengo miedo a nada; solo no quiero quedarme vulnerable

por culpa de un sentimiento que puedo controlar.

Miro alrededor y veo que la mayoría del personal del hospital ya se ha ido. Reflexiono si vale la pena buscar a alguien para terminar la noche y rápidamente llego a la conclusión de que no.

Fue un día intenso, pago la cuenta y me voy a casa a descansar.



Despierto con el móvil sonando. ¿Quién es el cabrón que llama a estas horas de la madrugada en pleno sábado?

Palpo la mesilla de noche y encuentro el aparato.

—¿Diga?

—Buenos días, rayo de sol —dice Matthew.

—¿Se puede saber por qué me llamas a esta hora? Es sábado, Matthew, vete a follar, a correr o a lo que te dé la gana, pero déjame dormir.

—¿Qué es eso, guapo, qué humor de perros es ese? Ya son las 10:30 h.

—No me importa; mi cuerpo aún no cree que sea hora de despertarse. Di de una vez qué quieres y déjame volver a dormir.

—¿Tienes algún plan para hoy?

—¿Dormir?

—Hablo en serio.

—Yo también.

—Vale, te encuentro entonces a las 13 h para almorzar en el Manhattan Mall[6]*. Para entonces ya le habrá dado tiempo a la bella*

durmiente de despertarse, ¿no?

—Vete a la mierda.

Él se ríe y cuelga.

Me revuelvo de un lado a otro, pero no consigo volver a dormir. Cojo el móvil y veo que hay algunos mensajes de Ashley. Decido responder después.

Ya que no consigo volver a dormir, me levanto y aprovecho para darme una ducha.

Después le doy un repaso a la casa y, cuando termino, llamo a Amy.

—Hola, Grandullón.

—Ey, Pequeña. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Mal, ya que mi hermanita ya no me llama.

—Richard, deja el drama. Solo estuve liada esta semana en el trabajo.

—Apuesto a que para el baboso sí tuviste tiempo.

—Ni te voy a responder. ¿Qué tal cenar en mi casa hoy?

—Puede ser.

—Entonces vale, hasta luego. Te quiero.

—Yo también.

Me arreglo y salgo para ir al encuentro de Matthew.

En cuanto llego, veo que ya está en el restaurante al que solemos ir.

—¿La bella durmiente ya ha descansado?

—No sé por qué soy tu amigo.

—Porque soy el mejor —dice el caradura—. ¿La noche estuvo movida ayer?

—Si hubieras ido, lo sabrías.

—Ayer ya tenía plan con Sarah.

—Quedas perdonado solo porque no fue algún compromiso con la pirada.

—¿Cómo fue ayer?

—Normal.

—¿Y qué sería normal?

—Bebimos unas cervezas, conversamos, bailamos, Ashley tuvo una crisis de celos y yo di por terminado lo nuestro.

—Guau, si eso es un afterwork normal, no quiero ni ver el día que pase algo. ¿Cómo fue con Ashley?

—Desde que vino con esa idea de cenar con su madre ya me quedé con un pie atrás. Y ayer montó un numerito por los celos con Beth; aproveché para dejar claro que no vamos a vernos más.

—¿Y por qué le dio celos de Beth? —dice con una sonrisa ladeada.

—¿No te dije ya que no la llamaras así?

—¿Cuál es el problema? —dice mientras cruza los brazos.

—Beth; le gusta que la llamen así. No tienes confianza con ella para eso.

—¿Y tú la tienes?

—Justamente no, y por eso la llamo Beth, como pidió.

Se queda mirándome en silencio, con los ojos entornados.

—¿Qué fue? —pregunto.

—Nada —dice con una sonrisa cabrona en la cara, y puedo imaginar lo que está pasando por su cabeza.

Decido cambiar de tema.

—Entonces hagamos el pedido ya; necesito ir a Macy's antes de irme a casa —digo.

Capítulo 8

Elizabeth Carson

Es tan bueno no hacer absolutamente nada. Por la mañana fui al concesionario y por fin me compré el coche nuevo. Vida nueva, todo nuevo.

Cuando llegué a casa comí, vi una película, dormí y ahora estoy terminando de hacer la cena.

Estoy concentrada en la receta cuando suena mi móvil y contesto sin mirar quién es en la pantalla.

—Hola.

—Hola, hermana —dice Josh.

Parece que me leyó el pensamiento; iba a llamarlo hoy mismo.

—Hola, hermano, ¿cómo van las cosas?

—Todo bien, ¿y tú?

—Bien. ¿Sabes si Erick está bien? Le pregunté cuándo iba a venir a visitarme y cambió de tema…

Se queda en silencio.

—Josh…

Respira hondo antes de hablar.

—Me hizo prometer que no te lo contaría, Beth.

—Ahora lo vas a contar.

—Devon apareció en el hospital y confrontó a Erick, haciendo amenazas serias en caso de que no dijera dónde estás.

En cuanto oigo sus palabras, cierro los ojos. Lo último que quería era arrastrar a Erick a este lío. Obvio que está haciendo bien en alejarse de mí; si le pasa algo, jamás voy a perdonarme.

—¿Beth? Deja de perder los nervios.

—No estoy entrando en pánico.

—Ajá, y me llamo Clinton. Te conozco como la palma de mi mano, Elizabeth, y el motivo por el que Erick no quería que te lo contara era justamente ese. Le estoy ayudando con esto, tranquila…

—Lo intentaré, hermano, pero Devon está enfermo; me da miedo que haga algo contra vosotros.

—No lo hará. Ahora cuéntame, ¿cómo van las cosas por ahí?

—Mejor, imposible. Tengo la sensación de que pertenezco a este lugar… es como si mi destino estuviera aquí, ¿sabes? La gente del trabajo es muy maja, sin hablar de Amy, mi vecina.

—Me alegro mucho por ti, hermana. Te mereces ser muy feliz.

Después de unos minutos más conversando, cuelgo. Intento procesar la avalancha de emociones que me inundan. La amenaza de Devon es un recordatorio sombrío de que mi pasado aún puede alcanzarme, incluso cuando estoy intentando seguir adelante con mi vida.

Vuelvo a centrarme en lo que estaba haciendo y, unos minutos después, termino de cocinar. Separo toda la basura y aprovecho para tirarla al contenedor ya.

Me miro al espejo y decido no cambiarme el pijama. El cubo está aquí mismo en el pasillo; sería mucha mala suerte si me cruzo con alguien.

Cojo la bolsa y, en cuanto cierro la puerta, oigo el ruido del ascensor llegando. No puede ser; casi nunca veo a nadie aquí y

tiene que pasar justo cuando llevo mi pijama más gastado. Intento abrir la puerta de nuevo, pero me enredo, y entonces veo que la puerta del ascensor ya se ha abierto.

Cuando creo que no puede empeorar, me quedo estática al ver quién sale del ascensor.

¿Cuáles son las probabilidades de encontrarme a Richard en el pasillo de mi edificio? Muchas gracias, universo; era justo lo que me faltaba, encontrarme a un compañero de trabajo en estas condiciones.

La expresión que pone cuando me ve es de puro shock.

—¿Pequeño desastre? ¿Qué haces aquí? —pregunta.

—La que debería hacer esa pregunta soy yo, ya que estás en el pasillo de mi apartamento.

En ese momento, la puerta de Amy se abre.

—Grandullón —dice animada y salta a sus brazos.

El mundo es un pañuelo. ¿Amy conoce a Richard? Y entonces una suposición me cruza la cabeza y me pone en alerta. ¿Será que él es su novio? Si lo es, tiene mucha cara, ya que la engaña con Ashley y ayer mismo incluso me tiró los trastos.

Amy me contó por encima lo de su reciente relación, pero aún no tuve ocasión de conocerlo. Me dijo su nombre, pero mi memoria de Dory[7] no me permite recordarlo.

Recuerdo entonces que Richard fue tajante al decir que no sale con nadie, pero voy a averiguar bien esa historia, porque si es el novio de ella tendré que avisarla, ya que sus cuernos deben de ser más grandes que los del reno de Papá Noel.

Cuando la baja al suelo, percibe mi presencia.

—¡Beth! —dice, y viene a mi encuentro para darme un abrazo.

—Hola, Amy —correspondo al gesto.

—¿Os conocéis? —pregunta Richard.

—Sí, Beth fue mi ángel el día que me quedé fuera de casa —dice sonriendo y se vuelve hacia él—. ¿Recuerdas que te conté? Una vecina me acogió mientras esperaba al Sr. Gutemberg.

Él asiente.

—Realmente parece un ángel cayendo en nuestras vidas, ¿no, pequeño desastre? —dice con su humor típico.

—¿Pequeño desastre? —pregunta Amy, confusa.

—Una larga historia, Pequeña.

Me suena la tripa bien fuerte y me acuerdo de mi estado actual.

—Ha sido genial veros, pero tengo que irme. Amy, ¿nos vemos luego?

—¿No quieres cenar con nosotros? —pregunta.

—Qué va, no quiero molestar.

—No aceptamos un no por respuesta, *amiga* —dice mirándome a los ojos.

—Vamos, Beth, no molestas en absoluto —dice Amy.

—Vale, habéis ganado, pero necesito cambiarme de ropa.

Me arrepiento de haberlo dicho, porque en ese instante Richard me mira de arriba abajo y veo que aprieta los labios uno contra otro para aguantarse la risa.

—Voy a dejar la puerta entornada. Vamos, Grandullón, ayúdame a poner la mesa mientras nuestra invitada llega —lo tira de la mano.

Tiro la basura y voy a cambiarme. Guardo la comida que había hecho en la nevera; la aprovecharé para comer mañana.

Elijo un pantalón gris de chándal holgado y una blusa blanca. Me recojo el pelo en una coleta y decido llevar un vino para no llegar

con las manos vacías.

Elijo uno de mis preferidos: vino tinto portugués, de la bodega Cartuxa. Apago las luces y salgo de casa.

Doy unos golpecitos en la puerta antes de abrirla.

—Estoy entrando —anuncio al entrar. ¿Te imaginas pillar a los dos en una situación comprometida?

—Estamos en la cocina —dice Amy.

Cierro la puerta y voy a su encuentro.

—Espero que os guste mi elección —levanto la botella.

—¿Cómo adivinaste que es mi favorito? —dice Richard.

—¿Es tu favorito? También es el mío —me animo.

—Yo paso; no soy muy de vino, prefiero la vieja y buena cerveza. Pero, de todas formas, hoy me quedo con agua, que mañana tengo que levantarme temprano —dice Amy.

Richard abre la botella y llena las copas. Me entrega una y brindamos. Al saborearlo, cierro los ojos. Este es, realmente, el mejor vino que he probado.

Ayudo a poner la mesa y me siento al lado de Amy y frente a Rich.

Hablamos del hospital y, cuando Amy dice que Richard es su hermano, siento un alivio inmediato. ¿Te imaginas si yo tuviera que ser la portadora de la noticia de que Richard no era fiel? Menos mal.

—Ni te pregunté si comes lasaña, Beth —dice Amy.

—Ah, si hay algo en lo que no soy tiquismiquis es con la comida. Como de todo.

—¿De *todo*? —dice Richard moviendo las cejas.

—Ni te voy a contestar, Richard.

—A veces creo que estoy en la profesión equivocada… debería ser humorista —dice Amy.

—No podría estar más de acuerdo contigo, Amy —entro en la broma.

—Eh, eh, ¿de verdad os vais a unir contra mí? —dice con falsa indignación.

El horno pita y Richard va a sacar la fuente. Nos servimos y, en cuanto me llevo el primer trozo a la boca, suelto un gemido de satisfacción.

—Amy, voy a pasar a comer todos los días aquí en tu casa. ¡Esto está maravilloso! Nunca he comido una lasaña tan rica.

—Yo se lo enseñé —dice Richard.

—Ajá, sí, claro.

—Pues es verdad, Beth. Pero debo añadir que es lo único que sabe cocinar.

—¿Para qué saber hacer varios platos mediocres si puedo concentrarme en uno solo y ser experto?

—No tienes remedio, Grandullón.

Nos reímos. Continuamos la comida en un ambiente alegre y distendido. Amy cuenta que Liam, su novio, está de viaje por trabajo y yo hablo de Angel, y de cómo mostró pequeños avances esta semana.

Terminamos de comer y ayudo a recoger la mesa. Meto los platos en el lavavajillas, Richard guarda lo que sobró en la nevera y Amy limpia la mesa.

Nos sentamos en el sofá, Richard vuelve a llenar mi copa y seguimos conversando. A medida que avanza la noche, me doy cuenta de que las horas han volado cuando Amy dice que va a acostarse.

—Vaya, hemos perdido la noción del tiempo. Mejor me voy —digo levantándome ya.

—Qué va, podéis quedaros ahí sin problema alguno —dice Amy.

—Tiene un sueño de piedra, Beth, tranquila que no la vamos a molestar…, pero, si prefieres, podemos seguir charlando y bebiendo vino en tu casa —dice Richard.

—¡Madre mía, Richard, qué caradura! ¿Dónde se ha visto que te invites a su casa así? —dice Amy.

—No tienes remedio —digo riendo—. Vamos; aprovechamos y abrimos otro vino —señalo con la barbilla la botella vacía sobre la mesa de centro.

Me despido de Amy con la promesa de que lo haremos más veces y guío a Richard hasta mi casa.

—Bienvenido a mi humilde morada —extiendo el brazo.

Entra y veo que se fija en cada detalle de la estancia.

—Ponte cómodo, voy a por el otro vino.

El elegido esta vez fue un vino tinto chileno. Lo abro, lleno las copas y vuelvo al salón. Veo que Richard sostiene la foto en la que estoy con mi madre y Josh, el día de mi graduación. Solo nota mi presencia cuando llego bien cerca.

—Esa, imagino, será tu madre —dice, y yo asiento—. Os parecéis mucho.

—Sí, esa es doña Lilly, y este es Josh, mi hermano —señalo la foto.

Deja el objeto en su sitio y vamos al sofá. Nos sentamos lado a lado y encadenamos una conversación envolvente, perdiendo de nuevo la noción del tiempo.

En cierto momento, cuando Richard cuenta cómo fue tener que cuidar de Amy después de que sus padres fallecieran, nos miramos y

reconocemos silenciosamente el consuelo de la compañía del otro.

Estamos sumergidos en una conversación estimulante que parece no tener fin. La sensación de conexión y amistad nos envuelve, y nos permitimos relajarnos en la compañía mutua, sin prisa porque llegue la madrugada.

Capítulo 9

Richard Moore

El ruido irritante del tono del móvil me despierta. Abro los ojos y veo por la ventana que aún está oscuro. Intento mover el brazo para atender la llamada, pero una extraña sensación de entumecimiento me lo impide. Miro hacia abajo y percibo que Beth está recostada sobre mi brazo, durmiendo tranquilamente.

Una sonrisa involuntaria se dibuja en mis labios mientras observo su expresión serena y tranquila. Se ve tan vulnerable y adorable ahí, tan distinta de la mujer fuerte y determinada que veo durante el día.

Anoche estábamos tan metidos en la conversación que no nos dimos cuenta de cómo avanzaba la hora y, cuando me fijé, ya me había dormido en su sofá, con ella a mi lado.

El móvil vuelve a sonar, sacándome del letargo, y con un movimiento ligero retiro el brazo de debajo de Beth, que sigue en su sueño tranquilo. Me levanto, cojo el aparato y contesto, ya imaginando quién será.

—Matthew, espero que tengas un buen motivo para llamarme en la madrugada del domingo —digo mientras voy a la cocina.

—¿Hola? ¿Quién habla?

Esa voz no es de Matthew.

—Tú has llamado; ¿con quién quieres hablar?

—Quiero hablar con mi hermana… ¿quién eres tú?

Aparto el móvil del oído, veo que aparece el nombre Josh y recuerdo que ese es el nombre del hermano de Beth.

—Eh… Josh, ¿verdad? Me confundí, pensé que era mi móvil.

—¿Y por qué pensaste que el móvil de mi hermana era el tuyo? ¿Y encima a estas horas? ¿Sabes qué? Da igual, pásale el móvil, por favor. Es urgente.

Suelto un bufido. Qué baboso maleducado.

Vuelvo al salón y me acerco a Beth. Está tan serena durmiendo que me da pena despertarla, pero entonces recuerdo las palabras de Josh diciendo que era urgente.

—Ey, Beth —la llamo, pero no despierta—. Beth, despierta, tu hermano quiere hablar contigo.

Se incorpora rápidamente.

—¿Josh? ¿Qué hace aquí? ¿Qué hora es?

—Calma, está al móvil. Pensé que era el mío y contesté —le tiendo el móvil para que atienda.

—¿Josh? ¿Qué ha pasado? —dice cuando coge el aparato.

Se queda en silencio escuchando lo que dice y, por su expresión, no son buenas noticias. Camina de un lado a otro, hasta que de repente se detiene.

Beth se sienta y, unos segundos después, el móvil se le resbala en el regazo; se queda paralizada mirando a un punto fijo. Noto que le tiemblan las manos.

En una fracción de segundo me siento a su lado y cojo el móvil.

—¿Josh? Me llamo Richard, trabajo con Beth. Parece que está en estado de shock.

—Mierda. Richard, por favor, quédate a su lado; me da miedo que Beth haga alguna tontería —respira hondo—. *Un gran amigo nuestro fue hospitalizado y está en estado grave.*

En ese momento, Beth me arrebata el móvil de la mano.

—Josh, me voy para allá —dice—. No, no tengo nada que pensar; voy a mirar ahora mismo un vuelo y en nada llego.

Se queda en silencio, escuchando lo que dice su hermano.

—Vale, te quiero —dice y cuelga.

Permanece aún mirando el móvil en sus manos, absorbiendo la información.

Tomo una decisión que al principio me asusta, pero creo que es la correcta.

—Ve a preparar tus cosas mientras yo miro los billetes —me muevo para agilizar las cosas.

—¿Billetes? —pregunta, desconfiada.

—Claro; no voy a dejar que vayas sola en este estado, Beth.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué? ¿Por qué estás haciendo esto por mí? —pregunta, inclinando la cabeza.

—¿No somos amigos? Esto es lo que hacen los amigos.

Se queda mirándome quieta; parece no creer lo que digo.

—Vamos, mujer, acelera eso mientras yo miro los billetes.

Me mira por última vez antes de darse la vuelta e ir al dormitorio. Cojo mi móvil, entro en la web de la aerolínea y, para nuestra suerte, encuentro un vuelo para dentro de tres horas.

Compro los billetes y voy a avisar a Beth, pero nada me prepara para la visión que tengo en cuanto llego a la puerta de su cuarto.

Elizabeth está solo con bragas y sujetador, ambos de encaje negro, que contrastan con el tono claro de su piel. El tanga, de hilo dental, se pierde en su culo respingón, redondito, durito… tal y como lo imaginé.

Que Dios me ayude; esta mujer es demasiado sexy para mi cordura. Me quedo mirándola como un idiota. No consigo moverme; mis ojos parecen pegados a la imagen de la mujer frente a mí.

Como si sintiera mi presencia, se gira y, hostia puta, si de espaldas ya estaba para morirse, de frente no tengo ni palabras.

Paso los ojos lentamente por todo su cuerpo. Las piernas son torneadas, gruesas en la medida justa, e imagino cómo sería tenerlas alrededor de mí. Subo más y llego al coño, marcadito en las bragas de encaje casi transparentes. Sigo subiendo y paso por su barriga, totalmente lisa.

A medida que sigo subiendo la mirada, noto que su respiración está acelerada. El sujetador se amolda perfectamente a sus dos generosos pechos. Tiene los pezones duros, y se me hace la boca agua al imagi…

—¡Richard! —grita ella, cogiendo una toalla y cubriéndose.

—Yo —carraspeo— vine a decir que compré los billetes y que voy a tener que pasar por casa para coger algo de ropa. ¿Nos vemos aquí en treinta minutos?

—To-todo bien —dice.

Asiento y me doy la vuelta para coger mis cosas.

¿Cómo voy a sacarme esa imagen de la cabeza? ¿Cómo voy a tratarla solo como amiga, si la quiero, ahora más que nunca, en mi cama?

Como vivo cerca del edificio de Beth, llego a casa enseguida y cojo algunos cambios de ropa que meto en la mochila. Iba a olvidarme del cargador y, cuando abro el cajón donde lo dejo, veo unos preservativos, lo que me hace imaginar a Beth totalmente

desnuda sobre mi cama… sacudo la cabeza rápido para espantar el pensamiento.

Concéntrate, Richard, concéntrate.

Cojo todo lo que necesito, cierro todas las ventanas y salgo de casa.

En cuanto entro en el coche, le mando un mensaje a Beth avisando de que voy de camino.

Paro en la puerta del edificio y veo que Elizabeth ya está lista esperándome. Deja su mochila en el asiento trasero y arranco rumbo al aeropuerto.

El camino lo hacemos en silencio. Por el rabillo del ojo veo que está inmersa en sus pensamientos y, por cómo chasquea los dedos y mueve las piernas, deduzco que está nerviosa.

Por la hora y por ser el día de la semana que es, no tardamos en llegar *al Newark Liberty International Airport*[8]. Aparco el coche y rápidamente nos dirigimos al mostrador de facturación.

Nos acomodamos en el avión y, mientras Beth habla con Josh para decirle que ya estamos de camino, aprovecho para revisar mis mensajes. Siete mensajes de Ashley. Los ignoro; no quiero lidiar con ella y sus pataletas ahora.

Beth carraspea y la miro; me mira fijamente.

—¿Qué pasa?

—¿No vas a responder a Ashley?

—Ya dejé clara nuestra situación. Siempre fui lo más transparente posible con ella, Beth. Sabe la historia de mis padres y mi motivo para no salir en serio. Jamás prometí nada; ella se hizo en su cabeza la posibilidad de una relación entre nosotros —me detengo y respiro hondo—. Ayer te conté por encima cómo fue cuidar de Amy después de que murieran, pero no te conté todo… sobre su relación y cómo eso moldeó mi opinión sobre las relaciones.

Ella pone la mano sobre la mía.

—Cuando quieras hablar de eso, sabes que estoy aquí. No tengo palabras para agradecerte lo que estás haciendo por mí, Richard.

Cubro su mano con la mía y nos miramos, ambos con una sonrisa en la cara.

El aviso de la tripulación indicando que en breve el avión va a despegar nos saca de nuestra burbuja.

Nos acomodamos en el asiento y nos abrochamos el cinturón.

Miro por la ventanilla y reflexiono sobre cómo, incluso en pocos días, mi conexión con Beth se ha vuelto tan grande. Es una persona increíble, llena de luz y determinación, y estar cerca de ella me hace sentir completo de una manera que nunca experimenté antes.

Como si una pieza importante del rompecabezas por fin encajara. Y eso es algo que me sorprende, me encanta y me asusta al mismo tiempo.

Capítulo 10

Elizabeth Carson

Culpable. Soy culpable de que otra persona inocente pague por un error mío. Traje a ese monstruo a la vida de las personas que amo y, si hoy mi amigo está luchando por su vida, la culpa es enteramente mía.

Cuando Josh me contó que Erick está hospitalizado después de recibir una paliza de Devon, mi mundo se vino abajo.

Salgo del ensimismamiento cuando la tripulación autoriza el desembarque. Después de más de tres horas de vuelo, por fin estamos en suelo tejano, y siento que la ansiedad aumenta a cada segundo.

Cojo mi mochila, le tomo la mano a Richard y lo guío hacia la salida.

En el momento en que se ofreció a venir conmigo, no me paré a pensar que tendría que contarle más a fondo sobre mi pasado y, principalmente, sobre Devon.

La idea de que tendremos esa conversación me pone aún más nerviosa. No pretendía que nadie en Nueva York supiera de esto… y solo pensar que Richard pueda empezar a mirarme con pena me aterroriza. Estamos construyendo una relación de amistad tan ligera y agradable… no quiero que Devon vuelva a entrometerse en nada más en mi vida.

Cuando hablamos ayer, solo le conté que me fui a Nueva York buscando un nuevo comienzo, pero sin entrar en mayores detalles.

Mi hermano ya ha iniciado el proceso de divorcio contencioso, y no veo la hora de no tener ningún tipo de vínculo con Devon.

Al salir de la zona de llegadas, enseguida veo a mi hermano esperándonos. Sin pensarlo dos veces, corro hacia él y lo abrazo con fuerza.

—Hermano… —no consigo decir nada más, porque suelto el llanto que estaba atrapado en mi garganta.

—Shh, estoy aquí, hermana. Erick es fuerte, todo va a salir bien.

—La culpa es mía, un inocente más está sufriendo por mis errores.

Él deshace el abrazo y me sujeta la cara con las manos.

—Elizabeth, ¿cuándo vas a entender que tú eres una más de las víctimas de ese canalla? Sácate eso de la cabeza, hermana… no tienes la culpa de las actitudes de ese desgraciado.

Oigo a Rich carraspear y entonces recuerdo que no los he presentado.

Doy un paso atrás y me seco las lágrimas con las manos.

—Hermano, este es Richard. Richard, este es mi hermano, Josh —los presento.

—Un placer, Richard. Gracias por no dejar a Beth sola —dice mi hermano.

—Un placer, Josh. Nada, no hay nada que agradecer; no he hecho más que lo que corresponde a un amigo —dice él y me guiña un ojo.

Pongo los ojos en blanco; Richard no tiene remedio.

—¿Vamos? Si no nos damos prisa, no vamos a poder desayunar antes del horario de visita, y ya sabes cómo se estresa doña Lilly cuando no desayunamos.

Esbozo una leve sonrisa, recordando las innumerables veces que mi madre me regañó por salir al trabajo sin comer.

Me siento en el asiento trasero y Richard va de copiloto. Josh arranca y nos vamos a casa de mi madre.

Mientras seguimos por las calles de la ciudad en la que nací y crecí, oigo que Josh charla algo con Richard, pero todos mis pensamientos se concentran en Erick.

Él va a mejorar… tiene que mejorar. Hago una plegaria en silencio para que mi amigo se recupere lo antes posible… y que algún día sea capaz de perdonarme.

En cuanto el coche se detiene, ya abro la puerta y bajo. Al entrar en la casa, el característico aroma a vainilla me recibe.

—¡Mi amor, qué ganas de verte! —dice mi madre al abrazarme.

—Yo también te echaba de menos, mamá.

—¿Y quién es este chico tan guapo? —pregunta.

—Este es Richard, un amigo del trabajo —lo señalo.

—Es un placer, señora Carson —dice Rich y le besa la mano.

—Nada de señora, solo Lilly —dice con una sonrisa en la cara —. Venid, chicos, acabo de poner la mesa. Debéis de estar famélicos.

—En realidad, mamá, no tengo hambre; voy a dejar la mochila en mi cuarto y me voy ya al TMC. Quiero estar allí en cuanto comience el horario de visita.

—Elizabeth Carson, no sales de esta casa sin tomar al menos un zumo.

—Tu madre tiene razón, Beth; no has comido nada desde ayer, puedes acabar encontrándote mal —dice Richard.

Mi madre lo mira con los ojos brillando y yo pongo los ojos en blanco.

—Solo un zumo —levanto el dedo índice.

Me sirvo zumo de naranja y me siento al lado de Josh. Richard se acomoda frente a mí, junto a mi madre.

—Entonces, Richard, ¿tú también eres fisioterapeuta? —pregunta mi madre.

—No, soy enfermero.

—Es una profesión preciosa —dice sonriendo.

—No está muy reconocida; mucha gente tiene prejuicios, más aún por ser hombre, pero me apasiona mi trabajo.

Se enzarzan en una conversación animada sobre el hospital y yo los observo. A Rich le encanta lo que hace; ya lo vi en acción y puedo afirmar que es un profesional muy dedicado que ejerce su función con verdadera pasión…, pero verlo entusiasmado contando sobre su trabajo es realmente fascinante.

—Cierra la boca, que se te va a caer la baba —dice Josh al oído.

Parpadeo unas cuantas veces y carraspeo.

—No sé de qué hablas —disimulo mientras termino el zumo—. Por cierto, voy a dejar las cosas en el cuarto y ya podemos irnos. No quiero perder tiempo, que mañana bien temprano vuelvo a Nueva York —me levanto de la mesa.

Al entrar en mi cuarto, voy directa al baño y me echo agua en la cara. Yo no estaba babeando por Richard; Josh está delirando. ¿Lo admiro como profesional? Mucho. ¿Me conmovió su actitud de acompañarme? Obvio. Pero eso no quiere decir nada; solo estamos reforzando nuestra reciente amistad.

Muevo la cabeza y vuelvo mi pensamiento a Erick. Necesito concentrarme en él. No voy a llenar mi cabeza con las tonterías que dice Josh.

Me recojo el pelo, compruebo si el móvil y los documentos están en el bolso y salgo.

—¿Vamos?

—Richard solo fue a dejar las cosas en el cuarto de invitados —dice Josh.

—¿Hija? —me llama mi madre y me toma las manos—. Te conozco mejor que nadie, y me imagino lo que está pasando por esa cabecita. No cargues con una culpa que no te corresponde, mi amor. No tienes culpa de nada —abro la boca para responder, pero no me deja—. Sé que aún no eres capaz de creerlo, pero voy a repetirlo hasta que entiendas que tú también eres víctima de Devon y no tienes culpa de absolutamente nada de lo que ese monstruo hizo.

Me limito a asentir con la cabeza. No consiguen entender que, si no hubiera perdonado a Devon tantas veces, nada de esto habría pasado… y eso me hace sentir tan culpable como a él.

—¿Vamos? —dice Josh.

Me aparto de mi madre y veo que Richard nos mira. ¿Desde cuándo está ahí? ¿Habrá oído algo? Lo dejo para pensarlo después.

Josh nos lleva al TMC, y es imposible no emocionarme cuando entro en el lugar en el que trabajé durante tantos años…, pero me golpea el sentimiento de que ya no pertenezco a este sitio.

Cómo es la vida de curiosa; me mudé hace menos de dos meses, pero parece que hace años que estuve aquí por última vez… es increíble cómo conseguimos adaptarnos rápidamente a lugares, personas y situaciones nuevas.

Saludo a algunos antiguos compañeros de trabajo y vamos a la planta de la UCI. En cuanto salimos del ascensor, veo a Alice, lo más parecido a una amiga que tuve allí.

—¡Beth! Qué bueno verte por aquí de nuevo —dice al abrazarme.

—¡Alice, parece que no te veo desde hace una vida! ¿Cómo está nuestro pequeño guerrero? —pregunto por Bryan, el bebé que nació con 28 semanas.

—Está genial; le dan el alta mañana.

Una punzada de alegría me invade el pecho. Es bueno tener al menos una buena noticia en medio de tantos acontecimientos malos.

Me despido de Alice con la promesa de que volveré con más calma para ponernos al día.

Me hago la asepsia[9] y me pongo la ropa propia de la UCI. Rezo en silencio antes de entrar, pero nada me prepara para la escena que veo frente a mí.

Ver a mi amigo, siempre tan lleno de vida, ahí, estático, con cables conectados a su cuerpo inmóvil, me rompe entera.

Tiene un vendaje en la cabeza, lo que indica que pasó por una cirugía.

Le sujeto la mano y la acaricio.

—Erick, no existen palabras en el mundo que puedan expresar cuánto lo siento por todo esto. Siempre fuiste el mejor amigo que podría tener… y ¿qué hice yo? Traje a Devon a tu vida. Sé que no soy digna de pedirte esto, pero por favor, perdóname. Vuelve con nosotros, Erick, te necesitamos aquí… aún ni siquiera has ido a conocer mi casa nueva. Tengo tantas cosas que enseñarte en Nueva York… te va a gustar mucho. Conocí a gente increíble, hasta hice un amigo nuevo, ¿lo crees? Vino conmigo, está ahí fuera… se llama Richard, pero no te pongas celoso, nadie va a quitarte tu lugar de mejor amigo, ¿vale? —una lágrima me resbala por el ojo.

Sigo hablándole, con la esperanza de que me oiga y eso ayude en su recuperación.

Algún tiempo después, oigo un toque en el cristal y sé que mi tiempo se ha acabado.

—Ahora tengo que irme, Erick. Por favor, vuelve… te necesito aquí, amigo. Te quiero y, una vez más, perdóname.

Le doy un beso en la frente y salgo de la sala. Me encuentro con Tedd, el médico responsable de Erick, y me da un resumen de su estado. Está grave, pero con buenas probabilidades de recuperación.

Me siento un poco aliviada, pero la tensión sigue presente. Le agradezco a Tedd la información y le pido que me llame si hay cualquier novedad.

Como está en la UCI, el horario de visita es muy corto. Josh me convenció de enseñarle la ciudad a Richard, ya que de nada sirve quedarnos encerrados en el hospital.

Desecho la ropa en el contenedor adecuado y voy a reunirme con Josh y Richard, pero solo encuentro a mi hermano.

—Hola, ¿cómo fue? —pregunta.

—Difícil, hermano… ver a Erick en ese estado me duele en el alma, pero tengo fe en que va a superar esto.

—Claro que sí —dice con una sonrisa sencilla en la cara.

—¿Dónde está Rich? —pregunto.

—Fue a tomar un café. Karen lo llamó y se fueron a la cafetería.

—¿Karen? ¿La instrumentista pechugona? —Josh asiente—. ¿Y cómo fue eso? ¿De la nada lo vino a invitar a un café? —se encoge de hombros—. ¿Sabes qué? Da igual.

Me doy la vuelta y voy hacia la cafetería. Al llegar, enseguida los veo. Karen está sentada muy cerca de él y se ríe de algo que Richard dice. Apoya la mano en su brazo al mismo tiempo que se recoge un mechón detrás de la oreja. Alzo una ceja y cruzo los

brazos. ¿En serio va a estar tirándole los trastos en medio de su jornada?

—Eh, pero está en su descanso. Y por lo que sé, son solteros… ¿cuál es el problema? —dice mi hermano, y me doy cuenta de que pensé en voz alta.

—Ninguno, solo que no me parece adecuado —me muevo hacia ellos.

Me detengo junto a la mesa y oigo el final de la conversación.

—Vaya, Rich. Eres realmente muy gracioso. Me imagino la escena: tú llegando al piso junto con el novio de tu hermana sin saber que era él —dice ella.

¿Rich? ¿Esa confianza? Si acaban de conocerse.

—¿Te hace gracia, eh? Pues tuve el ojo temblando durante unos días —dice él abriendo una sonrisa galante.

Carraspeo y me miran, por fin notando mi presencia.

—¿Nos vamos, Richard? —pregunto.

—¿Pero ya? —dice Karen poniendo un morrito ridículo.

Era lo que me faltaba.

—Quedamos en enseñarle la ciudad a Richard; mañana temprano se vuelven a Nueva York —explica Josh.

—Está bien, entonces; llámame cuando vuelvas a Texas —dice, y le da un beso largo en la mejilla.

Pongo los ojos en blanco mientras me doy la vuelta y voy hacia la salida.

Capítulo 11

Richard Moore

Me despido de Karen y voy tras Beth. La instrumentista se me acercó mientras Beth estaba con Erick y acabamos intercambiando unas palabras antes de que me invitara a tomar un café.

Pensé que sería una buena oportunidad para distraerme y aliviar la preocupación por Elizabeth. Intenté arrancar una conversación, pero sin éxito. Karen resultó ser una mujer interesante, de charla fluida…, pero mi cabeza estaba lejos.

¿Cómo estaría Beth? ¿Estaría muy mal Erick?

Josh me contó por encima que lo apaleó un hombre que formaba parte de su entorno, pero sin profundizar en el asunto. Siento que es una cuestión delicada para ellos.

Acelero el paso para alcanzar a Beth.

—Beth —la llamo, pero consigo ser ignorado con éxito.

Con unos cinco pasos largos la alcanzo y le sujeto el brazo. Cuando gira el rostro hacia mí, parece que me fulmina con la mirada.

—Ey, ¿qué ha pasado? —pregunto sin entender el motivo de su reacción.

—¿*Rich*? ¿En serio que en unos minutos ya te estaba llamando por el apelativo? ¿Ya estás tan íntimo con la *instrumentista pechugona*? —dice cruzándose de brazos.

No consigo contener la carcajada. Parece un pinscher rabioso.

—¿Instrumentista pechugona? —pregunto riendo.

Beth alza una ceja y sigue mirándome en silencio. Se me pasa por la cabeza…

—¿Estás celosa de mí, pequeño desastre? —pregunto inclinando la cabeza.

—¿Yo? ¿Celosa de ti? Claro que no, ¿por qué iba a estarlo? Solo somos amigos. No entiendo el motivo de tanta confianza con alguien a quien acabas de conocer —dice encogiéndose de hombros—. Y deberías darme las gracias; estoy intentando protegerte… Karen no es trigo limpio.

—Ajá, vale… ¿quieres convencerme a mí o a ti misma? Pero, solo para recordarte, justo después de conocernos tú también me llamaste Rich.

Entorna los ojos y se le pone la cara roja.

—¿Me estás comparando con ella, Richard?

—No —mi voz sale más alta de lo planeado—, no… yo solo quer… —me interrumpe.

—Está bien, ya lo entendí. Josh está llegando; vamos a entrar en el coche.

No quise compararla con Karen; solo iba a mostrar que todos terminan llamándome así, incluso sin mucha confianza.

Ella entra en el coche y da un portazo más fuerte de lo necesario. Sigo sonriendo mientras la miro. No comprendo por qué, pero saber que Beth puede estar sintiendo celos al verme con otra mujer me deja extremadamente satisfecho.

Josh me enseña algunos puntos turísticos mientras vamos camino de la *Reunion Tower*[10], y Beth sigue callada en el asiento trasero.

Varias veces la pillo mirándome por el retrovisor y, cuando se da cuenta de que la he cazado, gira la cara. Ay, Beth, si supieras cuánto me excita este juego del gato y el ratón…

Por fin llegamos a nuestro destino y bajamos del coche. Levanto la vista hacia la imponente estructura de la torre, impresionado por su altura y elegancia.

El lugar está bastante lleno, pero nada que llegue a molestar.

Subimos por el ascensor, y la vista que se abre cuando llegamos a la cima me deja sin aliento. La sensación de ver la ciudad desde arriba es indescriptible.

Me acerco al ventanal y miro hacia fuera, maravillado ante el paisaje que se revela ante mis ojos. La ciudad se extiende hasta donde alcanza la vista, con sus rascacielos brillando bajo la luz del sol.

—Guau —es lo único que consigo decir.

Por el rabillo del ojo, percibo que alguien se acerca.

—Aun habiendo nacido y crecido aquí, siempre me sorprende la belleza de este lugar —dice por fin Beth.

Me doy la vuelta y la miro, mientras ella contempla el paisaje. Los rayos de sol iluminan su rostro, resaltando el color de su pelo y acentuando el brillo de sus ojos.

—Es realmente una vista deslumbrante —digo, y ya no me refiero al paisaje.

Nos quedamos un rato inmersos en ese momento, hasta que Josh nos llama.

—Mi madre acaba de llamar para avisar de que la comida está lista. ¿Vamos?

Asentimos y salimos.

En el camino pienso en lo curiosas que son las cosas. Conozco a Elizabeth desde hace poquísimo, pero la conexión que tenemos se

muestra cada vez más fuerte. No consigo explicar el cariño y el sentimiento de protección que siento por esta mujer.

Me acuerdo de una frase que leí una vez, y nunca tuvo tanto sentido… no es el tiempo, es la persona. Nunca tuve una relación de amistad con ninguna mujer; Beth es la primera que ocupa ese lugar en mi vida.

El trayecto hasta la casa no se alarga y enseguida llegamos al destino.

Lilly nos recibe con una barbacoa texana típica. Ayudo a Beth a poner la mesa y luego nos sentamos todos. Esta vez elijo quedarme al lado de Beth, frente a Josh, que se sienta junto a su madre.

Suelto un gemido de satisfacción al llevarme a la boca el primer bocado.

—Lilly, esto está divino. Te voy a robar y me voy a llevar a Nueva York contigo —bromeo.

—Ay, hijo, me alegra saber que te gustó —dice sonriendo.

—¿Acabas de llegar y ya quieres robar a mi madre, Richard? —dice Josh.

—Apuesto a que soy una compañía mucho más agradable para convivir que tú.

—Pero qué morro tienes —dice riendo—. ¿De quién fue la idea de traer a este tipo, eh?

—Que yo recuerde, fuiste tú quien me pidió que no dejara sola a Beth —sonrío con sorna.

—Tiene un punto, hermanito… de verdad se lo pediste —dice Beth.

Nos reímos y seguimos disfrutando de la comida y de la compañía. Me siento agradecido por estar aquí, formando parte de este momento. Hacía tiempo que no me sentía tan bien, tan ligero, tan… en casa.

Me recibieron tan bien y me hicieron sentir tan a gusto que tengo la sensación de conocerlos de toda la vida.

Los observo mientras recuerdan historias de cuando Carl, el padre de Beth, estaba vivo. Me alegra la familia que tiene Beth y me sorprendo preguntándome cómo habría sido si mi relación con mis padres también hubiera sido así.

—Richard, cuéntanos más sobre tu trabajo en el hospital. Estoy segura de que tienes algunas historias interesantes que compartir — dice Lilly.

Aprovecho la oportunidad para contar algunas anécdotas divertidas y emocionantes que ya viví.

Esta es una tarde que guardaré con cariño en la memoria, un momento de felicidad y conexión que me hace sentir verdaderamente feliz.

Cuando terminamos de comer, recogemos la mesa y vamos al salón.

Las horas pasan volando y, cuando nos damos cuenta, ya es hora de acostarnos. Mañana volvemos en el primer vuelo a Nueva York.

Me despido de Beth, Lilly y Josh y me voy al cuarto. Me doy una ducha y me tumbo, esperando a que llegue el sueño.

Cuando estoy a punto de rendirme al sueño, mi móvil pita con la llegada de un mensaje.

Beth*: ¿Estás dormido?*

Rich*: No. ¿Ha pasado algo?*

Beth*: ¿Puedo ir? No consigo dormir.*

Rich*: Claro que sí.*

Unos segundos después se abre la puerta y Beth entra rápidamente.

—Hola —dice, pareciendo tensa.

—¿Ha pasado algo?

Camina de puntillas y se acerca.

—¿Puedo? —pregunta señalando la cama.

Me incorporo y me hago a un lado.

—Ponte cómoda, la casa es tuya —bromeo, intentando disipar el ambiente tenso.

Beth se sienta a mi lado y se queda un rato en silencio, mirando a un punto fijo delante.

Respira hondo antes de hablar, como si buscara fuerzas para ello.

—Cuando estaba en el último año de la carrera conocí al tutor de Josh. Devon era quince años mayor que yo y me quedé simplemente encantada con él. Era guapo, inteligente, atento, un abogado brillante…

Hace una pausa y yo permanezco en silencio, escuchando con atención cada palabra que dice.

—Empezamos a salir y, por su cargo en la universidad, tuvimos que mantenerlo en secreto. Después de que me gradué hicimos oficial la relación y, poco tiempo después, empezó a querer controlar la ropa que llevaba, con quién hablaba… siempre diciendo que era por mi bien, porque me amaba. Yo no lo supe ver; no me di cuenta de que ya eran indicios de todo lo que vendría después.

No conozco a ese tal Devon, pero las ganas de hacerlo hablar con mi puño son grandes.

—Beth, no necesitas contarme nada que no quieras. No pienses que, por haberte acompañado hasta aquí, tienes la obligación de hablarme de tu pasado.

Ella me mira con los ojos vidriosos.

—Eres un tío demasiado increíble, Rich —dice poniendo la mano sobre la mía—. Pero tengo que contártelo… quieras o no, terminé metiéndote en todo esto.

—No, Beth, no tienes por qué…

Me pone el índice en los labios, impidiéndome terminar la frase.

—Pero, más que *tener* que hacerlo, *quiero* hablar. No voy a mentir: aún me da miedo que me mires con pena, pero siento que debo abrirme… que me hará bien, ¿sabes?

Asiento y aparta la mano de mi boca.

—Hace tres años, Devon y yo nos casamos —esa información me provoca un extraño malestar en el pecho, pero me mantengo en silencio para que continúe—. A los pocos meses, sus actitudes fueron cambiando. Sus celos aumentaron considerablemente; era como si yo fuera de su propiedad. Si hablaba más de unas pocas palabras con otros hombres, se pasaba días sin hablarme. Entonces, para evitar peleas, terminé alejándome de todos… menos de Erick. De hecho, fue él quien no permitió que me apartara —dice sonriendo, como si viera la escena ante sus ojos.

Una lágrima le resbala por la mejilla, imagino que por el recuerdo del amigo hospitalizado. Con el pulgar le limpio el rostro y aprovecho para acariciarla.

—Erick siempre fue un amigo muy leal; conectamos desde el principio. Devon nunca pudo entender que entre nosotros no había sentimiento de hombre y mujer. Yo siempre lo vi como veo a Josh, pero Devon siempre decía que él solo quería follarme… nunca entendió nuestra amistad. Rich, Erick nunca hizo nada que justificara ese pensamiento de Devon. Varias veces, en los años que estuvimos casados, estuve a punto de poner punto final, pero él siempre se disculpaba, juraba que iba a cambiar… y, durante unos días, las

cosas realmente cambiaban, pero enseguida todo volvía a ser como antes.

Hace una pausa e inspira hondo antes de seguir.

—Mi sueño siempre fue ser madre, pero él decía que no quería compartirme con nadie. Como si un bebé fuera a ponerse en medio de nuestra relación, ¿sabes? Hoy veo lo enfermizo que era, pero en la época era como si tuviera una venda en los ojos —hace una pausa —. Hace un año conseguí convencerlo de ampliar la familia y yo realmente pensaba que eso sería bueno para nuestra relación. Pero fue el peor error que pude cometer…

Noto que le tiemblan las manos y le ofrezco el vaso de agua que había dejado en la mesilla.

—Suspendí la píldora, pasaron los meses y el embarazo no llegaba. Llegamos a hacernos pruebas, para ver si todo estaba bien. Hasta que, hace dos meses, por fin recibí el positivo.

Se me va instintivamente la mirada al vientre. ¿Beth está embarazada? Ella percibe el rumbo de mis pensamientos, me levanta el mentón y niega con la cabeza.

—Llevaba como una semana con mareos y dolores de estómago. Después de tantos resultados negativos, me daba miedo hacerme una prueba y volver a decepcionarme. Tras mucha insistencia de Alice, acabé haciéndome el test en el hospital y, cuando salió el resultado, me sentí tan feliz, tan completa… y, aunque ese sentimiento duró solo unas horas, sería capaz de describirlo con claridad.

Esboza una sonrisa que no llega a los ojos, y yo mantengo mi mirada fija en ella.

—Ese mismo día, al final del turno, me encontré con Erick cuando salía del hospital y le conté la novedad. Sabía que lo estábamos intentando y, como el amigo maravilloso que siempre fue, se alegró mucho por mí. En el momento en que Erick me abrazó, llegó Devon —hace una pausa, pareciendo luchar por

encontrar las palabras—. Estaba fuera de sí de celos… parecía poseído. Nos fuimos a casa y el momento precioso que planeé para contarle sobre nuestro hijo se convirtió en una pesadilla. Devon se metió en la cabeza que el bebé que yo esperaba era de Erick; no escuchaba lo que yo decía. Se descontroló, y el resto ya puedes imaginártelo…

Capítulo 12

Richard Moore

Puta mierda. Cierro los ojos, intentando ordenar todo lo que siento. Rabia, angustia, tristeza…, pero el sentimiento que predomina es el de admiración. Si antes ya la admiraba, ahora, sabiendo de su pasado, eso se multiplicó. La fuerza que tiene esta mujer es extraordinaria.

Y si hace minutos quería partirle la cara a ese Devon, ahora quiero matarlo.

Ella permanece con la cabeza baja; llevo la mano a su barbilla y se la levanto.

—No quiero volver a verte con la cabeza baja. ¿Tienes idea de la fuerza que tienes? Beth, eres la persona más de la hostia que conozco. Pasaste por un dolor inimaginable, lo tenías todo para ser una mujer amargada, pero encontraste fuerzas y seguiste adelante. Te fuiste a una ciudad donde no conocías a nadie, empezaste un trabajo nuevo y te estás rehaciendo.

—No, Rich, no soy nada de eso. No fui capaz de proteger a la única persona que dependía enteramente de mí. Soy tan culpable por la muerte de mi hijo, y por lo que le pasó a Erick, como Devon. Si no lo hubiera perdonado antes, mi hijo no habría muerto. Si no hubiera arrastrado a Erick a mi vida, no estaría en la UCI ahora.

Y entonces, como un chispazo, uno todos los puntos. Fue Devon quien apaleó a Erick. Como si percibiera la conclusión a la que llegué, me lo explica.

—Descubrí que Devon estaba amenazando a Erick para que le diera mi nueva dirección, cosa que obviamente no hizo. Cuando pasó todo, no tenía intención de mudarme… me gustaba trabajar en el TMC y no quería que Devon me quitara también eso. Pero empezó a cercarme y, después de un accidente provocado por él, vi que no tendría paz mientras viviera aquí… entonces decidí desaparecer para que no acabara con mi vida, pero, después de lo que le pasó a Erick, veo que no debería haberlo hecho. Otro inocente pagó por mí. La que debería haber muerto era yo, no mi hijo. Yo debería estar en el lugar de mi amigo, pero fui cobarde y huí, dejando a las personas que más amo a merced de él —dice.

No, no puede estar hablando en serio. ¿No ve que es solo una víctima más de ese hijo de puta?

—Beth, presta mucha atención a lo que voy a decirte. No tienes culpa de absolutamente nada, NADA de lo que ese tipo hizo. No podías prever lo que ocurriría y no eres responsable de las acciones de Devon. Eres una persona increíble y fuerte, y no mereces cargar ese peso sobre tus hombros. Siento mucho lo de tu hijo; estoy seguro de que habría sido una persona maravillosa, igual que su madre.

Otra lágrima le resbala por el rostro.

—Ahora me tienes a mí; siempre estaré a tu lado… y también tienes a un angelito de la guarda para protegerte. A veces es difícil comprender y aceptar algunas pérdidas que enfrentamos, pero ten en mente que todo tiene un porqué. Mira, no estoy minimizando tu dolor ni las acciones terribles de Devon, pero los acontecimientos de la vida muchas veces nos llevan a tomar decisiones que de otro modo no tomaríamos. Si todo no hubiera pasado como pasó, ¿te habrías ido a Nueva York?

—Con seguridad no me habría mudado —dice con una sonrisa triste.

—Pensemos que quizá el destino ya estuviera trazado para ti en Nueva York, y todo lo que viviste fuera solo el camino que te llevó

hasta allí.

—¿Cómo así? —pregunta.

—Quiero decir que, aunque las cosas hayan sido difíciles para ti, quizá fueron necesarias para guiarte hasta tu verdadero destino. Tal vez estuvieras destinada a estar en Nueva York todo el tiempo, pero necesitabas pasar por esas experiencias para llegar allí.

Se queda en silencio, absorbiendo mis palabras. Le tomo la mano y entrelazo nuestros dedos.

—No lo había pensado…, pero tiene sentido. Tal vez todo lo que enfrenté haya sido solo el preludio de algo mayor en mi vida.

—Sabes, me gusta pensar en la vida como si fuese un tren. Un tren que sigue su camino, pasando por varias estaciones a lo largo del recorrido. En algunas, el tren se detiene y nos quedamos un tiempo, quizá para coger algo importante o simplemente para apreciar el paisaje alrededor. En otras, pasamos volando, apenas dándonos cuenta de que estuvimos allí. Sin embargo, todas esas estaciones son necesarias para que podamos llegar a nuestro destino final. Cada parada, cada momento, moldea quiénes somos y nos prepara para lo que está por venir. Es como si cada experiencia, buena o mala, nos acercara un paso más a donde estamos destinados a estar.

—Nunca había visto las cosas desde ese ángulo. Gracias, Rich, has sido un verdadero regalo en mi vida.

En ese momento nos tumbamos y ella apoya la cabeza en mi pecho. Me siento conectado con Beth de una manera más profunda. Estoy decidido a apoyarla en su camino, vaya adonde vaya.

Seguimos inmersos en nuestros pensamientos, disfrutando de la presencia del otro.

Le acaricio la cabeza y, a los pocos minutos, siento su cuerpo relajarse y su respiración volverse más calma y regular.

Observo su rostro sereno, iluminado por la luz suave de la luna. Beth es fuerte y valiente, incluso en momentos de vulnerabilidad como este.

Intento entregarme al sueño, pero sin éxito. Con delicadeza, la dejo recostada sobre la almohada y decido salir a tomar el aire al patio. La observo una última vez antes de salir.

Al pasar por la puerta de la casa, veo que no fui el único que tuvo esa idea. Josh está tumbado en una tumbona.

—¿Sin sueño? —pregunto, sentándome en la silla a su lado.

Me mira y asiente.

—Por lo visto no soy el único —dice.

Contemplo el cielo y observo las estrellas.

—Beth me contó sobre Devon, Erick y el bebé —suspiro.

Josh se incorpora y gira el cuerpo hacia mí.

—Me alegra que se haya abierto. Beth tiene la pésima manía de guardárselo todo; no le gusta "cargar" a los demás con sus problemas. Saber que no está sola en Nueva York y que confía en ti hasta el punto de contarte su mayor dolor me deja aliviado.

—Puedes estar tranquilo; nunca más estará sola, vaya donde vaya —digo con convicción.

—Sabes, Rich, me culpo mucho por haber sido yo quien presentó a Devon a Beth. Y más aún por no haber percibido antes las señales de la relación tóxica que vivía. De vez en cuando aparecía con un moratón en el brazo y decía que se había dado contra algún mueble, y yo le creía, ya que siempre fue muy desastre.

—¿Qué?

—Espera, ¿estás diciendo que Devon agredía físicamente a Elizabeth?

Me mira con expresión confusa.

—¿No dijiste que te contó sobre la pérdida del bebé?

—Sí, me contó que él era celoso, no creyó que el hijo fuera suyo y discutieron… y por eso tuvo un aborto espontáneo.

—¿Dijo exactamente eso? ¿Con esas palabras? —pregunta frunciendo el ceño.

—Bueno, con esas palabras exactas no, pero fue lo que entendí —nos quedamos mirándonos en silencio—. Josh, ¿qué pasó realmente para que perdiera al bebé?

Se rasca la barbilla y me observa.

—Richard, esta no es mi historia como para contártela yo —dice.

—Josh, por favor, necesito saber qué pasó con Elizabeth. Si es lo que me está empezando a pasar por la cabeza, soy capaz de cometer un asesinato. Quédate tranquilo, esta conversación no saldrá de aquí, pero, para poder ayudarla de verdad, necesito entender lo que realmente ocurrió.

Cierra los ojos y aprieta el puente de la nariz, librando claramente una batalla interna, decidiendo si me lo cuenta o no.

—¿Te contó que conoció a Devon por mí, ya que era mi tutor? —asiento—. Siempre le tuve una admiración enorme; lo tenía como inspiración del profesional que quería ser. Mi madre, en cambio, nunca tragó a Devon… decía que sentía algo malo en él. Eso generó algunas discusiones con Beth, que siempre lo defendía. Con el tiempo, mi madre dejó de insistir, porque temía que eso la alejara de nosotros.

La rabia por ese hijo de puta me hierve por dentro.

—Después de la boda, Beth se cerró cada vez más. Era del trabajo a casa y gracias, porque apuesto a que, si por Devon fuera, habría dejado el hospital. Cada vez se alejaba más de todos, para no crear roces con él. El único que no permitió que se apartara fue

Erick. Siempre fueron muy amigos y, gracias a Dios por eso, porque, si no fuera por él, Elizabeth probablemente no habría resistido.

Cierro los ojos y aprieto las sienes, preparándome para oír lo siguiente.

—El día que descubrió el embarazo, Erick dijo que Beth estaba radiante. Iba a preparar una sorpresa para contárselo al marido, pero, en el momento en que lo vio abrazar a Erick, se puso fuera de sí y la arrastró del brazo hasta el coche. Erick se ofreció a acompañarla, pero ella no quiso —hace una pausa para respirar—. Me sorprendió una llamada de Erick contándome lo que había pasado… tenía miedo de lo que Devon pudiera hacer. Decidimos ir a su casa para comprobar si todo estaba bien.

En ese momento cierra los ojos y dos lágrimas le recorren la cara.

—Tocamos el timbre varias veces, pero nadie respondía. Empecé a comprobar si alguna ventana estaba abierta y, por suerte, había una. Sin pensarlo dos veces, me colé en la casa, abrí la puerta para que entrara Erick y grité por Beth, pero no hubo respuesta. Seguí buscando por todas las estancias hasta llegar a su dormitorio y, Richard, la escena en la que la encontré me atormenta todos los días.

De todas las teorías que me rondaban la cabeza, nada me preparó para lo que escucharía a continuación.

—Beth estaba desnuda, inconsciente, en un charco de sangre. Estaba pálida, tenía hematomas en la cara y, sobre todo, en el vientre. El miedo a perderla me asoló. Rápidamente cogí una toalla, la tapé y la cargué hasta el coche. Tenía el cuerpo helado y solo podía pensar que, si le pasaba algo, mataría a Devon. Junto con Erick la llevé a urgencias y, mientras esperábamos a que pasara por los primeros auxilios, él me contó lo del embarazo. El sueño de Beth siempre fue ser madre, y pensar en la posibilidad de que perdiera al bebé me mataba por dentro. Sabía que, si eso pasaba, Beth nunca

volvería a ser la misma… que algo dentro de ella moriría junto con el hijo que esperaba.

No consigo articular ni una frase. Pensar en lo que pasó Beth me deja en estado de shock… jamás habría imaginado algo así.

—Cuando el médico nos informó de que Beth había sufrido un aborto y sería necesario practicar un legrado, se me abrió un agujero en el pecho, al mismo tiempo que la llama de la venganza crecía a cada minuto. En ese momento prometí, por ella y por mi sobrino, que ni siquiera tuvo la oportunidad de nacer, que metería a ese infeliz entre rejas… y ese se convirtió en el mayor objetivo de mi vida. Cuando Beth despertó, después del procedimiento, el dolor que vi en sus ojos me remató. Ojalá hubiera podido transferir a mí todo su dolor.

Se levanta, se mete las manos en los bolsillos del pantalón y contempla el cielo estrellado.

—Llamamos a la inspectora para que Beth prestara declaración y consiguiera una orden de alejamiento contra Devon, porque sabíamos que no la iba a dejar en paz. Como su abogado, acompañé la declaración —en ese momento se vuelve y me mira, con los ojos enrojecidos—. Oír de boca de mi hermana lo que hizo ese desgraciado fue como recibir una puñalada en el pecho. Además de provocar el aborto, la violó.

Me llevo las manos a los ojos y bajo la cabeza. Dios mío, Beth, ¿por qué te hicieron esto, mi pequeño desastre? No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que Josh se sienta a mi lado y me ofrece un pañuelo.

—Dime que ese hijo de puta está en la cárcel, Josh. Si no, soy capaz de mandarlo al infierno ahora mismo —digo secándome la cara.

—No pudimos detenerlo en esa época porque, además de no ser in fraganti, es un abogado rico, renombrado y con buenas espaldas… tiene a un juez importante en el bolsillo. Pero no pudo

zafarse de lo que le hizo a Erick. Como lo pillaron in fraganti, se lo llevaron a la comisaría y el proceso de Beth agravó la acusación contra él. Pero sé que no va a estar mucho tiempo detenido… tiene a gente muy poderosa pillada.

Me levanto. No tengo estómago para escuchar nada más. Entro en la casa y, como un rayo, me dirijo al cuarto. En cuanto abro la puerta, se me encoge el corazón al verla dormir tan serenamente.

Me tumbo a su lado y, con cuidado, la envuelvo entre mis brazos, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. Se acurruca en mi abrazo, como si supiera que estoy ahí para protegerla.

—Te lo prometo, mi pequeño desastre, que siempre estaré a tu lado y que nada malo volverá a pasarte.

Capítulo 13

Elizabeth Carson

Oigo sonar el despertador e intento moverme, pero siento algo inmovilizar mi cuerpo. Abro los ojos y veo un brazo alrededor de mí. Giro la cabeza y veo que Richard duerme plácidamente. Sonrío al observar su gesto relajado.

Se mueve y tira de mí hacia su cuerpo. Con el movimiento, su polla encaja perfectamente contra mi culo y, por el tamaño, estoy segura de que está dura.

Desde que perdí la virginidad nunca he estado tanto tiempo sin sexo, y sentir su miembro, duro, rozando mi culo no me lo pone fácil. Pero no sé si sería capaz de ir más allá. La terapia me ha dado resultados, pero ¿estaré ya lista para dar el siguiente paso?

Con cuidado le quito el brazo de encima, me levanto y voy a mi cuarto. Decido darme una ducha rápida antes de despertarlo.

Richard fue una grata sorpresa en mi vida; su amistad se vuelve cada día más importante para mí. No imaginaba que, en tan poco tiempo, me sentiría lo bastante segura como para contarle lo que viví.

Vale, lo admito: no se lo dije con todas las letras, pero ya debe imaginar la forma en que ocurrió todo.

Termino la ducha, me arreglo y voy a despertarlo.

Me acerco a la cama y lo llamo, pero no se mueve.

—Richard, despierta… vamos a acabar perdiendo el vuelo.

Nada.

Le toco el brazo y lo zarandeo, llamándolo por su nombre una vez más.

En ese momento abre los ojos, me sujeta la muñeca y me tira, haciéndome caer boca arriba en la cama. Se mueve encima de mí, encaja su cuerpo entre mis piernas y me mira con una expresión de quien podría devorarme.

Tiene el gesto severo, la respiración acelerada y las pupilas dilatadas. Parece en trance, como si no supiera quién soy ni dónde está.

—¿Rich? —digo, y llevo las manos a su rostro.

Poco a poco su expresión se va suavizando. Parpadea unas cuantas veces y se aparta bruscamente.

—Beth, perdóname, no quería asustarte.

—Qué va —me levanto—. Voy a preparar mis cosas, ¿nos vemos abajo?

Asiente y salgo rápido de la habitación. En cuanto cierro la puerta, apoyo la espalda en ella y cierro los ojos.

—¿Está todo bien? —pregunta Josh, dándome un susto.

—Por el amor de Dios, Josh, ¿quieres matarme del susto? —me llevo la mano al pecho.

—¿Dormiste en el cuarto con Richard?

—No —digo rápido—. Solo vine a despertarlo… ya sabes, para no perder el vuelo.

Josh me mira como si se estuviera divirtiendo con la situación.

—Bueno, voy a coger mi mochila y os espero abajo.

Recojo mis cosas y bajo.

Mi madre ya está en la cocina, terminando de poner la mesa para el desayuno. Sonrío al mirarla. Aunque sea tan temprano, doña

Lilly no permitiría que saliéramos con el estómago vacío.

—Buenos días —me acerco y dejo un beso en su mejilla.

—Buenos días, mi amor.

Corto un trozo de bizcocho de vainilla y me sirvo un vaso de zumo de naranja.

—¿Cómo te sientes? —pregunta mi madre.

Me encojo de hombros.

—Voy a estar bien —digo antes de meterme un pedazo de bizcocho en la boca.

Oigo pasos y veo que Richard y Josh se acercan a la mesa.

Richard coge un trozo de bizcocho, un huevo, beicon, pan y zumo. Me quedo mirándolo, pasmada.

—¿Qué pasa? —pregunta a Josh, que también lo mira con la boca abierta.

—¿Estás muerto de hambre?

—Estoy en fase de crecimiento.

—Josh, deja a Richard tranquilo —dice mi madre a mi hermano y, después, se vuelve hacia Richard—. Eso es, hijo, come bien. El desayuno es la comida más importante del día.

Terminamos de comer y Josh nos lleva al aeropuerto.

Hacemos el *check-in* y nos despedimos de ellos.

—Por favor, ve todos los días al hospital y dame noticias de Erick —le pido a mi hermano mientras lo abrazo fuerte.

—No te preocupes, hermanita.

Me vuelvo hacia mi madre y la abrazo.

—Haced buen viaje; que Dios te bendiga siempre, hija. Y calma ese corazón, Erick es un chico fuerte; pronto estará recuperado.

—Te quiero, mamá.

—Yo también, Beth —dice.

Mientras abrazo a mi madre, veo que Josh y Richard se despiden y dicen algo que no alcanzo a oír.

—¿Vamos? —digo.

—No tardéis en venir a visitarnos otra vez —dice mi madre mientras nos alejamos.

Levantamos la mano a modo de saludo y caminamos hacia la zona de embarque.

Después de acomodarnos en nuestros asientos, tomo la mano de Richard y la acaricio.

—Richard, nunca voy a poder agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—No hay nada que agradecer, Beth. Somos amigos, ¿no? Siempre voy a estar aquí para ti; cuenta conmigo para todo lo que necesites.

La tripulación da el aviso de que vamos a despegar.

Hago una plegaria en silencio para que el viaje vaya bien y que Erick se recupere lo antes posible.

Apoyo la cabeza en la ventanilla y cierro los ojos unos segundos.

Siento que Richard pone la mano en mi pierna y me acaricia suavemente. Abro los ojos y veo que me mira con una sonrisa pícara en los labios. Aprieta levemente mi muslo y reprimo un gemido.

Su mano sube, acercándose a mi coño, que, a estas alturas, ya está empapado.

Sus dedos apartan mis bragas, que ya están arruinadas, y me masajea levemente el clítoris. Me muerdo el labio inferior para reprimir un grito.

—Tengo tantas ganas de saborearte ese coñito, Beth. ¿Vas a dejar que te lo coma? —me dice con voz ronca al oído.

Asiento rápido; no consigo articular una frase. Sin que lo espere, me mete un dedo, y no logro contener un gemido.

—Shh, tus gemidos son solo míos; no quiero que nadie los oiga aparte de mí. Te vas a quedar calladita mientras te como. ¿He sido claro?

—S-sí —respondo.

Saca el dedo de mí y se lo lleva a la boca, saboreando mi sabor con gusto.

—Deliciosa, tal y como imaginé —dice—. Beth…

—Beth… ¿Beth?

Abro los ojos y veo que Richard tiene el rostro cerca del mío.

—¿Estás bien? Te estabas retorciendo y haciendo unos ruidos raros.

Miro asustada a los lados, intentando ordenar mis pensamientos, hasta que concluyo que estaba teniendo un sueño erótico con Richard en pleno vuelo.

Siento arderme las mejillas y no consigo mirarlo.

Qué vergüenza, Dios mío. ¿Habré dicho algo? O peor, ¿habré gemido? El calentón nos humilla de cientos de formas diferentes.

—¿Beth?

—¿Sí? —respondo, mirando por la ventanilla.

Me lleva la mano a la barbilla y gira mi rostro hacia él.

—¿De verdad estás bien? Parecía un sueño movidito —pregunta, con preocupación genuina.

—Sí —carraspeo—, tranquilo, todo bien.

Sigue mirándome a los ojos y parece que acaba de comprender lo sucedido, porque aprieta los labios, formando una línea, para contener la risa.

—Tengo que ir al baño, con permiso —digo y me levanto, huyendo de esa situación embarazosa.

Parece que la suerte está de mi lado, porque el baño está libre.

Entro y me echo un buen chorro de agua a la cara.

No consigo controlar el rumbo de mis pensamientos. El sexo para mí aún es un tema sensible; a veces sueño con lo que hizo Devon. Con la terapia eso va disminuyendo cada vez más, pero este sueño me pone en alerta. ¿Estaré cada vez más cerca de la "cura"? ¿Sería capaz de entregarme sin reservas a otro hombre? ¿O esto solo me pasa con Richard, por el lazo que estamos creando?

Me recompongo y vuelvo a mi asiento. Gracias a Dios, estamos casi llegando.

Me abrocho de nuevo el cinturón y veo que Richard me mira con un brillo travieso en los ojos. Bueno, todo lo que tiene son suposiciones, ya que jamás voy a confirmar nada… si hace falta, lo negaré hasta la muerte.

—Menos mal que ya vinimos vestidos para ir directos al trabajo, ¿no? —intento disipar el aire embarazoso que nos rodea.

Sonríe ladeado, como si supiera mi intención.

—Sí, fuimos muy inteligentes al pensarlo —dice.

Vuelvo mi atención al paisaje y pronto oímos al piloto avisar que nos preparamos para el aterrizaje.

Cuando el avión se detiene, cogemos nuestras cosas y vamos hacia el coche.

—¿Quieres pasar a dejar la mochila en casa o ir directo al hospital?

—Vamos directo, así no corremos el riesgo de llegar tarde.

El clima embarazoso se disipó, y gracias a Dios por eso.

Hoy, por ser lunes, el tráfico está más cargado que ayer, pero nada que nos haga llegar muy fuera de nuestro horario.

Richard aparca en su plaza y, cuando voy a coger la mochila, me sujeta la mano. El contacto con su piel provoca un escalofrío delicioso por mi cuerpo.

—Déjala aquí en el coche; cuando salgamos te dejo en casa. No tiene sentido llevarla al hospital —dice.

—¿Seguro? No quiero molestar.

—Ni te voy a contestar, Elizabeth.

—Madre mía, pareces mi madre cuando me regaña, ¿eh? Vale, ya que insistes. Ahora vamos.

No damos más de unos pasos cuando una Ashley con expresión nada buena se planta delante de nosotros, con los brazos cruzados.

—Buenos días, Ashley. Richard, hasta luego —salgo rápidamente.

Lo último que necesito ahora es formar parte de la discusión de pareja de una relación que ni siquiera es mía.

Capítulo 14

Richard Moore

Beth sale rápido, dejándome a solas con Ashley.

—Buenos días, Ashley, ¿cómo estás?

—¿Estás con ella, Richard?

—Ashley, pensé que había sido muy claro la última vez que hablamos. No tenemos una relación. Nunca la tuvimos ni la tendremos —noto que se le humedecen los ojos—. Joder, odio tener que actuar como un gilipollas, Ash, pero por favor, entiéndelo de una vez por todas. Yo no salgo en serio. Eres una mujer increíble; te mereces a alguien capaz de darte todo lo que deseas… pero ese alguien no soy yo.

—Está bien, Richard, sé reconocer cuándo retirarme, pero escucha lo que voy a decir: todavía te vas a arrepentir de esto.

Se da la vuelta y su pelo me golpea la cara.

—Mira, cuando el lunes empieza así, es señal de que la semana será buena —oigo la voz de mi mejor amigo detrás de mí.

—¿Desde cuándo estás aquí, Matthew? ¿Ahora te dedicas a escuchar la conversación de los demás?

—Conversación no, discusión de pareja quisiste decir, ¿no? Pero respondiendo a tu pregunta, uno: no me dedico a nada; dos: el tiempo suficiente para ver desde primera fila esta discusión de pareja maravillosa —dice el cabrón riéndose.

—Vaya, Matthew, la hostia, pareces mi tío Edgar; qué chiste más malo. Pero tú ríete; aún voy a presenciar una discusión de pareja tuya y será mi turno de reírme. Y esto no fue una discusión de pareja: Ashley y yo no tenemos ninguna relación que discutir.

—¿Ella lo sabe?

—Parece que ahora, por fin, lo entendió.

Entramos en el hospital y, al llegar a mi despacho, me viene a la mente la escena de Beth retorciéndose dormida durante el viaje.

En un primer momento me preocupé, porque parecía que estaba teniendo una pesadilla, pero cuando despertó y la miré a los ojos, la realidad me cayó encima de golpe.

Apostaría todo mi dinero a que se trataba de un sueño erótico. Las pupilas dilatadas, las mejillas rojas y la respiración entrecortada la delataron.

Tuve que controlarme para no reírme ni hacer ningún chiste. Acordamos quedarnos solo en la amistad y, después de saber todo su pasado, jamás podría colocarla como un rollo casual en mi vida. Beth es mucho más que eso.

Recordarlo me hizo volver automáticamente a la conversación con Josh de madrugada. Devon, hijo de puta, no veo la hora de que estemos cara a cara… vas a pagar por todo lo que le hiciste a Elizabeth.



Tres meses después

Los meses pasaron en un abrir y cerrar de ojos.

Ashley parece haber entendido de verdad que lo nuestro se acabó, y mi amistad con Beth se intensifica cada vez más. Hablamos todos los días e, incluso, cuando salimos del trabajo, la conversación sigue por mensajes.

Termino de arreglarme para cenar con mi hermana cuando recibo un mensaje.

Matt*: ¿Algún plan para más tarde?*

Rich*: Por ahora nada. ¿Qué tienes en mente?*

Matt*: Estate listo a las 21 h.*

Espero que Matthew no me meta en una cagada… o peor, que me arrastre a algún plan que incluya a la babosa de Emily.

Llego al edificio de Amy y, al pasar por la puerta de Beth, casi toco el timbre, pero recuerdo que este fin de semana se fue a Texas a visitar a Erick y no vuelve hasta mañana.

Le dieron el alta hace unos quince días y se está recuperando en casa. Fue un gran alivio cuando Josh nos lo contó. He mantenido el contacto con Josh y Lilly, y al menos una vez a la semana él me escribe preguntando cómo está Beth. Los dos fueron una grata sorpresa.

Llamo a la puerta de Amy y, a los pocos segundos, Liam la abre. Creo que me estoy acostumbrando a su presencia… mi Pequeña parece realmente feliz y confieso que no es tan baboso como pensaba, pero eso es algo que jamás admitiré en voz alta.

—Buenas tardes, Richard; pasa.

—Uy, este tipo ya se cree el dueño de la casa. Amy, cuidado con sus confianzas… capaz que dentro de nada se quiera mudar aquí —digo en broma, pero con un leve fondo de verdad.

Camino hacia el aparador del salón para dejar la cartera y el móvil. Entonces noto que están en silencio: no respondieron ni se rieron de lo que dije.

Giro la cabeza y, cuando los miro, tienen los ojos como platos y se miran con una cara rara.

¿Qué será…? No, no puede ser.

—No me digas que este baboso se va a venir a vivir contigo, Amy.

—Richard, ya soy mayor de edad y pago mis cuentas; no necesito pedir permiso para nada. Sí, Liam se viene a vivir conmigo.

—¡Esto es un absurdo! Lleváis juntos, ¿qué?, ¿tres, cuatro meses? ¡Qué locura es esa, Amy!

—Richa… —dice el baboso.

—Mi conversación es con Amy, desflorador de hermana ajena —lo corto.

Retiro lo dicho antes: no tiene nada de majo; es mucho más baboso de lo que pensaba.

—Richard, por el amor de Dios, deja el numerito. Liam ya pasa aquí la mayor parte de los días; ¿cuál es la diferencia de traer sus cosas del todo?

—¿Quieres de verdad que te lo enumere? Tengo una lista larga de motivos —pregunto.

—No, gracias. Y no te llamé para pedirte permiso, sino para comunicarte mi decisión.

Suelto un bufido.

—Se me quitó el hambre. Luego hablamos —cojo mis cosas y salgo del piso.

—¿En serio, Richard? —Amy viene detrás de mí.

—Amy, solo quiero tu bien… nadie más que yo lo quiere. Pero si mi opinión no importa, no tengo nada que hacer aquí —abro los brazos—. Ya tomaste tu decisión y la voy a respetar. Pero no me pidas que la acepte. Tú también viviste con nuestros padres y sé que recuerdas todo lo que pasamos. Solo quería que no pasaras por nada parecido.

Se acerca y me toma la mano.

—Grandullón, tienes que entender que no todas las personas tienen una relación jodida como la que tenían ellos. Las relaciones no son iguales; no porque la suya fuera mala todas las demás lo serán.

Respiro hondo.

—Lo sé, Pequeña, pero solo pensar que podrías pasar por algo parecido a lo que vivieron ellos me mata por dentro. Quiero lo mejor para ti… siempre.

Me pone la mano en la cara.

—Lo sé, Grandullón… te estoy muy agradecida por todo lo que hiciste por mí. Y me parte el corazón ver cómo te cerraste por su culpa. Ojalá sintieras el 1 % de lo que siento cuando estoy con Liam, Richard… te mereces ser feliz, hermano.

No sé por qué, pero la imagen de Elizabeth acude a mi mente justo cuando dice eso. Sacudo la cabeza para disipar el pensamiento y me concentro en Amy.

—Soy feliz, Amy, no te preocupes —suspiro—. Solo necesito tiempo para entender que ya no eres aquella mocosa con trencitas pegada a mí… es difícil ver que creciste, Pequeña. Solo quería protegerte del mundo —le acaricio la mejilla.

—¿Seguro que no quieres comer?

—Segurísimo; si miro la cara de ese baboso, soy capaz de vomitar. Luego hablamos, ¿vale?

Asiente y me doy la vuelta para llamar al ascensor.

Sé que mi reacción no fue la mejor, pero solo imaginar que mi hermana pase por lo que pasaron mis padres me mata por dentro.

Entro en el coche, cojo el móvil y llamo a Matthew que, como el buen hijo de puta que es, no me contesta. Me ignora justo cuando más lo necesito. *¿Cómo va a saberlo?* Da igual. Él, como mejor amigo, tiene que sentir cuando le necesito.

Me quedo parado en el coche pensando qué haré para pasar el tiempo hasta la hora marcada con Matthew, cuando llega un mensaje.

Beth*: ¡Rich, no vas a creer la mejoría que está teniendo Erick! ¡Estoy tan feliz!*

Sonrío al leerlo.

Rich*: ¡Qué noticia maravillosa, Beth! Dile que le mando un abrazo y que la próxima vez me voy contigo a Texas.*

Beth*: Se lo digo, no te preocupes. ¿Y tú cómo estás?*

¿Ves cómo mi amiga sintió que necesitaba atención?

Rich*: Necesitando a mi amiga aquí… no vas a creer lo que ha pasado hoy.*

Beth*: Pues cuéntamelo ya.*

Rich*: Por mensaje no; te llamo en cuanto llegue a casa.*

Beth*: Vale, te espero entonces.*

Bloqueo la pantalla y pongo el coche en marcha.

En cuanto entro en casa, cojo el móvil y llamo a mi pequeño desastre, que contesta al segundo tono.

—Vaya, parece que hay alguien curiosa.

—Sin rodeos, guapito, suéltalo.

—No vas a creer la idea loca que ha tenido Amy… llamó al baboso de Liam para que se viniera a vivir con ella.

La llamada se queda muda. Aparto el móvil del oído para comprobar si sigue en línea.

—¿Beth? —pregunto.

—Estoy aquí, esperando a que me cuentes cuál fue la idea loca.

—Pero si ya te la conté, ¿no me oíste?

—¿Te refieres a que se vaya a vivir con el novio?

—¡Claro! ¿A qué si no?

—Yo qué sé… mudarse a Japón, tirarse de puenting, adoptar una capibara… No veo ninguna locura en que decida vivir con el novio del que está enamorada.

—¿Te estás oyendo? Pensé que ibas a estar de mi lado.

—Rich, ¿cuál es el problema de que quiera vivir con Liam? Se llevan bien, él la trata como a una reina… aparte, prácticamente ya se queda allí todos los días.

Respiro hondo.

—Tengo miedo, Beth… no quiero que Amy salga herida. O, yo qué sé, que acabe como nuestra madre, tan dependiente emocionalmente de él que se ponga en segundo plano.

—Rich, eso jamás va a hacerlo, ¿sabes por qué? —niego con la cabeza, aunque sé que no puede verme*—. Porque fuiste tú quien la crió… siempre le enseñaste que su amor propio debe estar por encima de cualquier otro. Hiciste un trabajo excelente con Amy,*

Rich; no te preocupes. Si viera algún indicio de que Liam no la trata como merece, sería la primera en decirlo…, pero no es el caso. Confía en tu Pequeña, y si se le rompe el corazón, los dos la ayudaremos a pegar cada trocito.

Sonrío: Beth es de verdad una mujer increíble.

—Sé que tienes razón en todo, pero es difícil para mí… sé que solo necesito tiempo para acostumbrarme a la idea de que un desflorador se va a vivir con mi hermana.

—¿Otra vez con lo de desflorador, Richard? Por el amor de Dios… —dice y suelta una risa deliciosa.

Le pregunto por Lilly y Josh, y me pone al día también sobre la evolución del tratamiento de Erick.

Hilamos un tema con otro y, cuando empieza a contarme que Karen —la *instrumentista pechugona,* como la llama— está empezando a tirarle los trastos a Erick, suena el timbre.

Abro la puerta y resulta ser Matthew.

—¿Ya estás listo? —pregunta entrando en casa.

—¿Es la voz de Matthew? —pregunta Beth.

—Sí, es este caradura.

—¿Quién es? —pregunta Matt.

—Beth —articulo sin sonido.

—Hum… —dice con una sonrisita de cachondo.

Le doy un leve empujón y me aparto.

—Eh, Beth, ¿podemos hablar luego? Quedé con Matthew y no me di cuenta de la hora.

Se queda unos segundos en silencio.

—Mmm… ¡claro! La verdad, perdimos la noción del tiempo. Diviértete, pero con cabeza. Beso —dice y cuelga.

Al apartar el móvil veo que llevábamos más de una hora hablando.

Oigo un silbido detrás de mí y me giro.

—Estás tan pillado…

—No digas chorradas. Me ducho y vuelvo —me voy al cuarto, hasta que recuerdo que no tengo ni idea de adónde vamos—. Por cierto, ¿adónde me vas a llevar?

—Conseguí entradas para la discoteca que abrió por aquí cerca.

Asiento y, aunque no me apetece mucho salir, me doy la vuelta para arreglarme.

Capítulo 15

Elizabeth Carson

No entiendo el motivo de la opresión que siento en el pecho al oír a Richard decir que va a salir con Matthew. *Es porque sabes exactamente cómo son sus salidas: regadas de puterío.* Claro que no; ¿por qué me iba a importar? *¿De verdad necesitas que te conteste?* Sacudo la cabeza y decido ir a la cocina a por algo de comer.

Nada más abrir la puerta del cuarto, Josh casi se me cae encima.

—¡Dios mío, Josh, qué susto!

Me mira con cara de asustado y entonces entiendo lo que pasó.

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta? —pregunto entornando los ojos.

—No —dice rápido—. Solo venía a llamarte para cenar y fue justo cuando abriste la puerta.

—Impresionante cómo ni se te mueve un pelo, Josh… vamos.

Lo tiro del brazo y bajamos.

—¿Hablaste con Richard? —pregunta mi madre en cuanto entramos en la cocina.

—¿Y qué crees que estuvo haciendo más de una hora encerrada en la habitación, mamá? —dice mi hermano.

—¡Y todavía tuviste la cara dura de decir que no estabas escuchando detrás de la puerta! —le lanzo un paño de cocina.

—¿Y desde cuándo necesito escuchar detrás de la puerta para saber que estabas hablando con él? Llevas pegada al móvil desde que llegaste.

No, no estuve pegada al móvil desde que llegué… ¿o sí? Claro que no, Josh solo quiere picarme, como buen hermano mayor.

—Qué exagerado; no estuve pegada todo el tiempo al móvil. El viernes incluso me quedé toda la noche con Erick.

Pasé la noche en casa de mi amigo, poniéndonos al día. Aún me siento muy culpable por lo que le pasó.

Josh me mira con una ceja levantada y vuelvo mi atención a él.

—Hija, sí estuviste —dice mi madre.

—Sois dos exagerados. Solo mantuve el móvil cerca por si ocurría alguna emergencia.

En ese momento suena mi móvil. Es un mensaje de Richard. Lo abro y veo que mandó una foto.

Rich*: A ver, ¿qué tal? ¿Aprobado el look?*

Analizo la ropa que eligió: lleva una camiseta de manga larga marrón oscuro, un pantalón de un tono más claro y unas zapatillas blancas. Miro rápido la ropa, pero confieso que su sonrisa fue lo que más me llamó la atención.

Me doy cuenta de que me quedo mirando la foto más tiempo del necesario cuando oigo la risa de mi hermano detrás de mí.

—Privacidad, por favor —bloqueo la pantalla.

—Luego el caradura soy yo…

Mi madre me mira con brillo en los ojos y una sonrisa contenida, y ya puedo imaginar lo que pasa por su cabeza.

—Mamá, no empieces a montar teorías. Richard y yo somos amigos, solo amigos.

—Pero si no he dicho nada —se encoge de hombros.

—Como si no te conociera…

—Aunque no voy a mentir: me encantaría tener a Richard como yerno.

—Creo que a Erick le darán el alta completa en, como mucho, un mes —cambio de tema.

—Gracias a Dios —dice mi madre, levantando los brazos.

—Confieso que me sorprende que Devon siga preso. Con la gente de alto nivel que tiene en el bolsillo, pensé que, en una semana como mucho, ya estaría suelto —dice Josh.

Asiento. Yo también lo pensé.

—Va a pagar por todo lo que hizo, pero estoy segura de que sigue preso solo porque el juez Johnson está fuera… cuando llegue, apuesto a que lo sueltan al día siguiente —digo mientras me sirvo—. No veo la hora de estar legalmente divorciada.

—Nosotros tampoco —dice Josh.

Seguimos la comida y cambiamos de tema. Mi madre me cuenta cómo van las cosas en el orfanato donde es voluntaria y mi hermano, sobre el despacho que abrió con un amigo de la facultad.

De momentos así siento nostalgia cuando estoy en Nueva York, pero me doy cuenta de que ya no encajo en este lugar.

Yo, que nunca me imaginé viviendo en otro sitio, hoy ya no me veo aquí. Sería un sueño que Josh y mi madre se mudaran también. Me hago una nota mental para empezar a sembrar esa idea en sus cabezas.

Cuando terminamos de cenar, recogemos la mesa y metemos los platos en el lavavajillas.

Me despido de ellos y subo. En cuanto entro en el cuarto, cierro con llave y me tumbo en la cama.

Vuelvo a abrir el mensaje y admiro la foto una vez más. Quizá en otra persona la combinación no quedaría tan bien, pero en él… parece hecha a medida.

Richard consigue despertar algo en mí que llevaba tiempo dormido.

Siempre fui muy resuelta; el sexo nunca fue un tabú para mí. Pero, con el matrimonio, las cosas entre Devon y yo se fueron enfriando y me acostumbré a la rutina. En los últimos meses que estuvimos casados, teníamos relaciones solo con la intención de quedarme embarazada. Él se corría y ya, se acababa.

No recuerdo la última vez que me corrí durante el sexo. Si no fuera por los juguetes que compré a escondidas… porque hasta en eso Devon era controlador. Le parecía un absurdo que una mujer casada tuviera unos juguetitos.

Admiro la foto una vez más y un calor se enciende dentro de mí; el coño se me contrae. Instintivamente llevo la mano entre las piernas. Aparto las bragas y dibujo círculos suaves sobre mi clítoris.

Cierro los ojos y, al rato, el móvil resbala de mi mano. Aún intento atraparlo, pero cae sobre mi vientre, con la pantalla hacia abajo, y no me preocupo por cogerlo ahora. Mi atención está toda en el movimiento de mi mano. Con la otra mano libre, pellizco un pezón, ya duro del calentón.

Acelero el ritmo del dedo y creo estar delirando, porque oigo la voz de Richard llamándome.

—Oh, Richard, así… así… sigue —digo, imaginándolo en lugar de mi dedo.

En mi cabeza, él está de rodillas, mientras yo estoy tumbada. Me quita las bragas y las huele. Me levanta la pierna izquierda y empieza a lamer y dar pequeños mordiscos en mi pie. Recorre así toda mi pierna hasta que llega a mi coño y me mira con esos ojos claros penetrantes. Abre una sonrisa pícara antes de dejar chupetones y mordiscos en cada tramo de mi coño. Saca la lengua y me lame entera.

Saco la mano del pecho y meto dos dedos dentro de mi canal, moviéndolos y alcanzando de lleno mi punto G.

Me muerdo el labio inferior con la intención de controlar los sonidos que me salen. Cuando llego al clímax, arqueo la espalda y me corro, llamando a mi amigo.

Me quedo unos segundos jadeando, mirando al techo de mi cuarto.

Aún sin fuerzas, tanteo el colchón intentando encontrar el móvil que se me cayó del vientre durante el acto. Cuando lo encuentro y miro la pantalla, siento que se me sale el alma del cuerpo.

Hay una llamada en curso. A Richard. Me quedo paralizada mirando el móvil. Lentamente lo acerco al oído. Oigo su respiración entrecortada, con música de fondo, muy lejos.

—Ah, Beth… —lo oigo gemir y cuelgo de inmediato.

Me quedo inmóvil y en silencio un rato.

No me lo puedo creer… ¿cuál es la probabilidad de que haga una llamada sin querer mientras me masturbaba? Y peor: ¿justo al tío que poblaba mi cabeza?

Tiro el móvil lejos, me pongo la almohada sobre la cabeza y grito.

¿Cómo voy a poder mirar a Richard a la cara otra vez? Dios mío, ¡qué vergüenza! Lo último que necesito ahora es que se cree

un clima raro entre nosotros. La amistad que estamos construyendo se volvió extremadamente importante para mí. No puedo perderlo.

Capítulo 16

Richard Moore

Estoy en una zona reservada de la discoteca, con Matthew y dos mujeres. Mi amigo ya le está metiendo la lengua hasta la garganta a la rubia, mientras yo charlo con la morena.

Se llama Linda, y ya dejó claras todas sus intenciones conmigo. Es muy guapa y está buenísima, pero no sé… ¿sabes cuando no tienes claro si estás en el mood? En otros tiempos ya me la habría llevado al baño y resuelto el asunto. Pero hoy, ni pensando en ella desnuda en una cama, mi polla se anima.

El tono de mi móvil me saca del ensimismamiento. Al mirar la pantalla y ver el nombre de Beth, no lo pienso dos veces, pido permiso y voy al baño privado que tenemos en el sitio. Me encierro y contesto la llamada.

—¿No aguantabas las ganas, pequeño desastre? —digo sonriendo, pero no obtengo respuesta.

Solo oigo una respiración entrecortada.

—Beth —la llamo, pero aún no responde.

Empiezo a preocuparme. ¿Estará bien?

—¿Beth? —digo un poco más alto, y nada podría prepararme para lo que iba a pasar a continuación.

—*Oh, Richard, así… sigue* —dice con voz melosa.

Joder. Abro mucho los ojos y me quedo estático. Beth, no me digas que estás haciendo lo que estoy pensando… y, como si oyera mi pensamiento, suelta un gemido más alto y tengo la confirmación.

Eso es. Elizabeth se está masturbando. Y lo está haciendo pensando en mí… gimiendo mi nombre. Y… ¿me llamó? ¿Habrá sido sin querer, o le va el rollo del sexo virtual?

Visualizo la escena de ella, tumbada en la cama, con las piernas abiertas y tocándose. En el mismo momento siento un latigazo en la polla, que por fin empieza a dar señales de vida. Llevo la mano libre y la aprieto por encima del pantalón.

Imaginar a Elizabeth masturbándose pensando en mí me vuelve loco. Mantengo la llamada en curso, escuchando sus gemidos, mientras me abro la bragueta y agarro con firmeza mi erección, empezando un leve movimiento de vaivén.

Cierro los ojos e imagino que está aquí conmigo, encerrada en este baño, agachada frente a mí. Me mira con cara de puta y dibuja círculos con la lengua alrededor de la cabeza de mi polla antes de metérsela entera en la boca.

Mantiene un ritmo delicioso y hace presión como si chupara una piruleta. Con una mano me masajea los huevos y con la otra me ayuda en la mamada, llegando donde su boca no alcanza.

Aumento la presión alrededor de la polla, acelero el movimiento y no tardo en correrme, llamando su nombre.

—Ah, Beth… —digo, mientras siento palpitar mi polla.

Apoyo la cabeza en la pared del baño, recuperándome del éxtasis poscorrida.

Cuando vuelvo en mí, veo que la llamada se ha cortado. Beth, Beth… ¿qué me estás haciendo? Sonrío y niego con la cabeza, llegando a la conclusión de que parezco un adolescente.

Me limpio y salgo del baño, viendo que mi acompañante ya no está en el lugar.

—Joder, ya iba a preguntar si seguías vivo —dice Matthew—. Linda se cansó de esperarte y se fue.

Me siento aliviado.

—Vaya, qué pena. Voy a aprovechar para irme a casa… juicio, semental —digo y salgo, sin darle opción a retenerme aquí.

Como vine con Matthew, pido un Uber que, por suerte, no tarda en llegar.



¿Cómo puede pasar la semana tan arrastrada y el fin de semana tan rápido?

Termino de abrocharme el pantalón y me bebo rápido el café. Hoy estoy increíblemente ansioso por llegar al hospital.

Recordar el motivo me hace reprimir una sonrisa. Ayer apenas hablé con Beth, y puedo afirmar que me evitó por lo ocurrido el sábado por la noche. Por su comportamiento, estoy seguro de que la llamada fue accidental.

Pero hoy no se me escapa. Si piensa que va a huir de mí mucho tiempo, está muy equivocada.

Aparco el coche en la plaza de siempre y, cuando me giro para ver si Beth ya llegó, su coche pasa la barrera.

El destino parece estar de mi parte.

Me apoyo en el lateral del coche y cruzo los brazos mientras espero a que aparque. La veo salir y camino lentamente hacia ella.

—Pequeño desastre, qué casualidad encontrarte aquí —me detengo detrás de ella.

Se gira y veo que tiene las mejillas sonrojadas. Evita mirarme a los ojos y se arregla el pelo, nerviosa. Sonrío; está adorable cuando se avergüenza.

—Richard, hola, ¿qué tal? —dice, aún sin contacto visual—. Voy un poco justa, así que me voy. Buenos días y buen trabajo.

Se da la vuelta y camina a toda prisa.

—Parece que me estás evitando, Beth. ¿Pasa algo? —me acerco.

—¿Eh? ¿Yo, evitándote? Claro que no, Richard, ¿de dónde sacas eso?

Me planto delante de ella y frena en seco.

—Mírame, Elizabeth.

Llevo la mano a su barbilla y, con un gesto suave, le alzo la cabeza para que me mire a los ojos.

Nuestras miradas se encuentran, y es como si nuestras almas se tocaran en silencio. Lástima que el momento no dura mucho, porque llega el cabrón al que llamo mejor amigo.

—¡Ey, vosotros, buenos días! —dice Matthew.

Beth parpadea varias veces antes de responderle.

—¡Matthew, buenos días! —dice, aliviada—. Le estaba diciendo a Richard que voy un poco justa. Me voy, buenos días y buen trabajo —gira y sale rápido.

Matthew me mira y yo le sostengo la mirada, serio.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Vaya *timing* de mierda, ¿eh?… joder —me voy, dejándolo atrás.

Saludo a los guardias y recepcionistas con un gesto de cabeza y voy hacia mi despacho. Oigo a Matthew llamarme, pero lo ignoro.

Estoy terminando de prepararme para salir a hacer la ronda cuando llaman a la puerta.

—Rich, te necesito —dice Ashley asomando la cabeza.

Y yo pensando que Ashley por fin había entendido que lo nuestro había terminado.

—Ashley, creí que había sido claro la última vez que hablamos.

Pone los ojos en blanco.

—Richard, el mundo no gira alrededor de tu polla. Necesito tu ayuda con un paciente.

La hostia, qué vergüenza. Me rasco la nuca, cortado.

—Perdona, tengo la cabeza a mil y lo he pagado contigo. Vamos.

La sigo hasta urgencias y veo a un chaval, le calculo entre 15 y 17 años, presionando un paño —empapado en sangre— en la cabeza, con unos cinco enfermeros alrededor.

—A ver, ¿qué pasó aquí?

—El guapetón de ahí se cayó yendo en bici, se abrió la cabeza y no deja que nadie se acerque para suturarle —dice Ashley.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—George.

—¿Cuántos años tienes?

—El mes que viene cumplo 15.

—George, ¿puedes apartar el paño para que vea la herida?

Asiente y retira la tela.

El corte ronda los 3 cm y no parece muy profundo.

—George, ¿quieres quedarte con una cicatriz en medio de la frente?

—No —niega con la cabeza.

—¿Quieres pillar una infección?

—Tampoco.

—Entonces te vas a quedar quietecito mientras te pongo la anestesia local y te doy los puntos, ¿vale?

Se queda mirándome, como sopesando si acepta o no. Cruzo los brazos y lo encaro, ya con la paciencia justa.

—Vale —dice.

Preparo la jeringa y los útiles necesarios para el procedimiento. Aplico pomada anestésica y la dejo actuar cinco minutos.

—George, ahora voy a poner la anestesia local. Vas a notar un pinchacito; si prefieres, cierra los ojos, que muchas veces asusta más la aguja que la aplicación.

Cierra los ojos y yo aplico el anestésico rápido.

—Listo, ya pasó la anestesia; ahora empiezo a cerrar, ¿de acuerdo?

—¿En serio ya? Ni sentí nada —dice.

—Te voy a contar un secreto: has caído justo en las manos del mejor enfermero de Nueva York —digo y guiño.

—Y modesto también —dice Ashley.

Empiezo a dar los puntos, trabajando con cuidado para cerrar la herida de la mejor manera posible.

A medida que avanzo, el chico parece relajarse un poco, al darse cuenta de que el proceso no es tan aterrador como imaginaba. Sigo suturando con precisión, centrado en la tarea mientras ignoro cualquier distracción a mi alrededor.

Por fin, tras unos minutos que parecen una eternidad, termino. Miro al chico y veo una leve sonrisa de alivio en su cara, sabiendo que la parte más difícil ya pasó.

—Listo. Dentro de siete días vuelve para ver si podemos quitar los puntos, ¿vale?

—Muchas gracias —dice la madre, que hasta entonces estaba callada.

—No hay nada que agradecer; solo he hecho mi trabajo.

—Pero lo hiciste de una forma que nadie había conseguido… si puedo agradecértelo con una cena, o de alguna otra forma, llámame —guiña y me da un papel.

Me quedo estático, sin reacción. La alianza en su anular jamás me habría hecho pensar que esto pudiera pasar.

Guardo el papel en el bolsillo, con la intención de tirarlo en cuanto llegue a mi despacho; de mujer casada huyo como el diablo de la cruz.

Salgo de urgencias y me voy a hacer la ronda.

Paso por todas las habitaciones de los pacientes y gestiono algunas solicitudes pendientes.

Voy camino de la cafetería cuando me intercepta Matthew.

—Ya me han dicho que estás rompiendo corazones de madres de tus pacientes —dice.

—Por lo visto, la comidilla ya corre como la pólvora, ¿no?

—Como si no lo supieras… ¿Vas a comer ahora?

—Sí, ¿tú también?

Asiente y caminamos juntos.

El sitio está lleno; cogemos la comida y, al buscar mesa, veo que Beth y Cristina están sentadas en la esquina izquierda.

—Ven, sentémonos allí con ellas —señalo con la barbilla su mesa.

—Buenas tardes, chicas, ¿nos sentamos? —pregunta Matthew.

—Claro —responde Cristina.

Me siento frente a Elizabeth, que sigue sin mirarme. Los cuatro hablamos de temas varios, y decido esperar a quedarnos a solas para comentar lo del sábado.

Me suena el buscapersonas de Matthew antes de que pueda terminar la comida.

—Bueno, tendréis que acabar el almuerzo sin mi ilustre presencia —dice y se marcha.

Y como si el universo quisiera ayudarme, llaman también a Cristina.

Observo a Elizabeth un rato. Tan adorable…

—Y entonces, **Betita**, ¿qué tal el fin de semana? —rompo el silencio.

—¿*Betita*? —dice entornando los ojos.

—Sí… *Betita*. Te pega, toda pequeñita.

—Para tu información, mido 1,66 m.

—Casi veinte centímetros menos que yo… lo que te hace pequeña.

—Teniendo en cuenta que la estatura media de la mujer en Estados Unidos es de 1,62 m, estoy por encima.

—Sigues siendo pequeña… —pone los ojos en blanco—. Pero bueno, ¿qué tal el fin de semana?

—Genial, Erick se está recuperando muy bien.

—¿Y qué hiciste de bueno el sábado? —inclino la cabeza, conteniendo la risa.

—¿Yo? Ah… me quedé en casa, vi una peli con mi madre y Josh.

—¿Y estabas cerca del móvil?

Empieza a toser y le ofrezco mi botella de agua.

—Pues va a ser que no —dice tras recomponerse—. Qué bien que lo digas, ¿te puedes creer que mi móvil estaba un poco loco? Lo dejé en la habitación cargando mientras estábamos en el salón. Una amiga hasta me dijo que recibió una llamada mía, ¿te lo crees? Raro, ¿no? Ni estaba cerca del móvil… debía de ser algún virus.

—Vaya, ¿sí? Qué cosa, ¿eh? —sigo el juego.

Me queda clarísimo que la llamada fue accidental. Para no ponerla en apuros, no estiro el tema.

—¿Te lo puedes creer? En fin, ¿y tú, qué tal con Matt?

—Estuvo bien, pero me fui pronto… ya sabes, me quedé muy cansado por la semana a tope.

Me cuenta sobre la recuperación de Erick y cómo están Lilly y Josh. El clima entre nosotros vuelve a la normalidad y, aunque no toque el tema, saber que Elizabeth se tocó pensando en mí es algo que jamás voy a olvidar.

Capítulo 17

Elizabeth Carson

Hoy ya es jueves, pero no un jueves cualquiera. Angel, por fin, tendrá el alta. Tras unos días críticos, por fin nuestra pequeña está lista para seguir creciendo, evolucionando y recibiendo el amor incondicional de sus padres adoptivos.

Una pareja de médicos presentó la solicitud de adopción y, hace alrededor de un mes, recibió la noticia de que la había conseguido. Fue un día de celebración aquí, por ellos y por Angel.

Me acerco a su lecho y le doy un besito en la cabeza.

—Hoy te vas a tu casita, amor mío… la tía Beth te va a echar muchísimo de menos —digo acariciándole la tripita—. Has sido muy valiente, ¿eh, mi pequeña? Estoy muy orgullosa de ti.

Sé que no entiende lo que digo, pero sus ojitos brillan cuando le hablo.

—Se te dan bien los niños —dice Richard.

¿Cuándo ha llegado?

—No fue casualidad que eligiera especializarme en recién nacidos.

—*Touché*.

Le sujeta las piernecitas a la bebé y habla con voz graciosa.

—Angelita, estás muy crecida. ¿Cuándo vas a venir a ver al tío más guapo que tienes?

—Hum, ¿y dónde está ese tío? ¿Nos lo presentas, Angel? —bromeo.

—¿Entrenando para hacerte el gracioso, *Betita*?

—¿Aún con lo de *Betita*? Creí que ya habías entendido que no soy pequeña.

—Lo inventé yo, así que decido yo. Eres pequeña… además de ser mi pequeño desastre. *Betita* te queda perfecto.

Cuando usa el posesivo para referirse a mí, el corazón se me salta un latido.

Helen y Stephan, los padres de Angel, se acercan, emocionados, para llevársela.

Le doy otro beso en su cabecita y me aparto.

Hacen un breve discurso, agradeciendo todos los cuidados con la pequeña, y el corazón se me llena de alegría al ver a la nueva familia que nace.

Después de la pequeña celebración, todos vuelven a sus quehaceres.

Unos diez minutos antes de mi hora de salida, recibo una llamada de Josh. Qué raro; sabe que no me gusta atender cuando estoy trabajando. *Debe de ser algo importante, pienso.*

—¿Josh? —atiendo.

—*Hermana*… —dice y se queda en silencio.

Se me cruzan varias teorías por la cabeza. ¿Le habrá pasado algo a mi madre? ¿Erick habrá empeorado? O si no… no, no puede ser.

—Josh —lo llamo.

—Lo soltaron, hermana.

Cierro los ojos; mi última suposición era correcta. Aunque supiera que iba a pasar tarde o temprano, el golpe de realidad me

sacude.

Siento un temblor por todo el cuerpo y las piernas cada vez más flojas. Siento que el aire no entra en mis pulmones.

—*Beth…* —es lo último que oigo antes de que todo se quede negro.



Me duele la cabeza.

Cuando recupero la conciencia, veo que estoy tumbada en la cama de una habitación.

—Deberías haberme llamado a mí, Josh… yo la habría preparado para recibir la noticia.

¿Esa es la voz de Richard?

—No me interesa; podrías ser el Papa, lo correcto habría sido llamarme para poder prepararla. Yo soy quien está aquí, cerca de ella.

Miro hacia la esquina izquierda de la habitación y lo veo de espaldas, hablando por móvil. Con Josh. Lo que me hace recordar la llamada que recibí.

Me incorporo de golpe y todo a mi alrededor da vueltas.

—Hmm… —gimo y me llevo la mano a la cabeza.

—¿Beth? —me llama Richard—. Josh, se ha despertado; te llamo en un rato. Eh, ¿cómo estás? —pregunta, sentándose al borde de la cama.

Tengo los pensamientos confusos, y el miedo me invade. Devon está suelto, y no sé lo que eso significa para mí.

—Voy a estar bien… siempre lo estoy, ¿no?

—Ya no estás sola, Beth. No voy a dejar que vuelva a acercarse a ti.

—No puedes asegurarlo.

—Puedo.

Quiero creerle, pero la sombra del pasado aún planea sobre mí, llenándome de miedo e incertidumbre. Decido no discutir; lo que más quiero ahora es irme a casa.

Intento levantarme de la cama, pero me lo impiden.

—¿Adónde crees que vas?

—A casa.

—Ni de broma; acabas de desmayarte.

—Richard, estoy bien. Solo necesito ir a casa, hundirme en el sofá y comerme un tarro de helado.

—Solo sales de aquí con el visto bueno de Peter.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué exageración, Richard. Solo fue una bajada de tensión.

En ese momento se abre la puerta y entra nuestro jefe, junto con Matthew.

—Elizabeth, me alegra verla despierta —dice Peter.

—Sí, estoy bien, Peter; solo fue una bajada de tensión. ¿Puedo irme?

—¿De verdad te sientes bien? —pregunta.

—Gimiste de dolor al incorporarte —dice Richard, entrometido.

—Estoy bien, lo prometo. Solo necesito ir a casa.

Peter mira a Matthew, y parece que hablan por telepatía.

—¿Tienes a alguien que pueda quedarse contigo hoy? Por si te encuentras mal; al fin y al cabo te golpeaste la cabeza al caer —dice

Matthew.

—Sí —miento.

—No —dice Richard al mismo tiempo que yo.

Nos miramos y él cruza los brazos.

—¿Y quién sería, Elizabeth? —pregunta Rich.

—No te incumbe.

Entorna los ojos y le sostengo la mirada.

—Está bien; me voy a asegurar de que tengas a alguien pendiente de ti —dice Richard.

—¿¡Qué!? —mi voz sale más alta de lo planeado.

—Eso mismo que has oído: te llevaré a casa y, cuando llegue tu compañía, me iré; o, si no, me organizo con ella para turnarnos y estar pendientes de ti.

Suelto un bufido. Odio que me traten como a una cría. *Pues deja de actuar como una y acepta la ayuda que te está ofreciendo.* Cállate.

—Vale, vámonos ya.

Nos despedimos de Matthew y Peter, con la promesa de que volveré de inmediato si noto cualquier cosa.

Dejo mi coche aquí en el aparcamiento y nos vamos en el de Richard.

Cuando llegamos al edificio, aparca en mi plaza y subimos en silencio en el ascensor.

—Ve a darte una ducha mientras yo me encargo de la cena —dice al entrar en casa.

Me paro un momento y lo admiro. Tan guapo. Tan atento. Tan… especial. Sacudo la cabeza; no puedo dejar que mis pensamientos se vayan por ahí.

—Eh… vale. Siéntete como en tu casa.

Cojo una muda de ropa y voy al baño.

Ajusto el agua a la temperatura que me gusta y entro. Me quedo quieta, inmersa en mis pensamientos, mientras el chorro fuerte me cae en la cabeza.

Está suelto.

Está suelto.

Las palabras de Josh parecen resonar a mi alrededor.

Aquí, sola, me entrego al miedo y me derrumbo. No necesito hacerme la fuerte… no aquí. El pavor me aprieta el pecho con fuerza, como si me lo aplastara un peso insoportable.

Me siento frágil y vulnerable, como al borde de un abismo, a punto de caer en cualquier momento. La idea de que Devon esté libre, de nuevo suelto por el mundo, me aterroriza. Los recuerdos de su control asfixiante, de sus explosiones de ira, de su violencia, vuelven como una pesadilla de la que no consigo escapar.

El miedo a que venga a por mí, o peor, a que vaya a por Josh, mamá o Erick, me consume por dentro, convirtiendo el estómago en un nudo apretado de ansiedad.

Me gustaría poder liberarme de este sentimiento, poder confiar en las palabras de Richard, pero es difícil cuando el pasado sigue tan presente en mi mente, cuando las cicatrices emocionales están aún tan frescas.

Y así me encuentro atrapada en un remolino de miedo e incertidumbre, sin saber qué depara el futuro, temiendo lo peor a cada instante que pasa.

Salgo del trance cuando oigo golpes en la puerta.

—Beth, ¿todo bien ahí dentro? —pregunta Richard.

—Sí, ya termino.

Acabo de ducharme, me arreglo y, antes de salir, me miro al espejo. Encaro mi reflejo y veo los ojos enrojecidos, delatando el llanto.

Veo que Erick ha mandado un mensaje, pero dejo el móvil a un lado y voy con Richard; luego respondo a mi amigo.

El olor delicioso que noto al salir del baño me hace rugir la tripa.

—Mmm, qué bien huele.

Richard está terminando de poner la mesa.

—Espero que no te importe que haya hurgado en los armarios buscando los utensilios.

—Claro que no.

Veo que Richard ha preparado pasta al sugo y se me hace la boca agua.

Me aparta la silla para que me siente y, cuando creo que no puede sorprenderme, se supera. Sé que esos pequeños gestos suyos deberían ser lo normal en todos los hombres, pero la realidad, por desgracia, es otra. Y yo conocí muy de cerca lo contrario.

Nos sentamos y sirve nuestros platos. Llena el vaso con el zumo de naranja que había en la nevera.

Cuando me llevo el primer bocado a la boca, me voy al cielo.

—Mmm, Richard, ¡esto está divino!

Él sonríe y me guiña un ojo mientras mastica. Si nota las señales de que he llorado, no comenta nada, y se lo agradezco mentalmente.

Hablamos de Angel y me doy cuenta de que intenta distraerme.

Richard fue el gran regalo que me dio Nueva York, y ya no me veo sin él en mi vida.

Capítulo 18

Elizabeth Carson

¿Y si tuviera una amistad con derecho con Richard?

En el mismo instante en que me llega el pensamiento, escupo el zumo que estaba bebiendo y toso.

—Beth, ¿estás bien? —dice, levantándose y viniendo a mi lado.

—S-sí.

¿De dónde ha salido esa idea? Debo de estar volviéndome loca.

Gracias a Dios, terminamos de comer y Richard pide darse una ducha.

Hablo rápido con Erick por móvil y lo tranquilizo, afirmando varias veces que estoy bien y que no tiene por qué preocuparse.

Ya que Richard sigue en la ducha, aprovecho para recoger la cocina y organizar lo que está esparcido por el salón.

Sincronizo el móvil con la tele y pongo mi *playlist* preferida. Obvio que hay muchas canciones de la mejor *boy band* que ha existido y, si pensaste en otra que no fuera 'N Sync, nuestra amistad se acaba ahora mismo. Justin Timberlake es mi crush eterno, y todavía tengo un póster a tamaño real guardado en casa de mi madre.

Me vengo arriba cuando empieza a sonar *It's Gonna Be Me*[11]. Por un momento olvido que no estoy sola en casa y, cuando llega el estribillo, empiezo a bailar la coreografía.

Every little thing I do

Never seems enough for you

You don't wanna lose it again

But I'm not like them

Baby, when you finally

Get to love somebody

Guess what

It's gonna be me[12]

Cuando termino mi pequeño show, me giro y Richard está parado con su típica sonrisa de sobrado en la cara, los brazos cruzados y el hombro apoyado en el marco de la puerta.

Daría lo que fuera por tener un agujero en el que meterme para huir de esta situación embarazosa.

Cierro los ojos, respiro hondo y decido que lo mejor es actuar como si nada hubiera pasado. Cojo la ropa que doblé y voy al dormitorio a guardarla.

Richard viene detrás de mí. Entro en el cuarto y guardo cada prenda en su sitio, con mucha calma.

—¿Puedo comentar tu performance?

—No sé de qué hablas —me encojo de hombros.

—¿'N Sync? ¿En serio?

—¿Algún problema? —alzo una ceja.

—No me digas que te pierde Justin.

—¿Y si así fuera?

—Hum, no sé… está ese actor que sale en *Grey's Anatomy*[13], ¿sabes?

No contengo la carcajada. No, no va a hacer lo que creo que va a hacer.

—No me digas que hablas del actor que interpreta a Jackson Avery.

—Ese, ese —abre una gran sonrisa.

—Eres ridículo, Richard —digo entre risas.

—¿Y por qué soy ridículo? ¿Vas a decir que el tío no es guapo?

—Richard, lo dices simplemente porque te pareces mucho a él.

—¿Así que te parezco guapo, Elizabeth Carson?

—Quiero decir, Richard Moore, que te estás viniendo arriba. Sí, Jesse Williams[14] es guapísimo, pero nadie supera a Justin.

—Así me haces daño en mi pobre corazón —se lleva la mano al pecho.

—Deja el drama —cojo la almohada extra y se la lanzo—. Toma, vete a acostarte, que mañana aún es viernes y tenemos mucho trabajo por hacer.

Cuando sale, subo a la cama y sonrío al apoyar la cabeza en la almohada. Y otra vez vuelve la idea de tener algo más con él. ¿Será?

Richard es un soplo de vida en medio del caos en que me encuentro. Cada vez estoy más segura de que no fue por casualidad que nuestros caminos se cruzaron.

Es increíble la ligereza que trae a mis días más turbulentos.

Cierro los ojos y mi mente divaga.

Estoy a punto de entregarme al sueño cuando oigo un estruendo que viene del salón. En el acto salto de la cama y voy a ver qué pasa.

Al llegar a la estancia, mis pies se clavan en el suelo y un temblor recorre cada fibra de mi ser.

No es posible. ¿Cómo me encontró?

—Por fin te he encontrado, querida esposa —dice Devon con su sonrisa diabólica.

Permanezco inmóvil mientras camina hacia mí.

—Sabes que no puedes acercarte a mí, Devon.

—¿Ah, sí? ¿Y quién va a impedírmelo? ¿Tu amiguito? —chasquea la lengua—. Creo que ahora mismo está un poco indispuesto.

En cuanto pronuncia sus palabras, recuerdo que Richard está durmiendo en el cuarto de invitados. Miro a un lado buscándolo y veo que está inconsciente, con un corte en la cabeza.

—No… ¿qué has hecho, Devon?

—Nada, querida; solo necesité calmarlo… estaba un tanto nervioso.

—Lárgate de aquí o llamaré a la policía —intento sonar firme, pero por dentro estoy aterrorizada.

Mis palabras parecen combustible para él, porque avanza hacia mí con una rapidez sorprendente, sin darme opción de huida.

Me tira al suelo y me lame el cuello.

—Ay, cuánto echaba de menos tu olor, esposita.

Me rasga la blusa, me saca el pecho y me muerde con fuerza.

Grito, pero no sale ningún sonido de mis labios: el terror me consume por completo. Estoy a punto de enfrentar mi peor pesadilla cuando oigo la voz de Richard a lo lejos.

—Beth. Beth —dice, con las manos en mis hombros, sacudiéndome suavemente.

Abro los ojos, jadeante, y veo a Richard a mi lado, con los ojos llenos de preocupación y compasión. Su presencia es un bálsamo para mi alma asustada, trayéndome de vuelta a la realidad.

Me incorporo y lo abrazo con fuerza, buscando consuelo en sus brazos. Él responde y me acaricia la espalda con dulzura.

—Solo ha sido una pesadilla; no hay nada que temer —dice con voz suave—. Estoy aquí.

—Era todo tan real, tan… aterrador —mi voz sale en un susurro.

Me abraza aún más fuerte, como si quisiera protegerme de cualquier mal que pudiera alcanzarme.

Poco a poco mi respiración vuelve a la normalidad, pero seguimos en la misma posición durante incontables minutos.

Me aparto un poco y quedamos frente a frente, con los rostros demasiado cerca para mi propio bien. Nuestras narices casi se tocan y puedo sentir su aliento.

La forma en que pasa la lengua por su labio inferior lanza un estímulo directo entre mis piernas y, sin pensar más, elimino la distancia entre nuestros labios.

Richard se queda quieto y vacila. Se le abren los ojos ante el gesto inesperado. Pero luego, lentamente, cede al beso, sus labios moviéndose suavemente contra los míos, en una mezcla de ternura y deseo.

El beso empieza lento, pero cuando nuestras lenguas se tocan, se vuelve voraz. Le rodeo el cuello con los brazos y él aprieta mi cintura, tirando de mi cuerpo hacia el suyo. Me siento a horcajadas en su regazo y, cuando siento su erección encajada contra mi coño, gimo. Me froto y él me muerde el labio inferior.

Somos un enredo de manos y gemidos. Parecemos dos desesperados, uno queriendo tomarlo todo del otro. Tenemos una

urgencia arrasadora, como dos sedientos en un desierto árido, ansiosos por encontrar un oasis de alivio.

Cuando me falta el aire, separo nuestras bocas. Nuestras miradas se encuentran y puedo ver la lujuria desbordando en sus ojos, reflejo de los míos.

Richard me mira con hambre, pero en ese mismo instante percibo una sombra de culpa. Se me encoge el corazón al notar su vacilación, su lucha interna.

Como si saliera de un trance, cierra los ojos, respira hondo y se prepara para hablar.

—Beth, esto no deber… —empieza, pero no lo dejo terminar.

—No, Richard —carraspeo—. No termines esa frase.

Se queda en silencio unos instantes, mientras me bajo de su regazo.

Lo último que necesito ahora es que Richard me mire con pena. Y sé exactamente el motivo de que esto haya pasado. Por eso no quería que nadie aquí supiera por lo que he pasado, porque todos, tarde o temprano, acaban dirigiéndome esa misma mirada.

—Será mejor dormir; mañana nos espera un día largo —me levanto y voy hacia la puerta.

Camina y, cuando se detiene a mi lado, parece querer decir algo, porque abre y cierra la boca varias veces, pero al final solo sale del cuarto.

Cierro la puerta y voy hacia la cama. ¿Qué se cree? ¿Que voy a ir detrás de él por lo que pasó? Solo ha sido un beso; del mismo modo que él no quiere una relación, yo tampoco.

Me doy cuenta de que me dormí cuando suena el despertador. Me levanto, hago mi higiene de la mañana y voy a preparar el desayuno.

Mientras hago las tortitas, el recuerdo de nuestro momento en la madrugada me invade. Paso los dedos por mi boca, recordando exactamente la mezcla de sensaciones que sentí mientras estaba en los brazos de Richard.

El beso se sincronizó de una forma que no puedo explicar… era como si su boca estuviera hecha para encajar con la mía.

Cuando oigo el ruido de la ducha, vuelvo a centrarme en lo que estoy haciendo.

No tarda mucho en que mi huésped se una a mí.

—Buenos días —dice, dubitativo.

—Buenos días.

Nos sentamos y comemos en un silencio cómodo. Aprovecho para admirarlo. Este hombre es demasiado buenorro para mi propio bien… y, por lo que sentí ayer, podemos decir que es un *gran* buenorro.

Entorno los ojos e intento centrarme en otra cosa que no sea el tío que tengo delante.

Con el universo queriendo ayudarme, recibimos un mensaje informando de que Peter ha solicitado una reunión esta mañana.

Nos damos prisa y salimos de casa.

Antes de entrar en el hospital, Richard me sujeta la mano.

—Beth, sobre lo de anoche… —otra vez no lo dejo concluir.

—Richard, te pido perdón; no tenía derecho a abalanzarme sobre ti. Actué por impulso, en el calor del momento. Por favor, no hagamos de esto un gran tópico ni dejemos que interfiera en nuestra amistad. ¿Puede ser? —las palabras salen a una velocidad sorprendente.

Ser despachada dos veces en menos de 24 horas ya es demasiado para mí.

Asiente con expresión de sorpresa.

Vamos a la sala de reuniones, y Cristina, Matthew y algunos otros compañeros ya están allí.

—Bueno, creo que ya estamos todos —dice Peter—. Seré breve…

Y realmente lo fue. Nos informó de que la nueva jefa de pediatría empieza el lunes.

—Ojalá sea maja —dice Cris en cuanto entramos en la UCI.

—Sí, es verdad. ¿Tienes algún plan para luego?

—Creo que me voy con el grupo al *Uptown*… ¿por qué?

—Perfecto, porque yo también voy.



—Hoy el día parece que se arrastró —dice Cristina en cuanto entramos en el bar.

—Ni me lo digas…

Caminamos hacia la mesa del grupo y veo que Richard está sentado al lado de Ashley, que posa la mano en su pierna en cuanto nos ve. ¿Habrán vuelto*? ¿Creíste que se iba a volver célibe por un beso?* Cállate. ¿Por qué con ella puede tener una relación casual y conmigo no? *Porque ella no es la pobrecita a la que la apaleó el ex y perdió al hijo*. A veces mi subconsciente me irrita.

—Beth, Cris, os guardamos estas sillas —dice Joanne.

—Vamos por las cervezas —dice Cris y me tira de la mano.

Hacemos el pedido y, mientras esperamos, mi mirada se cruza con la de Richard.

—La tensión sexual entre vosotros es casi palpable —me dice Cristina al oído.

—Solo somos amigos —intento no profundizar en el tema.

Me planteo si contarle lo que pasó, pero decido guardármelo. Si a Richard ya le da miedo involucrarse conmigo por mi pasado, imagínate si sabe que he ido contando que nos besamos.

—Y yo soy Beyoncé. Beth, no hay ningún mal en sentir calentón por Richard… es más, quien no lo sienta, ya está muerto por dentro. Mira a ese hombre: tiene cara de apretarte bien del cuello, empotrarte fuerte y gemir rico.

—Dios mío, Cristina, qué mente tan fértil —carcajeo.

—¿Vas a decir que nunca imaginaste cómo es estar en su cama?

Me salva el barman, que nos entrega las botellas. Agradecemos y volvemos a la mesa.

Le agradezco mentalmente a Cris que no insista, pero mi mente vuela imaginando todo lo que ha dicho. ¿Que si ya visualicé todas las situaciones que mencionó? Obvio; sobre todo el día que lo llamé accidentalmente, pero ese es un secreto que me llevaré a la tumba.

Ya perdí la cuenta de cuántas cervezas llevo, pero aún no estoy anestesiada como me gusta, hasta el punto de olvidar todos los problemas y mi vida de mierda.

Como si tuviera un imán, mi mirada vuelve una y otra vez a la suya.

Para huir de todo este batiburrillo de sentimientos, se me ocurre una idea brillante.

—Cris, ¿qué tal una partida de billar? —pregunto al ver una mesa libre.

Asiente, cogemos los tacos y vamos a la mesa.

La partida me distrae. No soy ninguna profesional, pero me defiendo… y lo más importante: consigo mantener la mente en un lugar seguro.

—No mires ahora, pero el Sr. Buenorro viene hacia nosotras —dice.

—¿Señor quién?

En cuanto termino la frase, siento una presencia detrás de mí y, por la forma en que reacciona mi cuerpo, estoy segura de quién se trata.

Capítulo 19

Richard Moore

No mires su culo. No mires su culo. No mi… mi mirada se queda fija justo donde no debería: en el culo de Elizabeth. Acaba de hacer la carambola y está apoyada en la mesa, con el culo bien en pompa.

Desde nuestro beso, no consigo pensar en otra cosa que no sea ella.

Intento a cada instante no tener pensamientos impropios con ella, pero ha sido imposible.

Después de que Josh me contara su pasado, me prometí que Elizabeth sería un límite rígido para mí. No puedo ofrecerle solo sexo casual. Se merece más… mucho más, y como no me relaciono en serio con nadie, follar con ella es algo terminantemente prohibido para mí.

Solo que, después de haber probado su beso, su sabor… no puedo dejar de imaginar cómo sería follarla de todas las maneras posibles.

Niego con la cabeza, intentando concentrarme en mi lema: Elizabeth es un límite rígido y jamás lo traspasaré.

Como si sintiera mi presencia, se gira, pero mis ojos tardan unos segundos en cambiar de dirección.

Carraspeo, intentando disipar la vergüenza de haber sido cazado.

—Entonces, chicas, ¿lo estáis pasando bien?

Estaba sentado en la mesa, pero siempre con un ojo en ella. La gente me hablaba, pero no conseguía concentrarme en la conversación. Cada tanto mi mirada se iba hacia la mujer que me está quitando el juicio.

De lejos observé la de buitres que no le quitaban el ojo de encima, y eso me irritó tanto que decidí acercarme para poder protegerla de algún posible baboso.

—Siempre —dice sonriendo, hasta que fija la mirada en un punto a mi espalda—. Tu compañía parece que no tanto.

Me giro y veo a Ashley observándonos con expresión neutra.

Cuando Elizabeth y Cristina llegaron, yo estaba hablando con Ashley y me contó que estaba conociendo a alguien. Me alegró, porque, pese a lo último, le tengo cariño. Ashley deseó que conociera a alguien que pudiera "romper mis barreras" y apoyó la mano en mi pierna. Por lo visto, Elizabeth lo entendió todo mal.

Entorno los ojos al pequeño desastre que tengo delante, dándome cuenta de que está celosa.

—¿Celos, *Betita*? —pregunto.

Ella pone los ojos en blanco.

—Pero, para tu información, no estoy acompañado.

—Qué pena por ti, porque pienso irme acompañada hoy.

Sus palabras me paralizan y, solo de pensar en otro hombre tocándola, me pongo hecho una furia.

—¿Acompañada de quién? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Pues no sé; si encuentro a alguien que lo valga… ¿por qué no? Soy una mujer libre… —se encoge de hombros y me mira a los ojos—. Y la noche es joven, Richard.

Como si quisiera sacarme de quicio, mi mente proyecta la imagen de Elizabeth desnuda, en una cama, siendo follada por un desconocido.

Suelto un bufido y cierro los ojos, intentando concentrarme en la realidad.

—Elizabeth, creo que ya has bebido demasiado; no es seguro irte con un extraño.

—Puede que no sea un completo desconocido… ya sabes, hay mucha gente del NYP que viene aquí —me pasa los dedos por el pecho.

Reuniendo todo mi autocontrol, le agarro la mano y la aparto con calma.

—Beth…

—Ay, Rich, ¿qué pasa? Somos amigos, ¿no? ¿Por qué no podemos ser también amigos que follan?

Siento una punzada en la polla en cuanto la palabra "follan" sale de su boca. Casi mando el sentido común a tomar por culo, pero un ramalazo de juicio me trae de vuelta. Respiro hondo y me centro en lo correcto.

—Elizabeth, definitivamente ya has bebido toda tu cuota de cerveza de hoy. Vamos, te llevo a casa.

—Tú no eres mi padre, Richard, y ya que no quieres ser mi amigo con derecho, voy a encontrar a alguien que sí quiera —dice, tozuda.

—Ni de coña —espeto.

—¿Y puedo saber por qué no? —cruza los brazos.

—Porque has bebido demasiado y mañana podrías arrepentirte de una decisión tomada bajo el efecto del alcohol.

—Argh, eres tan mojigato, Richard —dice, furiosa, y se dispone a apartarse.

Cuando gira el cuerpo para alejarse de mí, se le tuerce el pie y la sujeto, evitando que caiga.

—Vale, puede que haya bebido un poquitito de más.

—¿Un *poquitito*? —pongo una cara graciosa—. Vamos, te llevo a casa.

Cristina le dice algo al oído a Beth que la deja roja. Ni me atrevo a imaginar qué será.

Nos despedimos del grupo bajo la mirada atenta de Ashley.

Caminamos en silencio, ambos metidos en nuestros pensamientos.

Pasamos por la portería y me empeño en subir con Beth para asegurarme de que llega a casa con total seguridad. No vaya a ser que se cruce con alguien con malas intenciones en el ascensor, ¿verdad?

—Entregada estás.

La dejo frente a su puerta.

—¿No quieres pasar? —pregunta, inclinando la cabeza.

Elizabeth es un límite rígido. Elizabeth es un límite rígido. Repito, intentando mantenerme firme.

—Mejor no, Beth. Buenas noches.

Me da la espalda y yo sigo en la misma posición. Cuando está a punto de cerrar la puerta, se gira.

—¿Soy tan indeseable? —pregunta, mirándome a los ojos.

—¿Qué? Claro que no, Elizabeth.

—Entonces, ¿por qué me evitas así?

—Eres la mujer más guapa y deseable que he conocido, Elizabeth. Me vuelvo loco solo con mirarte; daría lo que fuera por ceder a lo que me pides…, pero no puedo. No puedo ponerte solo como un polvo casual en mi vida. Eres mucho más que eso.

—¡Pero es exactamente eso lo que quiero, Richard! —se exalta —. No quiero un romance, quiero… solo sexo. ¿Es tan difícil de entender?

Respiro hondo, intentando mantenerme firme en mi decisión.

—No te mereces solo eso, Beth; te mereces mucho más. Lo siento, pero no puedo.

Aprieta los labios, como absorbiendo mis palabras.

—Está bien, ya lo entendí. Buenas noches, Richard —se despide y entra.

Me quedo aún un rato parado, mirando la puerta frente a mí.

Oigo un carraspeo detrás y me giro: Amy está de pie, mirándome.

Menuda mierda.

—¿Desde cuándo estás ahí? —pregunto.

—El tiempo suficiente para oírte rechazar acostarte con ella y, tengo que decirlo, me dejas impresionada.

—¿Desde cuándo te dedicas a escuchar conversaciones ajenas? ¿Y por qué te impresiona?

—No estabais precisamente en un lugar privado. Y me impresiona porque, en veinticinco años de vida, nunca te vi negarle sexo a ninguna mujer. Pero dime, ¿por qué la rechazaste?

—No la rechacé. Si lo oíste todo, deberías haber entendido los motivos.

—Pero ella no quiere casarse, Richard. Quiere exactamente lo mismo que tú: sexo sin compromiso.

—No lo entiendes: Elizabeth se merece mucho más que eso. Es la mujer más fuerte, resiliente, cariñosa e increíble que he conocido. No puedo reducirla a un polvo casual.

—Sabes que, si no es contigo, será con otro, ¿no? Beth es joven, guapa y tiene las mismas necesidades que cualquiera.

Me rasco la nuca y vuelve con fuerza la rabia de pensar en Elizabeth con otro.

—Lo sé, pero eso no cambia mi decisión.

—Argh, eres muy cabezota, Richard. Luego no te pongas a llorar por las esquinas.

—Solo quiero lo mejor para ella, Pequeña. Me voy a casa, buenas noches. —Le doy un beso en la frente y me marcho.

Las palabras de Amy se repiten en bucle en mi cabeza, pero me mantengo firme.

Llego a casa, me ducho y me tumbo.

¿Sería tan absurdo aceptar su propuesta?

La respuesta llega rápido: claro que lo sería. Además de no poder darle lo que merece, ¿y si se enamora de mí? Nuestra amistad se arruinaría porque, queriendo o no, le rompería el corazón.

No, no puedo ceder. Ahora más que nunca tengo que ser fuerte. Estaré a su lado, esté con alguien o no. Seré su fuerza, su hombro, su apoyo. ¿Eso significa verla con otro? Vale, que así sea. Pondré mis deseos en segundo plano. El bienestar de Beth está por encima de cualquier cosa.

Y si alguien vuelve a hacerle daño… ah, ese hijo de puta estaría perdido. Le arruinaría la vida.

Capítulo 20

Elizabeth Carson

¿Sabes esa sensación horrible de despertar con resaca moral? Preferiría mil veces estar muriéndome de dolor de cabeza, o haber tenido amnesia. Pero no; recuerdo cada palabra dicha.

¿Soy tan indeseable?

Dios, Elizabeth, ¿cuándo te volviste tan decadente? Arrastrándote detrás de un hombre que ya dio pruebas de sobra de que no te quiere.

Preparo un café y me dispongo a regodearme en mi bajón sentada en el sofá, cuando suena el timbre.

Abro la puerta y veo a Amy con un vino y una fuente.

—¡Buenas tardes! ¿Algún plan para hoy? —dice.

—Buenas tardes —le dejo paso para que entre—. Si lo tuviera lo aplazaría; el día que rechace tu lasaña puedes internarme.

Deja la fuente en la mesa.

—¿Quieres un café? Lo acabo de hacer —ofrezco.

—Beth, ya son las 12:40.

—¿Y hay hora para tomar café? Hoy me levanté tarde, así que dame un margen.

—¿Te acostaste tarde? —pregunta mientras corta un trozo de lasaña.

—Sí, ayer me fui con el personal del hospital al Uptown y acabé yéndome a dormir más tarde de lo normal.

—¿Y la noche fue buena? —inclina la cabeza.

Conozco a Amy desde hace poco, pero ya la calo cuando está sondeando.

—Di ya lo que quieres saber, Amy —me sirvo la lasaña que trajo.

—Sabes que las paredes de este edificio son finas, ¿verdad?

—¿Y…?

—Y que a veces se oye la conversación del vecino incluso con la puerta cerrada… podrás imaginar que, si es con la puerta abierta, la acústica ayuda más, ¿no?

Cierro los ojos, entendiendo por fin adónde quiere llegar.

Joder.

Amy oyó toda mi conversación con Richard anoche… peor: oyó mi humillación en tiempo real. Y probablemente no solo ella, sino todos los vecinos.

¿Sabes esa resaca moral que dije hace poco? Multiplícala por diez y tendrás una breve idea de cómo me siento ahora mismo.

—Ehm, Amy… y-yo… ni siquiera sé qué decirte —soy sincera.

—Beth, no tienes que decirme nada.

—Dios mío, qué vergüenza —me tapo la cara con las manos.

—No tienes ningún motivo para avergonzarte; eres una mujer que tiene tanto deseo como cualquiera.

—Pero no necesitaba arrastrarme tanto… el calentón, antes de matarnos, nos humilla.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Verás, Richard tiene un gran instinto protector. Nunca lo vi tratar a una mujer como te trata a ti. El cariño, la protección… jamás vi a mi hermano dárselo a otra persona que no fuera a mí. Nunca lo vi rechazar sexo.

—Vaya, gracias; ahora estoy muchísimo mejor.

—¡No! Me expresé mal. El punto es que tú eres mucho más que solo sexo para él. Siente por ti la misma necesidad de protección que siente por mí —abro la boca para replicar, pero no me deja—. Y no estoy diciendo que te vea como a una hermana. Él cree que no basta, le da miedo entregarse… piensa que te mereces más.

—Pero ahí está el tema, Amy: yo no quiero más. Solo quiero acostarme con un hombre que me pone.

—Él está por ti hasta las trancas, Beth; solo que aún no se ha dado cuenta.

—Yo lo que quisiera es estar por él, ya sabes… —bromeo.

Me lanza el paño de cocina que estaba sobre la mesa.

—No vales nada, chica —se ríe—. Lo último que necesito es imaginar a mi hermano tirando.

—Fuiste tú quien sacó el tema —me encojo de hombros.

—Culpable, lo admito —se lleva la mano al pecho—. Pero hablando en serio: no te rindas con él…

—Amy, no voy a humillarme más. Richard teme que yo quiera algo más… que me le pegue como Ashley. No es capaz de ver que no quiero una relación, igual que él tampoco la quiere. Ya se lo dije, él conoce mis motivos, pero prefiere creer su propia "verdad".

—Aunque no me lo hayas contado, sé que pasó algo para que no quieras una relación, igual que le ocurrió a él. Y no tienes que contármelo si no quieres, pero siento que podéis ser la cura el uno del otro.

Niego con la cabeza.

—Yo no soy, ni quiero ser, la cura de nadie, Amy… y otra persona tampoco puede tener esa "responsabilidad" conmigo. Me rompieron de una manera que jamás volveré a ser la Elizabeth de antes. Y está bien; ya lo tengo asumido… solo quería saciar mi deseo con alguien con quien tengo química, ¿sabes? Pero, de verdad, ya entendí que Richard no quiere y, ok, a otra cosa. Ya encontraré a alguien que cubra esta necesidad.

—Sois dos cabezotas que no ven un palmo más allá de la nariz, pero bueno, cambiemos de tema. ¿Has visto la peluca nueva del Sr. Pérez?

Por poco me atraganto solo de recordar el nuevo look del portero.

—¿No tiene un amigo que le dé un toque? Amy, si me dejas hacer algo así, da por terminada nuestra amistad.

—Lo mismo te digo, Beth —ríe.

La tarde fue increíblemente divertida y pasó en un suspiro. Amy es una compañía maravillosa; alivió mi día, aunque empezara hablando de su hermano.

Quedamos en ir mañana al centro comercial, ya que Liam está de viaje por trabajo.



Suena el despertador, anunciando que empieza otra semana.

Ayer el día con Amy fue muy agradable. Almorzamos en un italiano, hicimos algunas compras y charlamos sin prisa.

Dejo la pereza a un lado, me levanto y me doy una ducha calentita.

Hoy el frío aprieta; para mí, nacida y criada en Texas, las temperaturas de enero son duras.

Bebo rápido mi café, me pongo el abrigo y decido ir en coche. Cuanto menos tiempo pase a la intemperie, mejor.

Aparco en mi plaza y aprieto el paso para entrar en el ambiente climatizado del hospital.

Saludo a Joanne y Clarice y voy directa a mi despacho, agradeciendo mentalmente no haberme cruzado con Richard. No nos vemos desde la desastrosa escena de mi rellano.

Oigo un golpecito en la puerta y Cristina asoma la cabeza.

—Ey, ¡buenos días! Peter te está llamando. Parece que la Dra. Ava Smith ya llegó.

—Ava… bonito nombre. —Me pongo la bata—. ¿Vamos?

Mientras caminamos hacia la sala de reuniones, Cristina me cuenta el almuerzo que tuvo con la familia de su marido.

Nos sentamos juntas y, cuando empieza a hablar de su relación complicada con la suegra, se abre la puerta detrás de nosotras y, en cuestión de segundos, siento el perfume que ya conozco muy bien. No necesito girarme para saber de quién se trata.

Richard se sienta enfrente y me mira con semblante neutro. Le sostengo la mirada y nos quedamos así incontables minutos.

—Buenos días —la voz de Peter me saca del trance—. Esta es la Dra. Ava Smith, nuestra nueva jefa de pediatría.

—¡Hola, buenos días! —dice animada.

Aparto los ojos de Richard y me centro en la mujer junto a nuestro jefe. Es deslumbrante, morena, de ojos verdes y parece de mi estatura. Su sonrisa transmite muy buena energía y mi intuición me dice que nos vamos a llevar bien.

—Ava, estos son Richard, nuestro enfermero jefe; Cindy, nuestra obstetra; George, nuestro cardiólogo, que está cubriendo al

jefe de cardiología, ya que tuvo un imprevisto… —solo entonces caigo en que Matthew no está—. Y esta es Elizabeth, nuestra fisioterapeuta neonatal.

—Son muchos nombres, pero prometo no tardar en sabérmelos —dice.

Peter da algunas recomendaciones más y enseguida nos libera, diciendo que le enseñará el hospital a Ava.

Me voy a la UCI a ver a mis mini pacientes. Me higienizo y entro, viendo a Ashley en su puesto.

—Buenos días, Ashley —anuncio mi llegada.

Me mira y, como siempre, me ignora. *Paciencia* —pienso, encogiéndome de hombros.



La semana pasó rápido. Celebramos el alta de otro bebé, y recibimos a los gemelos Jean y Luca, hijos de una pareja italiana que estaba de vacaciones en Nueva York. No quisieron esperar y nacieron mucho antes de lo previsto, de 29 semanas. Son dos guerreros, y estoy segura de que pronto se irán a casa también.

Hoy es viernes y no podría estar más ansiosa. Como de costumbre, el grupo quedó en ir al Uptown, y siento que hoy la suerte está de mi lado.

Cojo el bolso y voy al despacho de Ava, como habíamos quedado. Doy un toquecito y me autoriza a pasar.

—Ey, Ava, ¿todo listo para hoy? —pregunto, asomando la cabeza.

—Sí, pero me quedaré como mucho una hora; tengo que ver a mis hijos antes de que se duerman. No me gusta llegar a casa y

encontrarlos ya dormidos —dice.

Quedamos en vernos en el aparcamiento para ir juntas al bar.

Ava tiene dos hijos y está casada. Nuestra conexión fue, ¿cómo decirlo?… cosa de otras vidas. Siento que la conozco desde hace mucho, como si fuéramos viejas amigas que se reencuentran tras largo tiempo separadas.

Es reconfortante estar a su lado, como si el universo nos hubiera unido de alguna manera, y me alegra que otra persona especial se haya cruzado en mi camino.

Como pensaba beber hoy, dejé el coche en casa. Aprovecharé que Ava me acerca.

—Madre mía, esto se pone hasta arriba, ¿eh? —dice nada más entrar en el bar.

—Chica, ¡aún no has visto nada! —la tiro de la mano.

Antes de que alcancemos la mesa del grupo, Richard nos intercepta.

—¡Pero si son las mujeres más guapas del NYP! —dice.

—Hola, Rich.

Esta semana fue tan ajetreada que no pudimos hablar como de costumbre. Nuestra relación está volviendo poco a poco a la normalidad después de… ah, ya sabéis.

—Hola, Beth —me abraza, y aprovecho el momento para aspirar hondo su perfume—. Doctora Smith —dice y la abraza también.

—Ava, solo Ava, por favor.

Nos sentamos con el grupo y, como conduce, Ava pide una limonada y yo, mi fiel cerveza.

Las chicas le preguntan si le gusta el hospital y la charla fluye, hasta que dice que ya vivió en Nueva York y estudió en la NYU.

—¿Estudiaste en la NYU? Qué casualidad, ¡mi mejor amigo también! De hecho trabaja en el NYP; no vino hoy porque la víbora a la que llama amiga es una insufrible que lo manipula… y lo peor es que ni se da cuenta —dice Richard—. ¿A ver si os conocéis?

—Puede ser, pero creo que no. No estudié con nadie que trabaje en el NYP —dice Ava—. Al menos que haya visto. Además, quiero tener bien lejos a hombres con mejores amigas problemáticas. Ya cubrí mi cupo en esta vida.

—No sé por qué me huele a romance mal terminado… —digo.

—Historia larga, complicada y que quedó en el pasado. Voy al baño —dice y se levanta.

Richard y yo nos miramos.

—¿Qué fue eso? —pregunta, señalando con el pulgar la dirección por la que se fue Ava.

—¿Eso qué?

—Que Ava haya salido por la tangente como lo hizo. Si antes era duda lo del romance mal terminado, ahora es certeza.

—Compórtate; está casada.

Pone los ojos en blanco y cruza los brazos.

—Pero fuiste tú quien empezó con lo de rom…

—Shh, está volviendo —lo corto al verla venir.

Ava regresa y decidimos ir a la pista de baile.

Capítulo 21

Richard Moore

Mientras observo a Elizabeth bailar en la pista, la razón y el deseo libran una batalla dentro de mí.

Baila con gracia; la forma en que se mueve al ritmo de la música me hipnotiza, como si estuviera bajo un hechizo. Mis ojos no se apartan de ella, ni me interesa mirar a nadie más.

Elizabeth es una mujer maravillosa; irradia luz y sensualidad, y yo, por primera vez en la vida, querría ser capaz de ofrecerle el mundo a alguien.

Dice que solo quiere sexo, pero le veo en los ojos cuánto clama su alma por amor, atención y cuidado. Beth nunca fue amada de verdad; amaba a Devon, pero el hijo de puta la trataba como una posesión… como si fuera un objeto que le pertenecía. Y ella no merece menos que ser tratada como una reina.

Suena mi móvil, me saca de mis pensamientos y me quedo helado al ver quién llama, como si presintiera que algo malo estaba pasando.

Salgo rápido y contesto.

—¿Amy? ¿Ha pasado algo?

—*Richard*… —dice, antes de romper a llorar.

—¿Dónde estás, Amy? —pregunto, ya nervioso y pensando mil escenarios.

—*En casa* —dice, entre sollozos.

—Llego en diez minutos.

Echo a correr hacia su edificio, y agradezco mentalmente que esté cerca del bar.

Mientras espero el ascensor, se me cruzan suposiciones por la cabeza.

En cuanto se abren las puertas, voy hacia su piso y toco el timbre. Apenas me ve, Amy se me echa a los brazos.

—Ay, Grandullón —el llanto se intensifica.

—Estoy aquí, mi amor —la abrazo y cierro la puerta con el pie —. ¿Qué ha pasado?

Aparta el rostro de mi pecho, mira al suelo y calla, exactamente como hace siempre que le da vergüenza algo.

—¿Amy?

Respira hondo.

—Liam se fue.

—¿Qué? —pregunto.

—Lo que oyes: Liam se fue, terminó conmigo, me abandonó.

Entorno los ojos. Sabía que ese pijo baboso daría dolores de cabeza… ¡lo sabía! Mi radar para capullos nunca falla.

—Ya iba siendo hora.

—¡Richard! Estoy sufriendo, por favor.

—¿Sufriendo por ese engominado baboso, Amy? ¿Te has mirado al espejo? Eres una mujer increíble, maravillosa, inteligente y exitosa. Y, además, ¡estás buenísima! No consiento que te lamentes por ese engendro.

—Ay, Grandullón, solo tú para hacerme reír —esboza una sonrisa que no llega a los ojos—. Pero duele tanto…

—¿Qué pasó? ¿Se fue sin más? Parecían tan seguros cuando me dijiste que se iba a venir a vivir aquí.

Camina hasta el sofá y se sienta, cogiendo un bote de helado.

—Creo que eso es lo que más duele… Se tuvo que ir por trabajo, ¿te acuerdas que te lo comenté? —asiento—. Y hoy, un día antes de volver, simplemente me llamó para decir que no podía seguir, que íbamos muy rápido y no sabía si estaba listo para asumir esa responsabilidad —dice y vuelve a llorar.

La atraigo y la envuelvo con mis brazos.

—Shh, todo va a estar bien —digo, acariciándole la espalda—. Suéltalo todo; llora hoy lo que tengas que llorar. Mañana no quiero verte derramar ni una lágrima por ese hijo de puta. El que pierde es él, Amy.

Me mira con los ojos rojos y húmedos, pero con un brillo de gratitud. Me aprieta y nos quedamos así hasta que se queda dormida.

La llevo al dormitorio y dejo un beso en su frente, igual que cuando era una niña de ocho años.

La contemplo un rato y luego voy al cuarto de invitados. Decido dormir aquí, por si me necesita estar cerca.



Despierto con el olor a café que hace Amy y el estómago me ruge de hambre.

Me levanto, voy al baño y hago mi higiene de la mañana. Agradezco haber dejado un kit con cepillo y pasta de dientes para los días en que me quedo a dormir sin planearlo.

—Buenos días —la abrazo y le beso la coronilla.

Se vuelve y me da un beso en la mejilla. Tiene los ojos algo hinchados, pero parece mejor… o menos mal que ayer, que ya es un avance.

—Buenos días, Grandullón.

—Veo que te has levantado un poco mejor.

—Tienes razón; no puedo dejar que esto me derrumbe. Si él tomó su decisión, qué le vamos a hacer… tengo que aceptarlo. A otra cosa.

—Eso es, Pequeña —intento contenerme para no soltarle el sermón de "te lo dije"… pero no puedo—. Mira, si me hubieras hecho caso, esto no habría pasado.

Se vuelve con mirada asesina.

—Richard, por el bien de tu integridad física, no digas la frase "te lo avisé", o soy capaz de matarte.

—Jamás, hermanita —alzo las manos.

Espero a que se gire para continuar.

—Pero… te lo avisé —salgo corriendo.

Viene detrás de mí y me escondo detrás de la puerta de su cuarto.

Cuando entra, salgo de mi escondite y la agarro, haciéndola girar en el aire.

Caemos al suelo y le hago cosquillas; se ríe a carcajadas. Qué bueno verla así, y más después del estado en que estaba ayer.

—¡Me rindo, me rindo! —pide tregua, retorciéndose.

Dejo de "torturarla" y nos tumbamos boca arriba. Mientras recuperamos el aliento, guardamos silencio, cada uno metido en sus pensamientos.

—Te quiero, Grandullón. Gracias por estar siempre a mi lado —dice.

—Los dos juntos, siempre, Pequeña.

Suena mi móvil en el salón y me levanto para atender.

—Rich, ¿qué vas a hacer mañana? —pregunta Matthew nada más descolgar.

—Buenos días para ti también, cosa guapa. ¿Has dormido conmigo?

—Como siempre dices cuando invades mi despacho: formalidades, querido, simples formalidades —dice el caradura, y no tengo argumentos; es que siempre lo digo—. *Entonces, ¿tienes algún plan?*

—Por ahora no.

—Estupendo, pues almorcemos en el Manhattan[15].

Terminamos de concretar la hora y cuelgo.



Me despierto con el tiempo justo; si no me doy prisa, llegaré tarde para encontrarme con Matthew, y con lo pesado que es, me va a dar la turra hasta Navidad.

Ayer pasé el día con Amy y, sobre las ocho, me vine a casa.

En cuanto entro en el coche, me llega un mensaje de Matt diciéndome que vaya directo al centro comercial, en lugar de vernos en Central Park como habíamos quedado.

Llego al restaurante y lo veo ya sentado.

—¿Qué, tío, ya me echabas de menos?

—Ni te cuento cuánto —dice con su cachondeo.

Hacemos el pedido y Matt pregunta cómo fue el viernes; obviamente no puedo dejar de pincharlo, ya que otra vez me dejó tirado.

—Y, una vez más, fue todo el mundo menos el increíble Dr. Lewis.

—Sabes que esa cena ya estaba cerrada; no podía hacerle ese feo a Ben y Mary. Fueron mi apoyo cuando perdí a mis padres.

—Lo sé, y me parece muy loable la gratitud que sientes por ellos, pero no puedes dejar que esa pirada a la que llamas amiga te manipule la vida. Hazme caso: te va a dar dolores de cabeza.

Mi amigo es muy lento; no es posible. En el diccionario, la definición de lentitud tendría que ser su nombre. Emily es una serpiente disfrazada de mejor amiga. Pero tengo fe en que acabará viéndolo.

—Emily no me manipula como dices; simplemente no me gusta hacer daño a la gente que amo —dice.

Decido cambiar de tema; si sigo hablando de esa mujer, me va a dar una indigestión.

—Vale, no quiero hablar más de la loca —agito las manos.

Llegan los platos y guardamos silencio, disfrutando de la comida.

Se me hace la luz: aún no le conté a Matt lo de Amy.

—Joder, ni te conté —mi voz sale más alta de lo que pretendía y Matt pega un salto en la silla.

—¡Joder, Richard, qué susto!

—¿Te crees que el panoli de Liam dejó a Amy? ¿Así, sin más?

—¿Qué? ¿Por qué? ¿No estaban viviendo juntos?

—Porque es lo que siempre dije que era: un baboso de mierda. Amy dijo que se fue de viaje por trabajo y, un día antes de volver, la

llamó para decirle que no estaba listo para la responsabilidad de convivir.

—Vaya… ¿y Amy, cómo está?

—Hecha mierda. El viernes me llamó llorando; salí del bar y fui directo a su casa. Estaba tan abatida, Matthew, que me dieron ganas de hacerle una visita al hijo de puta. Conseguí distraerla y ayer parecía un poco mejor, pero sé que no es algo que se supere de la noche a la mañana.

Seguimos hablando de Amy y, cuando terminamos de comer, nos despedimos y me voy a casa.

Me doy una ducha y me tumbo a ver una peli. ¿La elegida? La de siempre: El Señor de los Anillos.

Es mi peli preferida, pero no logro concentrarme ni en una escena. Mi cabeza está lejos, a ratos en Amy, a ratos en Beth.

Solo me doy cuenta de que me dormí cuando el despertador me despierta.

Me estiro y me preparo para otra semana que empieza.

Suena el móvil justo al pasar por la entrada del hospital.

—Hola, Josh.

—Ey, Rich, ¿todo bien?

—Todo, ¿y tú? ¿Pasó algo?

—No lo sé, pero quería hablar contigo… me parece raro este silencio de Devon, más aún con el cumpleaños de Beth acercándose. Erick incluso está planeando pasar el fin de semana ahí.

—¿Cumpleaños? ¿Cumple pronto?

—¿No te lo dijo? Es el próximo sábado.

—No, no me lo contó…

—Antes de Devon, a Beth le encantaba celebrar su cumpleaños. Pero, conforme avanzaba la relación, menos ganas

tenía. En los últimos años ni con nosotros lo pasaba; se quedaba sola en casa con él —suspira—. *Creí que, alejándose de él, querría celebrar, pero veo que el efecto Devon aún permanece.*

Empieza a rondarme una idea.

—Josh, ¿qué tan cabreada crees que se pondría si le montáramos una fiesta sorpresa? —pregunto.

Capítulo 22

Richard Moore

Después de recorrer todo el hospital detrás de Cristina, por fin la encuentro saliendo del despacho de George.

—¡Cristina, joder, llevo horas buscándote!

—Ay, chico, qué susto. Qué manía más fea de asustar a la gente.

—Estás muy asustada, Cristina. ¿Qué estabas haciendo, eh? —pregunto moviendo las cejas.

—Respétame, Richard, estoy casada —me suelta un manotazo en el hombro—. Vamos, di de una vez, que no tengo todo el día.

—¿Sabías que se acerca el cumpleaños de Elizabeth?

Se detiene y me mira, sorprendida.

—No, no lo sabía. ¿Cuándo es?

—El sábado —digo, y reanudamos la marcha.

—Qué sinvergüenza, ¡ni me lo contó!

—Verás, estaba pensando que le prepararamos una sorpresa.

Se gira y entonces le suelto lo que pensé; dice que hablará con el personal de neo para organizarlo todo y que me mandará un mensaje para confirmarlo.

Josh dijo que la probabilidad de que Beth se enfade es alta, pero me da igual. El día de su cumpleaños no puede pasar de largo.

Hago las rondas pendientes, administro a algunos pacientes la medicación prescrita y recibo un mensaje de Cristina, confirmando la fiesta de Beth.

Lo celebro por dentro y me voy a casa, animado con la sorpresa que vamos a preparar para mi pequeño desastre. Espero que no quiera matarnos, pero será por una buena causa.



Dormí poco, planeando con Cristina la fiesta sorpresa para Beth.

Llego al hospital y, antes de coger un café, voy al despacho de Matt.

Abro la puerta y noto que está mirando algo en su portátil.

—¿Algún día llamarás a la puerta como una persona normal? —dice, apretando los dientes.

—Vaya, ¿qué bicho te ha picado? El mal humor a estas horas no te pega.

—No me ha picado ningún bicho, solo tengo la esperanza de que algún día dejes de entrar en mi despacho como si fuera tu casa.

Matthew no es la persona más risueña que conozco, pero este humor de perros se sale de lo normal.

Le cierro el portátil para que me mire.

—Eh, estaba analizando las pruebas de un paciente —protesta.

—Y puedes seguir haciéndolo en un rato. Anda, dime, ¿qué ha pasado? Y no intentes engañarme diciendo que no pasa nada porque te conozco, Matt.

—No vas a dejarme en paz, ¿no? —hace una pausa—. ¿Sabes quién es la Dra. Smith, la recién contratada? —asiento—. Ava y yo hicimos la carrera juntos. En realidad nos conocimos en el colegio, pero solo nos acercamos de verdad en la NYU.

—¿Y eso es motivo para ese humor de perros? —pregunto, sin entender qué tiene que ver con que esté así.

—Si fuera solo eso, fantástico. Nos liamos y yo estaba a punto de pedirle que saliera conmigo cuando, de repente, desapareció y se trasladó a la UCLA. ¿Te acuerdas cuando te dije que nunca más podría abrirme a una relación?

—Sí, me dijiste por encima que hubo una mujer en tu vida y que después de ella te cerraste a cualquier relación. Pero ¿qué… —caigo en que esa mujer es Ava—. Dios mío, ¿me estás diciendo que esa mujer es Ava? ¿Ava Smith? ¿La doctora Ava? ¿La nueva pediatra?

—Bingo. Ava es la mujer que me hizo cerrarme a cualquier relación. Y, para colmo, hoy he soñado con ella.

—Ojo, ¿pero qué tipo de sueño? Hubiera jurado que no querías volver a oír hablar de esa mujer.

—Y no quiero, pero como el universo es un buen hijo de puta, la puso a trabajar aquí —se detiene, como si se le ocurriera una idea brillante—. Si envío hoy mi currículum, ¿cuánto tardarán en admitirme en otro hospital?

—Estás loco si contemplas dejarlo todo por una historia de hace más de una década. Y no intentes escaquearte: aún no dijiste qué sueño tuviste con nuestra Dra. Smith —digo, imaginando el tenor del sueño.

—*¿Nuestra?* Que yo recuerde, dijiste que estaba casada. Así que de "nuestra", nada.

—Hum, ¿celos, Dr. Lewis? —pregunto sonriendo—. Anda, suelta ya el sueño, mi espíritu cotilla lo necesita.

—Soñé que aparecía en mi cuarto y me despertaba de una forma, digamos, muy íntima —se detiene y sacude la cabeza, como expulsando imágenes—. Y eso es todo lo que vas a sacar de mí. Así que, si me disculpas, alguien tiene que trabajar en este hospital.

Vuelve a abrir el portátil y yo sigo observándolo.

—Por cierto, ¿a qué venías? —pregunta, y caigo en que no le hablé de la fiesta.

—¡Ah, verdad! El sábado es el cumpleaños de Beth, y la gente de *neo* está preparando una fiesta sorpresa y me pidieron invitarte.

—Claro, mándame por mensaje la hora y la dirección. ¿Puedo llevar a alguien?

—Claro que sí, pero dime: ¿tenemos carne nueva en el mercado? ¿Se comparte? —muevo la ceja.

—Voy a fingir que no oí esa última parte, pero no, no es ninguna "carne nueva", es Emily —pongo una cara de asco en cuanto dice el nombre de la víbora.

—Retiro lo dicho, acabo de recordar que la fiesta es solo para personas que no están obsesionadas con su mejor amigo —le planto mi mejor cara de guasa—. En serio, Matt, con tanta tía buena por ahí tirándote fichas y ¿tú te quieres llevar a la tarada a la fiesta? Venga ya.

—¿Cuándo vas a parar con esa manía que tienes con Emily? Es una gran persona. Y no, no puedes retirar lo dicho: ya lo habías aprobado. Emily va conmigo —dice y yo sufro solo de pensar que tendré que ver su jeta insufrible.

—Está bien, lleva a la hija del demonio entonces —encojo los hombros.

Me pita el busca y voy a atender el aviso. Estoy deseando encontrarme con Elizabeth para contarle lo que acabo de descubrir.

Termino la atención y voy directo a buscar a Beth.

La encuentro sacando un café de la máquina del pasillo de la segunda planta.

—Beth, no vas a creer lo que he averiguado.

—¿Qué pasó? —pregunta y da un sorbo al café.

Una gota le resbala por la comisura y, en un gesto involuntario, se la limpio con el pulgar. Beth se tensa y yo me llevo el dedo a la boca. Ella sigue el movimiento y se humedece el labio inferior. *Beth, no me lo pongas más difícil* —pienso.

Carraspeo y ella sacude la cabeza, como saliendo del trance.

—¿Te acuerdas de nuestra suposición de que Ava tenía un romance mal terminado? —asiente—. Es Matthew. ¡El tío con la amiga víbora es él! ¡Emily es la cobra de la que habló Ava!

—¿Estás seguro? —pregunta con el ceño fruncido.

—Sí, Matthew me lo contó esta mañana.

—Dios, jamás me lo habría imaginado. Así que Ava y Matt ya tuvieron algo…

—No solo algo: él estaba colado por ella, iba a pedirle que salieran formalmente, pero Ava se fue de la nada y Matt no volvió a saber de ella. De hecho, por ella Matthew no volvió a relacionarse en serio con nadie.

—Vaya historia… ¿por qué se habría ido así sin más?

—Eso solo ella puede contárnoslo…

Llega la hora de que Beth empiece una sesión con un bebé y yo aprovecho para ver con Cristina si consiguió reservar la zona VIP de Kiay.

Decidimos hacer la fiesta en la discoteca recién inaugurada. Tiene tres plantas: la primera con dos pistas de baile y dos barras; la segunda, donde están las zonas VIP; y la tercera, un espacio abierto con una barra y unas mesas de billar.

Pero la atracción principal es el tobogán que une la tercera planta con la planta baja.

—Cris, ¿todo listo para el sábado? —pregunto.

—Todo listo, Rich, despreocúpate. La fiesta de tu amor será un éxito.

—¿Estás haciendo pruebas para un monólogo de comedia, Cristina? Elizabeth es mi amiga, solo amiga, como tú —le pellizco la mejilla.

—Ajá, ¿y por qué entonces nunca me organizaste una fiesta sorpresa a mí? —la muy lista pregunta con una sonrisita irónica.

—No sabes lo que estoy planeando para tu próximo cumpleaños —me encojo de hombros.

—Deja de ser ridículo, Richard, si ni sabes el día de mi cumpleaños.

—Así me haces daño, Cristinita.

—Eres un caradura, Richard —dice, riéndose y va a atender a un paciente.



Hoy por fin es el cumpleaños de Elizabeth. Estoy terminando de arreglarme cuando Amy manda un mensaje.

Amy*: Cuando vayamos a salir, avísame.*

A ella le toca llevar a Beth al sitio. Aprovechamos la "excusa" de que Amy necesitaba distraerse por la ruptura.

Mi hermana está cada día mejor y ya casi no menciona al baboso.

Me miro por última vez al espejo y salgo de casa.

Estoy ansioso por ver la reacción de Beth; quiero que todo salga perfecto.

En cuanto llego a la discoteca veo que casi todos han llegado; solo falta Matthew. *Apuesto a que esa víbora lo está haciendo llegar tarde a propósito* —pienso.

Le mando un mensaje a Amy diciendo que puede venir.

Veo acercarse a Ava junto a un hombre, que imagino que es su marido.

—Ava, un placer verla. Y usted debe de ser el famoso Patrick —le tiendo la mano.

—Lo de famoso será cosa tuya, pero sí, soy Patrick —dice el hombre.

—Caray, me ha encantado esto. ¡Y la gente parece muy animada! —dice Ava.

—Sí, mola mucho, ¿eh? La inauguraron hace poco, pero ya se ha ganado al público.

Miro hacia la puerta, detrás de Ava, y veo entrar a Matthew.

—Por fin, pensé que llegarías después de la cumpleañera —digo cuando se acerca.

—Pillamos un atasco gordo para llegar —dice y me abraza—. Ava, Patrick —los saluda desde lejos.

¿Conoce al marido de Ava? Tomo nota mental para preguntar luego.

—Qué, Matthew, ¿cómo vas? ¡Cuánto tiempo! —dice Patrick, y se dan un apretón de manos.

—Mira quién decidió volver a Nueva York —dice la víbora con su vocecita empalagosa—. Y tú, por lo visto, sigues siendo el perrito de Ava.

Esta mujer es insufrible en niveles estratosféricos.

—Hola, Emily. ¿Qué tal? Y tú sigues siendo la simpatía hecha persona —dice Patrick, y ya me cae de maravilla.

—Veo que ya hicisteis migas con el insufrible —dice refiriéndose a mí—. Bien dicen que los semejantes se atraen.

—Emily, no empieces —dice Matthew.

Abro la boca para responder, pero Ava se adelanta.

—De eso no tengo dudas —dice mirando de Matthew a ella—. Y Patrick no es mi "perrito", como has dicho. Es mi marido.

Esto está mejor que cualquier película; solo falta palomitas. Alterno la mirada entre unos y otros.

—Qué interesante… siempre pensé que esa amistad vuestra tenía algo más —dice Emily.

En ese momento la música se para y nos informan de que Beth ha llegado.

Guardamos silencio y, unos minutos después, cruza la puerta.

—¡Sorpresa! —decimos todos a la vez.

Se queda sin reacción al principio, mirando alrededor, intentando descubrir qué pasa. Cuando cae en que es una fiesta sorpresa para ella, no contiene las lágrimas.

Estoy frente a Elizabeth y, mientras mira maravillada todo a su alrededor, aprovecho para analizarla.

Lleva un vestido palabra de honor rojo que realza todas sus curvas. En los pies, unos tacones negros de aguja, de esos que, si te pisa, duele de cojones. Tiene el pelo recogido y la imagen de Beth a cuatro, mientras le enredo la coleta en la mano y tiro, se me forma

en la cabeza. Aparto el pensamiento a empujones y es cuando sus ojos se encuentran con los míos.

Sigo quieto en el mismo sitio, con las manos en los bolsillos, y sonrío al notar que la sorpresa parece haberle gustado.

Capítulo 23

Elizabeth Carson

—¡SORPRESA! —gritan todos.

Miro atrás y a los lados, buscando el motivo de tanto griterío.

Al fijarme mejor en la gente que está aquí, veo que muchos son compañeros del hospital, y entonces todo queda claro: la sorpresa es para mí. Parpadeo varias veces para controlar las lágrimas que se me acumulan, pero es totalmente en vano.

No recuerdo la última vez que celebré mi cumpleaños… y creo que nunca me hicieron una fiesta sorpresa.

Poco a poco todos se acercan y saludo a cada uno.

El corazón se me acelera en el momento en que mis ojos se cruzan con los de Richard. Está quieto, con las manos en los bolsillos, y luce una sonrisa ladeada. Algo me dice que él es el responsable de todo esto.

Nuestro intercambio de miradas se interrumpe cuando Ava se detiene a mi lado.

—Dios mío, Ava, jamás me habría esperado una sorpresa así —digo cuando me abraza—. Y ni siquiera me avisaste, ¿eh?

—Se llama fiesta sorpresa por algo… si te lo dijera, no tendría gracia —dice—. Este es Patrick. Patrick, esta es Beth, la mejor fisio de ese hospital.

Me presenta al hombre a su lado y recuerdo que ese es el nombre de su marido.

—Y la persona más maja también. Bueno, tengo que terminar de saludar. Ahora vuelvo para beber algo y dejarnos la piel en esa pista —le guiño un ojo y voy a terminar de hablar con la gente.

Richard por fin se mueve y viene hacia mí.

—Felicidades, mi pequeño desastre —dice, mientras me atrae a un abrazo.

Respiro hondo, aspirando el olor de su perfume, que me encanta.

—Gracias, Rich… algo me dice que estás metido en esto —doy una vueltecita con el dedo índice en el aire.

—¿Y te ha gustado?

—¿Entonces sí que eres el responsable? —pregunto.

—Depende.

—¿Cómo que depende?

—Si te ha gustado, sí, he sido yo. Si no, yo no tengo nada que ver —dice el graciosillo.

—Pero qué sonso eres —dice Cristina al llegar adonde estamos —. Fue idea suya, Beth, y yo le ayudé —dice, orgullosa de la hazaña —. Y entonces, ¿te ha gustado?

Me quedo en silencio unos segundos, dejándolos en vilo por mi veredicto.

—No me ha gustado… —digo, y callan, como si no esperaran mi respuesta—. ¡Me ha encantado! Muchas gracias, de verdad.

—Bribona, ¡me estabas poniendo nerviosa! —dice Cristina y me empuja el hombro.

Una vez más me siento muy agradecida por haber encontrado gente tan buena en Nueva York.

Veo a Ava bailando en la pista y me uno a ella.

Bailamos unas canciones y decidimos ir a la barra a por más bebidas. Ava pide tres tequilas. Si fuera un día cualquiera, no aceptaría, pero hoy voy a permitírmelo.

Nos los echamos de golpe, pido una cerveza y volvemos a la pista.

Al rato, Patrick dice que va al baño y nos quedamos las dos. Ava está frente a mí y veo que Matthew se acerca con cara de pocos amigos. Decido darles espacio, pero no mucho, para poder intervenir si hace falta.

Sigo moviéndome al ritmo de la música, pero con toda mi atención puesta en ellos dos.

Bebo unos tragos más y entonces Ava sale como un torbellino hacia la escalera de emergencia.

Hago ademán de seguirla, pero alguien me sujeta del brazo. Miro atrás y veo que es Richard.

—Deja que lo arreglen ellos —dice junto a mi oído y un escalofrío me recorre entera.

Cambia el tema y empieza a sonar *One Of The Girls*[16], y cierro los ojos. Me encanta esa canción y, al recordar la letra, se me ocurre una idea.

Dentro de mí se libra un duelo. ¿Intento o no un último acercamiento a Richard? Ya había decidido no decir nada más, pero está tan guapo, tan buenorro…

La forma en que me mira despeja cualquier duda. Quiero arriesgar con él… que sea él quien me saque de este limbo en el que se convirtió mi vida sexual después de Devon.

Voy a intentarlo. Solo una última vez, y si no cede, aunque me arrastre me iré a la cama con él. *Ajá, claro, finjamos que nos creemos.*

Me muevo lentamente al compás que llena el ambiente. Las pupilas de Richard están dilatadas, delatando su deseo.

Sonrío de lado, sin romper el contacto visual.

Su mano, que aún estaba en mi muñeca, asciende despacio por mi brazo y, a medida que sus dedos recorren mi piel, me devora más el deseo que siento por este hombre.

Cuando llega a mi hombro, baja la mano por mi espalda, deteniéndose en las lumbares. Me acerca a su cuerpo y nos movemos al mismo ritmo.

Empieza el estribillo y decido jugar mi última carta. Es ahora o nunca.

Acerco la boca a su oído y le canto la canción.

We don't gotta be in love, no

I don't gotta be the one, no

I just wanna be one of your girls tonight[17]

Se le contraen los músculos y suelta un gruñido bajo. Una sonrisa se dibuja en mis labios; creo que estoy consiguiendo doblar a la fiera.

Me aparto y alzo la barbilla, mirándolo a los ojos.

Mantiene la expresión dura, como si fuera a atacarme en cualquier momento, y yo espero ese momento ansiosa, pero no llega.

Richard cierra los ojos con fuerza, contrae la boca y respira hondo, como si estuviera conteniéndose al máximo.

—No me hagas esto, Beth —susurra y abre los ojos.

Veo en su mirada que no va a ceder.

Ya tenías el no, pero fuiste a por la humillación: enhorabuena, Elizabeth —me dice mi subconsciente, y ni siquiera tengo cómo rebatir.

—Me rindo, Richard. Quédate tranquilo, no voy a molestarte más —digo dándome la vuelta.

Me agarra del brazo y me gira, poniéndome otra vez frente a él.

—No seas así, Beth. Solo Dios sabe lo difícil que es para mí mantener mi decisión —respira hondo antes de seguir—. Sé que antes yo mismo propuse que nos liáramos, pero ahora todo es distinto. No puedo hacerte daño. Ni siquiera puedo imaginar que yo sea responsable de romperte el corazón otra vez.

Venga, ya.

—Pero qué presuntuoso… ¿y quién te asegura que no serías tú quien se enamorara de mí? —pregunto, cruzándome de brazos.

—Estoy blindado a esas cosas.

—Yo también —respondo.

—No entien…

—¿Sabes qué? —lo corto—. Que te den a ti y a tu conciencia. Me cansé. Voy a buscar a alguien que sí pueda darme lo que busco.

Me alejo. No doy más de unos pasos cuando me quedo frente a un hombre guapísimo.

En una fracción de segundo analizo todo su cuerpo. Madre mía, está buenísimo… es rubio, lleva el pelo bien cortado, como de militar. Miro a su alrededor y no parece venir acompañado. No le veo alianza y elimino la distancia entre nosotros.

Le paso los brazos por el cuello y lo beso. Me aprieta de la cintura y tira de mí como si quisiera fundir nuestros cuerpos.

El beso es salvaje y muy rico, y cuando me agarra el culo, suelto un gemido.

Y entonces mi mente parece querer tomarme el pelo, porque la imagen de Richard se proyecta en mi cabeza, pero la empujo lejos.

El peso en su conciencia es más grande que el deseo que siente por mí. No voy a atarme ni dejar de hacer nada solo porque no sale de mi cabeza.

Separo nuestras bocas para tomar aire y caigo en que ni siquiera sé su nombre.

—Guau —dice, recorriéndome con la mirada.

—Guau —coincido.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—¿Así que viniste a mi fiesta sorpresa y ni sabes mi nombre? —bromeo.

Se rasca la nuca, cortado.

Cuando va a decir algo, Amy pide paso y me arrastra al baño.

—Beth, tía, tenías que ver la cara de mi hermano cuando te vio liándote con el Thor de Shein.

—¿Thor de Shein? —pregunto, sin pillar.

—Sí, el tío recuerda a Chris Hemsworth… de lejos, ya sabes, medio a oscuras. Bien jugado, es un trozo de pan bien rico.

—No existes, chica —me parto.

—Pero oye, Richard se puso negro, y si las miradas mataran, el buenorro ya estaría criando malvas.

—Que se aguante las consecuencias de sus decisiones —me encojo de hombros—. Él no me quiere; hay quien sí.

—Soy fan tuya, mujer.

Aprovecho para hacer pis, ya que la cantidad de cerveza que bebí fue considerable. Salimos del baño y ya no encuentro al "Thor".

La noche sigue animada y me divierto con Cristina y Amy. Busco a Ava, pero debe haberse ido, porque no la veo por ningún lado.

En cierto momento, mi mente parece querer aguarme la fiesta y empiezo a pensar en mi hijo.

¿Cómo puedes estar divirtiéndote con tu hijo muerto? —susurra una voz en mi cabeza. Intento apartar el pensamiento intruso, sin éxito.

Cada vez me consume más la culpa por estar siguiendo adelante. Mi mente está lejos, toda en el bebé al que nunca pude sostener en brazos.

Puede que cueste entender el dolor que siento, porque para muchos solo era un feto de pocas semanas. Pero, para mí, era la realización de mi mayor sueño… mi hijo tan esperado y deseado.

Intento disimular el malestar, pero no puedo. La noche se acabó para mí.

Pido el Uber y me despido de las chicas con la promesa de que quedaremos otro día.



Me despierta el sonido irritante del móvil.

¿Quién es el insensible que interrumpe mi sueño? La respuesta llega en cuanto cojo el móvil.

—¡Josh! Por el amor de Dios, ¿son horas de llamar? —digo nada más descolgar.

—Elizabeth, ya son las 10:30 —dice el cínico.

—De un domingo, Josh. Domín-go. Día en que la gente se queda durmiendo.

—Mmm, veo que alguien se acostó tarde… por lo visto, aprovechaste bien la fiesta. ¿Te encontraste con Erick?

—¿Erick? ¿Erick está en Nueva York? ¿Y cómo sabes que tuve una fiesta? —y enseguida entiendo cómo se enteró Richard de mi cumpleaños—. Bocazas, ¿fuiste tú quien se lo dijo a Richard, no? Es increíble cómo no consigues tener la lengua dentro de la boca.

—¿Y yo qué iba a imaginar que tú no se lo dirías? Y en cuanto a Erick, hasta donde sé, fue para allá para darte una sorpresa.

—Tienes suerte de que me encantó la fiesta. Pero no, no me vi con Erick; no tenía ni idea de que vendría.

—¿Y entonces qué tal estuvo?

Le cuento cómo fue la noche y, cuando colgamos, le mando un mensaje a Erick.

Beth*: ¿Así que viniste a Nueva York y no me avisaste?*

Erick*: Iba a ser una sorpresa, pero surgió un imprevisto y no pude ir. Hablamos luego.*

Suena raro; me planteo mandarle otro mensaje, pero mejor no, debe de estar resolviendo ese imprevisto.

El estómago se me queja y me levanto, me doy una ducha y decido pedir la comida a un restaurante que hay cerca.

Mi plan de hoy es tirarme en el sofá a ver la tele.

Capítulo 24

Richard Moore

Estoy sentado en mi despacho, intentando concentrarme en el trabajo, pero está siendo difícil. La imagen de Elizabeth con el rubio desvaído se repite en bucle infinito en mi cabeza.

Nadie te mandó resistirte a ella; ahora, apechuga. Cállate la jodida boca.

Después de ver el beso que le dio a él, mi noche se acabó y me fui. Infantil, lo sé, ya que fui yo quien dijo que no podía estar con ella, pero verla con otro fue más difícil de lo que imaginé.

Unos golpes en la puerta me devuelven al presente. Autorizo la entrada y Lauren, la pediatra que está de guardia hoy, asoma la cabeza.

—Richard, ¿puedes echarme una mano? —pregunta.

—Claro —digo, y la acompaño.

—El hijo de Ava ha tenido un accidente y acaba de ingresar.

Me paro y la miro. Dios, Ava debe de estar destrozada.

—¿Cómo fue el accidente?

Me explica rápidamente que se dio un golpe en la cabeza contra otro niño mientras estaba en un parque de camas elásticas.

Llegamos a la sala al mismo tiempo que Carl, el radiólogo.

Llevamos al pequeño a la sala de tomografía para hacerle la prueba y comprobar si hubo alguna lesión.

Miro al niño y tengo la impresión de conocerlo de algo… me resulta tan familiar. Pero ¿cómo sería posible, si acabo de conocer a Ava?

Vuelvo a concentrarme en el procedimiento y, quince minutos después, terminamos la prueba. Llevamos a Thomas a una habitación y voy a atender otro aviso.

Tras canalizar una vía venosa a una niña de siete años que va a operarse de amigdalectomía, me encuentro con Lauren y Matthew camino del ascensor.

—¿Y bien, salió el resultado de la prueba de Thomas? —pregunto.

—Sí, y todo dentro de lo normal —respiro aliviado—. Vamos a avisarle a Ava —dice Lauren.

—Voy con vosotros —anuncio.

Matthew se mantiene en silencio, como perdido en sus propios pensamientos. Tomo nota mental para preguntarle luego si pasó algo.

—¡Eres el mejor padre del mundo! —dice Thomas justo cuando entramos en la habitación.

—Vaya, ¿pero qué habrá hecho ese padre para recibir semejante declaración? —dice Lauren.

—Me va a llevar a tomar un batido de chocolate cuando me des el alta… hablando de eso, ya me vas a dar el alta, ¿no?

—Vamos con calma, campeón. La prueba no muestra nada, pero creemos mejor dejarte en observación durante 24 horas.

—¡Ah, pero estoy bien! Ya ni me duele. Por favor —dice juntando las manos como si rezara.

—Con esa carita, no hay manera de no darte el alta, Lauren —digo.

—Puedes tomar el batido, pero tu padre tendrá que traértelo, porque hoy necesitas quedarte a dormir aquí, ¿vale? —dice la pediatra.

—¡Ebaaa! ¡Gracias, Dra. Lauren! —dice Thomas, eufórico—. ¿Ves, papá? Ya puedes ir y traer mi batido.

—¿Qué te parece si nos damos una ducha ahora? —digo—. Tu madre y yo podemos ayudarte.

—No soy un niñito, sé ducharme solo.

Suelto una risa. ¡Este crío es un personaje!

—Lo sé, chaval, pero te diste un golpe en la cabeza; hay que tener cuidado. ¿Te imaginas que te mareas y no hay nadie ahí para ayudarte? —Thomas mira al techo, como pensándose lo que le digo —. Hagamos así: entras solo en la ducha, pero tu madre y yo nos quedamos en el baño por si nos necesitas, ¿vale?

—Vale. ¿Y tú, te quedas también? —le pregunta a Matthew, que sigue en silencio, observándolo todo.

—No, campeón, tengo que resolver unas cosas; me pasé solo para saber cómo estabas. Mañana vengo a verte antes de que te den el alta —dice y sale de la habitación.

Matthew claramente no está en su mejor día.

—Mañana vuelvo para darte el alta, Thomas. Ava, para cualquier cosa me llamas y vengo —dice Lauren, y también se va.

Ava y yo llevamos a Thomas al baño y él consigue ducharse solo. Me despido y voy al despacho de Matthew.

—El niño de Ava es un caso —digo al entrar.

Matthew, por primera vez en su vida, no se queja de que entré sin llamar, y eso me pone en alerta. Pasa un rato y sigue callado. Empiezo a preocuparme.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Dice algo muy bajo y no lo oigo.

—¿Qué?

—También es mi niño… al parecer soy padre de un precioso crío a punto de cumplir diez años —dice.

Me quedo en shock. ¿Se habrá caído y se habrá golpeado la cabeza? ¿Cómo que Matthew es el padre del hijo de Ava? ¿Qué historia absurda es esta?

—¿De qué estás hablando?

—Yo soy el padre de Thomas —dice.

Se me da la vuelta la cabeza y entonces caigo. ¡Claro! Por eso me resultó familiar. Viéndolo ahora, el crío se parece muchísimo a Matthew.

—Ya tuve la impresión de que me recordaba a alguien —digo—. Pero ¿cómo fue eso?

—¿De verdad quieres que te explique cómo se hacen los bebés?

Pongo los ojos en blanco.

—Vaya, qué gracioso eres. En ese tema tengo posgrado. Sabes a lo que me refiero, Matthew.

—Me quedé, y estoy, tan sorprendido como tú. Cuando miré a Thomas, me quedé en shock… es idéntico a mí cuando tenía su edad. No tenía ni idea de que Ava estaba embarazada… se fue sin hablar conmigo, decidió irse llevándose a mi hijo.

—¿Pero por qué se iría sin decírtelo?

—Ni idea. Dijo algo de que yo no le habría creído, que dije que no era el padre, pero te juro que nunca dije nada ni remotamente parecido… nunca tuvimos esa conversación.

—Tío, qué historia más rara…

—Aún voy a sentarme y hablar con ella, pero ahora no. Soy incapaz de mirarla en este momento… Me he perdido casi diez años de la vida de mi hijo, Rich. No vi su nacimiento, su primera sonrisa, sus primeros pasos… no estuve en su primer día de cole. Tengo una sensación de añoranza de lo que no viví, ¿entiendes? Siento que me robaron esos momentos sin ni siquiera poder luchar… y eso duele demasiado —dice.

—Podría decir que imagino lo que sientes, pero sé que no me acerco ni de lejos a ese dolor. No conozco a Ava lo suficiente como para afirmar por qué hizo lo que hizo; lo que puedo aconsejarte es que la llames para hablar y aclaréis lo que pasó.

—Sé que tengo que hablar con ella, pero ahora mismo no puedo. Necesito digerir todo esto y después poder encarar… —dice.

—Está bien, hazlo a tu ritmo. Pero ahora… tenemos a un pequeñajo al que disfrutar, mimar y enseñarle todo lo que sabemos.

Ya me animo con la idea de tener un ahijado.

—Tú no vas a enseñarle nada a mi hijo, Richard.

—Ah, claro que sí —y eso me lleva a otro pensamiento—. Al fin y al cabo seré el padrino.

—Ni siquiera sabes si ya tiene uno.

Qué aguafiestas.

—Sabes cómo cargarte la alegría ajena, Lewis. Déjame soñar.

—Vale, pero luego no digas que no te avisé.

Me pita el busca y voy a atender el aviso.

Ha habido tantas entradas en Urgencias hoy que apenas he parado quieto. Estoy agotado; seguro que solo me dará tiempo a ducharme antes de caer desmayado en la cama.



A Thomas le dieron el alta ayer y sigue recuperándose en casa.

Ayer también Matthew cenó con Ava para saber por qué se fue sin hablar con él, y estoy deseando que llegue para que me cuente qué pasó.

Encuentro a Beth sentada sola en el comedor y me siento con ella.

—Buenos días, *Betita* —digo al sentarme.

Me lanza una mirada molesta por el apodo. Si supiera cuánto me dan ganas de chincharla… es guapísima siempre, pero cabreadita no tiene rival.

Por el rabillo del ojo veo movimiento en la máquina de café y resulta ser Ava y Matthew. Toda mi atención se centra en ellos.

Hablan en voz baja, sin darnos opción a oír lo que dicen. Desde lejos se percibe la tensión sexual que desprenden.

Mi amigo podrá decir que Ava quedó en el pasado, pero es puro postureo. Aún se le cae la baba por la pediatra.

Noto que Elizabeth también está concentrada en ellos.

Ava coge su café e intenta pasar, pero Matthew se le pone delante. Dios, cuánto amo este hospital. Este tipo de entretenimiento solo se ve aquí. Para rematar, solo me falta un cubo de palomitas.

Beth pide permiso y va detrás de Ava justo cuando consigue pasar a Matthew, y yo aprovecho para ir tras él y saber qué demonios acaba de pasar.

Capítulo 25

Elizabeth Carson

En cuanto Ava sale del comedor, me despido de Richard y voy hacia su despacho.

Llamo a la puerta y entro cuando me da paso.

—Hola, ¿estás muy liada? —pregunto.

—No para ti. ¿Ha pasado algo?

—Justo eso vengo a averiguar.

—¿Cómo que así? —pregunta frunciendo el ceño.

—¿Qué fue aquello con el Dr. Lewis en el comedor? La tensión entre vosotros se notaba desde lejos.

—Argh, ese hombre me saca de quicio.

—De un modo bueno, espero —digo moviendo las cejas.

—Ojalá fuera solo eso, pero consigue despertar un lado de mí que no me gusta. Cuando estoy cerca de él, siento que en cualquier momento voy a explotar. Me pongo irritable, con rabia, con rencor, pero también con un deseo que nunca sentí por nadie.

—¿Y no es así como se hacen las mejores historias de amor? —digo.

—Eso funciona en los libros, Beth; en la vida real las cosas son muy distintas…

Entonces me cuenta toda la historia, el motivo de haberse marchado y también que está divorciándose.

Ava es una mujer fuertísima, y tenerla a mi lado me sienta bien. Hablamos un rato más y luego me pita el busca y salgo a atender el aviso.

Entro en la sala de Lauren con una mezcla de expectativa y aprensión. Está revisando algunos documentos en su mesa.

—¿Me llamaste, Lauren? —pregunto.

—Beth, qué bien que estás aquí. Siéntate; revisemos los detalles del caso de Henry.

Henry nació ayer y sufrió asfixia perinatal[18], que es la falta de oxígeno antes, durante o inmediatamente después del parto. En su caso fue justo después, y tuvo que ser reanimado.

A medida que discutimos las opciones de tratamiento y los posibles planes de fisioterapia neonatal, siento una mezcla de determinación y preocupación. Sabemos que el camino será exigente, pero estoy decidida a hacer todo lo que esté en mi mano por este pequeño luchador.



Llego a casa, lleno la bañera y voy a la cocina a abrir mi vino preferido.

Echo mis sales de baño al agua, pongo música ambiental para relajarme, enciendo unas velas y me acomodo en la bañera.

Doy un sorbo de vino y suelto un gemido involuntario. Si un día estuve sufriendo, ya ni me acuerdo. ¿Quién necesita hombres? Un buen vino y estoy completa.

Llega un mensaje y seco la mano para coger el móvil.

Ava*: Ey, ¿estás?*

Beth*: Sí, ¿ha pasado algo?*

Ava*: El sábado haremos una barbacoa para que Matthew empiece a acercarse a Thomas. Te necesito aquí conmigo.*

Ava y Matthew decidieron no contar de golpe que él es el padre biológico de Thomas, ya que el niño le tiene verdadera tirria. Irán introduciendo poco a poco al cardiólogo en la vida de Thommy y, cuando conozca al padre sin prejuicios, harán la revelación.

Beth*: Por supuesto que iré, cuenta conmigo :)*

Ava*: Eres la mejor, ¿te lo dije hoy?*

Beth*: Hoy aún no…*

Ava*: Payasa… ¡ERES LA MEJOR! <3*

Ava*: Voy a hablar con Richard también.*

Cuando todo pasó en mi cumpleaños, planeaba alejarme de Richard, porque si no me quería en su cama, tampoco tendría mi amistad. Pero al día siguiente me di cuenta de lo ridícula que sería esa actitud: al fin y al cabo, él no está obligado a querer liarse conmigo. Del mismo modo que exigimos que los hombres entiendan que no es no, también nos toca comprender cuando un hombre dice que no.

Sin contar que yo también echaría de menos su amistad. Richard siempre fue un amigo muy especial y leal. No lo pensó dos veces antes de subirse a un avión y venir conmigo a Texas cuando Erick sufrió el ataque.

Pensando en eso, llego a la conclusión de que mi exmarido está demasiado callado. Hablé con Erick y Josh y ninguno tiene noticias suyas. No sé si alegrarme o acojonarme, porque no es propio de Devon aceptar las cosas tan fácilmente.

Decido centrarme en el ahora y dejar de sufrir por algo que ni siquiera ha pasado.

Le escribo a Rich.

Beth*: Ey, ¿Ava habló contigo?*

Rich*: Ey, me acaba de mandar un mensaje. ¿Vas a ir?*

Beth*: Claro que sí, mi amiga me necesita.*

Rich*: Ya, ya… ¿me vas a decir que solo por eso? ¿Que no vas también por el cotilleo?*

Beth*: Así me ofendes, guapito…*

Rich*: A quien no te conozca, que te compre… ¿quieres que te lleve?*

Beth*: Sería genial.*

Rich*: Hecho, te recojo a las 13 h.*

Termino el baño, ceno y caigo rendida nada más acostarme.



Como era de esperar, ya que me bebí la botella de vino entera, no oí el despertador y ahora voy a contrarreloj para terminar de arreglarme.

Acabo de pintarme los labios cuando el móvil pita.

Rich*: Ya estoy abajo.*

Cojo el bolso, cierro la puerta y bajo en el ascensor.

—Buenas tardes —digo al entrar en el coche.

—Buenas tardes, señorita.

—Y entonces, ¿Matt está nervioso?

—Diría que apenas durmió. El pobre es un manojo de nervios.

—Me lo imagino. Pero todo saldrá bien.

No tardamos en llegar y Richard aparca el coche.

Al caminar hacia la puerta, me fijo en que es una casa muy bonita. Es toda blanca y tiene un jardín estupendo. Las ventanas son azules y tiene dos plantas. Me recuerda mucho a la casa de la película El diario de Noa, pero a menor escala, claro, estando en pleno centro de Nueva York.

Richard toca el timbre y Patrick abre enseguida.

—Hola, Patrick —dice Richard.

—Richard, Beth, bienvenidos —dice y se echa a un lado para dejarnos pasar.

—Gracias.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —dice Richard.

—¡Richard, qué bueno que viniste! —dice Ava.

—Claro que no me lo perdería.

—¡Ava! —la abrazo—. ¡Tu casa es preciosa!

—¡Gracias! Poneos cómodos.

—Si fuera tú, no le diría eso a Richard… es bastante caradura —dice, Matthew.

—¡Qué calumnia! —dice Rich—. No le creas nada de lo que diga; es todo intriga de la oposición.

—Thomas, Ella, venid aquí —los llama Patrick.

Los niños vienen enseguida y Richard se pone en cuclillas para hablar con ellos.

—Hola, tú debes de ser Ella.

—Sí. ¿Y tú quién eres?

—Me llamo Richard, pero puedes decirme Rich. Trabajo con tu madre.

—Ah, vale. Este es Thomas —lo señala—. Thomas, no seas maleducado, habla con la visita —dice, Ella, y nos echamos a reír.

—Hola, me acuerdo de ti —dice, con una sonrisita tímida.

Noto que Richard se emociona, seguramente por el contacto con el hijo de su amigo.

—Espero que ya no estés haciendo más travesuras —ríe—. Ah, Thomas, ¿tienes padrino?

Nos quedamos todos mirando a Richard con cara de póker, sin entender la pregunta sin venir a cuento. Bueno, todos no: Matthew parece querer matarlo con la mirada que le lanza.

—Tengo, ¿por qué? —dice Thomas.

—¿Es majo?

—Sí, pero hace tiempo que no lo veo —se encoge de hombros —. Mamá, ¿podemos volver Ella y yo a ver la peli?

Rich mira a Matt con cara de satisfacción. Ava les permite volver a la peli y se alejan.

—Dije que sería un capullo —dice Richard.

—¿Quién? —preguntamos a la vez Ava, Patrick y yo.

—Richard se metió en la cabeza que sería el padrino de Thomas; le dije que no se ilusionara porque bien podía tener ya uno, y entonces dijo que debía de ser un capullo y que Thomas lo preferiría a él.

—¡Ay! —protesta Richard después de que le dé un golpecito en la frente.

—Venga, sentémonos. ¿Queréis una copa de vino? —pregunta Ava.

Aceptamos y nos acomodamos a la mesa.

Estamos enfrascados en la conversación cuando Ella se acerca y dice que está cansada de la peli. Matthew aprovecha y se va con Thomas, que charla animado con su padre, sin saber aún que ese título le corresponde.

Patrick termina de poner la comida en la mesa y los llama a ambos, que estaban tan entretenidos que ni se dieron cuenta del trajín.

El almuerzo transcurre tranquilo y la comida está deliciosa. Ava cuenta que a Patrick le encanta cocinar, y mi mente traicionera recuerda que Devon apenas se acercaba a la cocina, diciendo que eso era cosa de mujeres.

Sacudo la cabeza para espantar el pensamiento; hoy lo último que necesito es recordar a mi exmarido.

Ella termina de comer y pide ver la tele. Matt aprovecha para invitar a Thomas a montar el Lego que le regaló, y suben de la mano por las escaleras.

La escena es emocionante; miro a mi amiga y tiene los ojos vidriosos.

—Es emocionante verlos juntos —digo.

—Lo es —suspira Ava.

En varios momentos, mi mirada se cruza con la de Richard, y trato de controlar mi corazón, porque cada vez que pasa da un brinco.

—Beth, ¿me ayudas un minuto en la cocina? —dice Ava.

—Claro.

Nos levantamos y Ava cierra la puerta en cuanto entramos.

Conozco a Ava desde hace poco, pero le calo la intención enseguida.

—Suelta prenda; sé que no necesitas ayuda para nada —digo riéndome.

—Tú y Richard…?

Me sorprende; no esperaba esa pregunta. Siento que me arden las mejillas. La única que sabe de mis intentos con Richard es Amy, y no porque yo se lo dijera, sino porque lo oyó por accidente.

Decido guardarme lo que pasó, y no porque no confíe en ella, sino porque no necesito otra persona sabiendo mi humillación.

—Somos solo amigos —explico mientras me toqueteo una uña.

—No os miráis como si fuerais solo amigos.

—Ay, Ava, es todo tan complicado… él es increíble, me siento tan ligera cuando estoy a su lado —suspiro—. Me gusta, pero no quiero arrastrarlo al caos que es mi vida —digo una media verdad, porque si aceptara sexo casual no lo pensaría dos veces.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿no? —asiento—. Cuando quieras desahogarte, aquí estoy.

—Gracias, amiga —nos abrazamos—. Mi historia no es bonita; me estoy rehaciendo tras el final de una relación turbulenta. A mi exmarido no ha encajado nada bien el final.

—¿Te hizo algo?

—No te preocupes, estoy bien.

—Ahora sí que me preocupas… esa es la típica frase de quien no está nada bien.

—Devon es complicado…

—¿Complicado cómo?

Aparto la mirada de la suya; no quiero que vea el dolor que cargo.

—Beth, ¿tu exmarido te hizo daño físicamente?

Recuerdo todo lo que pasé con Devon y se me llenan los ojos de lágrimas. Ava me envuelve en un abrazo apretado, y siento su apoyo aunque no diga ni una palabra.

—¿Lo denunciaste ya? —pregunta cuando nos separamos.

—Sí, está todo en los tribunales; incluso tengo una orden de alejamiento contra él —me seco rápido las lágrimas que cayeron—. Pero hoy no es día de hablar de esto; centrémonos ahora en tus peques. En otro momento te prometo contarlo todo, ¿vale?

—Cuando te sientas preparada para hablar, sabes que estoy aquí.

Volvemos al salón y Richard está sentado en el suelo junto a Ella. Están dibujando, y no entiendo por qué la escena me emociona. Debe de ser que me viene la regla.

—Se le dan bien los niños —dice Ava, dándome un toquecito en el hombro.

—¿Y yo no lo sé? —suspiro.

Richard entonces nota nuestra presencia y le dice algo al oído a Ella, que nos mira y sonríe.

—Tía Beth, ven a dibujar con nosotros —dice la pequeña.

Me siento a su lado y juntos hacemos algunos dibujos.

Capítulo 26

Elizabeth Carson

Un mes después.

Este último mes ha pasado como un tornado, lleno de giros inesperados.

Cristina se separó, Ava empezó a salir con Matthew y Henry está evolucionando de maravilla. Ya no está ingresado: viene tres veces por semana a sus sesiones de fisioterapia.

En cuanto a mi vida sexual, sigue igual. Tim, un vibrador de 22 cm que fue mi adquisición más reciente, me ha salvado. Di algunos besos aquí y allá, pero aún me siento bloqueada para ir más allá.

Parece que Devon se ha esfumado del mapa, y no sé si sentir alivio o estar en alerta, porque no es una actitud habitual en él. Josh dijo que el proceso de divorcio avanza, pero demasiado lento para mi gusto. No veo la hora de estar legalmente libre del monstruo de mi exmarido.

Ahora estoy terminando de aparcar el coche en el aeropuerto. No me creo que por fin Erick venga a visitarme.

Ya está completamente recuperado y volvió a trabajar hace quince días. No podría estar más feliz.

En cuanto veo a mi amigo salir por la zona de llegadas corro a abrazarlo.

—¡Ay, Liz, qué ganas de verte! —me alza en el aire.

—¡Erick, qué bueno tenerte aquí por fin! ¡Estoy loca por enseñarte todo!

—No puedo esperar para pasar este tiempo contigo —me acaricia la mejilla—. Y bien, ¿qué planes tenemos para hoy?

Cuando abro la boca para hablar, tengo la sensación de que me están observando. Miro alrededor, pero no veo a nadie que pudiera estar mirándome. Un escalofrío me recorre la espalda y siento un frío por dentro.

—Liz, ¿estás bien? —pregunta Erick, frunciendo el ceño.

—Sí, fue solo… una sensación extraña. Como si alguien me estuviera observando, no sé explicarlo —me abrazo a mí misma.

Erick también mira a su alrededor, pero no encuentra nada.

—Vamos, me muero por un desayuno en condiciones —dice, intentando disipar el momento raro.

Caminamos hacia el aparcamiento y no tardamos en llegar a casa.

—Guau, tu casa es preciosa, Liz.

—¿A que sí? —sonrío y dejo que la mirada se deslice por el lugar, orgullosa de todo lo que he conseguido hasta ahora.

Tomamos un desayuno rápido y salimos rumbo a nuestra primera parada: Central Park.

Hoy hace un día precioso en Nueva York y quiero que mi amigo tenga una estancia memorable.

Caminamos por el parque, le enseño algunos de mis rincones favoritos y la extraña sensación de estar observada persiste.

No seas paranoica, Elizabeth —pienso—, pero no puedo evitar mirar a nuestro alrededor, buscando algo que justifique ese sentimiento.

—¿Liz? ¿Por qué miras tanto a los lados? ¿Buscas a alguien?

—No… bueno, no a alguien en concreto, pero ¿sabes esa sensación de estar observada que te conté en el aeropuerto? —asiente—. Sigue ahí.

Él barre el lugar con la mirada.

—No será nada, pero siempre viene bien estar atentos.

Almorzamos en un *food truck* y después nos preparamos para ir a la Estatua de la Libertad.

Mientras caminamos hacia el muelle, disfruto del paisaje urbano a nuestro alrededor, los edificios imponentes contrastando con el azul intenso del cielo.

En cuanto atraca el ferry[19], subimos a bordo y encontramos sitio en la cubierta para apreciar las vistas deslumbrantes de la ciudad. El viento nos golpea suavemente el rostro mientras navegamos hacia la isla de la Estatua de la Libertad.

Al llegar, exploramos cada rincón del monumento, hacemos fotos y absorbemos la grandeza del lugar.

Él publica una foto en la que me abraza por detrás, y quien no nos conozca seguro pensaría que somos pareja. Erick es un amigo muy cariñoso y tengo mucha suerte de tenerlo.

Al atardecer, dejamos la isla y volvemos a Manhattan. Decidimos cerrar el día con una noche animada, así que lo llevo al *Uptown*.

Pedimos nuestras bebidas y nos sentamos en una mesa más apartada.

—Me gusta este sitio —dice.

—Es una maravilla, ¿verdad? Creo que nunca me sentí tan en casa, tan… perteneciente a un lugar, ¿sabes?

Asiente mientras da un trago a su cerveza.

—¿Por qué no te mudas aquí también? —pregunto.

—Creo que me gustaría vivir aquí…, pero no es algo para decidir en caliente. Tengo ese serio problema: cada lugar que visito, quiero vivir en él.

Reímos y me cuenta cómo va todo en el TMC, incluida Karen, la instrumentista pechugona, que se encaprichó con Josh.

—Ah, no, no pienso tener a esa ridícula como cuñada.

—Bueno, lejos de mí chismorrear, ya sabes que lo aborrezco —entrecierro los ojos: Erick es el mayor cotilla que conozco. Bueno, el segundo: ya perdió el puesto con Richard—. Pero Josh está muy interesado en ver, digamos, sus instrumentos.

—Ay, Erick, ahórrate los detalles… mi hermano sí que ha tenido mala suerte, no es posible —pongo los ojos en blanco.

En ese momento, Cris entra por la puerta y parece ir buscando a alguien. Gracias a Dios, el tema queda cerrado; imaginar a Josh y Karen juntos me revuelve el estómago.

Llamo a Cristina con la mano. Sonríe al reconocerme y se une a nosotros.

—¡Beth, no sabía que vendrías hoy! —dice al sentarse.

—Lo decidimos a última hora. Cris, este es Erick, un gran amigo de Texas. Erick, esta es Cristina, una de las gratas sorpresas que me dio Nueva York.

—Un placer, Cristina —dice Erick, estrechándole la mano.

—El placer es mío, Erick. Espero que te guste esto —dice.

Oímos un carraspeo y veo que es el exmarido de Cris, de pie junto a la mesa con cara de pocos amigos.

—Cristina, ¿nos vamos?

—Sí, vamos. Hasta luego, Beth, ya hablamos. Encantada de conocerte, Erick.

Lo dice y se van, sentándose en una mesa al fondo.

—Vaya, el marido de tu amiga es celoso —dice él.

—No es su marido… o no lo era, qué sé yo. Hasta donde sé, ese es el exmarido.

—Tiene pinta de que quiere volver a ser el actual —dice mi amigo, y nos reímos.

Mi vejiga da señales y voy al baño, agradeciendo al cielo cuando entro y lo encuentro vacío.

Después de terminar, me lavo las manos y vuelvo hacia la mesa. Al pasar por la barra, miro en dirección a la pista de baile y se me paralizan las piernas.

No, no puede ser.

Ahí, quieto, mirándome como si quisiera matarme, está Devon.

Las piernas me flaquean y, cuando estoy a punto de caer, siento unos brazos que me sostienen.

—Liz, ¿qué pasa? —dice Erick, poniéndose delante de mí—. Estás pálida, parece que has visto un fantasma.

—Está aquí, lo vi, está aquí —es todo lo que consigo decir.

—¿Quién?

Sigo mirando, con verdadero pavor, y él por fin entiende a quién me refiero.

Rápidamente empieza a mirar a nuestro alrededor, y cuando miro hacia donde estaba, ya no hay nadie.

—¿Estás segura de que era él, Liz?

—Si no era él, era alguien muy parecido, Erick. Me miraba con mucha rabia, como si quisiera matarme.

El corazón me late tan rápido que parece que va a salirse del pecho.

—Ven, vamos a sentarnos.

—¿Te importa que nos vayamos a casa? —pregunto.

—Claro que no, Liz. Vamos.

Me pasa el brazo por los hombros y caminamos en silencio hasta mi casa.

¿Estaré empezando a ver cosas? ¿Sería alguien realmente muy parecido a Devon? No me lo encontraría aquí… Nueva York es demasiado grande. ¿Verdad?

—Voy a ducharme, ponte cómodo —rompo el silencio en cuanto entramos en el piso.

—Tranquila.

Me despierto al día siguiente y solo encuentro una nota de Erick diciendo que tuvo que salir antes de lo previsto por un aviso en Texas y no quiso despertarme.

Me apunto mentalmente llamar para ver si está todo bien.



Han pasado unos días desde que Erick vino a visitarme y tuve aquella sensación extraña.

Cuando mi amigo se fue, llamé a Josh y le conté todo, y él, como era de esperar, se puso paranoico y tuve que prometer que, ante cualquier cosa rara, lo llamaría y vendría corriendo.

Acabo de llegar al hospital y me encuentro con Matthew y Richard.

—Buenos días, chicos.

—Buenos días —dice Richard.

—Buenos dí… —Matthew no termina la frase y se queda con la mirada fija en un punto detrás de mí; cuando me giro, entiendo el motivo.

Ava entra en el hospital como si fuera por una pasarela. Ya es guapísima de normal, pero hoy está simplemente de infarto. Lleva un vestido negro con un escote discreto, pero que realza sus curvas, y una abertura en la pierna. El pintalabios rojo es la guinda del pastel.

—Buenos días —pasa junto a nosotros y va a su despacho.

No lo pienso dos veces y voy tras ella.

—¡Guau! ¿A qué viene tanto arreglo? Estás de infarto.

—¿Ah, esto? No es nada —dice, fingiendo que no detiene el tráfico.

—A otra engañarás, a mí no. Venga, suéltalo.

—He terminado con Matthew —suelta la bomba.

Me paro y abro los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Por qué? El viernes estabais bien.

—Será mejor que te sientes…

Entonces me cuenta cómo pilló a Matthew y Emily en la cama. Estoy en shock; jamás habría imaginado que Matthew hiciera algo así. Pero esto solo confirma mi teoría: los hombres, a partir de ahora, solo para mi placer.

Y entonces un pensamiento se me instala y me anima: ya que Ava y yo estamos solteras, vamos a exprimir la noche neoyorquina.

Capítulo 27

Richard Moore

Convenzo a Matthew para que vayamos al bar que abrieron cerca de mi casa a tomar una cerveza. Mi amigo está hecho polvo desde que Ava terminó con él.

Llego al sitio y Matthew ya me está esperando, con una jarra de cerveza casi vacía.

—Joder, ni me esperaste —digo al acercarme.

—Lo necesitaba, o iba a enloquecer.

Pido dos jarras más al camarero y me siento.

Matthew me cuenta entonces todo lo que está pasando entre él, Ava y Emily. Aún no me creo que fuera tan tonto de ceder al ataque de esa mosquita muerta. ¿Te dije que te daría dolores de cabeza, o no?

Además de pillarlo en la cama con la "mejor amiga", todo indica que va a tener un hijo con ella. Ahora sí que esa mujer le va a hacer la vida un infierno. Matthew, tío, ¿no has oído hablar de los preservativos?

Matthew se calla y se queda con la vista clavada en un punto detrás de mí; al mirar, veo a Beth y a Ava sentándose en los taburetes de la barra. Joder.

—Vaya, qué puta casualidad. El universo quiere poneros uno en el camino del otro como sea.

—Lástima que ella ya no me quiera —se lamenta.

—Si yo estuviera en su piel, tampoco querría.

—¿De parte de quién estás?

—¿En este caso? Completamente de la suya. ¿Deberíamos ir a hablar con ellas? —pregunto.

—Mejor no; igual, si se enteran de que estoy, se van.

—Tienes razón.

Nos quedamos en silencio y Matthew dice que va al baño. Me cambio de silla y me siento frente a ellas.

Elizabeth sigue poblando mis pensamientos más oscuros. He soñado con ella todas las noches, y mi razón está a punto de ceder a mi deseo. Ella no volvió a intentar nada conmigo, y me descubro echando de menos sus embestidas.

Matthew vuelve hacia mí con mala cara.

—¿Sabes si algún Nick trabaja en el NYP? —pregunta al sentarse a mi lado.

—¿Nick? —repaso mentalmente compañeros con ese nombre, pero no me viene ninguno a la cabeza—. No, al menos que yo conozca. ¿Por qué?

—Por nada.

En el momento en que volvemos la atención a ellas, un hombre se acerca y agarra a Elizabeth del brazo. No lo pienso dos veces: me levanto y voy hacia ellas.

Si mi sexto sentido acierta, ese hijo de puta va a conocer el infierno hoy mismo.

Estoy llegando cuando oigo sus palabras.

—Por fin te encontré —dice y la recorre de arriba abajo con la mirada—. Vas vestida como una puta, Elizabeth.

—¿Estás mal de la cabeza, joder? —dice Ava—. ¿Quién te crees que eres para hablarle así?

—El mari… —mi intuición era correcta: es Devon.

No le doy opción a terminar y le suelto un puñetazo en la cara.

Miro a Matthew, que entiende enseguida mis intenciones. Cogemos al hijo de puta por los brazos y lo sacamos del bar.

—Hijo de puta, te voy a destrozar —dice Devon.

—Atrévete —digo mientras me lanzo sobre él.

Le hago una zancadilla y cae al suelo. Sin pensarlo dos veces, me monto sobre su torso y empiezo una serie de puñetazos.

Lo veo todo rojo. Ese cabrón va a pagar por todo lo que hizo sufrir a Elizabeth.

—¡Richard, lo vas a matar! —oigo la voz de Beth de fondo.

Ella pone la mano en mi hombro, pero nada logra detenerme. Sigo golpeándolo, y el imbécil es resistente: aún intenta pelear.

En un momento, Matthew me aparta de encima, y yo me revuelvo intentando volver a montarme sobre el hijo de puta, pero mi amigo me lo impide.

—No merece la pena, tío.

—Y una mierda que no; ¡voy a acabar con ese cabrón! —intento zafarme de él, en vano.

—Vamos, Elizabeth —dice el hombre al levantarse con dificultad.

Esbozo una sonrisa de satisfacción al ver el estado en que lo dejé. Tiene la cara sangrando por varios puntos.

—No voy a ninguna parte contigo, Devon. ¿Cuántas veces te voy a tener que decir que nuestro matrimonio se acabó?

—No se ha acabado hasta que yo lo diga —la tira de la mano.

—¿Eres sordo, asqueroso? Ella ya dijo que no va a ningún lado contigo —Ava se interpone entre los dos.

—Vaya, zorra.

Levanta la mano libre para pegarle, y ella cierra los ojos.

Matt me suelta al instante y le agarra la muñeca a Devon, retorciéndosela.

—Como le pongas un dedo encima… —dice Matthew.

—Ahhh —grita de dolor y suelta la mano de Beth.

Matthew lo suelta y le empuja el pecho. Tiro de Elizabeth hacia mí y la abrazo, acariciándole la espalda.

Devon me mira y la rabia que siente es casi palpable.

—Veo que ya encontraste a otro pringado para abrir las piernas. Eres una zorra barata —dice, y tengo que controlarme para no volver a darle otra paliza.

—Si no te vas en cinco segundos, no respondo de mí —coloco a Beth detrás de mí.

Matthew y yo nos ponemos hombro con hombro, como una barrera entre Devon y ellas.

—Nuestra conversación no ha terminado aquí, Elizabeth —se larga.

Beth ya no controla el llanto y se derrumba. La aprieto contra mi cuerpo, como si eso pudiera protegerla de todo mal. Me agarra la camiseta con las manos y llora. Dejo que lo suelte todo, ofreciéndole mi apoyo.

—Shh, ya está, no va a volver —le acaricio el pelo.

—No va a dejarme en paz nunca.

—No voy a permitir que te haga daño, ¿vale?

—Solo quiero irme a casa —dice.

Miro a Ava, que entiende mi pensamiento.

—Llámame para lo que sea, ¿de acuerdo? Rich te lleva a casa —dice Ava, mientras se seca las lágrimas que le caen.

—¿Y tú? —pregunta Beth a su amiga.

—Yo la llevo a casa, no te preocupes, Beth. Puedes ir tranquila con Rich —dice Matthew.

Nos despedimos y vamos hacia mi coche.

El silencio que nos acompaña no es incómodo: estamos los dos inmersos en nuestros pensamientos.

¿Cómo encontró Devon a Elizabeth? ¿Cómo se atreve a acercarse a ella? Tengo que llamar a Josh cuanto antes.

Abro el coche y acomodo a Beth en el asiento del acompañante. Tiene la mirada perdida, lejos… me duele el alma verla así. Ojalá pudiera quitarle todo el dolor y ponérmelo yo.

Hacemos el trayecto en silencio y, cuando paro frente a su portal, Beth gira el cuerpo hacia mí, aunque sin mirarme.

—Creo que nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí, Rich —dice, mirando sus dedos.

—No tienes que agradecerme nada, Beth. Siempre voy a estar a tu lado; puedes contar conmigo para lo que sea. Ese capullo no volverá a poner un dedo encima de ti.

Sigue con la cabeza gacha; llevo la mano a su barbilla y, con un gesto suave, le alzo el rostro.

Iba a decir algo más, pero en cuanto se cruzan nuestras miradas, las palabras se me arremolinan en la cabeza.

Nos quedamos atrapados, uno en los ojos del otro, durante incontables minutos, hasta que Beth, en un movimiento rápido, sella nuestras bocas.

Decido no contenerme: con una mano la atraigo a mi regazo, mientras la otra va a su nuca y le tira suavemente del pelo.

El beso es desesperado, asfixiante, queriéndonos arrebatar todo el uno del otro. Nuestras lenguas bailan una coreografía erótica. Le muerdo el labio inferior y ella me chupa la lengua. Su sabor me embriaga. Quiero todo lo que esté dispuesta a darme.

Cuando se mueve en mi regazo, con el coño encajado en mi polla, suelto un gemido, a la vez que presiono su cuerpo hacia abajo para que sienta lo excitado que estoy, y eso parece sacarla de una especie de trance, porque se aparta de golpe.

Está jadeando, con las mejillas encendidas y toda despeinada, y, aun así, nunca estuvo más guapa.

—Perdón, Richard, no sé qué me pasó —se pasa rápido al asiento del acompañante—. Gracias otra vez, nos vemos el lunes.

Sale del coche y echa a correr hacia el portal. Yo me quedo quieto, intentando asimilar todos los sentimientos que me consumen ahora.

Estoy a un paso de ceder y darle a Beth lo que quiere, pero no es una decisión que pueda tomar de la noche a la mañana.

Me llevo las manos a la cabeza y respiro hondo. Hay mucho en juego; no puedo ser frívolo cuando se trata de Elizabeth.

Pongo el coche en marcha y me voy a casa. Necesito tomar una decisión: o me rindo al deseo que siento por Elizabeth, o pongo fin a todo esto de una vez.

Entro en casa, dejo la llave en el aparador y saco el móvil. Marco el número de Josh, que contesta al tercer tono.

—¿Richard? ¿Pasó algo?

—Pasó, tío. Devon encontró a Elizabeth.

—Puta madre… cuéntame cómo fue.

Le explico todo y escucha en silencio.

—Entonces no era paranoia de Beth; probablemente era él quien la observaba.

—¿Cómo? —pregunto sin entender.

—Cuando Erick estuvo ahí, varias veces Elizabeth tuvo la sensación de estar siendo observada, pero no lograba localizar al posible acosador. Pensó que eran cosas suyas, pero por lo visto era él. Ahora solo queda saber cómo la encontró.

—Josh, ese tío es peligroso; si no hubiera tenido la suerte de estar en el mismo sitio que ella, capaz de que se la hubiera llevado.

Suspira.

—Lo sé. Voy a avisar ahora mismo a la policía, ya que incumplió la orden de alejamiento, y añadiré esto al procedimiento de divorcio.

—Ya vimos que la justicia no lo mantendrá mucho tiempo entre rejas.

—Es todo lo que podemos hacer ahora, Rich. Voy a organizarme para ver si puedo ir a pasar unos días con Beth, así no se queda sola en el piso.

Hablamos un rato más y colgamos.

Devon se arrepentirá de cada vez que levantó la mano contra ella, o no me llamo Richard Moore.

Capítulo 28

Richard Moore

Hoy hace una semana del episodio en el bar. Devon volvió a desaparecer, y seguimos atentos a todo lo que concierne a Elizabeth.

He empezado a llevarla en coche para que no vaya y vuelva del hospital sola. Parece estar verdaderamente asustada con todo, ya que no discutió cuando se lo propuse.

Josh está moviendo cielo y tierra para que localicen y detengan a Devon, ya que incumplió la orden y hay testigos.

Amy, mi querida hermanita, tuvo entonces la brillante idea de organizar una salida solo de chicas para que Beth pudiera despejarse.

Josh y yo nos opusimos tajantemente, al fin y al cabo, Devon sigue suelto, pero ellas se obcecaron con la idea. Me ofrecí a acompañarlas y, en el acto, lo negaron, diciendo que sería una noche de chicas.

Puta madre, estas dos cuando se juntan solo me dan dolor de cabeza.

Aquí estoy ahora, en la esquina de la discoteca, sin probar una gota de alcohol mientras las observo de lejos.

Ya perdí la cuenta de cuántos buitres se les acercaron.

Elizabeth está bailando, entregada a la música, cuando un baboso se pega por detrás y se restriega. Pone sus manos sucias en

su cintura y baila pegado a ella, que no se achanta ni le pide que se aparte. Beth lo acompaña al ritmo, y esta escena me hace querer romperle la cara al individuo.

Estoy a un paso de ir y acabar con la raza del desgraciado, y, cuando acerca esa boca asquerosa al cuello de ella, mando mi "disfraz" a la mierda y voy hacia allí.

La gente se abre a mi paso conforme avanzo hacia ellos.

—Quita esas manos sucias de encima —le gruño al imbécil.

Elizabeth se asusta y me mira sin entender nada.

—Richard, ¿qué haces aquí? —ella y Amy hablan al mismo tiempo.

—No sabía que venías acompañada, guapa —dice el ridículo.

—No lo estoy.

—Lárgate —decimos a la vez.

Ella me encara y alza la barbilla, como retándome. Ah, Elizabeth, ese gesto tuyo solo me excita más.

—¿Está o no lo está? —el baboso sigue aquí.

—Lo está, y si no te largas ya, vas a hablar con mi puño —le suelto al oído.

Sale pitando y Elizabeth me mira con furia en los ojos.

—No tienes ningún derecho, Richard —me clava el dedo índice en el pecho.

La atraigo por la cintura y acerco nuestras bocas.

—Dilo, mírame a los ojos y di que prefieres a ese idiota antes que a mí —la desafío.

Alterna la mirada entre mis ojos y mi boca, y yo hago lo mismo.

—Él no tiene miedo de tener una relación casual conmigo —su voz arrastra deseo.

—¿Sexo es lo que quieres, Elizabeth? —pregunto. Ella asiente con la cabeza—. Sexo es lo que vas a tener.

La sujeto por la nuca y la devoro en un beso salvaje, desesperado, erótico. Elizabeth agarra la solapa de mi camiseta y me pega su cuerpo. Mis manos bajan por su espalda y le aprieto el culo con fuerza. Gime en mi boca y yo le muerdo el labio, ya imaginando cómo será hacerle lo mismo al coño. Solo de pensarlo mi polla se pone aún más dura.

Alguien me da un toque en la espalda y me separo de Beth.

Amy me mira con una sonrisita de lado.

—Creo que lo mejor será que os vayáis a casa, o acabaréis detenidos por atentado al pudor.

Vuelvo en mí y miro alrededor. Por un momento olvidé dónde estábamos, y, si Amy no nos frena, de verdad habríamos acabado en comisaría.

Me despido de Amy, entrelazo mis dedos con los de Beth y nos vamos.

—¿En tu casa o en la mía? —pregunto.

—La que quede más cerca —dice.

Calculo rápido cuál está más cerca y concluyo que la mía.

En cuanto arranco, Elizabeth se arrodilla en el asiento y se inclina hacia mí, llevando las manos a mi pantalón y, joder, no me creo lo que está pensando hacer.

—Beth… —le sujeto la mano y me mira.

—Suéltame. Déjame sentirte con mi boca… llevo tanto tiempo esperándolo.

Santo protector de los salidos desesperados, dame fuerzas.

Me aparta la mano y me desabrocha el pantalón. Levanto el tronco para ayudarla y me baja el pantalón junto con los calzoncillos, haciendo que mi polla salte fuera con el movimiento.

Mira mi erección con expectación y se lame los labios. Me rodea con la mano y empieza a hacerme una paja a ritmo lento. Baja la cabeza y da una lamida leve en la punta.

Con la lengua fuera me recorre todo el largo y, sin que me lo espere, me la emboca de golpe.

Gimo cuando mi polla choca con su garganta, mientras intento mantener la concentración en la carretera.

La sensación de tener su boca alrededor es indescriptible. Mantiene el vaivén y noto su saliva resbalando por mi muslo.

La succión que hace, como si chupara un pirulí, me vuelve loco, y tengo que controlarme para no correrme en su boca.

—Joder, Elizabeth.

Mis palabras parecen darle combustible, porque acelera el ritmo.

Hago el trayecto en tiempo récord, aguantando como puedo para no correrme, y, en cuanto paro el coche en el garaje, la atraigo a mi regazo y le como la boca con un beso hambriento.

Le aprieto el culo y ella se mueve. Le rompo las bragas y, en el momento en que siento su coño empapado rozando mi polla, dejo de razonar.

Beth separa nuestros cuerpos un segundo, me guía la erección y la coloca en su entrada. Entonces se deja caer y entro entero.

—Joder.

—Coño —maldicimos a la vez—. Elizabeth, qué coño más apretado.

Gime y se mueve. Con el pie apoyado en el suelo del coche impulso mi pelvis contra la suya y siento mi polla al fondo de su

coño.

Bajo el tirante de su vestido y me llevo un pecho a la boca. Lo muerdo, lo chupo y lo lamo, mientras Beth echa la cabeza atrás, entregándose al placer.

—Ahora voy a ir rápido, pero cuando subamos te vas a correr en mi boca, luego en mis dedos y otra vez en mi polla.

Beth grita cuando intensifico las embestidas y le tiro del pelo, forzando su cabeza aún más hacia atrás. Sus paredes me aprietan justo cuando se corre. Segundos después me vacío dentro de ella, y solo entonces recuerdo que no usamos preservativo.

Apoyo la frente en sus pechos esperando a que la respiración vuelva a la normalidad.

—No… no usamos condón —digo.

—Tomo la píldora y estoy limpia. Solo follé sin condón con mi exmarido, y me hago análisis periódicos… ya sabes, por el trabajo —dice aún jadeante.

—Yo nunca he follado sin condón y también me hago análisis en el NYP.

Cuando nos recomponemos, salimos del coche y, mientras esperamos el ascensor, me pego detrás y le susurro al oído, rozándole el culo con la polla:

—Me muero por saborear este coño delicioso.

Su respiración se le descompasa y junta los muslos.

Se vuelve hacia mí y me aprieta la polla por encima del pantalón.

—Y yo me muero por hacer que te corras en mi boca.

Esta mujer va a matarme.

—¿Así que nuestra fisio es una guarrilla?

—Aún no has visto nada —guiña y se gira justo cuando llega el ascensor.

Para mi desgracia, está ocupado.

Saludamos a los vecinos y subimos en silencio.

Bajamos del ascensor y caminamos hasta el piso, con la expectativa de lo que está por venir.

En cuanto cierro la puerta de casa, la atraigo y le tomo la boca. La cojo en brazos y camino hacia mi dormitorio.

La dejo caer en la cama, y la imagen de Elizabeth despeinada, encendida de deseo, con la boca hinchada por la mamada y por mis besos, pasa a ser mi favorita.

Empiezo a desnudarme sin romper el contacto visual. Ella se muerde el labio inferior y también empieza a quitarse la ropa. Como le rompí las bragas, cuando se quita el vestido ya está completamente desnuda.

Mientras termino de desnudarme, la muy zorra se sienta en la cama con la espalda en el cabecero y abre las piernas.

Se mete el índice en la boca y lo chupa. Desciende lentamente las manos por el cuerpo, pasando por los pechos, la barriga y, cuando llega a su destino, separa los labios y expone su coñito totalmente mojado. Se le ve la excitación resbalar, y trago en seco.

Usa los dedos índice y corazón para estimular el clítoris, empezando con pequeños círculos.

Se me seca la boca y contemplo la escena embobado. Elizabeth es una diosa, la personificación de la lujuria.

Acelera el ritmo y echa la cabeza atrás, soltando un gemido delicioso.

Es la puta escena más jodidamente excitante que he presenciado, y se me quedará grabada como un tatuaje.

Con la otra mano introduce dos dedos en su canal, bombeando.

Decido dejar de ser un mero espectador y me muevo hacia ella. Le agarro el culo, la arrastro al centro de la cama y me lanzo a su coño, pasándole la lengua por toda la vulva.

Elizabeth grita e intenta cerrar las piernas, que yo mantengo bien abiertas con las manos. Le doy un mordisquito al clítoris antes de empezar a chuparlo.

Mientras mi boca trabaja a placer, no aparto los ojos de su cara. Quiero ver cada expresión de deleite.

—Ah, Richard, así, así —dice, empujando mi cabeza hacia abajo con las manos.

Bajo la lengua y la introduzco en su vagina sin dejar de estimular el clítoris, ahora con los dedos. Elizabeth aprieta el puño en la sábana y grita cuando se corre en mi boca, y su sabor es la bebida más afrodisíaca que he probado.

Me aparto y me tumbo a su lado.

—Ahora vas a correrte en mis dedos —le susurro al oído.

Elizabeth sigue en la misma posición, completamente entregada al placer.

La atraigo a un beso; quiero que se pruebe en mi boca. Mientras nos besamos, la estimulo con la mano.

Le meto los dedos corazón y anular en la vagina, moviéndolos de arriba abajo, acariciándole el punto G, mientras el pulgar frota su clítoris.

Gime en mi boca, y el sonido me dispara la polla. Aumento la intensidad: necesito que se corra para poder estar dentro otra vez.

Su cuerpo se convulsiona de placer cuando llega al orgasmo. Le saco los dedos y me los llevo a la boca. No voy a desperdiciar ni una gota de su placer.

—Deliciosa… eres simplemente deliciosa, Elizabeth. Como dije, te corriste en mi boca, en mis dedos y ahora te vas a correr otra vez en mi polla.

Cojo un preservativo de la mesilla, y ella me quita el paquete de la mano en un segundo.

Beth abre el envoltorio y me coloca el condón con la boca. Cuando termina, se pone a cuatro patas, con el culo muy en pompa.

—Puta madre… vas a ser mi perdición —digo antes de darle una palmada en el culo y colocarme en su entrada.

Con un movimiento fuerte y seco, entro de una sola vez.

—Puta madre, tu polla es muy buena, Richard… ¿notas cómo llega hasta el fondo de mi coño?

Enrosco su pelo en una mano y tiro, sin mucha fuerza, para no hacerle daño.

—Eres una hija de puta viciosa, Elizabeth. Te gusta sentirme golpeando el fondo de ese coñito, ¿verdad?

Empujo más fuerte y ella grita.

—Contesta, joder —le doy otra palmada.

—Ay… sí, me gusta —dice con voz melosa.

Mientras sigo metiendo, un punto justo encima de donde nuestros cuerpos se unen me llama la atención. Llevo un dedo a su ano y lo rodeo, notando cómo Elizabeth se tensa.

Me mira por encima del hombro y niega con la cabeza.

—Está bien, no tengo prisa —la atraigo hacia mí y le hablo al oído—. Aún me vas a suplicar que te folle el culo.

Me aprieta otra vez, salgo de ella y la giro para quedar frente a mí.

—Quiero correrme mirándote a los ojos —digo, tumbándola.

Ella me guía la polla y me la mete otra vez.

—¿Eres consciente de lo jodidamente buena que estás, Elizabeth? Tu coño se ha convertido en mi lugar favorito del mundo… podría vivir aquí.

Cierra los ojos y noto que está a punto.

—Ábrelos, te vas a correr mirándome.

Me obedece al instante.

—Córrete conmigo, preciosa —le digo mirándola a los ojos—. ¡Ahora!

Mientras nos corremos juntos, le tomo la boca con un beso delicioso y, a diferencia de los de hoy, este es tranquilo. Llevo las manos a su cara y ella me acaricia la nuca.

Nos separamos para tomar aire y no puedo apartar los ojos de los suyos.

Ha sido el mejor sexo de mi vida.

Capítulo 29

Elizabeth Carson

Permanezco tumbada, esperando a que el alma me vuelva al cuerpo.

—Eso ha sido… —dice Richard.

—Simplemente increíble —respondo.

Nos quedamos incontables minutos tirados en la cama, mirando al techo, cada uno perdido en sus pensamientos. Me siento plena, ligera, completa… pero, sobre todo, feliz, por haber conseguido superar mi pasado con Devon.

Ni en mis mejores sueños el polvo habría sido tan perfecto. Nuestro encaje, la conexión… jamás sentí algo así en mi vida. Es como si Richard hubiese sido hecho a mi medida.

Cada caricia, cada beso, cada sensación… fue inimaginable, como si hubiera esperado toda mi vida para vivir este momento, y solo de pensarlo me asusto. Aparto la idea: no voy a mezclar las cosas. Seguiremos siendo amigos; lo nuestro no pasará de ahí. Seremos amigos que follan. Y punto.

Al cabo de un rato, Richard rueda sobre mí y me aprisiona contra la cama. Me mira, y puedo ver en sus ojos que no fui la única sacudida por todos estos sentimientos intrusos.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—¿Me follas bien y luego me das de comer? Así me vas a malacostumbrar —río.

Abre una sonrisa preciosa, me da un beso corto y se levanta, alargando la mano para ayudarme.

Va al vestidor, coge una camiseta y me la tira. Me la pongo y vamos a la cocina a preparar algo.

¿El plato elegido? El bueno, viejo y práctico sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada. Una elección perfecta para reponer la energía gastada en las últimas horas.

Nos sentamos frente a frente y comemos. Nuestras miradas, siempre fijas en el otro. No hace falta hablar: nos entendemos sin palabras.

El momento possexo, que a veces puede ser incómodo, con Richard es natural, como si lo lleváramos haciendo toda la vida.

Terminamos, metemos los platos en el lavavajillas y volvemos al dormitorio.

Nos sentamos uno junto al otro en la cama, con la espalda contra el cabecero, y él enciende la tele.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —pregunta.

—¿Ahora mismo o respecto a esto de aquí? —digo, señalando de él a mí.

—Ahora mismo… pero viene bien sacarlo: creo que debemos sentarnos y aclarar cómo serán las cosas a partir de ahora. Porque, después de haberte sentido por completo, no te me vas a escabullir tan fácilmente.

Me giro y me siento en su regazo. Me agarra el culo y lo masajea. Me acerco al oído y digo:

—¿Y quién te dijo que quiero escabullirme? Creo que ha quedado muy claro que tenemos una química brutal… sería un desperdicio no aprovecharla —le muerdo el lóbulo.

Gira nuestros cuerpos, queda encima de mí, encajando su cadera entre mis piernas, y siento su polla dura otra vez.

—La verdad, sería un gran desperdicio —dice antes de tomarme la boca en un beso.



Tras la tercera ronda, caemos rendidos. Nunca tuve tantos orgasmos el mismo día; dejé de contar después del quinto. Richard es realmente muy bueno en lo suyo. Mucho.

Me despierto con la luz del sol invadiendo el cuarto: a ninguno se le ocurrió cerrar la cortina.

—Richard —lo llamo, pero no contesta—. Richard.

—Mmm, necesito cinco minutos más —dice con voz pastosa de sueño.

Intento girarme y dormirme de nuevo, pero no puedo: la claridad me molesta. Sé que si salgo ahora de la cama ya no volveré a dormirme, así que me debato un rato, hasta que decido levantarme y voy al baño.

Al pasar por el espejo del vestidor, me paro a mirarme. La cara de quien ha sido bien follada no engaña… y todas las marcas por mi cuerpo tampoco.

Cojo otra camiseta de Richard, porque la de anoche no sé dónde quedó.

Estoy buscando cosas en la cocina para preparar un café y su móvil empieza a sonar. Dejo que salte al buzón, al fin y al cabo me pidió dormir un poco más.

Cuando suena por tercera vez seguida, decido mirar quién es, porque parece urgente.

Veo el nombre y contesto sin pensarlo.

—¿Amy?

—Beth… ¿podéis venir con mi hermano ahora? —su voz delata nervios.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Llegamos en unos minutos.

Cuelgo, dejo el café para luego y voy a despertar al dormilón.

—Richard. Richard.

Nada. Parece sedado.

—Richard —le zarandeo el cuerpo—. ¡RICHARD!

Entonces se incorpora sobresaltado.

—¿Qué pasa? ¿Se está quemando la casa?

—No, fue A… —no me deja acabar.

—Por el amor de Dios, mujer, déjame dormir un poco más. Ayer me chupaste la energía entera; necesito recuperarme para darte más de mi cuerpecito hoy.

—Pero qué presuntuoso… ¿y quién te dijo que quiero más? —cruzo los brazos.

—Tu cara no me engaña, Beth. Estás tan enganchada de mí como yo de ti. Ahora déjame dormir, mi cuerpo todavía no cree que hayamos descansado lo suficiente —dice, volviendo a tumbarse.

—Ni hablar, Amy nos necesita.

Al oír el nombre de su hermana, salta de la cama.

—¿Amy? ¿Qué pasó? ¿Dónde está? —dice mientras va al vestidor a vestirse.

Nos cambiamos a toda prisa, cogemos el coche y vamos a mi edificio.

Mientras esperamos el ascensor, noto la preocupación apoderándose de Richard.

Le cojo la mano y entrelazo los dedos.

—Calma, va a estar todo bien —le acaricio con el pulgar.

Me mira y esboza una sonrisa sin enseñar los dientes.

Nada más llegar a nuestro piso, aceleramos el paso y tocamos al timbre.

Amy abre en cuanto llamamos. Lleva ropa de gimnasio y está muy alterada.

—¡Dios, habéis tardado!

—Amy, ¡si ni siquiera son las ocho de la mañana de un domingo! —repara entonces en su ropa—. Por cierto, ¿qué haces levantada a estas horas y vestida así? —le señala con el índice.

—De eso hablamos luego; primero, el asunto tiene que ver con Beth.

Nos miramos Richard y yo; él frunce el ceño.

—¿Qué pasó, Amy? —pregunto.

Me mira y calla, como eligiendo bien las palabras.

—Mejor sentaos —respira hondo, y nos sentamos los tres en el sofá—. Bajé a la calle y, al volver, Devon estaba montando un escándalo en la portería. Intentaba entrar como fuera, gritando que era tu marido y que tenía derecho a pasar.

Cierro los ojos y me los froto con una mano.

—Solo desistió cuando el señor Pérez amenazó con llamar a la policía.

—¡Voy a matar a ese cabrón! —Richard se levanta y camina de un lado a otro del salón.

—¿No te hizo nada, verdad?

—No, amiga, tranquila. Poco después de llegar me fui, creo que ni me vio; además, no me conoce y había mucha gente.

—Devon es imprevisible, Amy. Es un abogado muy influyente; ya debe saber todos mis pasos y con quién me muevo.

—No te preocupes por mí, ¿vale?

Richard vuelve a sentarse a mi lado.

—Beth, tenemos que ir a comisaría. Cuantas más denuncias de que no respeta la orden, mejor para tu divorcio y para una posible detención —Richard entrelaza nuestros dedos.

—Sí, voy a llamar a Josh y ver qué aconseja.

—Yo voy a estar a tu lado —me acaricia la cara.

—No me cabe duda —lo miro a los ojos y nos perdemos en nuestra burbuja.

Por un instante nos olvidamos de todo, pero volvemos al presente cuando Amy carraspea.

—Bien, asunto 1 resuelto en lo posible, ¿pasamos al asunto 2?

—Somos todo oídos.

Respira hondo y habla tan rápido que no entiendo nada.

—¿Cómo? —pregunta Richard.

Cierra los ojos y suelta la bomba.

—Creo que estoy embarazada.

Nos quedamos en silencio. Giro apenas la cabeza hacia Richard y lo veo con los ojos como platos. Niega, frunce el ceño.

—Creo que no oí bien. ¿Qué has dicho? —aprieta los labios esperando que Amy explique.

—Tengo un retraso, pero pensé que era por el estrés de estos meses. Solo que, desde hace cinco días, empecé con náuseas matutinas fuertes. Le eché la culpa a mi comida desordenada e

intenté ignorar los demás síntomas. Esta noche soñé con un niño precioso en mis brazos. Me desperté y decidí que era hora de afrontar el resultado que fuera —hace una pausa para coger aire—. Fui a la farmacia, compré el test y, cuando volví a casa, pasó todo lo de Devon.

Va al aparador, coge una bolsa y saca un test de embarazo.

—¿Todavía no lo hiciste? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—¿Podéis esperar aquí mientras lo hago?

—Claro que sí, Amy —la abrazo.

Richard sigue callado, observando con una expresión indescifrable.

Amy va al baño y yo tomo la cara de Rich entre las manos para centrar su atención.

—Ey, ¿qué te pasa por la cabeza?

—Que soy capaz de cometer dos asesinatos: el del hijo de puta de tu ex y el del desvirgador de hermanas ajenas.

—Si Amy está de verdad embarazada, va a necesitar mucho tu apoyo, Rich. No digas, y mucho menos hagas, ninguna tontería.

Se queda un rato en silencio, asimilando mis palabras.

Unos minutos después, Amy vuelve al salón pálida, y por su cara apuesto a que el resultado es positivo.

—Estoy embarazada —una lágrima solitaria le corre por la mejilla.

Richard se levanta de un salto.

—¡Voy a matar a ese hijo de puta! —brama.

—No vas a matar a nadie —dice Amy.

—Dame un motivo para no ir a buscar al imbécil y reventarle la cara.

—Porque, independientemente de todo, es el padre de tu sobrino… y yo aún le quiero —lo último lo dice tan bajo que creo que Richard no lo oyó.

Él camina nervioso de un lado a otro.

Observo su interacción en silencio; no me siento con derecho a entrometerme.

—Un hijo… vas a tener un hijo —divaga, cuando vuelve a sentarse en el sofá.

Se tapa la cara con las manos y se queda así.

—¿El imbécil sabe que sospechabas esto?

Ella suspira y se sienta a su lado.

—No… quise contártelo primero a ti. A vosotros —dice, mirándome.

Me siento junto a ella y le cojo la mano.

—No tengo ninguna duda de que serás una madre increíble, Amy —me vuelvo a Richard—. Y tú, el mejor tío que podría existir.

Él absorbe mis palabras y atrae a Amy a un abrazo.

—Perdona mi reacción… pero todavía me cuesta ver que has crecido —dice.

Siguen abrazados cuando mis ojos se cruzan con los de Richard.

—Gracias —articula sin sonido, mirándome muy adentro.

Le sonrío con discreción, feliz por ellos.

Se separan y Richard pone las manos sobre la barriga de Amy, inclinando la cabeza.

—Hola, soy Richard, el mejor tío que vas a tener. Perdona cómo me puse al saber que estabas ahí dentro, fue solo el susto. Ya te quiero, semillita —le besa la barriga.

Se me hace cosquillas el útero con la escena. *Richard sería un padre estupendo*. Sí, no me cabe duda*. Imagino a un mini Richard, con esos ojos…* La imagen de un niño con su mirada y mi sonrisa se forma en mi mente, pero la aparto al instante.

Miro a Amy y la veo emocionada. Sonrío ante la complicidad que tienen.

El momento se rompe cuando mi móvil anuncia un mensaje. Miro la pantalla: es un número anónimo. Al abrirlo me quedo en shock, pero me contengo; no quiero aguarles el momento.

—Ehm, me acabo de acordar de que tengo que poner una lavadora. Hasta luego —salgo rápido.

Oigo que me llaman, pero no miro atrás.

Nada más cerrar la puerta de Amy, me encuentro de frente con Erick. ¿Me estaré volviendo loca? Parpadeo varias veces, pero la imagen de mi amigo no se mueve.

—¿Erick?

—Sí, Liz, soy yo. Quise darte una sorpresa —dice sonriente.

Oigo pasos dentro del piso de Amy acercándose a la puerta, y le agarro de la mano a Erick y me meto rápido en casa. Cierro y apoyo la espalda en la puerta.

—¿Qué fue eso?

—No, señor; me vas a explicar por qué viniste a Nueva York sin decirme nada… te habría recogido en el aeropuerto, jo.

Esboza una sonrisa traviesa, de lado. Mete las manos en los bolsillos y se acerca.

—Si te lo decía, dejaba de ser sorpresa —hace una pausa dramática—. Estás hablando con el nuevo vecino de Nueva York. En

concreto, tu vecino de la izquierda.

Me quedo unos segundos asimilando la noticia.

—¡No me lo creo, Erick! ¡Qué noticia maravillosa! —le salto al cuello.

—Creo que a alguien le gustó la sorpresa.

—¿Que si me gustó? ¡Me encantó! ¡Va a ser genial tenerte aquí conmigo!

—Yo también creo que será genial estar aquí contigo, Liz —dice, acariciándome la mejilla—. Ahora dime, ¿por qué nos metimos en tu casa así?

—No quería interrumpir el momento de Richard con Amy, pero mira lo que me llegó —le doy mi móvil a Erick.

Coge el aparato y frunce el ceño al ver la imagen. En la foto estoy saliendo del coche de Richard, hace un rato.

—¿Qué es esto?

—Alguien me envió un mensaje desde un número anónimo… cuando lo abrí, solo estaba esta foto. Estoy segura de que fue Devon; hace una semana me encontró aquí, y Amy dijo que hoy intentó entrar en el edificio.

Va a decir algo cuando suena el timbre. Estoy segura de que se trata de mi nuevo amigo con derecho a roce.

Capítulo 30

Richard Moore

—Elizabeth, sé que estás ahí —toco el timbre por décima vez.

¿Lavar la ropa? ¿Quién sale corriendo así porque tiene que lavar la ropa? Si cree que voy a caer en ese cuentito, está muy equivocada.

Ella piensa que no me di cuenta, pero vi el momento en que recibió un mensaje, y cómo se quedó afectada después de ver su contenido.

Cuando estoy a punto de llamar de nuevo a la puerta, esta se abre.

—Dios mío, Elizabeth —digo entrando—. ¿Qué fue eso? ¿Lavar la ropa? ¿En serio?

Oigo un carraspeo, miro hacia atrás y veo a un hombre parado en la esquina del salón. ¿Qué coño es esto? ¿Qué hace este tío aquí? ¿Será que había quedado con él y por eso salió de ese modo?

No me resulta desconocido; tengo la impresión de haberlo visto en algún sitio.

El tipo sigue mirándome con cara seria, evaluándome de arriba abajo.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Podría hacerte la misma pregunta —dice acercándose a mí.

Beth se interpone entre nosotros.

—Richard, este es Erick —dice Elizabeth, señalando al tipo—. Erick, este es Richard.

¡Ah, claro! Ahora entiendo por qué no me parecía desconocido: vi una foto suya en casa de Lilly.

—Ah, sí, es un placer, Erick —le tiendo la mano.

El *Smilingüido*[20] me mira con gesto de desaprobación y tarda unos segundos en saludarme, con más fuerza de la necesaria.

Soltamos las manos y él sigue mirándome en silencio.

—Entonces, Erick, ¿viniste a pasar un tiempo aquí? —pregunto.

—No, me he mudado aquí… más precisamente al piso de al lado —dice con una sonrisita de medio lado—. Soy el nuevo vecino de Liz.

La tira hacia sí y la envuelve en un abrazo. Mientras la mantiene de espaldas a mí, la mirada que me dirige me pone con la mosca detrás de la oreja con este tío.

No me gustó.

Siguen abrazados y yo me quedo observando la escena. Parece querer marcar territorio, mostrando que tiene una relación íntima con Beth. Ay, si supiera todo lo que hicimos esta noche…

Mi lado celoso asoma, pero enseguida lo empujo al fondo. No tengo motivo ni derecho a sentir celos de Beth.

Me aclaro la garganta; por fin se separan y Elizabeth se gira hacia mí.

—Bueno, me voy entonces; solo vine para saber si estaba todo bien —me acerco a ella, poniendo una mano en su mejilla—. ¿Nos vemos luego?

Ella asiente mientras le hago una leve caricia en el rostro.

—Hasta luego, Erick, fue un placer *inmenso* conocerte —ella pone los ojos en blanco, percibiendo mi sorna.

—Hasta luego, Richard, digo lo mismo —dice el tontaina.

Beth me acompaña hasta la puerta y aprovecho para atraerla hacia un beso. La pillo por sorpresa y, en un primer momento, intenta resistirse, pero enseguida se entrega. Su boca suave se mueve al mismo ritmo que la mía, mientras su lengua me regala una caricia deliciosa.

Se aparta lentamente, recuperando el aire. Aprovecho para observar sus facciones, tomadas por el placer. Elizabeth es la personificación de la belleza más pura que podría existir.

Por un breve momento me olvido de que no estamos solos, pero al mirar por detrás de Elizabeth, veo que Erick nos observa. Intenta mantener una expresión neutra, pero alcanzo a sentir la rabia que emana de sus ojos.

Ese tío es realmente muy raro. Me hago una nota mental para sondear a Beth, pues sé que ella lo considera un gran amigo, pero me pregunto si él la ve de la misma forma.

Vuelvo mi atención hacia ella, que sigue con las mejillas encendidas, y ese tono rojizo en su rostro es mi perdición.

—Más tarde te mando un mensaje, ¿vale? —pregunto.

—Vale —responde en voz baja.

Le doy un piquito y me voy a casa de Amy.

En cuanto entro, encuentro a mi hermana tumbada en el sofá y le acerco la cabeza para que la apoye en mi pierna, mientras le acaricio el pelo.

Nos quedamos ambos en silencio, cada uno con sus propios dilemas.

La manera en que Erick me miró y la forma en que se dirigía a Beth no se me van de la cabeza. Puede que sea paranoia mía, pero no suelo juzgar mal a la gente.

—Pequeña, ¿ya has conocido al amigo de Beth? —pregunto.

—¿Qué amigo?

—Erick.

—No, ¿por qué? —pregunta ella, sentándose sobre las piernas.

—Nada —ella cruza los brazos e inclina la cabeza, mirándome. Respiro hondo antes de responder—. Cuando llegué a casa de Elizabeth, él estaba allí. Y puedo estar equivocado, pero me pareció raro. La manera en que la mira, la forma en que su cuerpo se expresa cuando habla con ella… no sé si la ve solo como una amiga. Y lo peor: va a ser vecino vuestro.

Ella me analiza en silencio, hasta que estalla en una carcajada.

—¡Dios mío, Richard! ¡Estás celoso! —sigue riéndose y yo la miro serio.

—Amy, no flipes. Obvio que no estoy celoso; solo me preocupo por Elizabeth, es mi amiga.

Se retuerce de tanto reír, y alcanzo a ver algunas lágrimas escapándose de sus ojos. Al menos son lágrimas de alegría, pienso.

—¿Ya acabaste el numerito?

—Estás celoso de Beth, ¡admítelo! —me señala con el dedo.

Niego con la cabeza, pero Amy no se rinde.

—Ah, sí que lo estás, y eso está tan claro… ¡como las aguas del mar de Maldivas! —dice entre risas.

La verdad es que puede que tenga razón, pero me niego a admitirlo.

—Bueno, veo que ya estás estupenda; ¿podemos hablar entonces del padre de tu hijo?

Se detiene al instante y deja de reír.

—Joder, Richard, has estado de mejor humor. En relación con Liam, no hay nada que decir… al menos no por ahora, ya que aún no he hablado con él.

—¿Y cuándo piensas hacerlo?

—Mañana mismo.

—Voy contigo.

—Pues no vas a venir; esto es un asunto para resolver entre nosotros dos —abro la boca para replicar, pero ella me frena—. Y ni intentes persuadirme. Él y yo hicimos a este hijo; él y yo vamos a hablar. A solas, y esto no está abierto a discusión.

Me quedo en silencio, observándola. Amy se ha convertido en una mujer fuerte, dueña de sí, determinada. Sí, creo que hice un buen trabajo.

—¿Por qué tienes esa cara de bobo? —pregunta.

—Porque estoy orgulloso de la mujer en que te has convertido —la abrazo—. Estoy muy orgulloso de ti, Pequeña.

—Ay, Grandullón, así voy a llorar.

Permanecemos así hasta que decidimos pedir comida para comer.

Cuando llega el pedido, mientras comemos, hablamos sobre el bebé. Yo creo que es un niño; ella, una niña.

Se me ocurre una idea y cojo el móvil.

Rich*: ¿Estás ahí?*

Beth*: Sí. ¿Pasó algo?*

Rich*: ¿Ya tienes algún plan para mañana?*

Beth*: No, probablemente voy a ayudar a Erick a organizar sus cosas. ¿Por qué?*

Rich*: Quiero comprar un regalo para el bebé, ¿quieres ir conmigo?*

Beth*: ¡Claro que sí! ¿A qué hora?*

Rich*: ¿Después de comer?*

Beth*: ¡Perfecto! Hasta mañana.*

Bloqueo el móvil y Amy está ahí parada mirándome con una sonrisita ladeada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Con quién estabas hablando?

—Con nadie.

—Por la cara de bobo que estabas poniendo, apuesto mi casa a que era con Elizabeth.

—Ni se te ocurra apostar algo así; ¿Te imaginas a mi sobrino nacer sin un techo donde vivir?

Amy pone los ojos en blanco.

—No cambies de tema, guapetón; era ella, ¿no?

—Mientras yo recojo la mesa, ve eligiendo una película para ver.

—Ay, Richard, no quieres ver lo que tienes justo delante. La caída va a ser grande, y yo estaré sentada en primera fila para verlo —dice la descarada y se va al salón, mientras yo recojo la mesa.

Amy está montándose una trama de novela romántica en su cabeza, y voy a tener que hablar con ella sobre eso.

Está claro que me gusta Beth, pero no románticamente, como piensa Amy. Tenemos una química maravillosa, somos amigos, pero no pasará de ahí. Y es bueno que Amy lo entienda de una vez por todas, porque lo último que necesito es que le meta pájaros en la cabeza a Elizabeth.

Voy al salón y Amy ya ha elegido lo que vamos a ver y, gracias a Dios, es una película de acción.

—Amy, no te montes una *fanfic* en la cabeza. Elizabeth y yo solo somos amigos.

—Ayer vi lo amigos que sois.

—¿Solo porque somos amigos no podemos follar?

—Está bien, Rich; si no quieres ver, no voy a abrirte los ojos a la fuerza. Pero cuando te des cuenta, estaré aquí para ti, ¿vale?

—Solo no vayas diciendo esas cosas por ahí, especialmente a Beth.

Ella pone los ojos en blanco.

—Estás ahí todo lleno de miedo de que ella vaya detrás de ti, pero apuesto a que te darás cuenta antes que ella —entrono los ojos hacia ella, que levanta las manos—. Vale, aquí no ha dicho nada nadie. Vamos a ver ya esta peli.

Capítulo 31

Richard Moore

Ayer pasé la tarde viendo pelis con Amy, y cuando fue a eso de las ocho de la noche, me fui a casa, ya que insistió en que no hacía falta que me quedara a dormir allí.

Ahora, mientras espero a que Elizabeth baje, deslizo en *Instagram* y veo una foto que Matthew publicó. Ni me creo que por fin esté libre de aquella criatura odiosa.

Cuando Beth abre la puerta del coche, bloqueo la pantalla del móvil y lo coloco en el soporte.

—¿Te hice esperar mucho? —pregunta cuando se sienta.

—No —digo y le doy un beso leve en los labios.

—¿Puedo poner mi playlist? —pregunta, señalando mi móvil.

—¡Claro! La clave es 3006.

—¿Treinta de junio? —pregunta.

—Sí, el cumpleaños de Amy —digo y arranco el coche.

Ella sincroniza el móvil con la radio y no tarda en sonar la primera canción.

—Claro, ¿cómo no adiviné que sería 'N Sync?

—Nunca vas a olvidar aquello, ¿verdad?

—No.

El camino transcurre entero con Beth cantando las canciones de su banda favorita, y me sorprendo disfrutándolo, como si fuera algo natural que hubiéramos hecho toda la vida. Verla tan ligera y feliz me llena el corazón de alegría. Se merece tener todo lo mejor que el mundo puede ofrecer.

Unos minutos después paramos en el centro comercial y nos dirigimos a la tienda infantil.

—Hola, buenas tardes; bienvenidos. Me llamo Katy y voy a atenderos —dice la dependienta.

—Hola, Katy, buenas tardes. ¿Qué tienes para recién nacido, pero en tonos neutros? —dice Beth.

—Acompañadme, por favor.

La seguimos y nos muestra varias ropitas diminutas en tonos de verde, amarillo, blanco… Es surreal pensar que dentro de unos meses mi sobrino va a estar dentro de prendas como estas.

—Mira esto de aquí. —Cojo una chaquetita y la sostengo delante de Beth.

—Ay, Dios mío, ¡nos llevamos esa! —dice.

—¿Es vuestro primer hijo?

—Ah, no, no es para nosotros; es para su sobrino —dice, señalándome.

Una extraña incomodidad me invade el pecho. No es que estuviera esperando otra respuesta, pero la rapidez con que Beth respondió me hizo sentir una punzada de decepción. Sé que no debería sentirme así, pero el pensamiento de que yo no tendré esa experiencia, de alguna forma, me remueve.

Respiro hondo y aparto esos pensamientos, centrando la atención en las ropitas delante de nosotros.

Cuando elegimos todo, vamos a la caja y entonces empieza la novela. Beth no quería dejarme pagar, y solo se calmó cuando

propuse que lo pagáramos a medias.

—Creo que nos hemos pasado —dice Beth mientras guardamos las bolsas en el coche.

—Déjame mimar a mi primer sobrino —bromeo.

—Amy está jodida contigo.

Entramos en el coche y pongo el motor en marcha.

Durante el camino, hablamos sobre el hospital, la relación de Matthew y Ava y, por último, Beth cuenta lo feliz que está de que Erick haya venido a vivir aquí.

En esa parte, tengo que controlarme mucho para no poner los ojos en blanco. No es posible que sea solo una manía mía sin fundamento… soy un tío majo, no suelo cogerle tirria a alguien de primeras.

Y, de verdad, esta vez espero estar equivocado, porque si mis sospechas son ciertas, Elizabeth lo va a pasar mal.

Aparco y bajamos con las compras.

En cuanto Amy abre la puerta y la miro, me doy cuenta de que había estado llorando.

—¿Qué ha pasado?

En cuanto entro entiendo el motivo: el baboso de Liam está de pie en la esquina del salón.

—¿Ese tío te hizo llorar, Amy?

Dejo las bolsas en el suelo y camino hacia él.

—¿Has hecho llorar a mi hermana embarazada, hijo de puta? —pregunto mientras lo agarro por el cuello de la camisa.

—Solo estábamos conversando, Richard —dice el capullo.

—Liam, ya dijimos todo lo que teníamos que decirnos; ahora vete —Amy abre más la puerta y con la otra mano apunta hacia fuera.

Algo me dice que esta conversación fue peor de lo que imaginaba que sería.

—Amy, espero que entiendas mi decisión y que algún día podamos hablar de todo esto —dice, pasando junto a ella.

—¡Quiero que te vayas al infierno! —dice, y da un portazo.

Ella se sienta en el sofá y se lleva las manos a la cabeza.

—Amy, intenta no estresarte; eso no le hace bien al bebé —dice Beth, mientras le acaricia la espalda.

—Lo sé… voy a intentar controlarme.

—¿Qué quería ese tío aquí? —pregunto.

—Lo llamé para contarle de mi hijo.

—¿Y…?

Amy respira hondo antes de responder.

—Y dijo que no está listo para ser padre y que no quiere contacto con la criatura.

—¡Voy a matar a ese desgraciado! Haber pensado en eso antes de follar sin condón —digo, yendo hacia la puerta.

Beth viene corriendo detrás de mí.

—Richard, por el amor de Dios, no vayas a hacer ninguna locura. Amy te necesita aquí y ahora. Después resolvemos esa cuestión —me agarra del brazo.

Miro a Amy y vuelvo en mí. Elizabeth tiene razón: Amy y mi sobrino son mi prioridad. Con ese hijo de puta ya me entenderé después.

—Ven, vamos a enseñar lo que compramos —Beth me toma de la mano.

Pasamos toda la tarde con Amy, que adoró todos los regalos.

El tiempo voló y ni lo notamos; cuando nos dimos cuenta ya eran más de las siete de la tarde.

—¿Seguro que vas a estar bien? ¿No quieres que me quede aquí hoy?

—Sí, Grandullón, voy a estar bien. Tengo que estar bien. Y no necesito niñera.

—Cualquier cosa me llamas —le doy un beso y un abrazo.

Beth se despide de Amy y salimos.

Cuando está a punto de meter la llave en la puerta de su casa, la tiro hacia mí, aprieto su cuerpo contra la pared y elimino la distancia entre nuestros labios.

No me canso de decir lo enganchado que estoy a ella. Mantenemos el beso a un ritmo delicioso, y, cuando gime en mi boca, tengo que controlarme para no follármela aquí mismo, en medio del pasillo.

Un carraspeo nos saca de nuestra burbuja. Me giro y veo que se trata de Erick.

—Buenas noches. Liz, ¿ya estás libre?

No, idiota, ¿no ves que está muy ocupada?

—Ahm, sí, ¿necesitas ayuda? —pregunta ella.

—Quería enseñarte una cosa —dice él.

Ella me mira y entiendo que quiere ir a ver lo que su amigo tiene para enseñarle.

—Sueña conmigo.

—Voy a pensar en tu caso —dice, y me guiña un ojo.

—¿Te recojo mañana a la hora de siempre?

—Ah, es verdad, ya iba a olvidarme: Erick quedó en llevarme mañana; tiene una entrevista de trabajo cerca del NYP.

Ya estamos: el *Smilingüido* acaba de llegar y ya quiere sentarse en la ventanilla. Me corta el polvo y ahora quiere meterse también con mi turno de recogerla. Quien lleva a Beth soy yo; que él se busque otra cosa que hacer con ella.

—¿Segura?

—Sí, no te preocupes —me da un piquito y entra en el piso del tontaina.

Voy a casa, y en cuanto aparco el coche recibo un mensaje de Matthew.

Matt*: ¿Puedes llevarme mañana?*

Rich*: ¿Y por qué lo haría?*

Matt*: Porque eres mi amigo.*

Rich*: Soy tu amigo, no tu chófer.*

Matt*: Cuando se trata de Betita no te quejas… Ava tiene una reunión con la profesora de Ella, y mi coche está en el taller. Te espero aquí a las 8 h.*

Rich*: ¡Qué jeta tienes! Vale, pero no te acostumbres.*

Está claro que es todo broma; llevo a Matt todas las veces que haga falta.



Cuando paro el coche, Matthew ya me espera en la portería.

—¡Joder, dije a las 8 h, ya son las 8:20! —dice cuando entra.

—Venga ya, Matthew, te estoy haciendo un favor y, encima, ¿vas a quejarte?

Anoche, cuando llegué a casa, me di una ducha y aproveché para hacer una de las cosas que más me gustan: nada. Me quedé tumbado con la tele encendida, y solo me di cuenta de que me dormí en el salón cuando sonó el despertador.

Coge mi móvil y abre *Spotify*, que al momento pone la *playlist* de Beth. Matthew arquea las cejas y me mira.

—¿Qué coño es esto? ¿Desde cuándo escuchas 'N Sync?

—No soy yo, es de Beth; ayer fuimos al centro comercial y ella puso su *playlist*.

Me mira con una sonrisita de pura burla.

—Ah, ya entiendo. Plan de pareja, ¿no?

Pongo los ojos en blanco, negando con la cabeza.

—Claro que no; ¿es que ahora dos amigos ya no pueden ir al centro comercial?

—Sí, sí. Estás cada vez más cerca de llevar correa, amigo mío.

—¿Quieres ir andando al NYP? —él niega con la cabeza—. Entonces mejor te callas.

¿Con correa… yo? Está por nacer la mujer que vaya a atarme.

Capítulo 32

Elizabeth Carson

—Gracias por acercarme, Erick. Cruzo los dedos para que salga todo bien en tu entrevista —digo al quitarme el cinturón de seguridad.

—Nada, Liz. Siempre que quieras, a tu disposición.

—Si cambias de idea respecto al NYP, me avisas y hablo con Peter.

—Vale.

Salgo del coche y entro en el hospital. Saludo a algunos colegas por el camino y, antes de que pueda llegar al ascensor, me tiran del brazo hacia un almacén.

Levanto la mirada, y el muy canalla me mira con una sonrisita ladeada.

—Richard, ¿estás loco?

—Sí, lo estoy… estoy loco por ti, Elizabeth —dice antes de besarme.

El beso es apremiante; siento el hambre que tiene de mí, y yo no estoy muy diferente. Ayer, después de despedirnos, me sorprendí echando de menos su toque. Ese sentimiento me pone en alerta, pero ahora que estoy en sus brazos, cualquier preocupación se disipa. Lo quiero… lo necesito.

Sus manos mapean mi cuerpo y, cuando está a punto de subir mi vestido, su buscapersonas suena.

Nuestros labios se separan y apoya la frente en la mía.

—Infierno —dice aún jadeando—. Necesito irme.

—¿Quieres venir a mi casa hoy?

—¿Me estás invitando a dormir contigo, *Betita*?

—La oferta expira en 3, 2…

—Quiero, claro que quiero —me interrumpe—. Solo paso por casa para coger una muda de ropa y te encuentro allí, ¿puede ser?

—Sí.

Nos despedimos con un piquito y él va a atender el aviso. Me paso las manos por la ropa para dejarla lo más presentable posible, pero sé que es en vano. Mi cara me delata. Rezo mentalmente para no cruzarme con nadie.

En cuanto salgo del cuarto me topo con Matthew y Ava. Él intenta aguantar la risa, pero no puede, y Ava le da un codazo.

—Ay —dice.

—Deja de ser inconveniente, Matthew.

—¡Pero si no he dicho nada!

—¿Y hace falta? Esa sonrisita te delata —dice Ava.

—Hola, Matthew, hasta luego, Matthew —digo pasando a su lado—. Ava, cuando tengas un tiempo, ¿me avisas para tomar un café?

—Voy a dejar el bolso en mi despacho y te encuentro en el tuyo —dice y se alejan.

Camino a pasos largos, llego a mi sala y cierro la puerta. Voy al baño y me echo agua en la nuca para recomponerme.

Llaman a la puerta y, en cuanto digo que adelante, entra Ava.

—Entonces, soy toda oídos —dice en cuanto se sienta.

Respiro hondo, intentando organizar los sentimientos y pensamientos confusos que me consumen.

—Richard y yo estamos follando. En realidad, follamos el viernes… varias veces. Desde entonces, cada vez que nos vemos acabamos besándonos. Y hoy lo invité a dormir en mi casa.

—¡Lo sabía, Matt me debe 50 dólares!

—¿Apostasteis a que Richard y yo follamos?

—No, eso ya era obvio que iba a pasar; Matt solo pensó que tardaría más en ceder Richard.

—Sois dos ridículos.

—Mira quién habla —dice cruzándose de brazos, aludiendo a la apuesta que Richard, Patrick y yo hicimos respecto a ella y Matt.

—Aquello fue diferente.

—Eres una caradura, Elizabeth. Ahora deja de marear, quiero los detalles.

—No te voy a dar los detalles de mi polvo con Richard.

—Sí que lo harás… y lo vas a hacer ahora mismo.

—No vas a desistir, ¿verdad? —niega con la cabeza—. El viernes Amy y yo salimos, y yo estaba bailando con un hombre cuando Richard llegó marcando territorio. Ya había perdido la esperanza de que cediera a mis insinuaciones, pero entonces, de la nada, me besó y dijo que me daría lo que yo quería. Y eso fue.

—¿Y fue bueno?

—Como nunca antes… Ava, es como si lo hubieran hecho a medida para mí. Nunca tuve una conexión con alguien como la que tuve con él. Ni con mi exmarido. No sé explicarlo…

—¿Parece un encuentro de almas? ¿Como si hubieras pasado la vida esperando los momentos en que estáis juntos?

Asiento con la cabeza.

—Pero ahí está el tema: no quiero sentir eso, ese encuentro de almas. Quiero sexo, solo sexo. Cuando estoy lejos de él, mis pensamientos empiezan a ir a un lugar que no me gusta, y consigo empujarlos lejos. Pero cuando estamos juntos, es como si todo desapareciera y solo existiéramos nosotros dos en el mundo. Como si estar con él fuera lo correcto, ¿sabes? Y eso me asusta… no quiero dejar que otra persona entre en mi corazón. No puedo, Ava.

—Puedes, Beth, y por encima de todo te mereces una nueva oportunidad de ser feliz.

—No, no soy capaz de amar a alguien de nuevo; me rompieron de muchas formas, Ava. Voy a contarte todo lo que me pasó.

Rememoro cada detalle del peor día de mi vida. Las lágrimas corren por mi rostro mientras revivo cada momento doloroso. Ava me toma la mano con ternura; su expresión rebosa compasión.

Cuando termino, estamos las dos en lágrimas y ella me atrae a un abrazo apretado.

—Dios mío, Beth, no imaginaba que hubieras pasado por todo eso. Lo siento mucho, de verdad.

—Está bien. El dolor por la pérdida de mi hijo es un agujero abierto en mi pecho que sé que me acompañará el resto de mi vida. Pero voy a seguir adelante. Por su memoria. Ahora, ¿podemos cambiar de tema?

—¡Claro! Solo quiero dejar una cosa muy clara: eres mucho más fuerte de lo que crees… yo en tu lugar no sé si habría aguantado —dice y me acaricia la cara—. Ahora dime, ¿cómo van a quedar las cosas entre tú y Richard?

—Bueno… creo que por fin hemos evolucionado nuestra relación; ahora somos amigos con derecho a roce.

—¿Pero vais a ser exclusivos?

¿Lo seremos? Esa es una cosa en la que no había parado a pensar.

—No me lo había planteado… pero creo que acabará saliendo de forma natural. No quiero asustarlo; tardó en ceder, imagina si piensa que quiero controlarlo.

Su busca suena y sale a atender el aviso. Aprovecho y me preparo para las sesiones programadas del día.

—Buenos días, Ashley —entro en la UCI.

—Buenos días —dice sin mirar en mi dirección.

Me acerco a la cama de Caleb, el miembro más nuevo de mi pequeña tropa.

—Buenos días, Caleb. ¿Cómo pasaste la noche? La tía Beth te echaba de menos.

Cada toque durante la sesión está cuidadosamente calculado, y cada estímulo se aplica con suavidad, con el objetivo de proporcionar al bebé el máximo de beneficios.

Termino las atenciones y voy a mi sala. No tengo hambre; opto por un sándwich natural y decido comer sola. Visitar el pasado mientras hablaba con Ava trajo a flote sentimientos que estaban adormecidos, haciéndome estar más introspectiva.

Cuando llega mi hora, preparo mi bolso y salgo en busca de Richard para confirmar si lo de hoy sigue en pie.

Voy en dirección a su despacho cuando lo encuentro hablando con Ashley cerca del ascensor. Pienso en dar media vuelta, antes de que noten mi presencia, pero es tarde, porque Richard me dedica una sonrisa preciosa en cuanto me ve. Ashley mira hacia mí, se despide de él con un beso en la mejilla y él viene adonde estoy.

Mi mente va directa a la conversación con Ava… ¿seremos exclusivos? ¿Richard estará saliendo con otras también?

—Eh, ¿todo bien para hoy? —pregunta, sacándome del sopor.

—Mmm, sí, justo venía a preguntarte eso. Entonces te veo en casa —digo y me doy la vuelta para irme.

Él me sujeta del brazo.

—¿Está todo bien? —pregunta.

—Sí, ¿por qué no lo estaría? —cruzo los brazos.

—No sé, tendrás que decírmelo tú.

—Solo tengo unas ganas locas de llegar a casa y darme un baño, no es nada contigo.

—Vale entonces, ya que lo dices… paso por casa rapidito y te veo en la tuya, ¿vale?

Me da un beso en la comisura y me voy.

Llego a casa, preparo un baño de tina y, cuando estoy a punto de meterme, suena el timbre.

No puede ser que haya tenido tiempo de llegar Richard, pienso.

Me pongo el albornoz y voy a abrir.

—Hola, Liz, ¿estás ocupada?

—Hola, Erick, iba a meterme en el baño, ¿pasó algo?

Sus ojos bajan fugazmente por el albornoz y, por instinto, me lo cierro aún más.

—Mmm, no, iba a preguntarte si te apetecía ver una peli.

—Richard viene a dormir aquí hoy, pero podemos ver algo en la tele hasta que llegue.

—Vale —dice y entra.

—Siéntete como en casa; solo me doy una ducha rápida, ¿vale?

Asiente con la cabeza y voy al baño. Vacío la bañera y decido ducharme, para que Erick no espere mucho.

Su comportamiento fue raro, pero enseguida aparto el pensamiento. Debe de ser cosa mía.

Termino de ducharme y, cuando estoy acabando de vestirme, un olor delicioso invade el cuarto.

—Espero que no te importe; hice una pasta rápida para comer —dice cuando entro en la cocina.

—Te lo voy a agradecer, no me había dado cuenta de que tenía tanta hambre.

Nos servimos y nos sentamos en el sofá, uno al lado del otro.

Él elige una película romántica, y mi pensamiento va directo a Richard. Toda esa historia de la exclusividad vuelve a mi mente, y necesito dejar de pensar en eso. Yo quiero sexo, solo sexo. No me importa lo que Richard haga cuando no está conmigo. *Repítelo cien veces más, y quizá se vuelva verdad.* Cállate; tienes que estar de mi lado.

Terminamos de comer y, para mandar el pensamiento intrusivo bien lejos, cojo nuestros platos y los llevo a la cocina.

Estoy lavando los platos cuando suena el timbre.

—¿Puedes abrir por mí, Erick?

—Claro.

—Hola, Erick, qué sorpresa encontrarte aquí. ¿Está Elizabeth? —oigo la voz de Richard.

—Sí, está en la cocina.

Oigo pasos acercarse y, enseguida, Richard me abraza por detrás.

—Si te digo que ya te echaba de menos, ¿me creerías? —dice y me huele el cuello, haciéndome estremecer.

—Qué meloso… cualquiera pensaría lo contrario.

Me seco las manos y me giro. Le paso los brazos por el cuello y le doy un beso.

Me sienta en la mesa, intensificando aún más nuestro contacto. Mi cuerpo se entrega al momento y me olvido de que no estamos solos en casa.

—Liz, me voy; luego hablamos —grita Erick desde el salón.

—Dios, me olvidé por completo de que estaba aquí.

Intento bajar de la mesa, pero Richard no me deja; segundos después oímos el portazo.

—Ya se fue, y ahora voy a matar el hambre que tengo de ti.

Empieza a quitarme la ropa lentamente: primero la blusa, luego el sujetador, el short y, por último, las bragas. Me tumba, totalmente desnuda, sobre la mesa y me abre las piernas.

Deja un rastro de besos desde el pie hasta lo alto del muslo. Repite con la otra pierna.

—Quisiera poder tatuar esta imagen en mi mente. Eres perfecta, Elizabeth —dice mirándome a los ojos.

Su atención vuelve al centro de mis piernas; lleva las manos a mi coño y lo abre, dejándome totalmente a su merced.

Baja la cabeza y me da una lamida por toda mi intimidad. Da un pequeño mordisco en el clítoris antes de empezar a chuparlo. Le llevo las manos a la cabeza y lo empujo contra mi cuerpo.

Sus ojos siguen pegados a los míos mientras me lleva al cielo con su boca.

Intensifica la succión al mismo tiempo que introduce dos dedos en mi interior. El movimiento sincronizado me deja al borde del abismo y, cuando habla, me entrego al placer.

—Goza en mi boca, mi pequeño desastre.

Le obedezco como la buena chica que soy y me derramo en su boca.

Sube hacia mí y va dejando besos por mi vientre, en dirección a mis pechos. Mientras lame y chupa uno, al otro le presta atención con la mano.

Lo atraigo y ataco su boca.

Cuando estoy cerca de él, es como si me sumergiera en un mar de emociones contradictorias. Con una sola mirada, consigue derribar ladrillo a ladrillo el muro que construí a mi alrededor, y su presencia me roba toda la cordura.

Cuando me entrego en sus brazos, como ahora, siento una sensación de confort y seguridad que no experimentaba hacía mucho tiempo.

Cada mirada, cada toque entre nosotros, parece encender una llama que llevaba mucho tiempo apagada dentro de mí.

Separa nuestras bocas y estamos los dos jadeando, tomados por el placer.

—Vamos al dormitorio —digo con voz ronca.

Me toma en brazos y caminamos hacia la habitación. Al entrar, bajo, sincronizo mi *playlist* con Alexa y camino hacia él.

Le quito la ropa rápidamente y, cuando ya está completamente desnudo, me arrodillo frente a él.

Rodeo la cabeza de su polla con la lengua; luego la paso por la hendidura de su glande y después recorro toda su longitud, mientras le masajeo las pelotas. Echa la cabeza hacia atrás en el momento en que me lo meto en la boca.

La forma en que se entrega al placer que le da mi boca hace que me sienta poderosa.

—Eres una diosa, Elizabeth.

Sus palabras me incentivan y hago un movimiento giratorio con la mano mientras mantengo el ritmo con la boca; cada vez que su polla golpea mi garganta, le oigo gemir.

—La puta que me parió —gruñe.

Sigo chupándosela, y siento la baba escurriéndome por la comisura de los labios. No rompo el contacto visual con Richard y, cuando repara en el desastre en que estoy, me tira del cuerpo hacia arriba y me da un beso salvaje.

Cuando me tumba boca arriba en la cama, empieza a sonar *It Will Rain*[21]. Me cubre con su cuerpo y, antes de que sea imposible parar, recuerdo el preservativo.

—¡Preservativo! Hay preservativos en la mesilla de noche.

Coge varios y los deja sobre la cama, se pone uno y enseguida se coloca sobre mí, entrando de una vez.

Nuestros gemidos van sincronizados. Le araño la espalda mientras sigue con el vaivén. Su polla choca en el fondo de mi vagina, alcanzando el punto que me hace ver estrellas.

No aparto la mirada de la suya ni un solo segundo. Estamos entregados el uno al otro en cuerpo y alma. Cuando empieza a sonar el estribillo de la canción, sus movimientos parecen ir a cámara lenta; lleva una mano a mi cuello y lo rodea, haciendo una ligera presión.

—Estás tan buena… mira cómo tu coño aprieta mi polla.

No consigo articular una frase. Sale de mí y me eleva las piernas, colocándolas sobre sus hombros. Vuelve a entrar de una sola embestida y, por la posición, va aún más hondo.

—Ah, Richard, así… no pares —es todo lo que consigo decir.

—Sería imposible parar ahora.

Richard intensifica los movimientos y cierro los ojos.

—Abre los ojos, Elizabeth; vas a correrte mirándome.

Le obedezco al momento y, en cuestión de segundos, llego al clímax.

—Verte correrte es mi perdición —dice antes de entregarse también al placer.

Me quita las piernas de los hombros y deja caer el cuerpo, pero sin descargar todo el peso sobre mí. Nos quedamos un buen rato en la misma posición, esperando a que nuestras respiraciones vuelvan a la normalidad.

Capítulo 33

Elizabeth Carson

El despertador suena a la hora de siempre, pero, a diferencia de otros días, hoy tengo dos brazos fuertes abrazándome en una cucharita deliciosa.

—Buenos días —dice con voz somnolienta al oído.

Podría acostumbrarme a esto.

Me giro y quedo frente a él. Richard consigue estar guapo hasta cuando se despierta. Recorro su cuerpo con la mirada, totalmente desnudo, y veo que ya está bien animado. Me muerdo el labio inferior, recordando la noche movida que tuvimos.

Definitivamente, podría acostumbrarme a esto.

—Puedo oír tus pensamientos impuros desde aquí, Elizabeth —dice, atrayendo mi cuerpo sobre el suyo.

—¿Y quién dijo que mis pensamientos son impuros?

—Esa carita de golfa te delata.

El despertador vuelve a sonar y salto de la cama, alejándome rápido de la tentación que es este hombre.

—¿Preparas el café mientras me ducho? —pregunto.

—Iba a ofrecerme a ayudarte en la ducha… ya sabes, asegurarme de que todo tu cuerpo queda perfectamente lavado.

Mi interior se contrae al instante. Céntrate, Elizabeth, céntrate.

—Propuesta muy tentadora, pero quedará para después. De verdad vamos a llegar tarde si no nos damos prisa.

Se levanta, se pone los calzoncillos y va a la cocina a preparar el café.

Mientras me ducho, divago pensando cómo sería si bajara mis defensas y me permitiera vivir una nueva relación. Solo la idea trae a flote todos los recuerdos dolorosos de mi pasado, pero también despierta una curiosidad irresistible.

¿Cómo sería si Richard y yo nos abriéramos a algo más? ¿Tendrá él también ese conflicto dentro de sí?

Disperso el pensamiento, porque además de que no estoy dispuesta a eso, sé que Richard también tiene sus propios dilemas, y su mayor reticencia a ceder a mi propuesta fue, en parte, por pensar que yo querría, o merecería, como decía, algo más.



Dos semanas después

En estas dos semanas que pasaron, Richard y yo creamos, sin querer, una rutina. Dormimos juntos todos los días, algunos en mi casa, otros en la suya. Vamos y volvemos del hospital juntos.

Y, por increíble que parezca, este tiempo a su lado solo me hace querer tenerlo cada vez más cerca, y eso me asusta en la misma proporción. No puedo apegarme más. Quizá sea hora de dar un paso atrás.

Decido que hoy me iré a casa sola; estamos entrando en territorio peligroso, necesito frenar antes de que todo se vaya de las manos.

Camino hacia el despacho de Richard cuando recibo un mensaje.

Erick*: ¿Noche de peli y palomitas hoy?*

Beth*: Me apunto. ¿En mi casa o en la tuya?*

Erick*: Puede ser en la mía.*

Beth*: Hecho, hasta más tarde.*

Bloqueo el móvil y, cuando voy a llamar a la puerta, se abre y Richard sale.

—Eh, ¿todo bien? —pregunta.

—Sí, justo te estaba buscando —mi mirada traidora se fija en su boca; cierro los ojos con fuerza, intentando concentrarme en lo que venía a hacer.

—¿Beth? ¿De verdad todo bien?

—Sí; quería avisarte de que hoy me voy sola a casa.

—¿Vale, te encuentro allí entonces?

—No, Richard, hoy quiero estar sola en casa. Bueno, sola no: Erick me invitó a ver una peli.

Cruza los brazos y se queda en silencio un rato.

—Increíble cómo siempre se las arregla para estar cerca de ti, ¿no?

—¿Y por qué no lo haría? Es mi mejor amigo; es natural que quiera pasar tiempo conmigo, sobre todo porque en los últimos días casi no lo vi, estuve siempre contigo. No entiendo adónde quieres llegar con esa insinuación, Richard.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que puede tener sentimientos por ti que van más allá de la amistad?

Me quedo unos segundos sin reacción. No, no va a acusar a Erick de lo mismo que hacía Devon.

—No puedo creer que estés sugiriendo eso. Solo somos amigos, siempre fue así y siempre será. No te admito que vuelvas a decir algo por el estilo, Richard —digo alzando el dedo.

Mi corazón se acelera y un malestar me consume.

—Beth, no estoy afirmando; estoy planteando la posibilidad. Ya me fijé en la forma en que te mi…

—¡Basta, ni se te ocurra terminar esa frase! Estás actuando exactamente como hacía Devon, y no voy a tolerar que levantes ninguna hipótesis sobre ese asunto. ¿He sido clara?

Da un paso atrás, asustado con mi reacción.

—Está bien; solo quería pedirte que estuvieras atenta.

—Es mejor que terminemos esta conversación aquí. Hasta luego, Richard —digo y me doy la vuelta.

Siento la rabia consumir cada célula de mi cuerpo. Adónde vamos a parar: Erick tener algún sentimiento por mí. Richard se está volviendo loco; este tiempo lejos de él va a ser muy bueno, necesito poner la cabeza en su sitio.

Necesito una buena dosis de alcohol, pero como no puedo beber ahora, la cafeína me vale. Voy al despacho de Ava y la llamo para ir juntas a la cafetería.

Cogemos nuestro café y nos sentamos.

—Listo, ya puedes hablar; tu cara delata que hay algo que te molesta.

—No vas a creer lo que hizo Richard: insinuó que Erick puede tener algún sentimiento amoroso por mí, exactamente como hacía Devon.

—¿De la nada?

—Hoy decidí que necesitaba frenar lo nuestro; llevamos dos semanas durmiendo y despertándonos juntos. Fui a avisarle que me iba a casa, pero él entendió que hablaba solo del transporte y dijo que me encontraría allí. Le expliqué que Erick me había invitado a ver una peli y entonces vino con esa historia.

—¿Y sería tan absurda esa idea? ¿La de que Erick te quiera de forma romántica?

—¿También tú, Ava? Somos amigos, solo amigos.

—Beth, no lo estoy afirmando, pero creo que es algo a lo que no cuesta prestar atención, ¿sabes? Matthew también creía absurdo que Emily estuviera enamorada de él, y ya viste cómo acabó…

Es verdad que Matthew no quería ver lo que tenía delante de sus narices, pero lo mío es totalmente distinto. ¿No?

—No… si fuera conmigo me daría cuenta… ¿o no? —pregunto, y Ava se encoge de hombros.

Empiezo a pensar en todo lo que vivimos, y Erick nunca dio ningún indicio de nada.

Pero no cuesta nada estar atenta, como dicen Richard y Ava.

—Vale, prometo que estaré atenta; ahora, ¿podemos cambiar de tema?

—¡Claro! El sábado podríamos ir a Kiay, ¿qué te parece?

—Perfecto.

—Hablo con los chicos entonces —dice.

Ava cuenta cómo van las cosas entre ella, Matthew y Thomas, que al principio no aceptó muy bien al padre, pero ahora están más cercanos.

Intento por todos los medios mantenerme centrada en el tema, pero no lo consigo. Mi mente divaga en la posibilidad de que Richard tenga razón. No quiero ni pensar en la hipótesis de que Erick tenga sentimientos por mí.

Ava va a atender una urgencia y yo sigo a mi sala, dejando la preocupación para después, ya que mis pequeños me necesitan.

En cuanto acaba mi turno, voy a casa, me doy una ducha y salgo hacia el piso de Erick, que abre en menos de dos segundos.

—Dios, qué rápido.

—Te echo muchísimo de menos. Estoy terminando las palomitas; siéntete como en casa —guiña un ojo.

—Voy un momento al baño.

—Ve al de mi cuarto; este está en obras por una filtración.

—Vale.

Al terminar, me lavo las manos y salgo del baño.

Al llegar a la puerta de su cuarto, una foto nuestra en su mesilla llama mi atención. Sonrío al recordar el día de la foto: celebrábamos mi primer año trabajando en el TMC. Me invade la añoranza de mi vida en Texas. No sería justo negarlo: también tuve momentos muy felices allí.

Al apartar el portarretratos de la mesilla, noto que detrás hay un móvil diferente. Dejo la foto a un lado y cojo el aparato, extrañada de que sea precisamente de una marca de la que Erick siempre renegó.

Voy al salón y él ya está acomodado en el sofá.

—Así que escupiste al cielo y te ha caído en la cara, ¿no? Siempre rajando y ahora tienes un móvil justo de esa marca —digo, mostrándoselo.

Se queda pálido y me quita el móvil de las manos enseguida.

—¿Dónde has encontrado esto?

—Estaba mirando una foto nuestra y estaba al lado.

—¿Has trasteado en él? —pregunta nervioso.

—No, y perdóname; no quise invadir tu privacidad.

Parece aliviado y respira hondo antes de hablar.

—El que te pide perdón soy yo, Liz. Es del trabajo, y ya sabes que la información de los pacientes es confidencial.

Esta actitud de Erick es muy rara; nunca tuvimos eso entre nosotros…

—Ven, vamos a ver la peli —me llama.

Decido pensarlo después; puede ser una gran coincidencia, pero también puede no serlo. Estaré atenta, como le dije a Ava que haría.



Hoy por fin es sábado. Desde que llegué a Nueva York, una semana no tardaba tanto en pasar. *Será porque cierto enfermero buenorro no vino por aquí.* Callada.

Richard y yo casi no nos vimos, y eso fue bueno para poner mis sentimientos en su lugar.

Estoy terminando de arreglarme cuando suena el timbre.

Abro y veo que Erick ya está listo. Después del episodio del móvil, le comenté que Ava me había llamado para salir y él preguntó si podía ir. Como vive aquí, quedamos en ir juntos.

—Guau, estás impresionante, Liz —dice, dándome un beso en la mejilla.

—Siéntete como en casa; solo termino el pelo. En cinco minutos ya puedes pedir el Uber.

Se acomoda en el sofá y voy al cuarto a terminar de peinarme.

El vestido de hoy es un tubito blanco, hasta media pierna, de manga larga y cuello alto.

Termino de recogerme el pelo, me miro al espejo por última vez y voy al salón.

—¿Conseguiste coche? —pregunto al entrar.

—Sí, llega en cinco minutos.

—Mejor bajamos entonces.

Salimos de casa y cierro la puerta.

Al llegar a la portería, el coche ya está.

Durante el camino, Erick cuenta cómo le va en el trabajo, y me alegra que le esté gustando vivir aquí.

Ava manda un mensaje diciendo que ya llegó y está en la tercera planta; le respondo que estamos en camino.

Como hoy el tráfico está fluido, no tardamos y llegamos a nuestro destino.

Entramos y voy delante de Erick para guiarlo. Subimos las escaleras y, al entrar, busco a mi amiga. Ella, Matthew y Richard están frente a la barra. Tiro de Erick de la mano y vamos hacia ellos.

—Ey —digo al acercarme.

Los tres se giran hacia nosotros, y la mirada de Richard va directa a mi mano, aún unida a la de Erick. Deshago el contacto y voy a abrazar a Ava.

—Guau, estás de infarto —me dice al oído.

—Mira quién habla.

Saludo a Matt y, cuando me planto frente a Richard, me tira de la cintura y me da un abrazo, acariciándome la nuca y dejándome con las piernas temblorosas.

—Estás perfecta; ese vestido parece hecho a medida —dice.

—Tú tampoco estás nada mal.

—Hola, Richard —dice Erick, acercándose.

Nos separamos y Richard lo saluda.

—¿Vamos a por una bebida? —dice Ava y me arrastra.

Nos plantamos en la barra y Ava pide dos tequilas y cinco cervezas.

—Madre mía, Ava, ¿me quieres emborrachar?

—Esta noche promete, Beth; relájate, suéltate y deja de pensar tanto. Los mejores momentos se hacen por impulso.

El barman nos entrega las bebidas, cogemos la tequila y levanto el vaso para un brindis.

—A los momentos inolvidables —digo.

—A los momentos inolvidables —repite, y nos echamos el chupito.

Cogemos las cervezas y vamos hacia los chicos.

Richard y Matthew están en una conversación animada, mientras que Erick está un poco más atrás.

Le doy una botella a Rich y me junto a mi amigo.

—Salud —choca su botella con la mía.

—Salud.

Los tres se acercan y Richard se queda a mi lado; Ava y Matt, delante.

—Entonces, Erick, ¿te está gustando Nueva York? —pregunta Matthew.

—Sí, tío; sobre todo por poder estar cerca de Liz.

—Mmm, ¿ya tienes novia?

—No, no —dice riendo—. Esta es Liz —me señala.

Veo que Richard pone los ojos en blanco y le doy un codazo.

—Ah, perdón, es que nunca había oído a nadie llamarla así —dice Matt, cortado.

—No pasa nada… y me alegra que no lo hayas oído, ya que es un apodo especial que le puse yo.

—Yo creo que *Betita* le pega mucho más… o, si no, pequeño desastre —este último me lo susurra al oído.

Nuestros ojos se quedan enganchados por incontables minutos.

—Voy al baño, ahora vuelvo —dice Erick y nos saca de la burbuja.

—Podía irse y no volver más —susurra Richard, pero yo lo oigo.

—¡Richard! —lo reprendo.

—Vale, aquí no ha dicho nada nadie —levanta las manos—. Voy a por otra cerveza, ¿alguien más quiere?

Asentimos los tres y va hacia la barra. La música alta llena el ambiente y las luces de colores parpadean frenéticas.

Erick vuelve del baño; me dice algo, pero no lo oigo, porque toda mi atención está en la mujer que se acercó a Richard.

Le dice algo al oído y él sonríe.

¿Quién es esa mujer?

—Sabes, si tu mirada matara, esa mujer ya estaría muerta —dice Ava, y la miro.

—No sé de qué hablas.

Percibo que Erick lo observa todo atento, pero sin decir una palabra.

—Ah, sí lo sabes… y no vas a huir del tema como siempre.

—No tengo por qué pensar nada; Richard y yo somos libres, podemos hacer lo que queramos —me encojo de hombros.

—Entonces, ¿no sois exclusivos? —pregunta Matt.

¿Somos exclusivos? Nunca lo hablamos, así que decido responder sin comprometerme.

—No, él puede estar con quien quiera, igual que yo.

En cuanto termino de hablar, Ava me da un codazo y hace un leve gesto con la cabeza para que me gire; al hacerlo, veo a Richard detrás de mí, con expresión neutra.

—Con permiso —dice Rich y sonríe sin enseñar los dientes.

Richard se dirige hacia la mujer con la que hablaba en la barra y la lleva a la pista de baile. No consigo apartar la mirada de ellos, y Richard parece ni notarme, ya que tiene toda su atención en la mujer de delante. Mantiene las manos en su vientre y se mueven sincronizados con la melodía. Cada movimiento que hacen es como una bofetada que me alcanza. Cuando pasa la nariz por su cuello, mi respiración se vuelve más difícil y siento los ojos humedecerse.

¿Por qué no dije que aún no habíamos hablado de eso? ¿O simplemente esquivé la pregunta?

¿Quiero que lo nuestro sea exclusivo? De pronto me doy cuenta de cuánto me afecta esta situación, y lo único que sé es que no quiero quedarme mirando pasivamente mientras Richard baila con otra.

Decido que ya es suficiente; me tomo de un trago lo que queda y camino hacia ellos.

—Apártate —tiro de la mujer, alejándola de él.

—Eh —la oigo decir y, por el rabillo del ojo, veo que Ava la guía hacia el otro lado del local.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Richard.

—Verte con ella me estaba matando.

—Pero si has sido tú quien dijo que podíamos estar con otras personas.

—Lo sé, ¡vale! Y no debería haber dicho eso sin hablarlo antes.

—¿Qué quieres decir con eso, Elizabeth?

—Quiero decir que quiero que seamos exclusivos —admito.

Sonríe de medio lado y se acerca a mí, sujetando mi cara con las manos.

—Ah, mi pequeño desastre, yo también… desde que nos besamos por primera vez no he tocado a ninguna otra mujer.

Elimino la distancia entre nuestros labios y lo abrazo por el cuello.

Siento el calor de su boca contra la mía, una mezcla de pasión y deseo que parece incendiar todo mi ser. Cada toque, cada movimiento, es una danza envolvente de emociones que nos consume, nos transporta a un lugar donde solo existimos los dos.

Me entrego por completo al momento y al hombre que me completa de una forma que jamás imaginé posible.

Capítulo 34

Richard Moore

Atraigo su cuerpo contra el mío, profundizando aún más nuestro beso.

Siento la suavidad de sus labios sobre los míos; su perfume dulce envuelve mis sentidos y, por un momento, lo único que percibo es la intensidad de nuestro deseo mutuo. El calor de su rostro llena mis manos, como si quisieran fundirse con su piel suave, mientras nuestros cuerpos se acercan en una danza íntima y apasionante.

Cada segundo parece una eternidad y me pierdo por completo en el momento, rendido al deseo abrumador que compartimos.

Oímos un carraspeo y nos separamos.

—Pensé que querríais otra cerveza —dice Erick y nos tiende las bebidas.

—Ah, ¡claro! Gracias —dice ella.

¿En serio interrumpió nuestro beso para darnos una cerveza? Si quisiera una, habría ido yo mismo a la barra. Capullo. Cada vez más mi sexto sentido me dice que este tío no es trigo limpio.

—Gracias —es todo lo que digo.

No voy a buscarme un problema con Elizabeth por culpa de este baboso.

Volvemos adonde están Matt y Ava, y seguimos la noche conversando.

Mientras observo a Erick interactuar con Beth, una sensación incómoda se instala dentro de mí. Sus palabras, sus gestos… todo parece llevar un significado oculto, un mensaje implícito que no puedo ignorar.

Es como si hubiese algo que intenta disimular a cada momento, pero se revela en pequeños detalles. No puedo evitar sentir una punzada de celos al ver la forma en que la mira, como si fuera algo más que una amiga. Quizá sea solo paranoia por mi parte, pero no consigo obviar esta sensación de que Erick no es quien dice ser.

Empieza a sonar una canción latina y Beth arrastra a Ava a la pista; Matt dice que va al baño y yo me quedo con Erick, observando a las chicas.

—Sabes, Richard, Liz pasó por muchas cosas pese a ser joven.

Mi atención se vuelve hacia él, que me mira con su típica expresión neutra.

—Lo sé, Erick; Elizabeth me contó todo lo que hizo Devon.

Mis palabras lo pillan por sorpresa; creo que no esperaba que mi relación con Beth fuera tan profunda como para que me confiara su mayor dolor.

—Entonces espero que te lo pienses dos veces antes de cualquier cosa. Esta vez no voy a permitir que la hieran.

—Puedes estar tranquilo conmigo, Erick. Jamás la haría daño, y soy capaz de matar a quien se atreva a hacerla sufrir de nuevo —lo miro fijamente a los ojos.

—Estaré cerca para asegurarme de ello.

Cruzo los brazos y encaro al canijo baboso. ¿Está creyendo que puede meterme miedo, o qué?

—¿Todo bien por aquí? —dice Beth al acercarse.

—Todo maravillosamente bien, Liz. Estaba hablando con Richard de lo bien que me ha recibido Nueva York.

Qué tontaina. Esto solo me deja aún más con la mosca detrás de la oreja. Él dice que me tendrá vigilado, pero yo soy quien no le va a quitar los ojos de encima. Sé que esconde algo y no voy a descansar hasta descubrirlo.

Beth se acerca y me da un piquito.

—¿Seguro que todo bien? —pregunta.

Llevo una mano a su rostro y le hago una caricia.

—Sí, todo bien.

Es extraño cómo Elizabeth consigue tocarme de un modo que nunca imaginé posible. Despierta algo en mí que no sabía que existía. Sus ojos, su sonrisa, su forma de ser… todo en ella parece iluminar mi mundo de un modo único.

Yo, que siempre fui reacio a relaciones, me sorprendo imaginando cómo sería permitirme vivir algo más con Beth.

—¿Vamos todos a la pista? —pregunta Ava.

—Vamos —dice Matt.

Caminamos los cinco hacia la pista y, a medida que suenan las canciones, veo que Beth reparte su atención entre Erick y yo, ya que él está sin compañía.

Ya no sé cuántas cervezas llevamos, Ava y Matt han desaparecido y, cuando Erick va al baño, tiro de Beth hacia mí y pego la boca a su oído.

—No aguanto más estar cerca de ti y no tocarte entera.

Ella se vuelve hacia mí.

—Tócame —susurra.

Antes de que el tontaina vuelva, la cojo de la mano y voy a la escalera de emergencia, pero en cuanto pasamos veo el motivo de la desaparición de Ava y Matthew. Están liándose en un rincón.

—¡Ay, por Dios, Richard! ¿No te basta con el hospital? ¿También aquí vas a cortar el rollo? —protesta Matthew.

—¿Sabes que estás en un lugar público, verdad?

—Lárgate, Richard.

—Ven —Beth me tira de la mano.

Me guía hasta el baño y cierra con llave en cuanto entramos.

—Te eché de menos —dice antes de besarme.

Aplasto su cuerpo contra la puerta y le devuelvo el beso. Bajo la mano por su espalda y le subo el vestido, encontrándome con la muy golfa sin bragas.

—Elizabeth, dime que no has estado todo este tiempo sin nada debajo.

—No se pueden llevar bragas con este vestido —se encoge de hombros.

Solo imaginar que iba sin bragas en medio de los buitres, o peor, que vino en coche con ese baboso, me pone de una mala hostia…

Le doy una palmada en el culo y le doy la vuelta. Le arremango el vestido a la cintura y le separo las piernas. La muy zorra arquea el trasero y yo me abro la bragueta a toda prisa.

—Hoy vas a dormir en mi casa, y voy a enseñarte que mujer mía no sale sin bragas, sobre todo si se sube al coche de un hombre que no soy yo.

¿Mujer mía? Lo dice mi subconsciente y enseguida lo empujo lejos; no quiero pensar en eso ahora. Las palabras salieron y me di cuenta después.

Al pasar el dedo por su coño, noto que está tan lista para mí como yo para ella. Me pongo el condón rápidamente y entro entero en ella, de una sola vez.

Gemimos al mismo tiempo.

Le sujeto del pelo y sigo con el vaivén fuerte, entrando y saliendo de ella.

Beth se retuerce y grita de placer.

—Ahora voy a ir rápido, pero prepárate para cuando lleguemos a mi casa.

—¿Eso debería darme miedo? —dice justo cuando echa el cuerpo hacia atrás, haciendo que yo vaya más hondo dentro de ella.

—Estás jodidísima, Elizabeth.

Siento que estoy a punto de correrme; llevo un dedo a su clítoris. Con el movimiento no tarda en entregarse, haciéndome correrme poco después.

Tiro el condón, nos limpiamos y, cuando salimos del baño, un Erick furioso nos espera fuera.

—¿Sois conscientes de que estáis en un lugar público?

—Erick, ¿qué es esto?

—Me sorprende de ti, Elizabeth, sometiéndote a esto, a un polvo rápido en el baño de una discoteca —da un paso hacia ella.

Ella se bloquea; desde luego no esperaba esa reacción. La tiro hacia atrás, colocándola detrás de mí, y lo encaro.

—¿Quién te crees que eres para hablarle así?

—Te lo estás creyendo mucho; yo, si fuera tú, bajaría los humos.

—¿Ah, sí? ¿Y quién me va a hacer bajarlos? ¿Tú? ¿Con esa pinta de Smilingüido?

—¿Smilin qué?

Lo agarro por el cuello de la camisa y acerco mi cara a la suya.

—Si te atreves a hablarle así a Elizabeth, la charla no va a ser tan amistosa como ahora.

Beth toca mi mano y suelto al abusón.

—Erick, voy a pasar por alto lo que has dicho porque sé que has bebido bastante, pero luego hablaremos —se coloca entre nosotros.

—Ya se me hizo tarde, nos vemos —se va.

La giro hacia mí y le sujeto el rostro.

—No hagas caso a nada de lo que dijo; ten presente solo lo que hablamos, ¿vale?

Asiente y le doy un beso suave.

—¿Nos vamos también? —pregunto.

—Vamos.

Encontramos a Ava y Matt en la barra, nos despedimos y pido el Uber, que no tarda en llegar.

El trayecto transcurre en silencio; Beth apoya la cabeza en mi hombro, inmersa en sus propios pensamientos, mientras yo le acaricio el brazo.

Llegamos al edificio y seguimos en silencio.

—Voy a preparar un baño en la bañera para nosotros.

—No sé si ya estoy con ánimo, Rich, lo siento —mantiene los ojos fijos en el suelo.

Con un gesto leve le levanto la barbilla para que me mire a los ojos.

—No hablo de sexo, Beth; es solo un baño para relajarnos. Antes que nada somos amigos, ¿no? —asiente—. El que está aquí ahora es solo tu amigo, sin la parte del sexo.

—Gracias… por todo —me acaricia la cara.

Pongo el agua bien caliente, como le gusta a Beth. En cuanto llega al nivel, la apago y echo sales de lavanda, que compré después de ver un tarro en su casa.

Cuando todo está listo, la llamo. Se acerca y yo entro en la bañera. Le doy la mano para ayudarla a meterse en el agua. Me acomodo y sus espaldas encuentran mi pecho. La abrazo con ternura, transmitiéndole una sensación de seguridad.

Apoya la cabeza en mi hombro y cierra los ojos. Le acaricio los brazos y siento cómo se va relajando.

—Has sido lo mejor que me ha pasado en la vida, Richard —susurra.

Aquí, con ella entre mis brazos, me sorprendo pensando en todas mis convicciones. ¿Seré capaz de abrirme para vivir un romance con Beth? ¿Podré superar el miedo del pasado y entregarme a este sentimiento que crece cada día más dentro de mí?

Dudas me asaltan, pero a la vez siento unas ganas inmensas de descubrirlo. Quizá Elizabeth sea la persona que por fin rompa las barreras que construí a mi alrededor. Quizá, solo quizá, esté listo para arriesgarlo todo por ella.

Capítulo 35

Elizabeth Carson

Me despierto con un rico olor a café perfumando el ambiente. Me estiro y abro los ojos, viendo a Richard sentado al borde de la cama.

—Buenos días, Bella Durmiente —se acerca y me da un piquito.

—Buenos días.

Se levanta y coge una bandeja que estaba en el sillón y yo no había visto. Hay un sándwich mixto, un trozo de tarta, una taza de café y un vaso de zumo que supongo que es de naranja.

—No sabía qué te iba a apetecer; te he traído un poco de todo —se encoge de hombros.

Me quedo sin palabras. Nunca me habían tratado con tanto esmero, tanto cariño, tanto… amor. Sigo mirando al hombre que, aun sin querer, consigue derribar ladrillo a ladrillo el muro que levanté a mi alrededor, cuando hace además de retirar la bandeja de mi regazo.

—¿No te gustó? ¿Quieres otra cosa?

—No, está todo perfecto… gracias, Rich —pongo mi mano sobre la suya.

Nos quedamos inmersos, uno en la mirada del otro, hasta que el ruido de mi móvil nos saca del trance.

—¿Puedes pasármelo?

—Claro.

Me pasa el móvil y veo que hay más de diez llamadas perdidas de Erick.

—¿Sí?

—Liz, gracias a Dios… ¿estás en casa?

—No.

Se queda en silencio unos segundos antes de responder.

—Necesito hablar contigo en persona, ¿comemos juntos?

—Sí, nos vemos en mi casa en una hora.

—Vale.

Cuando estoy a punto de colgar, le oigo llamarme.

—Liz… perdóname por lo de ayer.

—Luego hablamos.

Cuelgo y repaso en mi cabeza todo lo que pasó anoche. Erick nunca me había hablado como lo hizo.

—¿Todo bien? —pregunta Richard, sentándose a mi lado en la cama.

Respiro hondo.

—Sí… Erick quiere comer conmigo para hablar.

—¿Quieres que vaya contigo?

Pongo la mano sobre la suya y la aprieto.

—No hace falta, Rich; a pesar de lo de ayer, confío en Erick.

—No sé si me voy a quedar tranquilo sabiendo que estarás sola con él… estaba muy agresivo ayer.

—Te pones tan mono cuando te preocupas…

—¿Mono, Elizabeth?

—Sí… una monada —le pellizco la mejilla.

Se levanta, quita la bandeja y la deja de nuevo en el sillón. Viene hacia mí con cara de que sería capaz de devorarme y, cielos, cómo quiero eso…

—Te voy a enseñar lo de "mono" —dice antes de atacar mi boca.



—¿Seguro que no quieres que vaya contigo? —pregunta mientras termino de arreglarme.

Después de hacer que me corriera dos veces en la cama, rematamos en el baño. Está tumbado, solo con la sábana cubriéndole el cuerpo, y Dios sabe la fuerza que estoy haciendo para irme.

Termino de apañarme y voy hacia él para despedirme.

—Prometo que estaré bien; hablamos de Erick.

Me inclino para darle un beso y él tira de mí, haciéndome caer sobre su cuerpo.

—¡Richard! —grito por el susto—. De verdad tengo que irme.

—¿De veras me vas a dejar tirado, a la deriva, solo, en un domingo lluvioso?

—Sin chantajes —me levanto—. ¿Hablamos luego?

Asiente y salgo, pidiendo un Uber al cerrar la puerta de su piso.

Aprovecho el trayecto para echar un vistazo a mis redes, y solo noto que llegamos a mi destino cuando el conductor me avisa.

Doy las gracias, me despido y bajo.

En cuanto paso por la portería, miro al otro lado de la calle y veo a Devon mirándome fijamente; aunque nos separa la distancia, consigo sentir su rabia dirigida a mí.

—¿Está todo bien? —me pregunta una señora mayor al acercarse.

—S–sí, sí.

Vuelvo a mirar en la dirección en que estaba, pero Devon ya ha desaparecido.

Subo rápido y echo dos vueltas a la llave en cuanto entro en casa.

Con las manos temblorosas, cojo el móvil y llamo a Josh.

—Hola, hermana.

—Josh… ¡estaba frente a mi edificio, Josh!

—Beth, escúchame con atención. Vas a poner una denuncia contra él ahí; ya no es la primera vez que se salta la orden de alejamiento. Y en Nueva York no tiene a los jueces en el bolsillo como aquí.

—Tengo tanto miedo, Josh…

—Mañana voy para allá, ¿vale? No estás sola, Beth.

—Vale.

—Organizo todo hoy para poder pasar la semana contigo, y el viernes volvemos juntos para pasar el fin de semana con mamá, ¿qué te parece?

—Vale. Gracias, hermano… te quiero.

—Yo también.

Llaman al timbre justo cuando cuelgo. Me tenso; ¿habrá conseguido Devon entrar en el edificio?

Me acerco despacio a la puerta y, por la mirilla, veo que es Erick. Respiro aliviada. Después de ver a mi maldito ex, me olvidé

por completo de que había quedado con él.

Abro la puerta, lo cojo de la mano y la cierro rápido.

—Hola, ¿estás bien?

—No.

—¿Qué pasó, Liz?

—Devon estaba al otro lado de la calle; acababa de entrar cuando lo vi parado, mirándome. Fue aterrador, Erick.

—Hijo de puta —suelta Erick—. Liz, no voy a dejar que ese desgraciado vuelva a acercarse a ti, ¿me oyes? —me toma la cara entre las manos.

Asiento y una lágrima me rueda por la mejilla.

—Ponte algo cómodo mientras preparo algo para comer, ¿vale?

Asiento con la cabeza y voy a mi cuarto.

Es increíble cuánto sigue consiguiendo desestabilizarme Devon. Creo que solo tendré paz el día en que uno de los dos muera.

Cojo mi pijama más gastado y me lo pongo. Pienso en las palabras de Josh y mañana temprano iré a la comisaría a poner la denuncia contra Devon.

Salgo del cuarto y me llega el olor de la comida; el estómago me ruge al instante.

—¡Qué bien huele! —digo al entrar en la cocina.

Erick se vuelve hacia mí y sonríe.

—Espero que te guste.

Nos servimos y nos sentamos uno frente al otro.

—Liz, perdóname por lo de ayer; no sé qué me pasó para actuar de esa forma. No sé si fue el estrés del trabajo nuevo, pero no tendría que haberlo pagado contigo —rompe el silencio.

—Está bien; sé cómo un cambio afecta al humor. Solo no admito que vuelva a pasar, Erick. Te amo, eres mi amigo, pero no voy a tolerar que ningún hombre me hable así… ya me bastó todo lo que pasé con Devon.

—Lo sé, y me culpo a cada segundo. Te prometo que nunca más sucederá.

Le sonrío y seguimos comiendo.

Erick cuenta más de su trabajo, en una clínica especializada en rehabilitación posraumática.

Cuando terminamos, vamos al sofá y elegimos una película. Este es el Erick que conozco y con el que convivo hace tanto… su versión de ayer me sorprendió y me dejó en alerta.

¿Habrá sido una situación puntual? Hago una nota mental para comentar lo ocurrido con Josh.

—Liz, estaba pensando: ¿qué tal una ruta de senderismo el finde que viene? —me devuelve a la realidad.

—Mmm, el finde que viene no puedo; me voy a Texas con Josh. Pero el otro sería perfecto. Me hace falta; hace tanto que no hago…

Eso fue otra cosa que Devon me robó. Siempre amé el contacto con la naturaleza, hacía muchas rutas; llegué a hacer escalada una vez, pero él decía que era una pérdida de tiempo y, como siempre había hombres en el grupo, ya imagináis el motivo por el que dejé de ir.

—Hecho. Voy a buscar y durante la semana hablamos.



La semana pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Josh llegó el lunes por la mañana y fuimos directos a poner la denuncia contra Devon. Hablando de él: no lo volví a ver, y eso, al mismo tiempo que es un alivio, es una tortura.

No saber lo que tiene en mente parece chuparme toda la energía. Vivo con miedo de cruzármelo en cualquier sitio.

Josh, Richard y Erick se turnaron y no me dejaron sola ni un minuto en estos días. Richard durmió todas las noches en mi casa y estamos más unidos que nunca.

Ahora Josh y yo estamos aterrizando en Texas. Erick no consiguió permiso y no pudo venir con nosotros. No hace falta decir quién se alegró con esa noticia, ¿verdad? A Richard solo le faltó tirar fuegos artificiales. Ya no consigue disimular su tirria por él.

Después de lo ocurrido el sábado pasado, Erick volvió a ser el de siempre, lo que me dejó aliviada. He mantenido los ojos bien abiertos, como le dije a Ava que haría, pero mi amigo se mostró el mismo de siempre. Debió de ser el estrés del trabajo y acabó pagándolo conmigo.

Aterrizamos y vamos a casa de doña Lilly, que sin duda nos recibirá con un banquete.

Cuando aparcamos, me fijo en un coche estacionado más adelante que me resulta familiar.

Josh abre la puerta y oigo voces que vienen de la cocina. Dejo el bolso en el sofá y voy hacia el sonido.

—Christopher, los chicos ya deben de estar llegando, ¡contrólate! —oigo la voz de mi madre.

¿Christopher? Busco mentalmente si conozco a alguien con ese nombre, pero la única persona que me viene a la cabeza es el…

—¿Dr. Christopher? ¿Qué hace aquí? —dice Josh, completando mi pensamiento.

Chris es el traumatólogo del TMC y tiene tres años más que Josh.

Cuando nos ve, mi madre palidece y entonces entiendo todo lo que está pasando; no logro contener la carcajada.

—Doña Lilly, en cuanto Josh sale, tú a hacer de las tuyas, ¿eh? —chasqueo la lengua—. Qué cosa fea —bromeo, cruzándome de brazos.

—B–Beth, no es nada de lo que estás pensando.

—Lilly, deberí…

—Shh, Chris, deja que yo me encargue —lo interrumpe.

—Mamá —la llama Josh.

—Hijo, déj…

—Mamá —no la deja terminar—. Aquí no hay ningún niño. Todo lo que Beth y yo siempre quisimos es que fueras feliz.

Se le llenan los ojos de lágrimas, y noto que Christopher sonríe con las palabras de mi hermano.

—Tú… si le haces daño a mi madre, voy a tener que darte una paliza. Y no queremos eso, ¿verdad? —dice Josh, señalándolo.

—Josh Carson, aquí nadie le va a pegar a nadie.

—Solo una cosa más —dice Josh, mirando al hombre—. No esperes que te llame papá.

Reímos y nos sentamos a comer.

—Entonces, tú y Richard, ¿cómo estáis? —pregunta mi madre.

Miro enseguida a Josh, que aparta la mirada.

—¡Bocazas! Josh, no puedes guardar la lengua, ¿no? Impresionante…

—No intentes escaquearte, jovencita; quiero saberlo todo…

Pongo los ojos en blanco, pero enseguida sonrío. Me siento cada día más feliz cuando él está cerca, y llevo pensando cómo sería si lo nuestro se hiciera más serio. Y, por increíble que parezca,

pensarlo ya no me da miedo… el temor solo viene de imaginar perderlo.

—Estamos bien; somos amigos.

—Ajá, sí, amigos como Chris y yo —dice doña Lilly, con una sonrisa burlona.

—Ya que tocamos el tema, ¿cómo empezó eso? —les apunto con el tenedor.

Cuenta que se acercaron después de visitar a una amiga que se había operado la rodilla con Chris. Ella se resistió al principio por la diferencia de edad, pero Christopher no se rindió tan fácil.

Los miro a los dos y se les ve tan felices y conectados. No podría estar más feliz por mi madre. Se merece seguir con su vida.

Mi móvil vibra anunciando un mensaje. Es de un número desconocido y me tiembla todo solo de pensar que pueda ser Devon. Respiro hondo y junto valor para abrirlo.

La imagen se carga rápido y se me revuelve el estómago. Es una foto de Richard, en el *Uptown* con Ashley, y parece que se están besando.

Siento una ola de decepción y tristeza inundarme, dejándome un regusto amargo.

Habíamos acordado ser exclusivos. Él mismo insistió en que, desde que me besó por primera vez, no había tocado a ninguna otra mujer.

Y ahora, mirando esta imagen, todo parece una mentira. Cierro los ojos un instante, intentando ordenar pensamientos y emociones, pero el dolor me ahoga.

Oigo a alguien llamarme de fondo, pero no hago caso. Me levanto de la mesa y voy hacia mi cuarto.

Me había prometido que nunca más me abriría a una relación después del desastre que fue mi matrimonio con Devon. Y aquí

estoy, sufriendo otra vez.

¡Tonta, Elizabeth, qué tonta eres! ¿Por qué confiar de nuevo, si siempre acabas herida?

De verdad pensé que con Richard sería distinto. Había algo especial en él, algo que me hizo creer que valía la pena intentarlo otra vez.

Me encierro en el cuarto y me encojo en posición fetal mientras todos los momentos con Richard me pasan por la cabeza como una película.



Estoy volviendo a casa.

El viernes, después de encerrarme en el cuarto, solo desperté al día siguiente, con Josh casi tirando la puerta de tanto golpear. No conté qué había pasado, pero enseguida se imaginó que tenía que ver con Richard.

El sábado pasó como si fuera mera espectadora de mi propia vida. Era como si no estuviera allí. La gente me hablaba y yo actuaba en automático. Como entumecida.

Todo el avance que estaba haciendo dentro de mí para poder abrirme se fue por el desagüe. ¿Será una señal de que debo mantenerme firme en la decisión de no involucrarme con nadie?

—Hemos llegado, señora —dice el conductor del Uber, y vuelvo en mí.

Le doy las gracias y bajo del coche.

Ya tengo plan para este domingo nublado: regodearme en mi bajón mientras veo una comedia romántica comiendo chocolate.

Paso por la portería y, mientras espero el ascensor, me miro en el espejo y veo lo hecha polvo que estoy. Las ojeras delatan el mal dormir y mi pelo acusa que desde ayer no ve un peine.

El sonido del ascensor me saca del ensimismamiento y, cuando se abre la puerta, me maldigo por haber elegido precisamente el mismo edificio que Amy para vivir.

—¡Beth! ¡Pensé que llegarías más tarde! ¿Por qué no me avisaste que adelantaste el vuelo? ¡Te habría ido a buscar! —dice Richard.

Viene hacia mí para darme un beso, pero vuelvo la cara.

—Cambio de planes; ahora, si me disculpas, tengo que subir — intento pasar a su lado, pero obviamente no me va a dejar en paz así como así.

—Eh, ¿qué ha pasado? —dice, entrando de nuevo en el ascensor.

Decido permanecer en silencio, a ver si así entiende que no quiero hablar.

—Elizabeth, te estoy hablando.

Me doy la vuelta y le doy la espalda. Infantil, lo sé, pero basta con mirarlo para que la foto vuelva a mi mente.

Paramos en mi planta y salgo deprisa, con la ilusión de que me deje tranquila, pero, claro, no pasa.

—¿Vas a ignorarme? ¿Eso es? Te fuiste y todo estaba bien; dos días después vuelves y ni quieres mirarme.

Sigo buscando la llave en el bolso como si él no estuviera ahí y agradezco al cielo encontrarla sin tardar. Abro la puerta y él entra detrás de mí.

—No te he invitado a pasar; por favor, sal —señalo la puerta.

—No, hasta que me digas qué está pasando.

El caradura se sienta en mi sofá y pone su típica cara de tontaina.

—Vale, ¿quieres hablar? Vamos a hablar. ¿Qué hiciste el viernes? —me planto delante de él.

—Fui con Matt al *Uptown*, como te dije.

—¿Solo? ¿No fue nadie más?

—La gente del hospital estaba también, pero no entiendo adónde quieres llegar, Elizabeth. ¡Di de una vez qué ha pasado!

Cojo el móvil, abro la foto y se la lanzo.

—Esto ha pasado, Richard.

Capítulo 36

Richard Moore

Tengo el reflejo de coger el móvil en cuanto Elizabeth me lo lanza y miro la imagen que hay en él.

Enseguida veo que se trata de mí y de una mujer, a la que no tardo en reconocer: es Ashley.

De verdad hablamos el viernes y no pasó de eso, pero por el ángulo en que tomaron la foto parece que nos estamos besando.

—Ashley también fue al bar y hablamos, no hicimos nada más —le devuelvo el aparato.

—Estoy viendo bien el tipo de conversación que tuvisteis.

—Elizabeth, acordamos ser exclusivos, y lo estoy cumpliendo. Te dije que no tenía ganas de estar con otra mujer, y de verdad no las tengo.

—Creo que esta foto vale más que mil palabras —dice, cruzándose de brazos.

¿En serio no va a creerme? *Yo solo lo creo porque estuve allí y sé todo lo que pasó.* Cállate.

—¿Mi palabra no vale nada para ti?

—Richard, no voy a discutir contigo lo indiscutible.

Su desconfianza me hiere profundamente, más de lo que esperaba.

—Elizabeth, entiendo que te cueste confiar. Pero estoy aquí y te estoy diciendo la verdad. Si no puedes creerme, entonces quizá no haya esperanza para nosotros.

—En eso sí tengo que estar de acuerdo contigo: no hay esperanza para nosotros.

Sus palabras son como dagas que me perforan el pecho. Si no consigue confiar en mí, ¿cómo vamos a construir algo juntos?

Derribé todas mis barreras e inseguridades por ella. Estaba dispuesto a darle el mundo, pero ahora veo que solo yo me entregué por completo. Jamás desconfiaría de ella si fuera al revés.

Respiro hondo y decido abrirme para que entienda por qué nunca me he relacionado con nadie. Si mantiene su decisión después de saberlo todo, realmente no habrá esperanza para nosotros.

—Sabes que siempre me mantuve cerrado a las relaciones, pero nunca te conté el por qué. Mi padre era un hombre machista y agresivo. Descargaba sus frustraciones en la bebida y, a veces, en mi madre. Ella era emocionalmente dependiente de él, hasta el punto de no imaginarse un mundo sin él. Cuando murió, yo tenía 16 años. Tres meses después, mi madre se suicidó. Nos dejó a mí y a Amy a nuestra suerte. Mi hermana tenía apenas 7 años.

Hago una pequeña pausa para respirar.

—Tuve que multiplicarme para estudiar y cuidarla. Me juré que nunca me involucraría con nadie. Nunca quise tener la mínima posibilidad de pasar por lo que ellos pasaron. Decidí que Amy sería la única mujer de mi vida. Fue difícil, Beth, solo yo sé lo que pasé.

Se le humedecen los ojos y continúo:

—Pero conocerte… tambaleó todas mis convicciones. Siento algo por ti, algo que me asusta. Porque me hace querer romper la promesa que me hice. Porque ya no consigo imaginar que no sea yo el destinatario de tus sonrisas. Entraste en mi vida de puntillas y fuiste conquistando cada parte de mí. Estoy siendo honesto contigo:

no besé a Ashley, ni a ninguna otra mujer. Estoy dispuesto a todo para tenerte a mi lado, pero no voy a tolerar que desconfíes de mí. ¿Eres capaz de creer lo que te digo?

Se queda en silencio mirándome hasta que mueve lentamente la cabeza, negando.

—Lo siento mucho, mucho, por lo que pasaste, Richard. Pero respecto a nosotros, mi decisión está tomada.

Asiento, sintiendo que todo a mi alrededor se desmorona, y voy hacia la puerta.

—Eres demasiado importante para mí como para hacer algo así. Espero que algún día te des cuenta. Si necesitas algo, sabes dónde encontrarme; voy a seguir a tu lado para que Devon no se acerque a ti.

—No es necesario, Erick puede ayudarme.

—Eso no está abierto a discusión, Elizabeth. Hasta mañana.

Salgo del piso y voy al ascensor.

Camino por las calles sintiendo la brisa fría golpearme la cara, pero no es suficiente para calmar la tormenta que tengo dentro. Estoy casi llegando a casa, pero siento que dejé mi corazón con Elizabeth.

Decido dejar de torturarme y aceptar su elección. A partir de hoy, volveremos a ser solo amigos. Y que Dios me ayude, porque sé que los sentimientos que tengo por esa mujer no van a desaparecer de la noche a la mañana. Voy a necesitar más que nunca ser fuerte.



Hoy se cumplen cuatro días desde que Elizabeth y yo terminamos. *Terminamos lo que ni empezamos, dicho sea de paso.*

La voz de mi subconsciente me lo recuerda bien: terminamos lo que ni llegamos a empezar, algo que creí que podía funcionar, pero por lo visto estaba completamente equivocado.

Seguí llevándola y trayéndola del hospital para que no fuera ni volviera sola. Solo Dios sabe lo fuerte que tuve que ser cada vez que se subía a mi coche y su perfume lo inundaba todo.

Mis ganas eran tomar su boca y hacerla creerme a la fuerza, pero lógicamente no lo hice.

Estoy terminando de recoger mis cosas para encontrarme con Elizabeth en su sala cuando suena mi móvil. Veo en la pantalla que es un número desconocido.

—¿Sí?

—¿Richard? —me llama una voz que no reconozco.

—Sí, ¿quién habla?

—Quiero que me escuches hasta el final antes de colgar… Soy Liam, el que te…

—¿No te parece de una jeta tremenda llamarme? —lo interrumpo.

—Escúch…

—No hay nada que me haga escuchar esa voz babosa tuya, que te vaya bien.

—Es sobre Elizabeth —alcanza a decir antes de que cuelgue.

—¿Y por qué tendrías algo que decirme sobre Elizabeth?

Esto solo puede ser alguna artimaña de ese cretino.

—¿Podemos vernos hoy en el Uptown?

Respiro hondo mientras decido si oigo o no lo que tenga que decir. Hoy es jueves, que es casi viernes, día de afterwork; y si no tiene nada relevante, me tomo una jarra de cerveza… falta me hace.

—¿A qué hora?

—Cuando llegues me avisas; estaré esperándote —dice y cuelga.

Vaya gilipollas baboso.

Salgo a buscar a Elizabeth y, cuando estoy llegando a su sala, Ashley me intercepta. No había hablado con ella desde la semana pasada, y aunque ya no tenga nada con Beth, pensar que pueda vernos y entenderlo todo mal me incomoda.

—Rich, tengo que hablar contigo —susurra.

—Ashley, ahora de verdad no puedo —miro por si Beth está cerca.

—Richard, lo que tengo que decir es muy importante.

En ese momento veo que Beth sale de la sala y me busca con la mirada.

—Ashley, mañana sin falta hablamos cuando llegue, ¿vale? —digo ya alejándome.

Sea lo que sea, estoy seguro de que puede esperar hasta mañana.

—¿Vamos?

—Vamos.

Caminamos en silencio hacia el aparcamiento y yo no dejo de pensar en qué tendrá que decirme Liam sobre Beth… ¿será que se enamoró de ella y por eso dejó a Amy?

No, apenas convivieron.

Paro el coche rápidamente y Beth se quita el cinturón.

Se gira hacia mí y me dedica una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Gracias, Richard… por todo.

—No tienes nada que agradecer, Beth. Éramos amigos antes que nada, y lo seguiremos siendo mientras viva… no creas que te

vas a librar de mí tan fácilmente, *Betita*.

Pone los ojos en blanco y me da un golpecito en el hombro.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, mi pequeño desastre —digo, aun sabiendo que ya no me oye.

La espero entrar al edificio y, en cuanto me hace el último gesto antes de entrar, pongo rumbo al Uptown.

Aparco y saco el móvil en cuanto bajo.

—¿Liam?

—Estoy en la última mesa del rincón derecho —dice y cuelga.

Entro en el bar y voy hacia él, y cuando lo miro me dan ganas de dar media vuelta e irme a casa solo de recordar todo lo que hizo sufrir a Amy.

—Listo, aquí estoy. ¿Qué tienes que decirme? —me siento frente a él.

—Voy a ser muy directo, te pido que me escuches con atención hasta el final —mira a los lados y acerca la cara a la mía—. Soy exagente de la CIA; hace unos años decidí desligarme y trabajar por cuenta propia como investigador privado.

¿Pero qué coño es esto?

—Hace unos meses me contrató una familia muy poderosa a la que una red especializada en trata de personas le había raptado a su hija. A medida que fui avanzando en la investigación, llegué al nombre de uno de los cabecillas. Creo que ya lo habrás oído: Devon Baumer.

Creo que se me van a salir los ojos de las órbitas. Estoy atrapado en un universo paralelo, porque solo eso explica que el ex de mi hermana venga a decirme que el ex de mi casi-futura ex está ligado a una red de trata de personas.

También puede que esté dormido… o tan borracho que todo no sea más que una ilusión de mi mente.

Me acerco a su cara y le doy un golpecito con los dedos en la frente.

—¿Pero qué mierda ha sido eso, Richard? —me empuja.

Siento su toque. Es todo real, está pasando de verdad. Creo que estoy en shock, porque no consigo articular una frase.

Dios, el peligro que corrieron Elizabeth, Lilly y Josh estando cerca de ese hijo de p…

—¡Richard, no es momento de desquiciarte! —Liam me sacude por los hombros y me da una bofetada.

Hasta aquí.

—¿Estás loco, joder? —me levanto de golpe.

—Estabas entrando en pánico, y no es momento para eso —me empuja hacia la silla y me siento otra vez—. Necesito que me escuches con mucha atención. Del mismo modo que me estoy acercando a ellos, también lo están haciendo otras personas ligadas al gobierno y otras bandas. Se ha puesto precio a las cabezas de los jefes y de sus manos derechas. Devon es el abogado de confianza del líder y es uno de los que están siendo cazados.

Hace una pausa y vuelve a mirar alrededor.

—Está planificando una huida, e incluye a Beth en sus planes. Ese hombre está obsesionado con ella. Estoy colaborando con un viejo conocido que también está en la caza. Si lo encontramos te llamaré. Sé lo que le hizo a Elizabeth, y si fuera yo, me gustaría ser yo quien lo mandara al infierno.

Asiento y él se levanta. Da dos pasos y se gira.

—Me alejé de Amy solo para protegerla, porque me amenazaron. La amo más que a mí mismo, Richard. Ella y el bebé

son mi vida. Espero que en un futuro te acuerdes de esto y me ayudes a recuperarla —dice y se va.

Son muchas cosas que poner en orden en mi cabeza, pero algo tengo que admitir: este tío subió en mi estima. Yo no lo pensaría dos veces si tuviera que alejarme de Elizabeth, si eso significara su seguridad.

Vuelvo a pensar en el riesgo que corrió todos estos años y se me encoge el corazón.

Ay, mi pequeño desastre, voy a protegerte, aunque tenga que dar la vida por ti.

Capítulo 37

Richard Moore

Aún estoy asimilando todo lo que me dijo Liam, pero ya consigo pensar con claridad.

Ahora, más que nunca, Elizabeth no puede quedarse sola.

Si Devon consigue cogerla, hay muchas probabilidades de que no la volvamos a ver, y solo pensar en esa posibilidad me recorre la espalda con un escalofrío.

Cojo el móvil y llamo a Josh, que contesta al segundo tono.

—Richard, ¿todo bien?

—Josh, perdona la hora, pero tengo algo muy serio que hablar contigo.

Le cuento entonces todo lo que me dijo Liam, con pelos y señales. Josh se sorprende tanto como yo y coincide en que debemos redoblar la atención sobre Elizabeth.

Cree que no debemos decirle nada por ahora, porque podría provocarle crisis de ansiedad. Dice que hablará con Erick y cuelga. No quería involucrar al Smilingüido, pero si ellos confían en él, que así sea. Yo aún voy a mantener bien abiertos los ojos con ese tipo.

Me doy una ducha rápida y me tiro en la cama. Me revuelvo de un lado a otro sin conseguir relajarme.

Cuando los primeros rayos de sol entran por la ventana, decido levantarme a correr. No voy a dormir de todos modos; voy a

aprovechar para hacer algo que me vacíe la cabeza, aunque sea solo por unos minutos.

Me pongo la ropa de correr y salgo de casa.

Intento centrarme solo en el movimiento rítmico y calculado de mis pies al golpear el suelo, pero las palabras de Liam resuenan en mi mente.

La idea de que Elizabeth corre peligro por las actividades ilegales de Devon me perturba.

Aumento el ritmo de la carrera, sintiendo la adrenalina consumirme. Cada latido de mi corazón parece resonar mi preocupación por su bienestar. Independientemente de cómo esté lo nuestro, quiero verla feliz.

Me duelen las piernas, señal de que estoy llegando a mi límite, pero me niego a parar ahora. Sigo con el ejercicio, intentando vaciar la mente y encontrar alguna luz para que todo acabe lo antes posible.

Pocos minutos después mi reloj pita, indicando que se acabó el tiempo. Necesito volver, ducharme, recoger a Elizabeth e ir al hospital.

Cuando estoy llegando a casa, me entra un mensaje. Ashley. Sé que puedo parecer un hijo de puta y que ella no tiene culpa directa de lo sucedido, pero es inevitable pensar que si no me hubiera llamado para hablar aquel día, aún tendría a mi pequeño desastre en los brazos.

Dejo para hablar con ella cuando llegue al hospital.

Me ducho rápido, me arreglo y llamo a Beth para avisarle de que ya salgo de casa.

En cuanto aparco, veo a Elizabeth salir del edificio. Guapa, sencillamente guapa. Creo que nunca me acostumbraré a su belleza.

Abre la puerta, se acomoda y me saluda con un leve beso en la mejilla.

—Buenos días —me saluda con su dulce voz.

—Buenos días.

Arranco y me concentro en el camino, que hacemos rápido.

Una parte de mí cree que lo correcto es hablar con Beth de lo que pasa respecto a Devon, ya que se trata de su vida y tiene derecho a saber. Pero otra parte coincide con Josh: solo le traería un estrés innecesario, ya que no hay nada que pueda hacer para resolver la situación.

Creo que voy a hablar con Josh en cuanto llegue a mi sala… siento como si estuviera cometiendo un delito ocultándole esto.

En cuanto entramos en el hospital nos encontramos con Ava y Matt. Quién lo diría: mi gruñón favorito un día se amarraría a alguien.

Después de que tú decidieras que estabas listo para entrar en una relación con Elizabeth, nada me impresiona. Niego con la cabeza, dispersando el pensamiento intruso.

Me despido de los tres y voy hacia mi despacho para poder llamar a Josh antes de que el ajetreo me engulla.

Como si el universo quisiera arruinar mis planes, en cuanto cierro la puerta, suena mi buscapersonas. Dejo la llamada a Josh para cuando llegue a casa… por lo visto hoy será uno de esos días.



Y no podría estar más acertado. Estoy exhausto, no paré ni un minuto. Todos los habitantes de Nueva York decidieron accidentarse hoy.

Estoy en la puerta de la sala de Beth trasteando con el móvil cuando Ashley aparece de la nada delante de mí, dándome un susto.

—Joder, Ashley, ¿de dónde has salido?

—¡Estoy intentando hablar contigo desde ayer, Richard! —se exalta.

Justo entonces Elizabeth abre la puerta y, al vernos, se queda clavada.

Nos quedamos los tres mirándonos, alternando la vista de uno a otro.

Me aclaro la garganta y las dos me miran.

—Ashley, ¿puedo hablar contigo después? —abre la boca para decir algo justo cuando sigo—. ¿Vamos, Beth?

Elizabeth permanece callada. Ashley resopla y se acerca a mí.

—Luego no digas que no intenté avisarte —dice, levantando el dedo.

Se gira y se va.

—Puedes ir a hablar con ella, Rich, parece importante. Puedo llamar a Erick y ver si puede venir.

—No hace falta, luego la llamo.

Elizabeth me mira y veo un brillo de celos pasarle por los ojos. Se encoge de hombros y sale andando por delante de mí.

Hacemos el camino en un silencio incómodo y, cuando paro frente a su edificio, Beth se despide rápido y baja del coche.

Pongo rumbo a casa, listo para ducharme, cenar y dormir. Hago una nota mental para llamar a Ashley después de comer.



Estoy terminando de guardar la ropa limpia en el armario cuando suena el timbre.

En cuanto abro y veo a Ashley, me doy cuenta de que olvidé por completo llamarla anoche después de llegar del hospital.

El día fue tan movido que ni cené. Me duché y caí en la cama tal cual.

Hoy me desperté y fui a comer con Amy, que tiene la barriga más grande cada día. Creo que la semana que viene ya podremos saber el sexo del bebé.

Cuando volví a casa, bajé a la lavandería, dejé ropa en la máquina, subí, cené, recogí la ropa y ahora estoy guardándola.

—Por Dios, Richard, ¿qué parte de que *tengo algo IMPORTANTE que contarte* no entendiste? —Ashley entra como un huracán en mi casa.

—Perdona, Ash; anoche me dormí en cuanto llegué, y hoy pasé el día con Amy.

Cierro la puerta y me siento con ella en el sofá.

—¿Qué pasó?

Respira hondo y juguetea con los dedos, señal clara de que está nerviosa.

—Primero que nada, quiero que sepas que estoy de verdad arrepentida. Por fin caí en mí y vi que nunca me vas a querer como yo te quiero… pero no podía rendirme sin al menos intentarlo —dice con la mirada triste y empiezo a preocuparme.

—Te escucho.

—El último viernes que nos vimos en el Uptown, unas horas antes recibí un mensaje de un número anónimo. No lo abrí, y al rato recibí una llamada. Era un hombre; no se identificó, dijo que tendría mi gran oportunidad de alejar por fin a Elizabeth de ti.

Me aprieto el puente de la nariz; entiendo que quiere hablar de la foto que recibió Beth.

—En un primer momento, me negué y colgué. Pero sola en mi cuarto pensé: ¿por qué no? Ya te había perdido; no tenía nada más en juego. Me arreglé y mandé un mensaje a ese número diciendo que aceptaba. Nos encontramos en la entrada del bar y me dijo que yo solo debía hablar contigo; lo demás corría de su cuenta.

—¿Quién era, Ashley?

—De primeras no lo reconocí, pero no tardé en recordar que ya lo había visto algunas veces en el hospital, esperando a Elizabeth.

¡Obvio! —pienso mientras me levanto de golpe del sofá.

—¿Es alto, rubio, de ojos azules, flacucho y con cara de Smilingüido? —pregunto.

—¿Smilin qué?

—¡Concentración, Ashley! —chasqueo los dedos delante de su cara.

—Sí, tiene el pelo claro y los ojos azules.

—Ese hijo de puta me las va a pagar —voy hacia el aparador.

Cojo llaves, cartera y, cuando voy hacia el móvil, empieza a sonar.

Me paralizo al ver en la pantalla el nombre de Liam.

—Lo hemos atrapado, Richard; te mando la ubicación —dice en cuanto atiendo y cuelga.

Me quedo inmóvil, con el móvil aún en la oreja.

Dios, ¡parece que todo pasa a la vez!

Con Erick ya me entenderé después; ahora toda mi energía va a gastarse con el desgraciado que causó el mayor dolor en la vida de Elizabeth.

—¿Todo bien? —pregunta Ashley.

Por un momento olvidé que aún estaba ahí.

—Ashley, te agradezco que me lo hayas contado, pero no te perdono lo que hiciste. Al menos no ahora. Tengo que salir; si me disculpas —indico la puerta con la mano.

Asiente y veo que le resbala una lágrima. Al pasar, se gira.

—De verdad lo siento, Rich, y deseo que seas feliz, sea con quien sea.

Llega la ubicación que me envía Liam y salgo de casa a toda prisa rumbo a encontrarme con el verdugo de mi *Betita*.

Por la hora, llego rápido al lugar: una casa con aspecto abandonado en Brownsville[22].

Paro el coche y me dirijo a la entrada del inmueble.

Un hedor nauseabundo me golpea en cuanto cruzo la madera que hace de puerta; me tapo la nariz con la mano. El olor es una mezcla de heces, orina y sangre. Avanzo hacia el interior y oigo voces. Sigo el sonido y me encuentro con cuatro hombres, entre ellos Liam.

—Richard —me estrecha la mano.

—Liam.

—Creg, este es Richard. Richard, este es Creg, y basta con que sepas esto; no hagas preguntas.

Asiento, entendiendo ya que ese tío seguramente forma parte de alguna banda o cuadrilla que iba tras Devon y sus compinches.

—Nada me interesa más que acabar con la raza de ese desgraciado. ¿Dónde está? —pregunto, mirando alrededor sin ver nada.

—Liam, ha sido un placer; no olvidaré lo que has hecho. Tendrás mi eterna gratitud; cuando me necesites, sabes dónde encontrarme —dice el hombre.

Me hace un gesto con la cabeza y sale. Los otros dos lo siguen y me quedo solo con Liam.

—Vamos —mi ex futuro cuñado señala con la cabeza y lo sigo.

Nos adentramos más en la casa y abre una puerta; al cruzarla veo a Devon amarrado a una silla. Está hecho un asco y muy magullado.

Tiene un ojo tan hinchado que no abre, pero cuando consigue mirarme con el otro, veo que me reconoce del día del bar y esboza una sonrisa.

—Vaya, vaya, si no es el chulo de Elizabeth. ¿Has venido a rematar el trabajo sucio que empezaron tus amiguitos?

Ni me molesto en responder; cierro el puño y le atizo en la cara por el lado derecho, y enseguida golpeo el izquierdo.

La silla en que está atado cae y yo sigo con la tanda de golpes hasta que el hijo de puta empieza a carcajearse.

—¿De qué te ríes, pedazo de mierda? —pregunto.

—¿Sabes de qué me acordé? —dice con dificultad—. El día que saqué al bastardito de la barriga de Elizabeth, hice igual con ella, con la diferencia de que también me follé ese culito rico.

Sus palabras liberan a la bestia que habita en mí y no paro hasta oír cómo se le quiebran las costillas.

Se me ocurre una idea y me levanto. Camino hasta Liam, que observa todo con expresión neutra.

—¿Hay algún cuchillo por aquí?

Liam sale del cuarto; supongo que a buscar el utensilio.

—Si yo fuera tú… me preocuparía más por ese… empolladito que por mí… seguirá… follándosela… como siempre —suelta el hijo de puta entre quejidos.

—Cállate —bramo.

—Ya lo conoces, ¿verdad? Yo sé… que también te diste cuenta… de que tienen un lío… y me encantará… verte con cuernos.

—Te veo muy confiado en que saldrás de aquí con vida. ¿Qué te hace creerlo? —cruzo los brazos.

—Eres un cobarde… no tienes huevos para matarme.

En eso vuelve Liam y me tiende el objeto.

—Es lo único que he encontrado.

—¿Un cuchillo de mantequilla? ¿En serio?

Se encoge de hombros y lo examino para ver si tiene al menos algún diente con el que pueda llevar a cabo mi idea. Sí, creo que servirá.

Me vuelvo hacia Devon, que empieza a toser.

—Liam, ayúdame aquí, por favor. Quítale el pantalón.

—¿Qué? ¿Qué piensas… hacer?

Me mantengo en silencio y, cuando Liam termina, me acerco. Sostengo con la punta de los dedos la punta de su pene y posiciono el cuchillo en la base.

—Creo que adonde vas no vas a necesitar más este proyecto de polla que tienes entre las piernas.

—No te atre… ¡AAAH! —grita cuando empiezo a cortar.

Como el cuchillo no es el más adecuado, tardo más de lo esperado. Devon se desmaya varias veces durante el proceso y, cuando termino, está inconsciente.

Le doy una fuerte bofetada y despierta.

Le abro la boca y le meto su polla dentro.

—Buen viaje al infierno, hijo de puta.

Liam se me acerca y nos detenemos frente a frente al salir del cuarto mientras enciende un cigarro.

—Debo confesar que me has impresionado.

Le quito el pitillo de la boca y lo apago con el pie.

—Si pretendes algún día reconquistar a mi hermana, más te vale dejar eso. Y más ahora con el bebé.

Asiente y nos quedamos mirando a la nada mientras oímos agonizar a Devon.

Cuando todo queda en silencio, volvemos y constatamos su muerte.

Estás libre, mi Betita. No veo la hora de contárselo… obviamente sin entrar en detalles.

—Creo que no hace falta que diga que lo que pasó esta noche se queda aquí.

—Claro; la discreción forma parte de mi oficio.

—Me voy entonces.

Liam me llama y me tiende un móvil.

—Es de Devon. Poco antes de que llegaras estuve mirando y encontré cosas que creo que querrás ver. Estuvo recibiendo mensajes anónimos durante años insinuando que Elizabeth le ponía los cuernos con Erick. Hay algunos incluso con fotos. Nada explícito, pero, para una mente enferma como la de Devon, fue un plato servido.

—Es mucho que asimilar. ¿Tienes alguna sospecha de quién pudo enviarlos?

Inclina la cabeza y cruza los brazos.

—Para mí es tan claro como las aguas de Calabria.

Asiento, entendiendo que habla de Erick.

—Lo veré todo cuando llegue a casa y ponga en orden la cabeza.

—Hice una copia del contenido en mi drive; cuando llegue a casa también rastrearé. Si fue tan tonto como creo, lo pillaré fácil. Cuando tenga algo concreto te aviso. Voy a llamar a un amigo para limpiar esto —refiriéndose al cuerpo.

—Liam, nunca había actuado así; no soy agresivo, pero lo que hizo ese hijo de puta… —cierro los ojos, recordando lo que pasó Beth.

—Richard, no te preocupes; por mi profesión sé leer a la gente a distancia y puedo afirmar que eres un hombre bueno. Tranquilo, y si todo sale bien, hoy mismo te mando la confirmación de mi sospecha.

Me despido con un gesto y me voy.

Llego a casa, voy directo a la ducha y me froto con fuerza para quitar cualquier vestigio de Devon.

Salgo, me sirvo un trago de whisky y cojo el móvil para ver los mensajes.

A medida que avanzo, me sorprende el contenido.

Número anónimo*: Sí que eres un cornudo; mientras trabajas día y noche, el que se folla a la puta de tu mujer es su amiguito.*

Bufido, irritado por la manera en que mencionan a Elizabeth.

Deslizo hasta que uno me llama la atención.

Número anónimo*: ¿Ya diste la enhorabuena a la mamá y al papá del año? Tu mujer está embarazada del amante.*

Se me revuelve el estómago al pensar que ese mensaje pudo haber sido el detonante de la peor pesadilla de Elizabeth. Devon es

culpable por la actitud que tomó, pero ese desgraciado que enviaba los mensajes también lo es, ya que alimentaba esas ideas absurdas en la cabeza enferma de Devon.

Devon siempre estuvo loco de celos y recibir ese tipo de contenido ayudó a aflorar su lado más oscuro.

Capítulo 38

Elizabeth Carson

—¡Por fin!

Miro alrededor y me quedo admirada… esto es realmente precioso.

—Ha merecido la pena todo este tiempo de coche —Erick se pone a mi lado.

—Qué exagerado, el viaje no ha durado ni tres horas.

—Lo dices porque te has dormido la mayor parte del tiempo, mientras yo conducía.

—Madre mía, qué dramático, Erick.

Cogemos nuestras mochilas y cerramos el coche.

Decidimos explorar Kaaterskill Falls[23], y no podría estar más ansiosa. Cuánto echaba de menos esta conexión con la naturaleza.

A medida que avanzamos, me envuelve la serenidad que ofrece el lugar. De verdad necesito hacer esto más a menudo.

Después de unos minutos caminando, llegamos frente a la imponente cascada. El sonido del agua al caer me hipnotiza; cierro los ojos y me entrego al momento, vacío la cabeza y me centro en las sensaciones que me brinda este pequeño paraíso.

El vapor de agua flota en el aire, envolviendo el entorno en una neblina refrescante que contrasta con el calor del día.

Las rocas alrededor de la cascada están cubiertas de musgo, aportando una sensación de paz y vida a este lugar increíble.

—¿Quieres subir allá arriba? —me pregunta Erick, sacándome del ensimismamiento.

Me pongo la mano en la frente, para protegerme del sol y poder mirar hacia donde señala. Alzo la cabeza y observo la parte alta del lugar.

—¿Y no es peligroso? He visto que muchas piedras tienen musgo.

—Solo hay que tener cautela e ir despacio —me tiende la mano —. No voy a dejar que te pase nada malo, Liz.

Miro una vez más el sitio al que quiere ir y tomo su mano para subir.

—Si me caigo, te tocará lidiar con la furia de doña Lilly.

—Déjate de bromas, no dejaría que pasara. Pero creo que es más seguro dejar las mochilas aquí para que no molesten.

Estoy de acuerdo y, en cuanto dejo la mochila en el suelo, mi reloj inteligente vibra avisando de un mensaje. Miro la pantalla: es de Richard.

—¿Vamos? —me llama Erick.

Decido ver el contenido del mensaje a la vuelta.

—¡Ahora mismo!

Empezamos a subir lentamente y con mucha cautela.

Creo que habremos subido unos tres o cuatro metros cuando, de repente, se detiene y se vuelve hacia mí con una expresión seria en el rostro. Noto que algo va mal.

Me mira en silencio un rato.

—Erick, ¿qué pasa? —pregunto, preocupada por la seriedad de su mirada.

—Liz —se acerca a mí—. Te amo.

—Yo también, Erick… eres un amigo muy especial en mi vida.

—No, no has entendido… te amo, Liz. Te amo como un hombre ama a una mujer. Desde la primera vez que te vi me quedé prendado de tu belleza, pero cuando nos acercamos y forjamos un lazo de amistad, tu esencia me conquistó. Con el tiempo, ese sentimiento solo creció. Te esperé, incluso cuando parecía inalcanzable. Pero ahora que estás libre de Devon, no puedo esconder más lo que siento.

Joder. Me quedo paralizada por el impacto de sus palabras. En el acto me viene a la cabeza toda la conversación con Richard, y puedo oírlo decir "te lo dije".

—Erick… no sé ni qué decir.

—Di que me vas a dar una oportunidad, Liz. Te prometo que voy a hacerte feliz; seré paciente y esperaré lo que haga falta para que me dejes entrar en tu corazón.

Intento ordenar mis ideas y elegir bien mis próximas palabras.

—Erick, eres muy importante para mí, y te debo la vida. Siempre estaré agradecida por todo lo que hemos vivido en estos años de amistad. Pero para mí eres como si fueras Josh… ¿entiendes?

—Por favor, Liz, solo una oportunidad, es lo único que te pido —se le llenan los ojos de lágrimas.

Respiro hondo.

—No lo hagas así, Erick. Lo siento…

—No, Liz, no puedes hacerme esto. Estuve a tu lado todo el tiempo, siempre te apoyé. ¡No puedes simplemente tirar todo por la borda! —se exalta.

—¡No estoy tirando nada por la borda, Erick! Valoro y agradezco todo lo que hiciste por mí, pero no soy capaz de corresponder a ese sentimiento. Ni aunque quisiera… perdón.

En ese momento su expresión cambia y su mirada me hace dar un paso atrás. Nunca me había dirigido una mirada tan fría e

impersonal como ahora. Trago en seco, temiendo lo que pueda venir.

—Esto es cosa de Richard, ¿no? Ese papanatas entró en tu vida un día y al siguiente ya estabas abriendo las piernas para él, mientras yo, que siempre estuve a tu lado, ¡no soy digno ni de una mísera oportunidad!

—No seas injusto conmigo, Erick; sabes cuánto sufrí en mi matrimonio y cuánto me resistí a abrirme a una nueva relación. No minimices lo que Richard y yo tenemos.

—¿Tenemos? —pregunta con sorna—. Aun después de que te dejara claro que se besó con otra en un bar abarrotado, ¿te atreves a seguir con él?

Iba a abrir la boca para responder, pero caigo en la cuenta de que no le conté lo que había pasado.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto frunciendo el ceño.

Cuando ocurrió, decidí guardarme el motivo por el que habíamos terminado lo nuestro. Lo último que quería era gente metiéndose en mi vida, exactamente como está haciendo ahora.

Su mirada vacila un instante, pero enseguida se recompone y esboza una sonrisa que me pone los pelos de punta.

—Fui yo quien te mandó el mensaje, Liz.

Doy otro paso atrás y resbalo, pero Erick tiene el reflejo rápido de agarrarme por los brazos.

—¡Dios mío!

—¿Ves? Siempre te salvo, mi amor. Te salvé de Devon y ahora, si no fuera por mí, te habrías caído. Vamos a formar una familia juntos; nuestro bebé no resistió, pero podremos tener otros —vuelve a hablar con voz suave.

Me quedo paralizada en cuanto habla de mi bebé. ¿Cómo que se refiere a mi hijo como "nuestro"? Erick está completamente fuera de sí.

Es como si fueran dos personas diferentes. A veces es el hombre cariñoso con el que conviví todos estos años; otras, me hace temblar de miedo, como lo hacía Devon.

Siento como si estuviera en un universo paralelo. ¿Cómo no vi nunca al lunático que era Erick?

—Erick, mi hijo no era nuestro —intento ser cauta.

—Pero iba a serlo… no me importa la sangre, eso es un mero detalle. Lo habría criado con todo el amor del mundo.

—Erick, amigo, no estás bien… déjame ayudarte —le hablo con cariño, esperando que vuelva en sí.

—Me ayudas dándome una oportunidad, Liz. Nos necesitamos.

—No es ese tipo de ayuda la que necesitas, Erick.

Se queda en silencio, como intentando entender a qué ayuda me refiero, y cuando lo hace, su faceta aterradora vuelve a aflorar.

—No estoy loco, Liz; solo estoy luchando por lo que siempre quise. Pero mirándote a los ojos ahora, nunca vas a ser mía, ¿verdad?

—Más que no querer, no puedo, Erick. Por fav…

—Si no vas a ser mía, entonces no serás de nadie —da un paso al frente, haciéndome retroceder más.

Siento el pie justo en el borde de la roca y la tensión me invade. Me vuelve a sujetar de los brazos.

—Erick, escúchame.

—Adiós, Liz, te amo. Hasta algún día —me interrumpe.

En una fracción de segundo suelta mis brazos y me da un leve empujón.

Como estaba al borde, bastó eso para que perdiera el equilibrio y cayera. Intento agarrarme a él, pero en vano.

El tiempo parece pasar a cámara lenta; mientras caigo consigo ver la expresión neutra de Erick.

¿Has oído alguna vez decir que, cuando estamos cerca de la muerte, la vida pasa como una película por la cabeza? Es exactamente lo que me ocurre.

Destellos de momentos con mis padres y Josh son lo primero que veo. Mi hermano siempre estuvo a mi lado y me apoyó en todas las etapas de mi vida.

Después aparece la imagen de Ava. El fuerte lazo de amistad que construimos y los momentos de complicidad que compartimos me emocionan.

Pero cuando llega Richard siento una mezcla abrumadora de sentimientos. Las sonrisas compartidas, las conversaciones profundas, nuestra conexión… era como si el mundo encajara a la perfección cuando estábamos juntos.

Cuando se nos acaba el tiempo, nos damos cuenta de cuánto desperdiciamos momentos increíbles por motivos tontos. ¿Cuánto podríamos haber aprovechado juntos Richard y yo si no hubieran estado nuestras barreras? ¿Fue realmente relevante aquella foto para alejarme de él? Él dice que no besó a Ashley, ¿por qué fui tan cabezota y no le creí?

Hablando de besos, intento a toda costa recordar cómo fue el último, pero en vano.

El choque de mi cuerpo contra el suelo me devuelve a la realidad. Consigo mantenerme consciente unos instantes, y una leve sonrisa se dibuja en mis labios. Morir y tener como último recuerdo todos los momentos buenos junto a Richard me trae tranquilidad. En este momento, es como si me retiraran una venda de los ojos, dejando a la vista la verdad que siempre estuvo ahí, pero me negaba a reconocer.

Mientras me preparo para entregarme a la oscuridad que se acerca cada vez más, una última certeza resuena en mi mente: amo

a Richard más de lo que imaginé posible.

Capítulo 39

Erick Scott

Nunca quise que las cosas llegaran a este punto. Desde el primer momento en que puse los ojos en Elizabeth, supe que estaba destinado a amarla. Su forma cariñosa, sus sonrisas, sus gestos dulces, solo avivaban el fuego que ardía dentro de mí.

Pero estaba Devon, el increíble y maravilloso novio. Era como una piedra en nuestro camino.

Decidí hacer el papel de mejor amigo, el que estaría siempre cerca para lo que necesitara. Mi idea era conquistarla poco a poco, pero nada de lo que hacía surtía efecto; parecía hipnotizada por ese hombre.

El tiempo pasó, pero nunca desistí de tenerla. Tenía dentro de mí una certeza inquebrantable: Elizabeth un día sería mía.

Devon siempre fue muy posesivo y celoso, y después de la boda todo empeoró, pero Liz parecía ciega. No veía lo tóxica que era su relación.

Necesitaba hacer algo; no podía quedarme mirando de lejos cómo la mujer que amaba era arrastrada a un destino tan oscuro al lado de ese cabrón.

Entonces, un buen día vino con la noticia de que iban a intentar tener un hijo. Sonó una alarma dentro de mí. Un bebé podía cambiar, y mucho, las cosas. Sería un vínculo eterno entre ellos.

Decidí que era hora de intervenir. Compré un móvil de una marca que nunca me gustó, y de la que incluso me quejaba con Liz, para no levantar sospechas en caso de que lo rastrearan. Empecé enviando mensajes con insinuaciones de que ella le era infiel. Al principio no puse mi nombre; pensé que cantaría demasiado.

Los meses avanzaban y nada cambiaba. Tenía que ser más claro. Empecé entonces a dejar explícito que Elizabeth tenía un lío conmigo, pero ni aun así Devon se apartó de ella.

El día que me dijo que estaba embarazada me quedé en shock. Jugué mi última carta y le mandé a Devon que el bebé era mío. Si no la dejaba esta vez, tendría que cambiar el enfoque y empezar a plantar en la cabeza de Liz que Devon tenía una amante.

Con la excusa de que estaba preocupado por la escenita de celos de Devon, llamé a Josh y fuimos a su casa. Quería comprobar si las cosas iban según lo planeado. Si todo salía bien, a partir del día siguiente yo ya cuidaría de ese bebé como si fuera mío.

Pero nada pudo prepararme para lo que nos encontramos.

La noticia de que había sufrido un aborto me pilló por sorpresa, y ver su sufrimiento me partió el alma. Pero no hay mal que por bien no venga, porque al fin solicitó el divorcio. Ese fue el primer paso para que se entregara a nuestro amor.

Sin embargo, como un jarro de agua fría, se mudó. Su llegada a Nueva York y, después, su acercamiento con ese enfermerillo me obligaron a mudarme también para estar cerca. No podía correr el riesgo de que empezara una relación con él.

Cuanto más me hablaba de él, más quería borrarlo del mapa.

El regreso de Devon no pudo llegar en mejor momento. Cuando Liz dijo que se iba a Texas el fin de semana, vi la oportunidad para actuar y librarme de una vez de Richard.

Fue fácil encontrarlo en ese antro al que siempre iba, y más fácil aún convencer a Ashley para que contribuyera a mi plan. Ella hizo lo que le pedí y conseguí sacar una foto perfecta.

Liz no me contó nada, pero sabía que su distanciamiento tenía que ver con mi mensaje.

Ahora permanezco de pie, mirando su cuerpo tendido en el suelo, alrededor de un charco de sangre que no deja de crecer.

—Podríamos haber sido geniales juntos, Liz. ¿Cómo no viste que yo era el hombre adecuado para ti? Aunque no me hayas dado el valor que merezco, voy a amarte hasta el último día de mi vida —pienso en voz alta.

La miro por última vez y me doy la vuelta para bajar. Necesito pensar qué hacer con sus cosas y qué historia contar por si le dijo a alguien lo de la ruta.

Me cuelgo la mochila y cojo la suya. Necesito deshacerme de cualquier cosa que delate que hoy estuvimos juntos.

Capítulo 40

Richard Moore

Toco el timbre por cuarta vez.

Nada. Silencio absoluto.

—¡Elizabeth! —grito mientras aporreo la puerta.

Intento una vez más llamarla, pero suena hasta que salta el buzón de voz.

—Elizabeth, necesito hablar contigo con urgencia; llámame en cuanto oigas este recado —dejo el décimo mensaje de voz.

Cuelgo y apoyo la cabeza en la puerta. ¿Dónde te has metido, mi pequeño desastre?

Siento una mano en el hombro y me giro de golpe, pensando que es ella, pero la euforia dura menos de un segundo: veo a Amy delante de mí.

Resoplo, sin ocultar la decepción por no ser Beth.

—Vaya, creo que nunca te había visto tan triste al verme.

—No, Pequeña, no es eso… necesito hablar con Beth y no está en casa. También la he llamado más de diez veces y no me coge.

—¿Quieres esperarla en casa? Podemos dejar una nota pegada en su puerta, diciendo que llame aquí cuando llegue.

Lo pienso unos segundos y decido ceder. Quedarme aquí plantado no hará que llegue más rápido.

Mientras Amy entra a escribir la nota, yo sigo llamando al móvil de Elizabeth, con la esperanza de que conteste en cualquier momento.

Su llamada está siendo desviada —cuelgo antes de que el mensaje automático termine.

¿Dónde estás, Beth? ¿Tendrá Erick algo que ver con esto? Se me encoge el corazón solo de pensar que pueda haberle hecho algo.

Amy vuelve con el papel, lo pega en la puerta y me tira de la mano.

—Voy a preparar un café; busca algo en la tele e intenta relajarte. Estar así de tenso no va a servir de nada —dice Amy en cuanto cierra la puerta.

Me siento en el sofá e intento seguir el consejo de mi hermana. Cojo el mando y hago zapping hasta que me quedo en un canal que está poniendo Karate Kid[24]. Es una de mis pelis preferidas.

Amy vuelve con una taza de café y se sienta a mi lado.

Permanecemos en silencio, atentos a la película, o al menos lo intentamos.

Me doy cuenta de que he logrado relajarme unos breves minutos cuando suben los créditos en pantalla.

Cojo el móvil y veo que Elizabeth sigue sin contestar.

—Creo que voy a subir otra vez —me levanto, pero Amy me sujeta la mano.

—Grandote, si no te ha llamado ni ha venido, ¿no se te ha ocurrido pensar que puede que no quiera hablar contigo?

Esa hipótesis ni se me había pasado por la cabeza. ¿Será eso? ¿Que no quiere hablar conmigo?

—No… seguro que no es eso. Aunque no quisiera hablar conmigo, con la de veces que he llamado y he dejado mensajes, me

habría devuelto la llamada. Aunque fuera para pedirme que la dejara en paz.

—Puede ser…, pero puede que no. Puede haberse ido de excursión y haberse dejado el móvil en casa.

—Ella nunca sale sin el móvil.

—Puede haber ido a llevar a Erick a algún sitio turístico.

—¿Y no puede atenderme?

—No lo sé, Richard, pero estar como estás no va a servir de nada. Ya está, ven a ayudarme con una lasaña. Vamos a ocupar esa cabecita; tienes demasiado tiempo libre para ir montándote teorías de la conspiración.

—Estoy intentando no preocuparme, pero es inútil… me supera. Pero tienes razón: vamos a hacer esa lasaña para alimentar al Richardcito.

—¿Alimentar a quién? —pregunta, confundida.

—A mi sobrino. Richardcito.

Se ríe tanto que se le escapa una lágrima.

—No hay otro como tú, Grandote.

Vamos a la cocina y ayudo a Amy con el almuerzo. Miro su barriga y sonrío. Me cuesta creer que mi Pequeña vaya a ser madre, y que dentro de unos meses habrá un crío correteando por la casa.

Eso me lleva a otra cuestión: Liam. Después de lo que ha hecho, voy a ayudarlo con Amy. Me ha sorprendido, y por mí, él y Amy tendrán su final feliz.

Decido sonsacar a mi hermana sobre él.

—Amy, ¿has tenido noticias de Liam?

Se vuelve hacia mí con mirada asesina mientras me apunta con un cuchillo.

—Aquí tienes prohibido decir ese nombre.

—Aquí no ha dicho nada nadie.

Sí, Liam, nos queda un largo camino para que ganes su perdón.

No quiero estresar a Amy, así que cambio de tema. Le cuento algunos casos que atendí esta semana en el hospital y ella me habla de su trabajo.

La lasaña está lista, comemos y decidimos ver otra película.

Mientras estoy tumbado en el sofá, lucho contra las ganas de rendirme al sueño porque quiero estar despierto cuando llegue Beth, pero la factura por no haber dormido bien estos días está pasándome factura.

Noto que me he dormido cuando el timbre del móvil me despierta. Me levanto de golpe y contesto.

—¿Beth?

—No, soy Josh. Iba a preguntarte si estás con ella. La última vez que hablé con ella fue ayer y empiezo a preocuparme.

—No quiero asustarte, pero llevo desde esta mañana llamando y tocando a su puerta, y no responde.

—¡Joder, Richard, tendrías que haberme llamado en cuanto no te contestó a la primera! —suelta, irritado.

—¿Y tú qué ibas a hacer desde la otra punta del país, Josh? —respiro hondo, entendiendo su preocupación—. Iba a llamarte más tarde si seguía sin respuesta.

—Voy a intentar hablar con Erick. No quiero creer que Devon haya conseguido seguir con su plan.

—Josh, ya no tienes que preocuparte por Devon.

—¿Cómo?

—Luego te lo explico; ahora el foco tiene que ser otro. Estoy esperando la confirmación de un amigo, pero creo que debes saber…

Le cuento entonces mi sospecha sobre los mensajes. Liam aún no ha conseguido confirmarlo; parece que Erick no fue tan tonto como pensaba.

Cuando termino, puedo sentir la rabia de Josh al otro lado de la línea.

—No es posible que hayamos estado rodeados de lunáticos todo este tiempo —suspira—. *¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Elizabeth?*

—El viernes.

—Vale, yo hablé con ella ayer sobre las nueve de la noche. Si para esa hora no logramos hablar con ella, irás a la comisaría a denunciar su desaparición. Antes de veinticuatro horas será perder el tiempo.

—¿Las nueve, Josh? Hasta entonces puede pasar de todo.

—Lo sé, Rich, pero no hay nada que podamos hacer antes.

Asiento y cuelgo. Ni de coña me voy a quedar de brazos cruzados esperando hasta esa hora.

Decido llamar a la puerta del Smilingüido. Me planto frente a su puerta, respiro hondo y me pongo la máscara de indiferencia. Tengo que controlarme al máximo para que no note que sospecho de lo que ha hecho.

Toco el timbre y, a los pocos segundos, abre.

—Richard, buenas tardes. ¿Puedo ayudarte?

Las ganas de partirle la cara a este capullo son grandes, pero me contengo.

—Sí, ¿has visto a Elizabeth? Llevo desde esta mañana intentando hablar con ella, sin éxito.

—No la veo desde ayer.

Lo miro fijamente a los ojos, y apostaría mi casa a que está mintiendo.

—¿Te dijo si pensaba hacer algún viaje o verse con alguien?

—No. Voy a intentar llamarla, un minuto.

Entra, coge el móvil y vuelve. Marca su número y, igual que a mí, le salta el buzón de voz.

—A mí tampoco me contesta.

Tontaina.

—Bueno, debe de estar con alguna amiga. Si sabes algo me avisas; ahora tengo que irme, me he dejado el fuego encendido.

Me cierra la puerta en las narices. Estoy seguro de que ese Smilingüido está implicado en la desaparición de Elizabeth.



Ya van diez días. 240 horas. 14 400 minutos sin noticias de Elizabeth. Cada segundo que pasa, la esperanza de encontrarla bien disminuye, pero siento que está viva. *Tiene* que estarlo.

La siento aquí, en algún lugar. No sé explicarlo; es solo un presentimiento, una conexión que va más allá de la razón.

Josh vino a Nueva York para seguir de cerca la búsqueda. Doña Lilly se quedó en Texas con Christopher, su novio, ya que al enterarse se puso mala. Josh creyó mejor dejarla en casa.

Su móvil fue encontrado dentro de una mochila cerca de Palenville[25], y desde entonces estamos alojados en un hostal.

Nos preparamos para otro día de búsqueda cuando suena el móvil de Josh. Debe de ser Lilly, pienso. Termino de arreglarme

mientras él atiende. Lo veo fruncir el ceño al mirar la pantalla y su actitud me pone en alerta.

—¿Hola? Sí, soy Josh Carson.

Escucha con atención lo que le dicen y se queda pálido. Me mira con los ojos abiertos de par en par. Una lágrima le cae por la mejilla.

No. No puede ser. Me niego a creer que sean malas noticias.

—Vale, voy ahora mismo —dice y cuelga.

Me acerco y lo agarro por la camisa.

—¿Quién era, Josh? —me falla la respiración.

—Elizabeth… —hace una pausa y sonríe—. ¡La han encontrado, Richard! Está en un hospital de Kingston[26]. Por lo que han dicho, está fuera de peligro.

Lo suelto y me tapo la cara con las manos, sintiendo el aire volver a llenar mis pulmones. Me siento en el sofá y me entrego a un llanto de alivio. Mi mujer está viva. Josh me abraza y, juntos, compartimos el peso de tantos días atrapados en una angustia que parecía no acabar. Es un momento cargado de emoción, y el alivio llena cada fibra de mi ser.

Avisamos rápido a los policías y juntos salimos rumbo a Kingston.

Un trayecto de menos de treinta minutos nunca tardó tanto en pasar.

Bajo en cuanto el coche se detiene y entro a zancadas en el Health Alliance Hospital.

En cuanto nos identificamos, nos llevan a la habitación, y cuando se abre la puerta, veo a Elizabeth tendida en la cama.

Ella nos mira y se rinde a la emoción.

Josh corre a abrazarla y su llanto alto llena la estancia. Lo dejo hablar primero con ella; tendremos mucho tiempo para hablar. Pero si cree que va a escaparse de mí, está muy equivocada.

Ella es mía, como yo soy suyo.

Nuestros ojos se encuentran mientras aún abraza a su hermano y, cuando sonríe, tengo la certeza de que siente lo mismo que yo.

—¿Qué pasó, Beth? ¿Por qué no nos llamaste?

—Creo que es mejor que te sientes —respira hondo—. El domingo, después del día que hablé contigo, Erick y yo nos fuimos de ruta.

¡Lo sabía! ¡Sabía que ese hijo de puta tenía algo que ver!

—Erick dijo que no te había visto el domingo —la interrumpe Josh.

Pone los ojos en blanco.

—No me sorprende… no después de lo que hizo.

—¿Qué hizo, Elizabeth? —hablo por primera vez.

—Fuimos a Kaaterskill Falls y me propuso subir arriba. Al principio estaba recelosa porque es una cascada alta, pero luego decidí ir… ya sabes que siempre me han encantado las rutas, las escaladas —mantiene los ojos fijos en Josh—. Entonces, cuando subimos unos cuatro metros, Erick se paró y se me declaró. Dijo que siempre me había amado y me pidió una oportunidad. Me quedé sorprendida; intenté hacerle entender que solo seríamos amigos y no pasaríamos de eso.

Hace una pausa.

—Y entonces se transformó… parecía otra persona, Josh. No era el hombre cariñoso con el que conviví tantos años. Siguió intentando hacerme cambiar de idea, pero me mantuve firme.

Entonces me empujó. Me di en la cabeza y quedé inconsciente. Gracias a mi reloj, que avisó a los bomberos, me rescataron.

—¿Cómo que tu reloj avisó a los bomberos, Beth? —pregunta Josh.

—Vi un reportaje de un hombre que sufrió una caída y se salvó por una configuración de su reloj inteligente. En caídas fuertes, el reloj entra en alerta y, si la persona no interactúa con el aparato en un minuto, llama al servicio de emergencias local. Como yo hacía muchas rutas, me pareció interesante activarlo. Ya ni me acordaba, porque hacía mucho que no me metía en esas aventuras, pero gracias a mi yo del pasado estoy aquí.

—Gracias a Dios —Josh la abraza otra vez—. Pero ¿por qué no nos llamaste en cuanto llegaste al hospital?

—Porque estuve inconsciente todos estos días y, como no tenía documentos, no tenían a quién llamar. Me desperté de madrugada y los médicos me explicaron cómo me rescataron, y entonces recordé todo lo ocurrido. Esperé a que fuera de día y pedí que se pusieran en contacto contigo.

En ese momento me entra un mensaje. Es Liam confirmando nuestras sospechas.

—Josh, confirmado. Ha sido Erick.

—¿Qué ha sido él? —pregunta Beth sin entender.

Le explico lo de los mensajes y, al principio, se queda en shock.

—Dios mío, nunca habría imaginado que fuera capaz de todo eso.

—Tienes prohibido volver a asustarnos así, pero ahora que estás bien, voy a volver y a matar al hijo de puta de Erick —se levanta.

—¡No! —Beth le sujeta la mano—. No quiero que sepa que he sobrevivido… no mientras siga en el hospital.

—Está bien, pero voy a llamar a mamá; está desesperada en Texas.

—Vale.

Josh sale de la habitación y nos deja a solas.

Me acerco a la cama y me siento en el borde. Le cojo la mano y le doy un beso largo en el dorso.

—Casi te mueres —digo.

—Sí, casi me muero…

Nos quedamos mirándonos en silencio.

—Durante toda la caída, que pareció mucho más larga de lo que fue, pasaron destellos de mi vida por mi cabeza. Algunos momentos con mi madre, mi padre y Josh, mi amistad con Ava…, pero cuando apareciste tú me sentí en paz. Morir y tenerte como mi última imagen me pareció bien. Qué tiempo hemos perdido por tonterías, Rich… perdóname por no haber creído que no besaste a Ashley.

—No hay… —me pone el índice en los labios y no me deja terminar.

—Sí lo hay. Como te he dicho, perdona por no haber creído en tu palabra. Y, mientras pensaba en eso, me di cuenta de que no recordaba nuestro último beso. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no pude. Iba a morir y hacía lo imposible por traer ese recuerdo de vuelta, pero fue en vano. Dejé ese pequeño detalle y, conforme la oscuridad me consumía, por fin me di cuenta de algo que llevaba tiempo dentro de mí, pero me negaba a aceptar. Te amo, Richard. Te amo con todo mi ser.

Siento el rostro mojado por unas lágrimas que no me molesto en contener.

—Ay, amor mío, yo también te amo. Te amo más de lo que se puede poner en palabras. Y, respecto al beso, puedo enseñarte cómo fue…

Elimino la distancia entre nuestras bocas, y nos entregamos a un beso suave y apasionado. Cada contacto es una explosión de sentimientos contenidos demasiado tiempo. Es como si el tiempo se hubiera detenido a nuestro alrededor y todo lo que existiera fuéramos nosotros, este momento, este beso.

Nos separamos, los dos en busca de aire, pero con la mirada fija el uno en el otro. Este es solo el inicio de nuestro camino juntos, y este beso es el punto de partida para todo lo que nos queda por vivir.

—Sí, creo que ya me hago una idea de cómo fue nuestro último beso.

—Fue un viernes, al final del día. Fuiste a mi sala para despedirte antes de ir a Texas ese fin de semana. Dijiste que llegabas tarde al vuelo, te acercaste y me diste un beso… muy parecido a este. Fue rápido, pero inolvidable, como todos los que nos dimos. Y te apartaste, dijiste que nos veríamos el domingo y te fuiste.

Esboza una sonrisa que podría iluminar todo Nueva York y se acurruca en mi pecho. Mi corazón late acelerado, al mismo compás que el suyo. Me siento completo; es como si todo mi mundo estuviera otra vez entre mis brazos.

Capítulo 41

Elizabeth Carson

—Aún no me creo que estemos así otra vez… —digo.

Richard me mira con esos ojos profundos y siento que el corazón se me acelera.

—Yo tampoco, amor… yo tampoco —me da un beso leve.

Josh vuelve a la habitación. Iba a decir algo, pero se detiene al ver cómo estamos abrazados.

—Hum, veo que no habéis perdido el tiempo y ya os habéis arreglado —arquea las cejas.

—Si saco algo bueno de todo esto es el aprendizaje de que no tenemos la eternidad. Nuestro tiempo es corto, la vida pasa como un soplo, y he decidido que no voy a desperdiciar más momentos increíbles por tonterías.

—Me alegra, hermana, te mereces mucho ser feliz. Verte así, abierta otra vez al amor, me llena el pecho de alegría… aunque el elegido sea ese tipo raro.

—Así me hieres, *hermanito* —enfatiza Richard la última palabra.

Sé que no es más que una broma, ya que a mi madre y a Josh les encanta Richard.

Se abre la puerta y entra el médico responsable de mi atención.

—Veo que tienes visitas, Beth —Richard frunce el ceño al instante.

Vaya hombre celoso.

—¿Y tú quién eres? —mi… ¿qué somos, al fin y al cabo? En fin, Richard le pregunta a John.

—John, el médico —le tiende la mano.

—Richard, el novio —lo saluda.

—Veo que tenemos a alguien muy celoso por aquí. Pero no te preocupes, Richard, estoy felizmente casado —John levanta la mano izquierda y enseña la alianza.

Richard se rasca la nuca, sin duda avergonzado por su numerito. Solo entonces caigo en cómo se ha presentado.

—En realidad, no ha habido una petición formal, así que… —me encojo de hombros.

—Mera formalidad, amor mío —dice el cínico.

—Sin una petición formal no vas a salir con mi hermana, Richard —Josh se suma a la broma.

Richard pone los ojos en blanco y se coloca frente a mí.

—Mi pequeño desastre, ¿quieres ser mi novia?

Hago un silencio dramático y Richard inclina la cabeza, como preguntándose a qué viene la demora.

—Claro que sí.

—Bien, con eso arreglado, voy a resumir el historial de Elizabeth.

John dice entonces que, sorprendentemente, no tuve más que arañazos y leves excoriaciones. Puedo decir que soy un verdadero milagro.

Dice que, si todo va bien, en tres días me darán el alta, y no veo el momento. El médico se despide y sale.

No veo el momento de salir de aquí… qué ganas de casa. Y entonces salta una alarma en mi cabeza.

—Si voy a casa, Erick me verá, y he pensado una cosita para hacer con él.

Les cuento mi plan y veo en sus caras que se entusiasman con mi idea.

—Esa es mi chica —dice Richard, orgulloso.

—Es muy buen plan, pero ¿y si algo no sale como esperamos? No puedo imaginar pasar otra vez por todo esto, Beth.

—Tranquilo, hermano, lo vamos a organizar todo muy bien.

—Voy a hablar con Liam, él puede ayudarnos —dice Richard, sacando el móvil.

Con el asunto Erick ya encarrilado, otra preocupación ronda mi cabeza: Devon.

—Y de Devon, ¿alguna noticia? —pregunto, temiendo la respuesta.

Richard guarda silencio, mirándome. Es como si buscara las palabras adecuadas para darme una noticia importante.

—Richard —lo animo.

—Ya no tienes que preocuparte por Devon, amor mío.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Exactamente lo que he dicho. Olvida que Devon un día se te acercó.

Entiendo lo que quiere decir y un alivio me recorre las venas. Después de lidiar con Erick, por fin estaré libre de las ataduras de mi pasado.

Le acaricio la cara y le doy un piquito.

—Te amo. Gracias por cuidarme siempre.

—Argh, sois muy empalagosos, voy por un café sin azúcar —Josh sale.

—Creo que a alguien le hace falta un amor para ser menos gruñón.

—¿Sabes que estoy de acuerdo?



No me creo que por fin me vaya a casa.

Observo el paisaje por la ventanilla y es como si se hubiera accionado un interruptor en mi cabeza. Estoy saboreando cada segundo. Bajo el cristal y dejo que el viento me dé en la cara. Cierro los ojos y agradezco la segunda oportunidad que he tenido, y me prometo a mí misma que no volveré a tener miedo de vivir. Aceptaré y agradeceré todo lo que el universo quiera darme.

Liam conduce, Josh va delante y yo voy detrás con Richard. No nos hemos separado desde que nos reencontramos.

Decidimos que lo mejor sería ir a casa de Richard, para que todo salga según lo planeado. Erick no sabe lo que le espera.

—Mamá vendrá en cuanto todo termine —dice Josh.

Sonrío, recordando la videollamada que hicimos el mismo día que llegaron al hospital. Me encantó verla tan feliz con Christopher.

El coche se detiene y bajamos.

Richard abre la puerta del piso y nos sentamos en el sofá. Josh dice que ha hablado con Erick estos días y que esta mañana le informó de que la búsqueda se había cerrado y a mí me daban por muerta. Cuando lo dice, un escalofrío me recorre el cuerpo.

Mañana será el gran día en que haré que Erick pague por lo que me hizo.

Josh y Liam se despiden y se van. Josh se queda en mi piso mientras está en Nueva York y, por lo que me dijo Richard, está barajando la idea de venir definitivamente, y no podría hacerme más feliz.

En cuanto Richard cierra la puerta, me levanto y camino hacia él. Lo que echo de menos a este hombre es directamente proporcional al tamaño de su polla, o sea… enorme.

Apoyo las manos en su pecho y acerco mi boca a su oído.

—Te he echado tanto de menos.

—Yo también, amor, pero acabas de salir del hospital; vayamos con calma.

—Richard, estoy bien; ¿no has oído lo que dijo John? Apta para todo. T-o-d-o.

—No sé, Beth, me da miedo que algo pueda hacerte daño.

—Por favor —susurro.

Me rodea con los brazos y toma mi boca en un beso suave. El mundo alrededor desaparece y todo se reduce a este momento. Siento su corazón latir al mismo ritmo que el mío, como una sintonía perfecta.

Nada importa más que nosotros. Somos como dos mitades destinadas a encontrarse… a completarse.

Me toma en brazos y me lleva a su habitación sin interrumpir el beso ni un segundo.

Tras quitarnos lentamente la ropa, me coloca con cuidado en la cama.

Estamos desnudos, no solo de tela, sino también de los miedos y preocupaciones que nos rodeaban. Nos entregamos en cuerpo y alma.

Se coloca sobre mí y me invade despacio. No hay barreras entre nosotros, solo una conexión profunda que trasciende el tiempo y el espacio.

Richard marca el ritmo sin apartar la mirada de la mía.

Este momento tan especial me emociona, y veo que a él le ocurre lo mismo. Su mirada refleja toda la intensidad de nuestra entrega. No hay palabras, solo el lenguaje silencioso de nuestro amor.

En el instante en que se me escapa una lágrima, él tampoco contiene la emoción.

—Te amo —digo mientras le seco el rostro con la mano.

—No más que yo —responde antes de besarme.

Llegamos al clímax al mismo tiempo, y sé que este momento quedará grabado para siempre en mi memoria.



Por fin llegó el día de atrapar a Erick.

Estamos en mi piso y Liam está terminando de colocarme los micrófonos.

—Listo; Richard, puedes mandar el mensaje a Josh —dice Liam.

Entrelazo los dedos intentando disipar los nervios. Los policías están repartidos por la casa. Montamos un cerco del que Erick no podrá escapar.

—Eh, no hace falta que te pongas nerviosa, va a salir bien. Estaremos a un paso de ti —dice Richard.

—Lo sé.

—Es la hora, Beth; vamos.

Me despido de Richard y salgo hacia casa de Erick. Liam consigue abrir la puerta con unas herramientas y entro. Me acomodo en el sofá a esperarlo.

El tiempo se arrastra. Me levanto y camino de un lado a otro. Nada puede salir mal.

Oigo la llave y me quedo clavada. Respiro hondo, preparándome para el choque final.

Erick entra sin reparar en mi presencia. Cierra con llave, deja la llave en el aparador y, cuando se gira y me ve, se le abren los ojos. Se queda pálido, como si estuviera frente a un fantasma.

Permanece incontables minutos estático, sin ser capaz de articular una frase; solo me mira con una mezcla de terror e incredulidad.

—¿Sorprendido? —rompo el silencio.

—¿Cómo… cómo has entrado? Debo de estar enloqueciendo; obviamente eres una alucinación mía —cierra los ojos con fuerza y vuelve a abrirlos para mirarme. —Pensé que estabas muerta… lo juro, yo no quería… —divaga, absorbiendo aún el impacto de mi presencia.

Doy un paso hacia él.

—¿No querías qué, Erick? ¿Empujarme de la cascada? ¿Matarme? ¿Verme desaparecer para siempre?

—Yo… solo quería que tú… que me dieras una oportunidad. Una oportunidad de estar contigo —dice, incrédulo.

—¿Y entonces, cuando te dije que no, te creíste con derecho a intentar matarme? —pregunto, sintiendo la rabia bullir dentro de mí.

—No quería eso, Liz. Lo juro. Yo…

—¿Tú qué, Erick?

—Te amo.

—Eso no es amor, Erick; es posesión, enfermedad. Si me amaras, jamás harías nada para hacerme daño. Los mensajes que enviaste… ¿qué pretendías con todo aquello?

Su mirada se torna sombría; se acerca y yo doy un paso atrás. Esa misma sombra del día fatídico vuelve a apoderarse de él.

—Quería que abrieras los ojos. ¡Devon nunca te mereció! Pensé que con los mensajes pediría el divorcio, pero nunca pasó —hace una pausa. —Siempre hice todo por ti, Liz; no podía aceptar que me rechazaras como lo hiciste. Prefiero verte muerta que con otro hombre. Y si antes fallé, ahora me aseguraré de no cometer el mismo error.

Viene hacia mí, pero antes de alcanzarme la puerta revienta. Los policías llegan rápido hasta él y le ponen las esposas.

—Erick Scott, queda detenido por el intento de asesinato de Elizabeth Carson. Tiene derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga puede y será usado en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio. ¿Entiende sus derechos?

Me dedica una sonrisa malévola.

—Nos volveremos a ver, Liz.

Entra Richard y le suelta un puñetazo en plena nariz.

—Ups —dice Rich.

—Voy a denunciarte por agresión, Richard.

—¿Agresión? ¿Quién te ha agredido? Por lo que he visto te has dado con la puerta en la nariz… ¿no ha sido así? —pregunta Liam a los policías, que asienten.

Se lo llevan y yo suspiro, aliviada.

Me envuelven los brazos fuertes de Richard.

—Se acabó, amor… se acabó —me besa la coronilla.



Dos meses después

Han pasado dos meses desde que detuvieron a Erick y hace dos días recibimos la noticia de que se había suicidado. Por fin era libre.

Termino de arreglarme para salir con Ava y Amy. Tras mucha insistencia suya acepté la invitación para ir a un club que inauguró hace poco. Hoy habrá una actuación exclusiva. Me gustaría quedarme en casa con Richard, pero las dos insistieron y al final cedí.

El vestido elegido es rojo, con un escote discreto. Termino de ponerme las sandalias y salgo, encontrándome con Amy en el pasillo.

—Hola, amor de la tía —acaricio la barriga de mi cuñada.

El Uber llega rápido y salimos rumbo a nuestro destino. Ava manda un mensaje diciendo que ya nos espera allí.

Bajamos del coche y enseguida veo a Ava en la puerta del club. El cartel dice que la noche de hoy es exclusiva para mujeres.

—Apuesto a que por eso insistió Richard en que viniera… sabía que solo iba a haber mujeres —señalo el cartel.

Ava y Amy se miran y les veo una sonrisa cómplice.

—Sí, claro que por eso —dice Amy.

—No sé por qué, pero creo que me estáis ocultando algo…

—¿Nosotras? Qué va, nunca haríamos eso.

—Ya… entremos antes de que me arrepienta y me vuelva a casa.

Entramos y nos llevan a un sitio privilegiado frente al escenario.

Pedimos nuestras bebidas y esperamos el inicio del show.

Estamos charlando del embarazo de Amy cuando se apagan las luces.

La música empieza y reconozco los primeros acordes de "It's Gonna Be Me".

—¡Me encanta esta canción! —grito.

Entonces se abre el telón y me quedo paralizada cuando mis ojos se cruzan con los de Richard.

¿Qué hace él aquí? Peor: ¿qué hace aquí, en el escenario de un club con un show exclusivo para mujeres?

Miro alrededor y los gritos histéricos inundan el lugar. ¡Lo voy a matar!

Miro sin entender a Amy y Ava, que sonríen.

—Disfruta del espectáculo —me dice Ava al oído.

Cuando empieza la letra, veo que detrás de él están Matt, Liam y Josh. ¿Qué está pasando aquí?

Llega el estribillo y los cuatro bailan sincronizados la coreografía, y yo me parto con la escena.

Se me acelera el pulso cuando percibo lo que está a punto de ocurrir.

Richard camina hacia mí con una sonrisa nerviosa. Mantiene los ojos fijos en los míos.

Y entonces todo sucede a cámara lenta: se arrodilla frente a mí y saca una cajita de terciopelo del bolsillo.

Capítulo 42

Richard Moore

Los ojos vidriosos de Elizabeth son el espejo de los míos.

Estoy arrodillado frente a la mujer que cambió todas mis convicciones, a punto de hacer la pregunta más importante de mi vida.

Estos dos meses que han pasado desde que oficializamos nuestra relación han sido intensos. No hemos dormido separados ni un solo día, y solo me ha confirmado lo bien que estamos juntos… lo mucho que quiero hacerla oficialmente mi mujer.

Miro rápidamente a Josh, dándole la señal para que avise al DJ que baje el volumen.

—Mi pequeño desastre… cuando te vi por primera vez, en aquel fatídico día en que literalmente caíste delante de mí, sentí que serías distinta. Intenté huir, resistirme…, pero siempre me atraías, como una luciérnaga a la luz. Eres esperanza en los momentos de desesperación. Eres la calma en mitad de la tormenta. Lograste derribar el muro que rodeaba mi corazón… lo rompiste ladrillo a ladrillo hasta tenerlo por completo a tu disposición. Te amo más de lo que las palabras pueden expresar. Eres mi mejor amiga, mi compañera de vida y la persona que quiero a mi lado para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

Cada palabra llevaba toda la emoción que sentía en el pecho, y quería que percibiera lo verdaderas que eran. Mientras esperaba su respuesta, el corazón me golpeaba fuerte.

—Sí —dice por fin. —¡Claro que sí!

Me levanto, le pongo el anillo en el dedo y la beso, pero enseguida nos interrumpen nuestros amigos.

Matthew me abraza, luego Liam y por último Josh.

—Espero que hagas feliz a mi hermana.

—Ese es el mayor objetivo de mi vida —soy sincero.

Beth vuelve a mi lado después de saludar a las chicas.

—Aún vamos a hablar de esta actuación delante de un centenar de mujeres —me dice al oído.

La abrazo por detrás y apoyo la barbilla en su hombro.

—Pero, amor, fue todo para ti.

—Para mí, pero perdí la cuenta de cuántos "buenorro" y "guapo" oí gritar. Eres mío, Richard, solo mío.

—Solo tengo ojos para ti, mi amor.

—Más te vale, señor Moore.

La giro para tenerla de frente y me pierdo en sus ojos.

—¿Nos casamos mañana? —pregunto.

—¿Qué locura es esa, Richard? No podemos preparar una fiesta en un día.

—No me importa la fiesta. Todo lo que quiero, y necesito, está aquí delante de mí.

Sus ojos brillan al oír mis palabras.

—Si no estuviera ya enamorada de ti, me pasaría ahora mismo. A mí tampoco me importa la fiesta, lo único que quiero eres tú… solo tú.

Sus palabras despiertan a la fiera dentro de mí. Me mira con las pupilas dilatadas por el deseo y supongo que yo estoy igual. Tomo su boca con posesividad.

Oímos un carraspeo y nos separamos.

—Por el amor de Dios, no tengo por qué ver esto.

—Cierra los ojos entonces, cuñadito.

—¿Nos vamos a casa? —dice mi prometida al oído.

En cuanto reparo en cómo me he referido a Elizabeth, una sonrisa boba se me instala en los labios. ¿Quién diría que me encantaría llamar a alguien así?

Le cojo la mano y la conduzco a la salida.

El trayecto es rápido; los dos tenemos prisa por perdernos en el cuerpo del otro.

En cuanto entramos en casa, la aprieto contra la puerta y pego mis labios a los suyos. El beso no es calmado: es salvaje, fuerte, intenso.

Seguimos hacia el dormitorio sin despegarnos. Al entrar en la estancia, me aparto y la recorro con la mirada como si pudiera devorarla. Y es justo lo que quiero…

—Quítate la ropa —mi voz sale ronca mientras me deshago de la mía.

Me obedece y no tarda en estar tan desnuda como yo.

—Buena chica, ahora, arrodíllate —acaricio mi erección.

Se humedece los labios con la lengua, y puedo oír sus pensamientos impuros cuando mira mi polla. Retira mi mano y la sustituye, continuando con los movimientos.

Pasa la lengua por mi glande y lo rodea, saboreando el líquido preeyaculatorio que brota de mí. Sin esperar más, me lo engulle. Echo la cabeza atrás, embriagado por el placer.

—Ah, amor, tu boca es una delicia.

Aumenta el ritmo y la presión alrededor de mí. Un gruñido se me escapa y muevo las caderas contra su boca.

Siento que voy a correrme en cualquier momento, así que la sujeto de los brazos y la atraigo para besarla otra vez. Sentir mi sabor en su boca me vuelve loco.

La guío hacia la cama y la tumbo boca arriba.

—Me toca —la miro a los ojos.

Le separo las piernas y le lamo todo el coño. Con ayuda de los dedos, abro sus labios y queda completamente expuesta, a mi merced. Le chupo el clítoris como si me fuera la vida en ello y, cuando introduzco un dedo en su vagina, gime alto.

Lleva la mano a mi cabeza y me empuja contra su cuerpo; se restriega en mí. No tarda en correrse en mi boca, y yo podría vivir aquí para siempre.

—Deliciosa… no me canso de decir lo adicto que soy a tu sabor, Elizabeth —voy dejando besos por su abdomen.

Paso la lengua por sus labios y la beso después. Su sabor se mezcla con el mío, y es mi sabor preferido.

Coloco mi polla en su entrada y la invado de una embestida fuerte.

Gime en mi boca y eso me enloquece. Acelero el ritmo y siento el momento exacto en que se corre.

Salgo de ella, la pongo de lado y me acomodo detrás, en cucharita. Le subo la pierna sobre la mía y entro de nuevo. Sigo con las embestidas mientras, con la mano, estimulo su clítoris.

Elizabeth grita mientras se menea sobre mi polla.

—Córrete otra vez para mí, amor —le susurro al oído.

Aumento el ritmo de ambos movimientos y se entrega al placer, eyaculando a chorros. Pocos segundos después me libero dentro de ella.

Disminuyo el ritmo hasta parar por completo.

La abrazo y nos quedamos así. Solo noto que nos hemos dormido cuando el sol invade la habitación a la mañana siguiente.



Cuatro meses después

Nos casamos hace exactamente cuatro meses. Una semana después de la pedida. Hicimos una ceremonia pequeña; solo estuvieron nuestros amigos más cercanos.

Liam nos ofreció la casa de su familia, en los Hamptons, para celebrar. Está empeñado en reconquistar a Amy, pero mi Pequeña es hueso duro de roer.

Fue un día lleno de emoción y, sobre todo, de amor. Si cierro los ojos, visualizo con precisión el momento en que Elizabeth caminaba hacia mí.

Si ya me parecía guapa, era porque aún no la había visto de novia.

Salgo del ensimismamiento cuando se abre la puerta de mi despacho. Mi esposa entra pálida y con los ojos muy abiertos.

Me levanto rápido y voy hacia ella.

—¿Qué ha pasado, amor? Estás pálida.

Ella sigue en shock mirándome, y entonces una sonrisa le cruza los labios y los ojos se le humedecen.

Me toma la mano y la coloca sobre su barriga.

Me quedo unos segundos sin entender, hasta que comprendo lo que pasa.

—¿De verdad, amor?

Asiente y ya tengo la cara bañada en lágrimas.

Me arrodillo frente a ella y beso su vientre, que alberga nuestro bien más precioso.

—Hola, amor mío, papá está aquí. No veo el momento de tenerte en mis brazos —beso su barriga otra vez.

Me pongo en pie y la abrazo fuerte.

—Te amo, te amo tanto… gracias por este regalo maravilloso, amor —la beso.

Aparto nuestras bocas y apoyo mi frente en la suya.

—Tengo tanto miedo, Rich —dice bajito.

—No hay nada que temer, Beth; os protegeré con mi vida. No le va a pasar nada a nuestro hijo —le acaricio la cara.

—Me da miedo no conseguir proteger a nuestro bebé…

—Shh, claro que sí… vas a ser una madre increíble. La mejor del mundo —le doy otro beso suave.

—Tenemos que pedir una eco, solo me hice el análisis de sangre.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a hacértelo? Te habría acompañado, amor.

—No quise crear falsas esperanzas; sé cuánto sueñas con ser padre.

—Si hubiera dado negativo, seguiríamos entrenando hasta conseguirlo —arqueo las cejas.

Pone los ojos en blanco.

—No tienes remedio. Vamos a ver si Cindy está disponible para hacernos una eco —me tira de la mano.

Para nuestra suerte, la obstetra está libre. Beth se tumba en la camilla y yo le cojo la mano.

—Por la tasa del análisis, no es un embarazo tan reciente… o es un embarazo múltiple —me quedo en shock con su comentario. —Como la ecografía transvaginal es un poco molesta, intentaré primero por abdomen; si no se puede, tendrá que ser la transvaginal.

Extiende el gel sobre la barriga de Beth y coloca el transductor. Pasan unos segundos y entonces el sonido más hermoso que he oído en mi vida llena la sala.

Beth me mira con los ojos vidriosos, desbordada por la emoción.

Cindy mueve el aparato, toma medidas y congela la imagen con nuestro bebé de perfil. Ya podemos ver perfectamente su carita.

Cierro los ojos, agradecido por la vida de mi hijo.

—Beth, ya estás de dieciséis semanas; si este bebé colabora, ya se puede ver el sexo.

Abro los ojos al instante. Beth está de tres-cuatro meses.

La miro, asombrado.

—Solo me di cuenta hoy de que no me bajaba la regla. Con las prisas de la boda, luego la vida de recién casados y la locura de estos últimos meses en el trabajo, me desconecté por completo —hace una pausa. —Dios mío, he bebido durante este tiempo… no tenía ni idea. Si sale algo mal será culpa mía.

—Tranquila, amor, no va a pasar nada. Nuestro bebé estará bien —la calmo.

—Muchas mujeres descubren tarde el embarazo, no hay por qué angustiarse. Por lo que veo aquí, todo está dentro de lo esperado. Te paso las pruebas de esta edad gestacional, las vitaminas y empezamos el seguimiento —dice Cindy.

Mueve un poco más el transductor hasta que sonríe.

—Ya puedo identificar el sexo. ¿Queréis saberlo?

—Sí —respondemos a la vez.

—Tendréis una princesita.

—Una niña… tendremos una niña, Rich —Beth me mira emocionada.

—Sí, amor mío, una mini *Betita* para llamarla mía —me invade una emoción que hace saltarme el pecho.

Y entonces caigo en la cuenta. Cielos, me tiembla el ojo solo de pensar que tendré una mini versión de Elizabeth corriendo por casa.

¿Es pronto para pensar en comprar una escopeta? Niego con la cabeza para disipar la idea. Seré un padre moderno y comprensivo. El mejor amigo de mi hija. Tendrá en mí el ejemplo de cómo debe tratarla un hombre… cuando tenga 30 años, claro. Antes de eso será solo de papá. Sin novios, nada.

Salgo del ensueño, ayudo a Elizabeth a bajar de la camilla y nos despedimos de Cindy.



—¡Mi hija no se va a llamar Richelle, Richard! ¿Dónde se ha visto? ¿Quieres que la niña sufra bullying? —dice Beth, molesta, mientras baja del coche.

—Pero Richelle es un nombre tan bonito, amor… fuerte, elegante.

—No, Richard, ni de broma —brama. —Puede ser Michele.

—No —me mantengo firme.

Ya puedo visualizar la carita de mi niña y Richelle le encaja perfectamente.

Beth pulsa el botón del ascensor y se vuelve hacia mí.

—Richard, amor de mi vida, ¿vamos a elegir un nombre común para nuestra pequeñita, sí? —hace una pausa, como si buscara algún nombre que también me agrade. —¿Qué tal Ana? Sí… ¡Ana! Mira qué bonito: simple, cortito y directo —me coge la cara entre las manos.

Llega el ascensor y entramos. Decido no discutir ahora, pero voy a convencerla de que nuestra niña se llame Richelle.

Capítulo 43

Elizabeth Carson

Cinco meses después

Aprieto la mano de Richard con todas mis fuerzas.

Intento concentrarme en la respiración, recordando las clases de preparación, pero con cada oleada de dolor solo pienso que con una anestesia se acabaría todo esto.

—No puedo más.

—Sí puedes, amor. Eres la mujer más fuerte que conozco. En nada nuestra Ana estará en nuestros brazos.

Llega otra contracción y empujo con todas mis fuerzas. Y entonces, al tercer empujón, un llanto potente inunda la sala y todo el dolor se desvanece.

—¡Lo has conseguido, amor! Has estado perfecta. Te amo —dice, llenándome la cara de besos.

Enseguida colocan a nuestra bebé sobre mi pecho y contemplo su carita.

—Hola, amor mío, soy tu mamá —le acaricio la manita.

—Hola, princesa mía, qué perfecta eres —dice Richard y, en cuanto oye su voz, Ana deja de llorar.

—¿Has visto, amor? Ha dejado de llorar al oír mi voz —dice, embobado.

—Parece que tenemos otra enamorada de ti.

Corta el cordón umbilical y entonces nuestras miradas se encuentran. Compartimos una sonrisa llena de emoción. Nuestra familia está completa y no veo el momento de vivir los años más increíbles de mi vida.

Nos rodea con sus brazos y se queda admirando a nuestra pequeña.

—Siento como si tuviera el mundo entero entre mis brazos —se emociona.

—Te amamos, papá.



Ana y yo recibimos el alta antes de lo previsto y las primeras horas en casa han sido desafiantes.

Después de darle el pecho, Richard se quedó con ella para que yo pudiera descansar, ya que nuestra pequeña ternerita no me dio tregua en la madrugada.

Me desperté, me di una ducha y fui al cuarto de Ana. Apoyo el hombro en el marco de la puerta, contemplando la preciosa escena que tengo delante.

—Sí, amor mío, ¿sabías que tienes un hermanito que está en el cielo protegiéndote? No podemos verlo, pero siempre estará a tu lado… será tu ángel de la guarda —dice Richard.

Sus palabras al mencionar a mi bebé que se fue me conmueven. Cada día que pasa, Richard me demuestra el hombre increíble que es y lo afortunada que soy por tenerlo en mi vida.

—Ay, pequeñita, ni en mis mejores sueños serías tan perfecta como eres… mi Ana Richelle —dice.

Sus últimas palabras me paralizan. Espera, ¿cómo la ha llamado?

—Richard —y solo entonces repara en mi presencia—.

—¿Cómo has llamado a mi hija?

—Amor —dice con su típica cara de tontaina.

—¡Amor, mis cojones! ¿Cómo has llamado a mi hija?

—Shh, no digas palabrotas delante de ella.

—Richard Moore, si no me dices ahora mismo el nombre con el que has llamado a mi hija, voy a arrancarte el juguetito que tienes entre las piernas con mis manos.

La amenaza surte efecto; deja a nuestra hija en la cuna y se acerca.

—Amor, mírala. Tiene cara de Ana Richelle. Te juro que no fue a propósito, pero cuando vi su carita… —se encoge de hombros.

—Dios mío, esto tiene que ser una pesadilla —me llevo las manos a la cabeza.

—Ya está: voy a cerrar los ojos y, cuando los abra, despertaré con mi Ana Carson-Moore en brazos.

Cierro los ojos, respiro hondo y los abro.

El tontaina de mi marido está en la misma posición, mirándome como un perro sin dueño.

—Dame su certificado de nacimiento —extiendo la mano para que me lo dé.

—Vida…

—Ahora —digo entre dientes.

Camina hacia el despacho y yo lo sigo. No voy a perdonarlo si de verdad ha registrado a mi hija como Ana Richelle.

Hoy, antes del alta, fue al Registro Civil a hacer la inscripción y, al volver, con las prisas por regresar a casa, me olvidé por completo de pedirle ver el certificado.

Jamás imaginé que pudiera atreverse a algo así.

Coge el papel y me lo entrega.

Ana Richelle Carson-Moore.

Cierro los ojos y respiro hondo. Cuento hasta cien con la esperanza de calmarme. Nada: sigo con ganas de matar a mi marido.

Abro los ojos y lo fulmino con la mirada. Si las miradas mataran, estaría ya a dos metros bajo tierra.

—No puedo creer lo que has hecho, Richard. No era eso lo acordado.

—Pero puse el nombre que tú elegiste… solo añadí Richelle.

—¡Decidimos que sería Ana! —bramo.

—Pero se llama Ana.

—Cínico, ¡tenía que ser Ana, solo Ana!

Camino de un lado a otro. No me creo que Richard haya hecho esto.

—¡Quiero el divorcio! —le lanzo el papel encima.

Me doy la vuelta y me voy al dormitorio.

Oigo sus pasos detrás y resoplo de rabia. Sería capaz de partirle esa cara tan guapa.

—Amor, por favor, escúchame.

—Vale, Richard, te escucho —cruzo los brazos.

—Estaba en la cola del Registro Civil, esperando mi turno. La idea era inscribirla como Ana Carson-Moore, como hablamos. Pero entonces cogí el móvil y vi una foto suya… y, amor, mírala; ahí me invadió la certeza inquebrantable de que le va a encantar llamarse Richelle. Y pensé: ¿por qué no unir el nombre que tú elegiste con el que elegí yo? No imaginé que te enfadarías tanto. Perdóname; te prometo que no volveré a hacer nada sin consultarte —dice acercándose.

—Pero no te vayas, no vivo sin ti. Sois mi vida las dos, el aire que respiro.

Respiro hondo. Sabe cómo doblegarme.

—Te perdono… —abre una sonrisa enorme— pero tendrás que llevarme a cenar fuera todas las semanas. Traer flores y chocolate siempre que esté con SPM. ¿Toalla mojada en la cama? Olvídate. ¿Platos sucios en el fregadero? Nunca más. Tu cabeza está en juego: como metas la pata, ya sabes —hago el gesto de cortarle el cuello con el dedo.

Traga saliva y se acerca.

—Haré lo que quieras, amor, y te prometo que cuando termine la cuarentena te recompensaré justo como te gusta —me susurra al oído.

Me da un beso de infarto y luego me toma en brazos, llevándonos al dormitorio.

Nos tumbamos y me atrae para abrazarme. Apoyo la cabeza en su pecho, oyendo los latidos de su corazón.

—Perdóname, amor —dice—. Prometo de verdad no volver a hacer nada sin hablarlo contigo antes.

Respiro hondo. No puedo borrar todo lo maravilloso que ha hecho. Pero esta es la primera y última vez que hace algo así. Además, es un error que va a acompañar toda la vida de nuestra hija.

—Vale. Pero lo que dije va en serio.

—¿Te he dicho ya que eres la mejor esposa del mundo?

Alzo la cabeza, apoyando la barbilla en su pecho.

—Hum… hoy todavía no.

Me da un beso en la nariz.

—Eres la mejor esposa que existe, mi pequeño desastre, y estoy loco por ti.

Epílogo

Richard Moore

Cinco años después

Acabamos de llegar a casa, después de pasar toda la tarde en casa de Amy y Liam. Quién diría que aquel baboso se convertiría en un gran amigo. Le costó lo suyo hasta conseguir el perdón de mi Pequeña. Amy tuvo al pequeño Theo pocos meses antes del nacimiento de mi hija. Ni hace falta decir lo pegados que son, ¿verdad?

—¡Papá, ya he terminado!

Voy al cuarto de mi princesa, y ya me está esperando en el baño. Todos los días se da su baño, se pone el pijama y entonces me llama para que le peine su precioso pelo.

Ese es un ritual que nunca dejo de hacer, independientemente de lo cansado que llegue del trabajo.

No puedo creer que ya hayan pasado cinco años desde que llegó a nuestras vidas.

Como prometí cuando supimos su sexo, soy su mejor amigo. Siempre que le llevo flores a Beth, también le llevo a ella. Sé que con mi ejemplo no aceptará que la traten con menos que eso.

Es mi rayo de sol, mi fuente de alegría y la razón de mi vida… y no cambiaría estos momentos por nada en este mundo.

Compartimos de todo juntos, desde aventuras por senderos hasta tardes perezosas en el sofá viendo su película preferida: La sirenita.

Dice que jamás haría como Ariel ni dejaría a su padre por culpa de un príncipe tonto. Palabras de mi niña… y no podría estar más feliz al oírlo.

—Listo, mi princesa, ya estás lista para dormir.

—Ay, no, papá, aún es temprano. ¿Vemos a Ariel?

—A tu madre no le va a gustar verte aún despierta…

—Por favorcito —pone morritos y junta las manos, como si estuviera rezando.

¿Cómo resistirme?

—¿Qué pides sonriendo que papá no haría ni llorando?

—¿El qué? —pregunta sin entender.

—Nada, mi amor… vamos, voy a poner a Ariel para que la veamos.

—¡Bien! ¡Eres el mejor papá del mundo mundial! —dice dándome un beso en la mejilla.

Me tiene en la palma de la mano y, lo peor, lo sabe. Soy capaz de todo por esta niñita.

Pongo la película y me tumbo junto a ella.

La película no va ni por la mitad cuando me doy cuenta de que ya se ha entregado al sueño. Apago la tele, la arropo y dejo un beso en su cabeza.

—Buenas noches, mi princesa.

Salgo de su cuarto y voy a buscar a mi esposa por la casa.

Oigo un ruido extraño cuando llego a nuestro dormitorio y, al acercarme al baño, veo que está inclinada sobre el váter.

—Cariño, ¿qué te pasa? —pregunto preocupado.

—¡Mierda! Quería contártelo de otra forma —dice en tono zalamero.

—¿Contar el qu…? —y entonces caigo en la cuenta.

Llevábamos un tiempo intentando volver a tener un bebé, pero, a medida que pasaba el tiempo y el positivo no llegaba, lo dejamos en manos del destino y dejamos de estar tan centrados en ello.

Me agacho frente a ella y le acaricio el rostro.

—¿Hay otro pedacito nuestro en camino? —pregunto, ya con los ojos vidriosos.

—Sí… —no consigue terminar de hablar y vuelve a vomitar.

Le sujeto el pelo y le acaricio la espalda.

Cuando termina, va a cepillarse los dientes mientras yo voy a la cocina a preparar un té para que se le calme el estómago.

Regreso al dormitorio y Beth ya está tumbada.

Le doy la taza; bebe y pone una mueca.

Dejo un beso en su vientre y me tumbo sobre ella, sosteniendo mi peso para no hacerle daño.

—Hola, amorcito, habla papá… estamos muy felices con tu llegada; te hemos esperado tanto. Tu hermanita se va a poner eufórica cuando sepa que estás en camino. Te quiero, mi amor.

Dejo otro beso y me acomodo en la cama, atrayendo a Beth para que apoye la cabeza en mi pecho.

—¿Será que ahora viene Richard júnior? —pregunto mientras le acaricio el pelo.

Ella levanta rápidamente la cabeza y me fulmina con la mirada.

—Estoy bromeando —digo rápidamente.

—He aprendido la lección.

—Más te vale —vuelve a tumbarse.

Al día siguiente, nos despertamos y vamos directos al cuarto de nuestra pequeña. Estamos ansiosos por contar la novedad; vive pidiéndonos un hermano.

—Buenos días, mi amor —Beth la despierta con un beso.

Se estira y bosteza.

—Buenos días, mamá. Buenos días, papá.

Se sienta y se frota los ojitos.

—Hija, tenemos una cosa que contarte —dice Beth, y ella nos mira con atención—. ¿Recuerdas que nos pediste tantas veces un hermanito?

Asiente con la cabeza.

—Por fin se ha cumplido tu petición y está dentro de la barriga de mamá.

Abre mucho los ojos y mira a Beth para confirmar lo que he dicho.

Beth asiente con la cabeza y ella nos abraza.

—¡Qué bien, estoy tan feliz! ¿Es un niño o una niña? ¿Cómo se va a llamar? ¿El bebé podrá dormir aquí en mi cuarto?

Nos reímos de su euforia.

—Calma, mi amor. Aún no sabemos si es una niña o un niño, y en cuanto al cuarto, creo que no te va a parecer muy divertido cuando llore de madrugada porque quiere mamar —dice Beth.

Parece pensar en las palabras de mi esposa.

—Sí, tienes razón, mamá, mejor dejarle en su cuarto. ¿Y el nombre, lo puedo elegir yo?

—¿En qué nombre estás pensando? —pregunta Beth.

—Ya sabes que Richelle es mi nombre preferido; por mí ni tendría el Ana, así que pensé en Rochelle si es niña —dice mi princesa, y Beth pone los ojos en blanco.

Beth no se resigna a que nuestra hija adore el segundo nombre. ¿Qué puedo hacer? Yo ya dije que estaba en lo cierto… tiene cara de Richelle.

—Eres muy pelota de tu padre, Ana. No va a haber más Richelle, Rochelle, Richard júnior, ¡se acabó!

—Pero, mamá…

—No hay peros, ni medio pero —dice Beth a ella y se gira hacia mí—. Y si haces cualquier gracieta, recuerda lo que hablamos cuando ella nació.

Beth me guiña un ojo y sale del cuarto.

—Sí, hija, vamos a dejar que tu madre elija el nombre esta vez, ¿eh? Ahora ve a lavarte los dientes mientras yo preparo nuestro desayuno.

Ella me da un beso en la mejilla y yo me voy rumbo a la cocina. Beth ya está preparando las tortitas.

Mientras preparo el café, recuerdo todo el camino que recorrimos para estar aquí hoy. Desde el día en que cayó literalmente en mi vida hasta los desafíos que enfrentamos. Recuerdo las sonrisas, las lágrimas, las conversaciones de madrugada y los momentos de felicidad que vivimos codo con codo.

A veces aún me cuesta creer que realmente superamos cada obstáculo que surgió en nuestro camino, pero cada desafío superado solo fortaleció nuestro amor.

Y ahora, mirando todo lo que construimos juntos, sé que no cambiaría absolutamente nada en este viaje. Si pudiera volver atrás en el tiempo, elegiría vivirlo todo de nuevo, siempre que fuera a su lado.

Estoy eternamente agradecido por todo lo que somos y tenemos juntos. A fin de cuentas, lo que realmente importa es el amor que compartimos, y eso es algo que valoraré hasta el último día de mi vida.

FIN.

Capítulo Extra – Ava y Matthew

Ava Smith

10 años antes

Ava*: Matt, encuéntrame a las 18 h en la cafetería. Necesitamos hablar.*

Matt*: Vale, ¿pero qué ha pasado?*

Ava*: En persona lo hablamos.*

Dios mío, ¿cómo voy a decirle a Matthew que estoy embarazada de él? No sé cómo pudo pasar… Bueno, claro que lo sé, pero la cuestión es: llevo años tomando la píldora siempre a la misma hora. Sé que ningún método anticonceptivo es 100 %, pero nunca imaginé que acabaría formando parte de la estadística de fallo.

Matthew y yo nos conocimos en el colegio. Ya entonces era guapísimo, pero ahora está de infarto. Tiene el pelo dorado, los ojos azules, profundos e intensos. Su sonrisa es rara, pero luminosa como el amanecer. La barba es tupida y dibuja su mandíbula, resaltando los rasgos refinados de su rostro. Mide 1,85 y tiene los músculos bien definidos.

Nunca fuimos cercanos; él tenía a Emily, su mejor amiga, que llevaba colgada de su cuello desde que me acuerdo; y yo tenía a Patrick, que sigue siendo mi mejor amigo hasta hoy. Solo nos

acercamos de verdad en la universidad. Entramos en la misma clase de Medicina en la New York University.

Hasta hoy sigue siendo muy cercano a Emm, como él la llama. A ella no le caigo demasiado bien (ni yo ni ninguna otra mujer que se acerque a Matt). Estoy casi segura de que siempre ha sentido algo más que amistad por él. Matt dice que son cosas mías, que ella es como una hermana para él.

En una fiesta durante el último curso, después de muchas cervezas, terminamos en la cama. Nuestra conexión fue tan buena que seguimos con un sexo puramente casual. Pero con el tiempo me di cuenta de que las cosas entre nosotros estaban cambiando… al menos por mi parte.

Aunque nuestra relación no estuviera oficializada ni tuviéramos un acuerdo de exclusividad, en los últimos meses no he estado con nadie más que con él. Me atrevo a decir que me estaba enamorando.

Vuelvo a mirar las tres pruebas de embarazo sobre la cama. Tres de marcas diferentes, pero con el mismo resultado: positivo. Estoy en el último año de la universidad y no podría haber peor momento para que pasara esto. Pero sé que Matt no me dejará cargar sola con toda la responsabilidad.

Cuando el reloj marca las 17:45, ya estoy sentada en la mesa de la cafetería que siempre frecuentamos. Elegí una mesa más al fondo, para tener más intimidad.

Me pierdo en mis pensamientos y no lo veo entrar, solo cuando se detiene a mi lado. Y no consigo contener un suspiro. No sé si por el embarazo, pero solo con mirarle ya siento un calor que me sube por el vientre… me sorprendo imaginando esas manos grandes recorriendo mi cuerpo, deslizándose hacia m…

—¡Hola, Ava! ¿Cómo estás?

Interrumpe mis pensamientos, algo impropios para el momento. Me da un beso fugaz en los labios y se sienta en la silla

frente a mí.

—Bi-bien, Matt, ¿y tú? —Joder, Ava, ¿en serio vas a tartamudear ahora?

—También. ¿Ha pasado algo? Parecías tensa cuando mandaste ese mensaje —dice él.

—No pasó nada —digo rápido.

Cierro los ojos y respiro hondo antes de volver a hablar.

—Bueno, en realidad sí pasó. ¿Te acuerdas de que tuve una migraña la semana pasada?

Él asiente con la cabeza.

—Entonces, hablando con la profesora Claire, ella dijo que… —me interrumpe el móvil al sonar.

—Perdón, puedes continuar.

Él cuelga la llamada, que venía de un número desconocido.

—Entonces, como iba diciendo, ella di… —me vuelve a interrumpir el móvil.

—Es mejor que atiendas; no parece que esa persona vaya a desistir de hablar contigo.

—Vale, solo un minuto. ¿Diga? —dice él cuando contesta la llamada.

—Tranquila, Emm, habla despacio.

Se queda unos segundos en silencio, escuchando lo que dice Emily.

—Vale, ¿y dónde estás exactamente? Bien, en 10 minutos llego ahí. Tranquila, ya voy. Chao.

Corta la llamada.

—¿Qué pasó, Matt?

—Han asaltado a Emily; está muy nerviosa en la comisaría. Necesito ir con ella, ¿podemos hablar después?

—Matt, lo que tengo que decirte es muy importante. ¿Sus padres no pueden ir hasta allí? —le digo mientras ya se levanta.

—Ava, Emily está muy nerviosa; de verdad tengo que irme. Te llamo en cuanto llegue a casa —dice ya caminando hacia la puerta.

Me quedo sin reacción justo después de oír el ruido de la puerta de la cafetería. Pago la cuenta y me voy a casa. ¿Y si se lo hubiera dicho enseguida, se habría ido igual? ¿O habríamos conseguido hablar?

Es impresionante cómo basta con que Emily diga un "ay" para que Matthew salga corriendo a su encuentro. Vale, admito que esta vez la situación es un poco —vale, muy— urgente, pero la mía también lo es, joder. No puedo contener una lágrima mientras conduzco de vuelta a casa. Ay, estas hormonas…

Al cabo de unos minutos llego a casa, me doy una ducha y me tumbo a leer uno de los libros que tengo en mi biblioteca de Kindle. Pierdo la noción del tiempo; cuando me ruge el estómago, miro el reloj y veo que ya pasan de las diez. No ha habido ningún intento de contacto por parte de Matt. Una incomodidad se apodera de mí y decido mandarle un mensaje.

Ava*: Matt, ¿está todo bien? ¿Ya has llegado a casa?*

Pasan 10 minutos cuando llega la respuesta.

Matt*: Sí, Ava, ya estoy en casa. Todo bien.*

Ava*: Me quedé esperando tu mensaje, como habías dicho que harías... Todavía tenemos que hablar.*

Matt*: Ava, sinceramente, no tengo cabeza para ninguna conversación ahora. Emily me necesita más a su lado.*

No me puedo creer lo que estoy leyendo… Ni siquiera sabe de qué tengo que hablar.

Ava*: Matthew, ni siquiera sabes de qué necesito hablar contigo. ¿Cómo puedes afirmar que ella te necesita más que yo?*

Matt*: ¿Cuál sería ese asunto tan serio, Ava? ¿Sexo? Ya te he dicho que Emily me necesita ahora.*

Necesito releer el mensaje tres veces para asegurarme de que leí bien. ¿Cree que lo único que tenemos es la cama? ¿Que nuestra "relación" se reduce al sexo?

Ava*: Yo también te necesito, Matthew, y me arriesgo a decir que más que ella, ¡ya que soy yo la que está esperando un hijo tuyo!*

Joder, no era así como pensaba contárselo… Esta no es el tipo de noticia que se da por mensaje, pero consiguió acabar con mi paciencia, y cuando me di cuenta ya lo había enviado.

Matt*: Jajaja, está bien, ¿y esperas que realmente crea que ese hijo es mío? Si crees que voy a caer en ese truco, estás muy equivocada...*

¿Perdona? ¿Está pensando que quiero engañarle? Dios, no es posible que me haya equivocado tanto con Matthew. No es posible

que todo el cariño y los momentos que pasamos juntos no hayan significado nada para él. Aunque no tuviéramos una relación seria, siempre lo consideré un amigo, alguien que siempre tendría mi apoyo si lo necesitaba.

Ava*: Matthew, voy a fingir que no he leído eso, dándote la oportunidad de retirar lo que has dicho y comportarte como el adulto que eres, asumiendo tu responsabilidad. Voy a llamarte, ¡contesta esta mierda!*

Antes de que consiga iniciar la llamada, llega otro mensaje.

Matt*: Ava, ahorrémonos el tiempo. Necesito prestar atención a Emily; estoy seguro de que no soy el padre de tu bebé. Hablaremos después.*

Intento llamar, pero el móvil aparece apagado. Hago un nuevo intento, y la llamada va directamente al buzón de voz. En el instante en que lanzo mi móvil sobre la cama, suena el timbre. Aún no creo las cosas que acabo de leer. No esperaba que me pidiera matrimonio ni nada por el estilo; pero insinuar que estaba intentando engañarle… Realmente creemos que conocemos a las personas, pero solo descubrimos su verdadero carácter en situaciones como esta.

Abro la puerta y veo a Patrick parado, sonriendo, con una caja de pizza en la mano. Al mirar a mi amigo no consigo contenerme y me derrumbo.

—Ava, ¿qué ha pasado? —No puedo dejar de llorar y un sollozo fuerte se me escapa—. Háblame, Av.

¿Quieres seguir leyendo? El Hijo Secreto del Médico está disponible en Amazon y Kindle Unlimited.



Valoraciones

Si has llegado hasta aquí, significa que has terminado el libro. Espero que la historia de Beth y Richard te haya marcado de algún modo.

Tu valoración no solo me ayuda a crecer como escritora, sino que también guía a otros lectores en su búsqueda de nuevas aventuras literarias.

Desde ya, mi profundo agradecimiento por tu apoyo y por formar parte de este viaje literario.

Agradecimientos

Agradezco a mi marido, mi mejor amigo, puerto seguro y gran incentivador. Su amor incondicional y apoyo incansable fueron mi inspiración diaria y la fuerza para no rendirme.

A mis hijos, que son mi combustible para perseguir mis sueños y compartir mis historias con el mundo.

A mi familia, especialmente a mi madre y a mi hermana, que, aun con un océano de distancia, están siempre a mi lado. Os quiero muchísimo.

A Dani, mi asesora y gestora de tráfico, que me animó a hacer esta traducción. Estoy tan orgullosa de nuestra trayectoria. Ya lo he dicho innumerables veces: fuiste mi mejor elección. A Sheila, Lari y Nat, muchísimas gracias por la amistad y el apoyo. A Vanessa, que siempre está a mi lado, calmándome y apoyándome. Nunca podré agradecerte lo suficiente que estés en mi vida.

Y a vosotros, queridos lectores, que os habéis embarcado en esta travesía conmigo, sumergiéndoos en las páginas de amor, aventura y emoción. Vuestras sonrisas, lágrimas y suspiros son mi mayor recompensa. Gracias por confiar en mí para contar historias que toquen vuestras almas y calienten vuestros corazones.

Que este viaje no tenga fin, que cada página sea un nuevo descubrimiento, un nuevo suspiro, un nuevo encuentro con la magia del amor.

Con todo mi cariño,

LM Barros

[1] Es una intervención quirúrgica que consiste en el legrado de la cavidad uterina para evacuar su contenido; se indica en casos de aborto o de hemorragia uterina grave.
[2] Texas Medical Center.
[3] NewYork-Presbyterian Hospital
[4] Bar ficticio.
[5] De mis manos podría darte
algo que hice.
De mi boca
podría cantarte sobre otro ladrillo que puse.
De mi cuerpo podría enseñarte un lugar,
Dios lo sabe.
Deberías saber que este espacio es sagrado.
¿De verdad quieres ir?
[6] Centro comercial.
[7] Personaje de la película Nemo.
[8] Aeropuerto Internacional de Newark
[9] Conjunto de procedimientos destinados a impedir la entrada de gérmenes (o microorganismos) patógenos en un organismo, en un entorno o en objetos determinados.
[10] La Reunion Tower o "Torre Reunion" es una torre de observación de 171 m de altura y uno de los monumentos más reconocibles de Texas.
[11] Música del grupo 'N Sync.
[12] Todo lo que hago
Nunca parece suficiente para ti
No quieres perderlo otra vez
Pero yo no soy como ellos
Amor, cuando por fin
Empieces a amar a alguien
Adivina
Ese alguien seré yo
[13] Serie estadounidense centrada en la vida de médicos internos, residentes y adjuntos, y en su evolución profesional mientras intentan mantener con vida a sus pacientes y gestionar sus relaciones personales.

[14] Actor y modelo estadounidense.
[15] Centro comercial Manhattan Mall.
[16] Canción de The Weeknd.
[17] No necesitamos estar enamorados, no
No tengo que ser la única, no
Solo quiero ser una de tus chicas esta noche.
[18] También puede provocar complicaciones a largo plazo y trastornos neurológicos de leves a graves, como convulsiones, parálisis cerebral o retrasos del desarrollo.
[19] Transporte público utilizado para acceder a la Isla de la Libertad. Con capacidad para más de 3.000 pasajeros, el ferri es de acceso gratuito: basta con esperar la siguiente salida y embarcar.
[20] Smilingüido es una hormiga, personaje de dibujos animados, cuya vida se representa en un hormiguero.
[21] Música de Bruno Mars.
[22] Barrio residencial situado en el este de Brooklyn, en la ciudad de Nueva York. Desde finales del siglo XX, Brownsville ha mantenido unos índices de pobreza y criminalidad entre los más altos de cualquier barrio de la ciudad de Nueva York.
[23] Una cascada de dos saltos en Spruce Creek, en el sector oriental de las montañas Catskill, en Nueva York.
[24] Es una película estadounidense de artes marciales, estrenada en 1984.
[25] Palenville es una aldea en el condado de Greene, Nueva York, Estados Unidos.
[26] Kingston es una ciudad del estado de Nueva York (Estados Unidos), situada en el condado de Ulster.